

contexto

LATINOAMERICANO

REVISTA DE ANÁLISIS POLÍTICO
no. 6 / octubre - diciembre de 2007



contexto

LATINOAMERICANO

.....

REVISTA DE ANÁLISIS POLÍTICO
no.6/octubre - diciembre de 2007



una editorial latinoamericana

Contexto Latinoamericano es una revista de análisis político publicada por la editorial Ocean Sur. Su propósito es fomentar y divulgar el intercambio de ideas entre los líderes y activistas de los partidos, organizaciones y movimientos políticos y sociales de la izquierda, con la participación de especialistas de las ciencias sociales, comunicadores y artistas comprometidos con la emancipación de los pueblos de América Latina y el Caribe.

contexto LATINOAMERICANO

.....

Director: **David Deutschmann**
Editor: **Roberto Regalado**
Editora Adjunta: **Ivón Muñiz**
Edición/Corrección: **Esther Acosta**
Diseño Gráfico: **Víctor MCM**
Composición: **Miriam Hernández**
Producción: **Lourdes García Larqué**

Consejo Editorial: **Jesús Arboleya** (Ocean Sur), **María del Carmen Ariet** (Cuba),
José Reinaldo Carvalho (Brasil), **Jaime Caycedo** (Colombia),
Vidal Cisneros (Venezuela), **Gustavo Codas** (Brasil),
Héctor de la Cueva (México), **Javier Diez Canseco** (Perú),
Patricio Echegaray (Argentina), **Saúl Escobar** (México),
Eliana García (México), **Fermín González** (Colombia),
Medardo González (El Salvador), **Pablo González Casanova** (México),
Sergio Guerra Vilaboy (Cuba), **Néstor Kohan** (Argentina),
Claudia Korol (Argentina), **Gilberto López y Rivas** (México),
Fernando Martín (Puerto Rico), **Vivian Martínez Tabares** (Cuba),
Hugo Moldiz (Bolivia), **Julio A. Muriente** (Puerto Rico),
Valter Pomar (Brasil), **Renán Raffo** (Perú),
José Vicente Rangel (Venezuela), **Mayra Reyes** (Nicaragua),
Germán Rodas (Ecuador), **María Guadalupe Rodríguez** (México),
Javier Salado (Ocean Sur), **Niko Schvarz** (Uruguay),
John Saxe Fernández (México), **Guillermo Teillier** (Chile)

Cada trabajo expresa la opinión de su autor. La opinión de *Contexto Latinoamericano* se expone en *Palabras del editor* y en aquellas notas que así lo indiquen.

Derechos © 2007 Ocean Sur
Derechos © 2007 **Contexto Latinoamericano**
ISSN: 1834-0679 • ISBN: 978-1-921235-47-4

Redacción: Juan de la Barrera no. 9, Colonia Condesa,
Delegación Cuauhtémoc, CP. 06140, México D.F.
tel. (52) 5553 5512 • contextolatino@enet.cu • www.oceansur.com
Informes y suscripciones: info@oceansur.com

Impreso en México por Quebecor World S.A., Querétaro

Cubierta: Marcha en apoyo a la Revolución Bolivariana, Venezuela, 2 de junio de 2007
Foto: Carlos Sierra

sumario



PALABRAS DEL EDITOR	5
CONTEXTOS ACTUALES	
El Acuerdo de Libre Comercio de los Estados Unidos con Centroamérica y República Dominicana: los extremos de la asimetría Luis René Fernández Tabío	9
Antinomias políticas y hegemonía en las relaciones interamericanas: los Estados Unidos y Venezuela en la coyuntura actual Jorge Hernández Martínez	25
Terra incognita. La soledad de Bush, el fracaso de los halcones y el desinfe de las burbujas Jorge Beinstein	45
Interpretaciones de la democracia en América Latina Claudio Katz	52
El largo y tortuoso camino a Esquipulas II Miguel D'Escoto Brockmann	71
La violencia juvenil en Guatemala: cómo prevenirla y no lamentarla Juan Enrique Quiñónez Schwank	80
Panamá: realidad, perspectivas y elementos para una propuesta de desarrollo sostenible Juan Moreno Lobón	94
El Caribe anglófono: una aproximación a sus realidades políticas actuales José Francisco Piedra Rencurrell	111
CONTEXTOS HISTÓRICOS	
El pensamiento del Che y los desafíos de hoy Fernando Martínez Heredia	125

sumario

El Che tatuado Antonio Aponte	138
CONTEXTOS ANALÍTICO	
De la resistencia a las alternativas en América Latina: un desafío para el análisis social François Houtart	145
CONTEXTOS CULTURAL	
Más que pieles negras: cimarronaje cultural en el arte caribeño contemporáneo Ivón Muñiz	173
<i>Otra vez Marcelo</i> [Quiroga]: testimonio de un proceso de creación teatral César Brie	180
Visiones del poder en la fotografía latinoamericana del siglo xx Nahela Hechavarría Pouymiró	187
ENLACES	
Encuentro Mundial de Educación Temprana María Guadalupe Rodríguez	203
I Encuentro Internacional sobre Eco-socialismo Pedro Ivo Batista	206
Unida, América Latina triunfa Luciano Rezende Moreira	209
Enero de 2008 - Jornada de Acción Global: el FSM en un nuevo formato Ana María Prestes Rabelo	214
¿Qué es y hacia dónde se encamina la América Latina? Emília Viotti	218

palabrasdeeditor

Con este número, *Contexto Latinoamericano* cumple su primer año de existencia. Fue un año caracterizado por el aumento de la lucha social y la afluencia de los pueblos a las urnas para votar contra el neoliberalismo. Tres de los gobiernos electos por el voto antineoliberal, los de Bolivia, Venezuela y Ecuador, optaron por la renovación o la reforma constitucional para impulsar sus respectivos procesos de transformación social, pero dos de ellos, los de Bolivia y Venezuela, emprendieron esa batalla institucional sin haber ganado *antes* la lucha política que garantizara la aprobación de los cambios deseados, en la Asamblea Constituyente, en el caso de Bolivia, y en el referéndum constitucional del 2 de diciembre, en el de Venezuela, mientras que en Ecuador el proceso entra en su etapa decisiva, en la que se demostrará si existen allí las condiciones para una constituyente exitosa.

Los errores tácticos cometidos en Bolivia y Venezuela son dolorosos, pero no afectan a la corriente antineoliberal que fluye por Nuestra América. Signo de los nuevos tiempos fue lo ocurrido en la XVII Cumbre Iberoamericana celebrada en Chile. Vale la pena recordar la historia.

Convocada por el presidente Carlos Salinas de Gortari, la I Cumbre Iberoamericana se efectuó en Guadalajara, México, en septiembre de 1991. Poco menos de dos años antes, en diciembre de 1989, se había producido la caída del Muro de Berlín y, en apenas tres meses, en diciembre de 1991, se desplomaría la URSS. Eran tiempos en que la Guerra del Golfo y la intervención «humanitaria» en Somalia anunciaban las características del «Nuevo Orden Mundial».

Días después de la caída del Muro de Berlín, los Estados Unidos invadieron a Panamá con la complicidad de casi todos los gobiernos de la región, que aislaron al gobierno de ese país mediante la suspensión de su membresía en el Grupo de Río. En febrero de 1990, ocurrió la derrota «electoral» de la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua. La dictadura de Augusto Pinochet, la última dictadura militar de «seguridad nacional» existente, fue relevada, en mayo de 1990, por el primer gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia, encargado de ocultar el origen dictatorial del «milagro» neoliberal chileno, y de dotarlo con un antifaz democrático para hacerlo atractivo a los grupos dominantes de otros países.

Consecuente con la implantación de un esquema único de democracia neoliberal, en la propia capital chilena, en junio de 1991, la OEA adoptó el Compromiso de Santiago de Chile con la Democracia y con la Renovación del Sistema Interamericano. El Compromiso de Santiago anuló el reconocimiento del pluralismo en las relaciones interamericanas abierto en los años setenta, estableció que la democracia representativa, entendida como democracia neoliberal, es la única forma legítima de gobierno en el continente americano, y sentó las bases para institucionalizar mecanismos transnacionales de injerencia, control y sanción. Los objetivos del Compromiso de Santiago eran: aislar y estigmatizar a la Revolución Cubana, a la que ese texto implícitamente declaraba ilegítima; forjar un pacto entre las élites para oponerse al triunfo de futuros procesos populares; y evitar que las pugnas intestinas de la clase dominante provocasen rupturas no deseadas del nuevo sistema de dominación.


Desde que comenzaron los preparativos de la Cumbre, se iniciaron también las presiones sobre Salinas de Gortari para que no invitase al líder cubano, Fidel Castro. Quizás el Presidente mexicano no quiso cargar con el baldón histórico de excluir a Cuba del naciente espacio iberoamericano; quizás el «andamiaje democrático» aún estaba en su fase inicial de despliegue, y no pudo ser utilizado a plenitud para presionarlo; o quizás fue la combinación de ambos factores, pero el Gobierno Revolucionario de Cuba asistió a la Cumbre de Guadalajara.

Un triste papel (uno de tantos) desempeñaron el rey Juan Carlos y el presidente del gobierno español, Felipe González, como anfitriones de la II Cumbre Iberoamericana, realizada en Madrid en 1992. Sin aprobación alguna, a último minuto «apareció» la «cláusula democrática» –la misma que aprobó la OEA para «decretar» la exclusiva legitimidad de la democracia neoliberal–, en la Declaración que iban a firmar los Jefes de Estado y de Gobierno. Luego, el presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular de Cuba, Ricardo Alarcón, respondería a los periodistas que Fidel Castro suscribió ese documento porque en su país sí hay una democracia representativa de los intereses de los obreros, los campesinos, las mujeres, los negros, los jóvenes, los ancianos, en síntesis, de los intereses del pueblo.

Con su innoble actuación, el rey de España y el entonces Jefe del Gobierno de ese país, no solo intentaron hacer de las Cumbres Iberoamericanas un espacio ajeno, asfixiante, intolerable para la Revolución Cubana –a lo que Salinas, pese a ser un connotado político de derecha, se resistió–, sino que, al hacerlo, su objetivo ulterior era convertirlas en caja de resonancia de los valores, los conceptos y las recetas de la globalización neoliberal y, por ende, en un espacio ajeno, asfixiante, intolerable para cualquier proyecto político de carácter popular. Por eso, cuando varios de los líderes de la izquierda latinoamericana que hoy ejercen el gobierno alzaron sus voces en la XVII Cumbre Iberoamericana para llamar las cosas por su nombre, lo que hicieron fue patentizar los nuevos tiempos que corren en Nuestra América. Ya no es la voz de Cuba la única contestataria: ¡América Latina no se calla!

ocean sur

una nueva editorial latinoamericana



Ocean Sur, casa editorial hermana de Ocean Press, es una nueva, extraordinaria e independiente aventura editorial latinoamericana. Ocean Sur ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario del pasado, presente y futuro de América Latina: desde Bolívar y Martí, a Haydée Santamaría, Che Guevara, Fidel Castro, Roque Dalton, Hugo Chávez y muchos otros más. Inspirada en la diversidad, la fuerza revolucionaria y las luchas sociales en América Latina, Ocean Sur desarrolla múltiples e importantes líneas editoriales que reflejan las voces de los protagonistas del renacer de Nuestra América.

Editamos los antecedentes y el debate político actual, lo mejor del pensamiento de la izquierda y de los movimientos sociales, las voces indígenas y de las mujeres del continente, teoría política y filosófica de la vanguardia de la intelectualidad latinoamericana, así como los aportes fundamentales de artistas, poetas y activistas revolucionarios. Nuestras colecciones Fidel Castro, Biblioteca Marxista, Proyecto Editorial Che Guevara, Vidas Rebeldes, Roque Dalton, entre otras, promueven la discusión, el debate y la difusión de ideas. Ocean Sur es un lugar de encuentro.

www.oceansur.com ■ info@oceansur.com

contexto

LATINOAMERICANO

Con este número, **Contexto** LATINOAMERICANO, un proyecto de Ocean Sur, cumple su primer año de existencia.

Fue un año caracterizado por el aumento de la lucha social y la afluencia de los pueblos a las urnas para votar contra el neoliberalismo.

Contexto LATINOAMERICANO hace claro su compromiso con los movimientos sociales y los pueblos de nuestro continente y aspira a ser cada vez más un espacio en que todas las voces puedan ser escuchadas.

Visite la nueva página web de Ocean Sur

www.oceansur.com
info@oceansur.com

Suscríbase al boletín para recibir información sobre nuestras publicaciones, eventos y nuevos números de

Contexto LATINOAMERICANO



El Acuerdo de Libre Comercio de los Estados Unidos con Centroamérica y República Dominicana: los extremos de la asimetría

LUIS RENÉ FERNÁNDEZ TABÍO

I. Principales antecedentes del Acuerdo de Libre Comercio de los Estados Unidos con América Central y República Dominicana

Los acuerdos de libre comercio en la política económica externa de los gobiernos estadounidenses tienen antecedentes importantes desde finales de los años setenta del pasado siglo, incluso antes de conocerse la primera propuesta de este tipo, o de firmarse el primer Tratado de Libre Comercio (TLC) entre los Estados Unidos y algún país de nuestra América. Tales acuerdos fueron impulsados por la interacción internacional de procesos políticos y económicos, asociados al auge de tendencias de política económica neoliberal y, en particular, a la difusión de las recomendaciones del llamado Consenso de Washington durante la década del ochenta.¹

En la práctica, el instrumento generador de esa orientación política encaminada a la liberalización unilateral de los mercados y a la apertura de la cuenta de capital de los países de América Latina y el Caribe fue el proceso de renegociación de sus deudas externas. Las vulnerabilidades y dependencias estructurales de las economías

¹ John Williamson: «A Short History of the Washington Consensus», Paper Commissioned by «Fundación CIDOB» for the Conference «From the Washington Consensus Toward a New Global Governance», Barcelona, September 24-25, 2004, 14 pp.

latinoamericanas y caribeñas fueron agravadas por un nuevo contexto económico en el que las tasas de interés denominadas en dólares estadounidenses se elevaron de forma notable. Tales condiciones hicieron inefectivos los patrones de acumulación existentes, con lo cual se desató una crisis económica generalizada. El retroceso en el desarrollo registrado en la región durante los años ochenta fue de tal magnitud que los especialistas de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe denominaron este período como «la década perdida».

También la crisis afectó el dinamismo de los acuerdos de integración regional que ya se encontraban en una situación compleja desde finales de los años setenta. Su reactivación posterior en los noventa estaría marcada por los ajustes y reformas unilaterales y por la nueva orientación neoclásica de la política estadounidense.

La política económica externa de los Estados Unidos durante esos años enfatizaba la ineficacia de los programas de la asistencia oficial para el desarrollo² y la mayor relevancia que debía dársele al comercio y a los instrumentos de mercado en la economía internacional dominada por las empresas transnacionales. En ese contexto, se manifiesta el interés en fijar un nuevo marco institucional y de regulaciones que, mediante acuerdos multilaterales, regionales y bilaterales inspirados en la visión amplia del libre comercio, respaldara los negocios de sus empresarios.

Los primeros resultados prácticos de la política estadounidense de «libre comercio» no fueron –como cabría esperar– en las Américas, sino en la región del Medio Oriente, con su aliado estratégico Israel, país con el cual estableció un acuerdo de libre comercio en 1985.

La década del ochenta fue para los países de Centroamérica y el Caribe una etapa caracterizada por el auge de los movimientos revolucionarios y la intervención estadounidense para sofocarlos. En 1983, como parte de la política de contrainsurgencia y de conflicto de baja intensidad para frenar el auge de los movimientos de liberación nacional en el entorno geográfico más próximo de los Estados Unidos, es lanzada por el gobierno de Ronald Reagan la Iniciativa para la Cuenca del Caribe (ICC),³ que reconocía la necesidad de otorgar asistencia económica y para la «seguridad», así como de ofrecer ciertas preferencias comerciales que daban acceso al mercado estadounidense a un grupo de productos por razones de su agenda de seguridad nacional, enmarcada en la confrontación Este-Oeste y la Guerra Fría. Tales preferencias estimularon la producción de la industria de textiles y confecciones, controlada por transnacionales estadounidenses interesadas en la exportación hacia las grandes cadenas de tiendas en los Estados Unidos.

² Susan P. Woodard: «The Foreign Aid Program: A Time for Reevaluation», *Background #94*. *The Heritage Foundation*, August 7, 1979 (<http://www.heritage.org>).

³ Oficialmente «Caribbean Basin Economic Recovery Act» (Public Law 98-67), puesta en práctica desde enero de 1984.

Esta política había sido influida por el informe de la Comisión Nacional Bipartidista para Centroamérica presidida por Henry Kissinger.⁴ La ICC buscaba impulsar el comercio y las inversiones, para lo cual ofrecía un poco más de trescientos millones de dólares por motivos de «seguridad nacional», y brindaba cuantiosa ayuda, destinada a financiar armamentos y entrenamiento, a El Salvador y Honduras para enfrentar la crisis política centroamericana. El Congreso norteamericano, durante estos años, incrementó sustancialmente la asistencia económica y militar para Centroamérica, que alcanzó, entre el año fiscal 1978 y 1990, 11 000 millones de dólares, dirigidos principalmente a El Salvador.⁵

La importancia conferida a Centroamérica y el Caribe desde la perspectiva de seguridad norteamericana motivó el tratamiento especial brindado a esta subregión en términos comerciales mediante distintos instrumentos unilaterales desplegados como parte de la ICC; ese es el caso de la Ley de Recuperación Económica de la Cuenca del Caribe (*Caribbean Basin Economic Recovery Act / CBERA*), la Ley de Asociación Comercial de la Cuenca del Caribe (*Caribbean Basin Trade Partnership Act / CBTPA*) y el Sistema Generalizado de Preferencias (*Generalized System of Preferences / GSP*), condiciones que dejarían de existir para esos países cuando expiraran tanto la ICC como la CBTPA en el año 2008; sin duda, un fuerte estímulo para considerar la incorporación a un acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos.

El supuesto fin de la Guerra Fría a inicios de los años noventa, que hizo hablar al ex presidente George H. W. Bush de un «nuevo orden mundial» a raíz de su intervención en la guerra del Golfo,⁶ el repliegue de los movimientos revolucionarios en la subregión y los procesos de democratización, también favorecieron las críticas hacia los tratamientos preferenciales a Centroamérica y el Caribe, que por razones geopolíticas y de seguridad nacional ofrecían los Estados Unidos. La administración de George H. W. Bush recomendó la Iniciativa para las Américas,⁷ centrada en negociar acuerdos con países seleccionados de América Latina para reducir sus deudas oficiales, liberalizar el comercio y conseguir amplios respaldos y compromisos favorables a los inversionistas norteamericanos, como clave para las nuevas relaciones interamericanas.

⁴ *The Report of the President's National Bipartisan Commission on Central America*, Macmillan, New York, 1984, 158 pp.

⁵ Jonathan E. Sanford: «Central America: Major Trends in U.S. Foreign Assistance», Fiscal 1978 to 1990, CRS Report 89-374, June 19, 1989.

⁶ Intervención en la Sesión Conjunta del Congreso sobre la «Crisis del Golfo Pérsico y el Déficit del Presupuesto Federal», 11 de septiembre de 1990 (<http://www.bushlibrary.tamu.edu/research/papers/1990>).

⁷ Intervención del presidente George H. W. Bush sobre la Iniciativa para las Américas («Entreprise for the Americas Initiative»), 27 de junio de 1990 (<http://www.presidency.ucsb.edu>).

Sin embargo, en América, no es hasta la firma de un acuerdo de libre comercio con Canadá, el 1ro. de enero de 1989, que se inicia ese proceso de integración de nuevo tipo impulsado por los Estados Unidos. La gran significación del mercado canadiense, su adyacencia geográfica y el compartir considerables elementos de sus respectivas identidades culturales –sobre todo para la mayoritaria y dominante población anglo– convirtieron a Canadá en el primer país vinculado a los Estados Unidos por un tratado de libre comercio en el hemisferio occidental.

La incorporación de México se comienza a negociar casi inmediatamente, alentada por la falta de respuesta que el gobierno mexicano había encontrado de los otros mayores mercados; se establece así, en enero de 1994 el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). A partir de ahí parecía que el resto de los países de América Latina y el Caribe quedaban con muy pocas posibilidades de incorporarse a un acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos, a no ser el caso particular de Chile o que se asumiera la compleja negociación multilateral para la incorporación, por medio de una prometida Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) que fuera lanzada en ese propio año de 1994 en la Cumbre de Miami.

Los países de Centroamérica y República Dominicana al negociar con los Estados Unidos un tratado de libre comercio, de algún modo fueron estimulados por las negociaciones que se venían impulsando desde los años noventa en tres niveles paralelos, el global (GATT-OMC), el regional, dentro del Mercado Común de Centro América (MCCA) y el propio ALCA a nivel hemisférico.

El ALCA es un antecedente muy importante en la firma de un acuerdo de libre comercio de los países de Centroamérica y República Dominicana con los Estados Unidos, debido a la intensidad de las negociaciones en ese marco que incluye cinco cumbres (Miami, 1994; Santiago, 1998; Québec, 2001; Monterrey, 2004; Mar del Plata, 2005) y ocho reuniones ministeriales.

Asimismo, la firma de varios acuerdos subregionales alentaba la apertura comercial a partir de lo que se ha conocido en la literatura como el efecto del «plato de espaguetis»,⁸ cuyo resultado se considera positivo siempre que no representen excesiva desviación de comercio ni perjudiquen los resultados de las negociaciones comerciales globales.⁹ Los países de Centroamérica tienen diversos acuerdos de libre comercio que involucran a veces a todos, o algunos de los países de la subregión en acuerdos de libre comercio con México, Canadá, Panamá, República Dominicana, CARICOM, Chile, Taiwán y Colombia. Además, se negocia un Acuerdo de Asociación

⁸ Expresión acuñada por el economista indio Jagdish Baghwati para definir una red densa y multiforme de tratos preferenciales.

⁹ C. Felipe Jaramillo y Daniel Lederman: «Capítulo II. ¿Es el CAFTA-DR el final del camino?», *El CAFTA-DR: desafíos y oportunidades para América Central*, Banco Mundial, Washington, D.C., agosto de 2005, p. 19.

entre Centroamérica y la Unión Europea, que supone la formación de un área de libre comercio.¹⁰

Debe considerarse que los procesos de integración regional en el marco de lo que se ha denominado «regionalismo abierto» no son, necesariamente, contradictorios con los acuerdos de libre comercio con los Estados Unidos, y de hecho así ha sido examinado este aspecto, tanto desde la perspectiva latinoamericana por los especialistas de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe de Naciones Unidas (CEPAL),¹¹ como por conocidos académicos norteamericanos estudiosos de este tema, por ejemplo, el profesor Sydney Weintraub.¹²

El complejo proceso de negociación del ALCA llegaría a un manifiesto estancamiento más de una década después de haber sido presentado durante la Cumbre de Mar del Plata, Argentina, en noviembre de 2005, y aunque no ha sido desestimado por los estrategas norteamericanos, se convertiría desde ese momento en un trasfondo para avanzar acuerdos de libre comercio con países de la región dispuestos y cuyas condiciones fueran aceptables para los Estados Unidos.

Entre los retos para el avance del ALCA se destacan: los obstáculos dentro de la política interna estadounidense de eliminar el proteccionismo y, en particular, sus subvenciones agrícolas; divergencias en este y otros aspectos con Brasil; agotamiento del modelo económico neoliberal –identificado con el ALCA–; y rechazo de sectores de la sociedad civil, que, en algunos casos, abrieron el camino a gobiernos de izquierda, más o menos radicales, con lo cual modificaron la correlación de fuerzas hemisférica en contra de los intereses estadounidenses.

Las propuestas estadounidenses de «libre comercio» entran en conflicto con las visiones nacionalistas, de justicia social, defensa de los pueblos originarios, su cultura, la biodiversidad y el desarrollo sostenible, sobre todo porque cuotas de soberanía estarían en manos de instituciones privadas para la solución de controversias donde los intereses nacionales, locales y regionales se enfrentarían a transnacionales en temas cruciales como el uso y explotación de esos recursos naturales, cada vez más escasos y vitales, así como las posibilidades de explotar mucho más intensamente la fuerza de trabajo.

Con la victoria de Hugo Chávez en Venezuela que lo lleva a la Presidencia de la República por primera vez en 1998 y la profundización del proceso bolivariano después del fracaso del golpe de Estado de 2002, sus propuestas se han constituido

¹⁰ Secretaría de Integración Económica Centroamericana (SIECA): «Estructura de Integración Económica Centroamericana», febrero de 2007 (<http://www.sieca.org.gt/SIECA.htm>).

¹¹ CEPAL: *El regionalismo abierto en América Latina y el Caribe. La integración económica en servicio de la transformación productiva con equidad*, Libros de CEPAL, no. 39, enero de 1994.

¹² Sydney Weintraub: «The New U.S. Economic Initiative Toward Latin America», *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Spring, 1991.

en un desafío y una alternativa más nítida a la política estadounidense del «libre comercio», en la misma medida en que se extiende el alcance de sus proposiciones a nuevos países y a programas inspirados en lo que el propio presidente de la República Bolivariana de Venezuela ha denominado Alternativa Bolivariana para la América (ALBA), y más recientemente, Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América - Tratado de Libre Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP), como polo antagónico y de fractura de los acuerdos de libre comercio con los Estados Unidos y del ALCA.

Luego de una prolongada negociación, entra en vigor en 2004 el acuerdo de libre comercio entre los Estados Unidos y Chile. En medio de una difícil coyuntura política interna y externa del gobierno norteamericano, la llamada guerra contra el terrorismo, intervenciones militares en Afganistán e Irak, y estancamiento del ALCA, se presentan las condiciones para impulsar un acuerdo de libre comercio con países de Centroamérica y República Dominicana, como siguiente paso en la política estadounidense de extender la cobertura de sus tratados de libre comercio con la región.

En tales circunstancias se considera como mejor opción para avanzar su política de libre comercio con la subregión, la firma de un acuerdo con el grupo de países de América Central, más débiles y dependientes económicamente de los Estados Unidos, a lo cual se sumaría más tarde República Dominicana con semejantes condiciones en sus vínculos estructurales con la economía estadounidense.

Si México fue integrado al TLCAN en 1994 por ser el más importante mercado en la región, en ese propio año se lanzaba el ALCA y mostraba muy pocas posibilidades de concluirse después de una década de negociaciones; se ofrece la opción de poner en práctica un acuerdo de libre comercio entre El Salvador, Honduras, Costa Rica, Nicaragua y República Dominicana con los Estados Unidos, acuerdo que somete a prueba el caso de integración mediante el libre comercio donde persisten las mayores diferencias entre los países participantes, como expresión extrema de asimetría.

II. Características del proceso de negociación y sus resultados preliminares

Tanto desde el punto de vista teórico como práctico, sigue siendo un tema relevante para la economía internacional y para el diseño de los procesos de integración las diferencias de partida, al igual que el establecimiento de mecanismos de corrección de las mismas como parte de estos acuerdos, si bien el pensamiento dominante al respecto impuesto por los países capitalistas desarrollados y sobre todo por los Estados Unidos, en el marco de la Organización Mundial del Comercio (OMC) y de otros acuerdos sobre comercio e inversiones, llevan al progresivo desmantelamiento de los sistemas de preferencias y de tratamiento especial y diferenciado.

Desde la perspectiva de la ortodoxia neoclásica, se asume que los beneficios de la apertura del movimiento de los factores productivos –del que quedan excluidos,

para el caso de los acuerdos de libre comercio con los Estados Unidos, los movimientos de la fuerza de trabajo con la excepción de los empresarios– deben favorecer el desarrollo más acelerado de los países menos adelantados, por el incremento de la inversión y el comercio.

Los tratados de libre comercio, sobre todo los que se establecen entre países cuyas condiciones iniciales son muy distintas, una vez sometidos a los procesos inmediatos o graduales de eliminación de las barreras al comercio y otras regulaciones a los flujos de capital que aplanan el terreno de juego, deben tener en cuenta los efectos esperables sobre la distribución de sus beneficios y las consecuencias sociales, económicas, laborales y ambientales.

En este sentido, es obvio que esas asimetrías entre los países de Centroamérica, República Dominicana y los Estados Unidos son muy superiores si se les compara con cualquiera de los TLC en ejercicio a nivel hemisférico que le precedieron: Canadá, México y Chile.

La población de los cinco países centroamericanos y República Dominicana en el año 2005 se estimaba en cuarenta y cinco millones de habitantes, comparado con la población de los Estados Unidos era apenas el 15%. La diferencia entre el Producto Interno Bruto de estos países con relación a los Estados Unidos es abismal. La suma del producto de los seis países sería de alrededor de 109 000 millones de dólares y la estadounidense en el propio año de 12 455 000 millones de dólares; o 0,8%.¹³

La mortalidad infantil por cada mil nacidos constituye una expresión clara de las desigualdades. En el año 2004 este indicador registró 11 para Costa Rica –la de mejores resultados del grupo– seguido de El Salvador 24, República Dominicana 27, Honduras y Nicaragua 31 y Guatemala 33.¹⁴

El Informe sobre Desarrollo Humano del año 2006 del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo ubicaba a los Estados Unidos en el 8vo. lugar, mientras los países analizados se colocaban en el siguiente orden: Costa Rica en el puesto 48, República Dominicana en el 94, El Salvador 101, Nicaragua 112, Honduras 117 y Guatemala 118.¹⁵

Una inspección de otros ángulos develaría las enormes diferencias de la estructura productiva, la productividad, el desarrollo tecnológico, la calificación de la fuerza de trabajo, la calidad institucional, la infraestructura, así como la significación relativa de sus relaciones comerciales y financieras, respecto a los Estados Unidos.

La estructura del comercio de los países de Centroamérica y República Dominicana implicados en el acuerdo de libre comercio analizado se caracteriza por ser

¹³ Cálculos realizados a partir de World Bank: «World Development Indicators Database» (<http://www.devdata.worldbank.org/data-query>).

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ United Nation Development Program. Human Development Report 2006 (<http://www.hdr.undp.org/hdr2006/statistics>).

de las naciones con mayor grado de concentración de su comercio con los Estados Unidos dentro de la región.

Los cinco países de América Central de conjunto exportaban 5 581 millones de dólares a los Estados Unidos en el año 2006, o el 33,77% de sus ventas al mundo; e importaban 12 609 millones en los mismos términos, el 34,77% de sus compras totales desde el mercado estadounidense. Se puede apreciar una disminución de la proporción representada por el mercado norteamericano para estos países respecto al año 2000, cuando el 45,89% de sus exportaciones y el 46,74% de sus importaciones se realizaban con ese país. También existen diferencias en este aspecto. Costa Rica registra una dependencia del comercio norteamericano de 36% de las exportaciones y 38% de las importaciones en 2006; mientras para Honduras es mayor: exporta el 46,77% a los Estados Unidos, e importa el 40,12% desde este país.¹⁶ Cabe esperar que este proceso se profundice con la puesta en marcha de esos acuerdos.

Un reto para los países de Centroamérica con los Estados Unidos, derivado de ese acuerdo de libre comercio, es el agravamiento del deterioro del balance comercial que ha venido ocurriendo en el período (2000-2006), debido a que las exportaciones de la región prácticamente no han crecido y sus importaciones desde el mercado estadounidense han tenido un mayor dinamismo.¹⁷

Las asimetrías de los países participantes en el marco del ALCAC-RD-Estados Unidos son muy importantes, en tanto los efectos de los esperados incrementos en el comercio y las inversiones no se distribuyen de modo homogéneo entre industrias, sectores sociales y regiones geográficas dentro de cada país participante y ello debería tenerse en cuenta.

Otra expresión de las asimetrías en estas relaciones se aprecia desde el proceso de establecimiento del acuerdo. En primer lugar, se destaca la celeridad. Las negociaciones para su establecimiento se iniciaron oficialmente en los primeros dos meses del año 2003 y se concluyeron el 17 de diciembre de ese propio año, cuando quedó listo para ser sometido a las legislaturas de los respectivos países.

Es decir, después de apenas doce meses de negociaciones, se consiguió el acuerdo con Honduras, Guatemala, Nicaragua y El Salvador. Inicialmente Costa Rica no aceptó, pero su posición se modificó a finales de mayo de 2004, lo que dio lugar a la firma del documento el 5 de agosto de 2004.

Debido a que los Estados Unidos también venían negociando un acuerdo bilateral de libre comercio del mismo tipo con República Dominicana, la nación caribeña se incorporó al mismo esquema negociado por Centroamérica en el verano de 2004, y así se conformó el Acuerdo de Libre Comercio de los Estados Unidos con América Central y República Dominicana.

¹⁶ SIECA: «Centroamérica: comercio con terceros» (<http://www.estadistica.sieca.org.gt>).

¹⁷ *Ibidem*.

El establecimiento de una apretada agenda de menos de un año de negociación daba muy pocas oportunidades al análisis por los agentes de la sociedad civil en Centroamérica y en República Dominicana, situación agravada por las debilidades institucionales de esos gobiernos y los escasos márgenes para el accionar de la sociedad civil, dada la falta de transparencia a la hora de conocer y analizar el documento original. Las posibilidades de que organizaciones de la sociedad civil de los países involucrados pudieran debatir los contenidos del documento fueron reportados por fuentes no gubernamentales que expresaban su preocupación al respecto:

Los países del ALCAC han estado de acuerdo con que no se hagan públicos los textos de negociación. Los textos fueron clasificados como parte de la seguridad nacional. Desde el inicio de las negociaciones los Estados Unidos exigieron que todas las partes firmaran un «acuerdo de confidencialidad». Ello significaba que los negociadores no podrían siquiera revelar la agenda de las reuniones, ni tampoco a cuáles acuerdos se habría llegado, sin el consentimiento unánime de todos los equipos negociadores –cualquier país tenía el poder de veto en relación a cuál información se podía revelar.¹⁸

Otra muestra de la falta de transparencia y las condiciones asimétricas durante el proceso negociador fue reflejada por el *Miami Herald*. Según este diario, Epsy Campbell, diputada del Partido Acción Ciudadana (PAC) de Costa Rica, denunció que el secreto de las negociaciones solamente se aplicaba a los centroamericanos –incluyendo las legislaturas–, pero no para los estadounidenses. «Los legisladores y funcionarios en los Estados Unidos tienen acceso a toda la información, pero nosotros no», afirmó. «Es una actitud absolutamente asimétrica, antidemocrática y hasta sospechosa.» Campbell dijo que vino a «observar» el proceso negociador, pero no podía estar presente en la sala, por lo que se mantuvo en un pasillo del hotel céntrico en Washington D.C. donde los delegados anunciarían el acuerdo final el martes 16 de diciembre de 2003.¹⁹

A pesar del apoyo de la administración de George W. Bush, de los intereses de corporaciones vinculadas a la profundización y extensión de las inversiones y comercio estadounidense con Centroamérica y República Dominicana, y del dominio republicano de las dos cámaras del Congreso en el momento en que fue sometido a su consideración, la aprobación del acuerdo no fue una tarea fácil. En particular, el proceso de aprobación del ALCAC-RD (CAFTA-DR) en el Congreso de los Estados Unidos evidenció considerables obstáculos internos.

¹⁸ CISPES: «New Developments, but Few Surprises Emerge from First ALCAC Negotiating Round in Costa Rica», *ALCAC Briefs*, CISPES Office, San Salvador, February 12, 2003, p. 14 (http://www.igtn.org/pdfs/251_CAFTAesp.pdf).

¹⁹ Néstor Ikeda (AP/Washington, D.C.): «Preocupa prisa y secreto en el caso del CAFTA», *El Nuevo Herald*, 10 de diciembre de 2003, p. b07 (<http://www.miami.com/elherald/>).

La aprobación del ALCAC-RD se realizó en el Senado de los Estados Unidos por 54-45, el 30 de junio de 2005, y en la Cámara de Representantes por un margen aún más estrecho de 217-215, al mes siguiente, el 28 de julio. El presidente Bush firmó esa legislación casi inmediatamente, el 2 de agosto del mismo año.²⁰

El tenso proceso de aprobación del acuerdo en el Congreso de los Estados Unidos obligó a establecer condiciones que planteaban exigencias adicionales a los países. Estas condiciones llevaron al gobierno norteamericano, por medio de la Oficina del Representante Comercial (USTR, por sus siglas en inglés), a exigir determinadas modificaciones en sus leyes y regulaciones internas para recibir una certificación unilateral de encontrarse listos para incorporarse al tratado. Ello implicó una expresión más de la asimetría en las relaciones y que la implementación del acuerdo fuera escalonada, en correspondencia con el cumplimiento por cada país de los nuevos requerimientos impuestos por el gobierno estadounidense.

Por ello, la implementación del tratado ocurre primero para los Estados Unidos y El Salvador el 1ro. de marzo de 2006; Guatemala el 1ro. de junio y República Dominicana el 1ro. de marzo de 2007, luego de completar cada país su reordenamiento jurídico e institucional requerido. Costa Rica se ha mantenido como el país de mayor dificultad para poner en marcha el tratado, situación que se explica en buena medida por sus mejores condiciones en todos los indicadores respecto al resto de los países involucrados.

La declaración del portavoz del Representante de Comercio, Stephen Norton, en relación con la implementación del ALCAC-RD, del 30 de diciembre de 2005 resulta esclarecedora:

Los Estados Unidos han estado trabajando intensamente con nuestros socios del Tratado de Libre Comercio con América Central y la República Dominicana para la entrada en vigor del CAFTA-DR.²¹ Los Estados Unidos pondrán el CAFTA-DR en efecto de una manera progresiva a medida que los países hagan suficiente progreso para terminar sus compromisos de acuerdo a los términos del tratado.

¿Cuáles son esos compromisos que exige la parte estadounidense, después de haber firmado un acuerdo e incluso ser ratificado por una parte de las legislaturas?

En información brindada por el propio portavoz del Representante de Comercio de los Estados Unidos, se afirmaba que los países deberían «completar todos los procedimientos internos», lo que significa poner en práctica todas las regulaciones internas para que el marco legal del ALCAC-RD ofreciera las garantías que requiere la parte norteamericana y «durante el período interino antes de la entrada en vigor

²⁰ Public Law 109-53, 119 STAT, 462. Véase «The Dominican Republic-Central America Free Trade Agreement (CAFTA-DR)», Congressional Research for the People, April 05, 2007 (<http://www.opencrs.com/document>).

²¹ Siglas en inglés de ALCAC-RD (*Central America Free Trade Agreement-Dominican Republic*).

completa del acuerdo, los países podrán seguir gozando de las preferencias comerciales existentes».

En síntesis, el documento utilizado para la negociación había sido elaborado según la propuesta de los representantes comerciales de los Estados Unidos, quienes emplearon las experiencias previas dentro de la región en este campo, con México y con Chile y las derivadas del proceso de negociación del ALCA. Ello y las propias diferencias en todos los aspectos económicos, políticos e institucionales permiten comprender el escaso tiempo para la negociación de estos acuerdos, caracterizados por su falta de transparencia.

De lo anterior resulta un documento que tiene muy limitadas posibilidades de representar los intereses de los distintos sectores de estas sociedades, sobre todo los de peores condiciones socioeconómicas. Para beneficiarse de estos acuerdos se requiere de una participación en aquellas empresas con posibilidad de ser insertadas, o con capacidad de incorporarse a las redes productivas y de servicios alentadas por este tratado de «libre comercio», escenario dominado por grandes empresas y corporaciones transnacionales, con recursos suficientes para participar en tal escala de competencia.

III. Factores determinantes de la estrategia de los Estados Unidos para Centroamérica y República Dominicana, en los ámbitos económico, político y de la seguridad

En la formación de la política exterior de los Estados Unidos hacia la subregión de Centroamérica y Caribe, desde los albores de su expansión a finales de los años setenta del pasado siglo, los enfoques de carácter geopolítico y de la seguridad nacional han ocupado un lugar priorizado. No cabe duda que las percepciones de los gobernantes en los Estados Unidos sobre lo que consideran su patio trasero tienen una gran importancia, y han sido durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial un factor crucial en la política y en la estrategia norteamericana hacia la subregión, dada su cercanía geográfica.

El auge de la llamada revolución conservadora en los Estados Unidos, asociada con la llegada a la presidencia de ese país de Ronald Reagan a principios de los años ochenta, marca un ascenso de la importancia de la subregión de Centroamérica y el Caribe, como un lugar de gran trascendencia para la recuperación de la hegemonía norteamericana en el mundo. Los ideólogos del sistema consideraban que si los Estados Unidos no lograban controlar el ascenso del movimiento revolucionario en los países más próximos a la frontera sur, de qué modo podrían tener credibilidad como principal potencia hegemónica global.

El ocaso de la confrontación Este-Oeste desde finales de los años ochenta sirvió de base para reorientar la política exterior hacia temas como la democratización, el buen gobierno, así como el enfrentamiento a una serie de retos específicos para la

seguridad norteamericana como el narcotráfico, la venta de armas, la corrupción y el contrabando migratorio dirigido a los Estados Unidos.

La década de 1990 significó un cierto abandono de la subregión por parte de los Estados Unidos que debían conformarse con negociar la continuación y reajuste de las preferencias obtenidas durante la etapa de la Guerra Fría, dentro de la llamada Iniciativa para la Cuenca del Caribe en el marco del ALCA. Tales preferencias fueron parcial y transitoriamente afectadas después de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que expresaba la prioridad inicial por México en la estrategia de los Estados Unidos encaminada a extender acuerdos de libre comercio como eje principal de su proyección externa.

El mayor tamaño del mercado mexicano, la condición de país fronterizo y fuente del flujo principal de los hispanos o latinos asentados en los Estados Unidos, le conferían a México una importancia difícil de superar, en la cual se entrelazaban aspectos económicos y de seguridad nacional sin paralelos con otros países o grupo de países de América Latina y el Caribe.

Al lanzarse la idea de alcanzar un Acuerdo de Libre Comercio de las Américas durante la Cumbre de Miami en 1994, parecía consolidarse la dimensión económica como el factor determinante de la estrategia de los Estados Unidos hacia la región, si bien seguían teniendo importancia las condiciones de crisis sociopolítica y económica que pudieran desestabilizar su sistema de dominación global y hemisférico.

El tránsito de la estrategia norteamericana de un énfasis en aspectos geopolíticos durante los años ochenta hacia los económicos, más próximos a lo que ha dado en llamarse como *geoeconomía*, y el reconocimiento de la importancia que tiene en un mundo globalizado la cercanía geográfica y los agrupamientos industriales (*clusters*) para la articulación de los mercados más competitivos, parecían traducirse en un cierto abandono hacia la subregión, que se recuperaría desde principios de 2002 por la confluencia de varios factores:

- necesidad de sustituir los tratamientos preferenciales recibidos por la subregión en virtud de criterios geopolíticos afincados en la Guerra Fría, que se extinguirían progresivamente en la primera década del siglo *xxi*;
- institucionalización de las relaciones de dependencia económica y política con una subregión muy próxima e importante para los Estados Unidos por razones de seguridad;
- expansión de las exportaciones e inversiones del capital norteamericano hacia los países integrados con plenas garantías para crear cadenas productivas y de comercialización destinadas a mejorar su competitividad dentro de los Estados Unidos y a escala global;
- avance de la presencia económica y política de China, así como la cada vez más nítida configuración del discurso político contestatario y la práctica de proyectos

de colaboración e integración alternativos, como los auspiciados por Venezuela en los marcos de la Alternativa Bolivariana para la América (ALBA) y el Tratado de Comercio de los Pueblos (TCP), propuesto por el presidente de Bolivia, Evo Morales, actualmente integrados en la denominada Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América - Tratado de Libre Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP).

Además, la incorporación de estos países a los acuerdos de libre comercio con los Estados Unidos favorece de manera directa e indirecta su posición política negociadora, tanto en el ámbito hemisférico como a escala global. También en el plano de la política interna, es un elemento positivo no desestimable para la Administración, aunque la aprobación en el Congreso fue por un margen reducido.

IV. Significado del ALCAC-RD dentro de la política estadounidense para América Latina y el Caribe

El tamaño del mercado de los países del ALCAC-RD hace pensar, a primera vista, que estos no son relevantes para la economía norteamericana. Tal afirmación parecería correcta si se apela a lo que ellos representan del total de las inversiones y de las exportaciones de los Estados Unidos al mundo, e incluso dentro del hemisferio occidental, o de América Latina y el Caribe, si se incorpora a México.

En el año 2005, las inversiones directas acumuladas de los Estados Unidos en los cinco países centroamericanos y República Dominicana alcanzaban 3 900 millones de dólares, o un poco más del 1% de las inversiones estadounidenses en toda América Latina, o el 5,6% de sus inversiones en México y el 1,7% de las inversiones norteamericanas en Canadá.²² Con la significación del comercio ocurre algo semejante, pero este es un rubro más atractivo. Las exportaciones de los Estados Unidos hacia el conjunto de estos países representan aproximadamente el 5% de sus exportaciones totales en 2006; se destaca el incremento de las exportaciones hacia este conjunto de países, superior al promedio general. Al parecer, lo más notable para los Estados Unidos es el ritmo de crecimiento de las exportaciones hacia los cinco países centroamericanos y República Dominicana entre el año 2000 y 2004; aumentaba 16,4%, a un paso muy superior al 4,8% de incremento de sus exportaciones a todo el mundo en esos mismos años.²³

²² Elaborado a partir de U.S. Department of Commerce: «U.S. Direct Investment Abroad», *Survey of Current Business*, Volume 86, Number 9, Washington, D.C., September, 2006, pp. 87-129.

²³ U.S. Department of Commerce. International Trade Administration: «CAFTA-DR. A State Export Overview 2000-2004» (<http://www.ita.doc.gov/td/industry/otea/docs>).

No obstante, cuando se analiza la economía norteamericana desde una perspectiva regional, o se consideran determinados sectores económicos, entonces aparece mejor delineado su significado.

En el aspecto económico no puede subestimarse la importancia en industrias más involucradas, como las textiles, las confecciones y algunas otras producciones, sobre todo del tipo maquila, que desempeñan un papel dentro de la competencia por el mercado de los Estados Unidos. Para algunos estados en particular, como es el caso de la Florida y otros de los estados con puertos en el Golfo de México, los intercambios con Centroamérica y República Dominicana tienen una importancia considerable.

Un estudio realizado por la Cámara de Comercio de los Estados Unidos consideraba que los beneficios de este acuerdo serían mayores en la Florida que en cualquier otro estado. En 2003, las exportaciones de la Florida hacia Centroamérica y República Dominicana sumaron 3 100 millones de dólares. Las estimaciones efectuadas, basadas en los resultados logrados por el TLCAN y el acuerdo de libre comercio de los Estados Unidos con Chile, consideraban que, en apenas un año de puesto en funcionamiento el acuerdo, la producción de todas las industrias de la Florida se incrementaría en 958 millones de dólares, los ingresos de los empleados se elevarían en 226 millones y los nuevos empleos asociados alcanzarían los 6 879.²⁴

Para algunas industrias enfocadas en el aprovechamiento de las maquilas, e incluso en ciertos segmentos de alta tecnología integrados a las cadenas productivas transnacionales, se develan importantes intereses asociados a la explotación de los recursos humanos y naturales disponibles en estos países.

Un objetivo análogo tuvo, cuando se firmó el TLCAN, la industria automovilística, que encontraba enormes dificultades para competir con las exportaciones chinas a partir de las producciones realizadas en su propio territorio. La incorporación de la subregión de Centroamérica y República Dominicana, a la cual se le agregaría, probablemente, Panamá en condiciones similares en un breve plazo, revela un cuadro mucho más nítido de esos intereses encaminados a balancear el avance comercial de China en algunas industrias.

Asimismo, desde una perspectiva política integradora se observa una clara complementación del ALCAC-RD y el denominado Plan Puebla-Panamá, así como la ampliación del canal de Panamá, como parte de una estrategia política y de seguridad que rebasa sustancialmente los beneficios comerciales y de aquellos derivados de los flujos de capital directamente estimulados por estos acuerdos.

Los países que se integran al ALCAC-RD constituyen la clave para la seguridad nacional de los Estados Unidos desde su perspectiva imperialista, no solamente por

²⁴ Mark Smith (Managing Director, Western Hemisphere, U.S. Chamber of Commerce): «The Economic Impact of the U.S.-Dominican Republic-Central American Free Trade Agreement (DR-CAFTA) in Florida» (<http://www.uschamber.com/NR/rdonlyres>).

la abundancia de los propios recursos naturales disponibles, el acceso a parte de la reserva biológica y de recursos hídricos y energéticos, sino, además, por conservar el significado que han tenido desde los primeros pasos de su expansión por América Latina y el Caribe desde finales del siglo xix. El lugar especial que ocupa la subregión de Centroamérica y el Caribe reflejado en este acuerdo debe mantenerse durante el siglo xxi, ya que es considerada vital para sus intereses de seguridad nacional.

Quizás no se puede expresar mejor el significado del ALCAC-RD para la estrategia de los Estados Unidos en el campo de la economía, la política y la seguridad, si no se recuerda la propia defensa presentada por los conservadores norteamericanos desde principios de los años ochenta: si los Estados Unidos no son capaces de defender sus intereses aquí, enfrentarían un serio problema con su credibilidad como potencia hegemónica global.

V. Evaluación general del ALCAC-RD

En todo acuerdo como el analizado aquí, hay ganadores y perdedores, se desvía y se crea comercio, si bien resulta bastante obvio, en este caso, que las notables diferencias de partida entre los participantes parecen presagiar un impacto adverso desproporcionado sobre los países más pobres y sobre los sectores menos favorecidos dentro de cada uno de ellos.

Entre los sectores económicos que deben enfrentar mayores dificultades está el agropecuario, en la medida en que sus producciones se vean obligadas a competir con productos del agronegocio norteamericano fuertemente subsidiados. Los ajustes estructurales derivados de los impactos del ALCAC-DR en cada uno de los países requieren de financiamiento, el cual podría ser un fardo demasiado pesado para estos países, un asunto particularmente complejo en la medida en que los gobiernos pierden una parte de sus ingresos al presupuesto, precisamente, por la reducción de las tarifas aduaneras.

No menos importante es el tema de las políticas gubernamentales que pudieran servir de promotoras al desarrollo, o por lo menos a una reinserción menos desfavorable, dadas las nuevas condiciones. Es decir, sería conveniente contar con políticas industriales y de cooperación entre los países de Centroamérica y la República Dominicana entre sí y con otros países de América Latina y el Caribe, que pudieran impulsar proyectos dirigidos a crear nuevas industrias y fortalecer la capacidad competitiva existente.

En atención a los elementos analizados, no cabe duda que estos acuerdos tienen una razón de ser mucho más geopolítica que económica, si bien se observan algunos intereses no despreciables derivados de la propia coyuntura declinante de la economía estadounidense y de la significación que tienen estos intercambios para algunos estados del sur de los Estados Unidos, como es el caso de la Florida.

En el corto plazo, los impactos esperados de la entrada en vigor de los acuerdos no deben ser muy importantes, aunque diferenciados por países, sectores económicos y sociales más afectados o beneficiados para cada uno de los casos. Asimismo, se debe registrar un aumento del comercio y de las inversiones, que pudiera traer crecimiento, pero con saldo favorable mayor para la economía de los Estados Unidos y, sobre todo, para sus poderosas empresas transnacionales.

En el mediano y largo plazo el incremento de las diferencias socioeconómicas internas, el agravamiento de las condiciones de los trabajadores no asociados a la producción para la exportación, el desplazamiento hacia otras esferas y el consiguiente aumento de la desocupación y marginación, pudiera provocar la agudización de los conflictos sociales. Tales condiciones constituyen una situación favorable para el ascenso de fuerzas y movimientos políticos que, dentro de su agenda para el cambio, formulen el rechazo o la revisión de estos acuerdos con los Estados Unidos.

LUIS RENÉ FERNÁNDEZ TABÍO, máster en Economía de la Universidad de Carleton, Ottawa, Canadá (1996) y doctor en Ciencias Económicas de la Universidad de La Habana (2004), es investigador, profesor auxiliar y subdirector del Centro de Estudios sobre los Estados Unidos (CESEU), de la Universidad de La Habana.

Antinomias políticas y hegemonía en las relaciones interamericanas: los Estados Unidos y Venezuela en la coyuntura actual

JORGE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ

En el escenario actual de Nuestra América se advierten antinomias políticas que, prácticamente a diario, se reflejan de manera inevitable en el discurso gubernamental, medios de prensa, círculos académicos, partidos y movimientos sociales. Son expresiones del contraste, aún más, de la profunda contradicción que atraviesa todo el mapa del subcontinente; se plasman, en esencia, en la confrontación entre el proyecto de dominación de los Estados Unidos (cuyos afanes hegemónicos se presentan bajo ropajes específicos, con la administración de George W. Bush) y los nuevos espacios de lucha –ahora más profundos y bajo amparos legales e institucionales–, que se desarrollan hoy en varios países latinoamericanos, con distintos niveles de afianzamiento, consolidación, liderazgo nacional y aceptación internacional (como Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua). En ese marco, sobresale, como proceso de vanguardia, el carácter antimperialista y popular de la Revolución Bolivariana, cada vez más definido y evidente. Sobre la base de los procesos iniciales que respaldaron, desde el punto de vista electoral, la presidencia de Hugo Chávez en 1998 y 2000, y de sus ulteriores legitimaciones públicas, por medio de un notable consenso interno, las percepciones norteamericanas han colocado la dinámica venezolana en un lugar aún más central, en la aplicación de la política hacia América Latina y el Caribe.

Las siguientes notas pretenden examinar, a grandes rasgos, la política de los Estados Unidos hacia Venezuela en la coyuntura más reciente, teniendo como telón de fondo el conflicto que se ha ido perfilando en el transcurso de la primera década del presente siglo entre los dos países, a partir de la creciente radicalización del gobierno de Chávez y de la persistencia del enfoque global de la política exterior norteamericana, luego del 11 de septiembre de 2001. El foco de esta última sigue dirigido

a evitar, neutralizar o eliminar las perspectivas de independencia, soberanía y autodeterminación de todo proceso de liberación nacional, bajo las codificaciones de que «afectan» la seguridad hemisférica, que tradicionalmente han enmascarado siempre las verdaderas preocupaciones por la hegemonía. Como se sabe, esas codificaciones se escudan hoy en el enfoque –pretendidamente novedoso– del denominado «cambio de régimen», que recrea viejas recetas, al estilo de las contenidas en formulaciones de otras épocas, como las del *roll back* (reversión), la contrainsurgencia y la guerra de baja intensidad.

Premisas

Si bien el desarrollo consecuente del proceso que lidera Chávez es incompatible con los intereses hegemónicos estadounidenses, por un conjunto de razones –entre ellas, la fortaleza económica de Venezuela, el respaldo comercial que le imprimen los compromisos petroleros establecidos con los Estados Unidos, las complicaciones de la política exterior norteamericana en el Medio Oriente, la crisis de imagen de Bush a nivel doméstico, la legitimidad electoral del gobierno venezolano y el mantenimiento de sus iniciativas dentro de los marcos de un Estado que aún no ha quebrado a nivel sistémico las reglas jurídico-institucionales del régimen demoliberal–, no es previsible que la escalada de desestabilización orquestada por la administración estadounidense se incremente, en el corto plazo, más allá de la expresión básica que ya exhibe, mediante las campañas mediáticas y las acciones político-diplomáticas en curso. En ello influye, además, la cercanía de las elecciones presidenciales en los Estados Unidos, proceso que matiza el desempeño internacional de ese país. Así ha sido, podría decirse que sin excepción (y por razones comprensibles), en una perspectiva histórica.

Está claro que desestimar las opciones de una eventual escalada violenta que involucre mayor énfasis en la subversión interna o en el enfoque estratégico-militar por parte del imperialismo norteamericano sería un error capital por parte de la izquierda latinoamericana en el siglo xxi.¹ A las ciencias sociales les compete, justamente, como ejercicio analítico, contribuir a mantener viva la memoria histórica, a no perder de vista el recurso de los golpes de Estado (como el intento frustrado de 2002), y de otras formas de injerencia, que no descartan la apelación a provocaciones, creación de situaciones artificiales o sobredimensionamientos de crisis internas, que puedan justificar incluso agresiones directas armadas.

¹ Véanse los documentados y críticos estudios de Lars Schoultz: *Beneath the United States: A History of U.S. Policy Toward Latin America*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1998; y de Peter H. Smith: *Talons of the Eagle: Dynamics of U.S.-Latin American Relations*, 2da. edición, Oxford University Press, New York, 2000.

Con todo –sin perder de vista la tradición de la política latinoamericana de los Estados Unidos durante el siglo xx y las lecciones extraídas por nuestros países–, por encima de la aguda tensión bilateral y de la hostilidad verbal, sigue prevaleciendo hasta la fecha un enfoque norteamericano *más pragmático que ideológico*. Bastaría con echar una ojeada panorámica a la década final del siglo xx, para apreciar el *pragmatismo* con que la administración Clinton diseñó el tratamiento a la Revolución Bolivariana y evitó elevar el tono de la confrontación directa, aun cuando, desde entonces, el desafío a la hegemonía estadounidense que constituía el proceso en curso auguraba una segura escalada de la confrontación. Así, si bien el discurso de la administración Bush en el siguiente decenio, acorde con los imperativos declarados de defensa y promoción de la democracia, de enfrentamiento a las tiranías –según lo expresó el propio presidente en su primera alocución sobre el estado de la nación, en enero de 2005, una vez ratificado en su cargo por los comicios realizados un par de meses antes–, estimula doctrinalmente el enfoque desestabilizador del llamado «cambio de régimen», en la práctica, se advierte, en cambio, un componente de moderación, tolerancia y espera que no dejan de responder a una posición *pragmática*.

En la actual escena latinoamericana, el resultado y la propia marcha del conflicto de los Estados Unidos con Venezuela posee implicaciones estratégicas para la configuración sociopolítica de la región, tanto desde el punto de vista de las consecuencias que pueda tener en la actividad de movimientos sociales, partidos políticos y posturas gubernamentales, como por el impacto simbólico y el acicate ideológico que represente, lo mismo para una opción de fortalecimiento de posiciones antimperialistas como ante una alternativa de cooperación estadounidense, en torno a temas de interés bilateral. La lectura que se haga del presente contexto es fundamental en la interpretación de su devenir. «Algunos han señalado que en América Latina –observa Francisco Rojas– se viene consolidando una nueva tendencia de izquierda. Pero lo que está sucediendo en la región es en realidad la búsqueda de opciones, de caminos que se abran a nuevos esfuerzos que ofrezcan respuestas diferentes, capaces de superar la exclusión social y política de una gran mayoría de personas. Superar y mitigar los efectos de las reformas estructurales efectuadas hace más de una década es el reto de los nuevos gobiernos. Los liderazgos emergentes son de diferente tipo, y no parece factible establecer una sola identidad, de izquierda, para englobarlos a todos». ² Desde este punto de vista, es imprescindible retener las especificidades del proceso que vive Venezuela bajo la Revolución Bolivariana, dentro del actual concierto de las fuerzas populares en el subcontinente, especialmente por el carácter que, como desafío, representa para los intereses hegemónicos estadounidenses.

² Francisco Rojas Aravena: «El nuevo mapa político latinoamericano», *Nueva Sociedad*, no. 205, Caracas, septiembre-octubre de 2006, p. 115.

Para Atilio Boron, este fenómeno político latinoamericano se define como resultado «de una prolongada hegemonía, de las ideas y las políticas neoliberales, las que hoy se encuentran a la defensiva, jaqueadas tanto por fuerzas internas crecientemente movilizadas como por una expansiva coalición de actores globales que pasaron de la tenaz resistencia a su proyecto de desplegar una ofensiva que se siente, si bien con desigual intensidad, en los cuatro rincones del planeta [...] los cambios más importantes se produjeron en el terreno más blando del discurso y la retórica, y no en el más duro y áspero de las políticas económicas».³ Quizás la mejor manera de asumir esta evaluación no sea en términos de una crisis hegemónica o de un enfoque que aprecia ya una acentuada declinación de la hegemonía tradicional de los Estados Unidos, que subestima matices y absolutiza solo un ángulo visual, sino prestando atención al alcance relativo de procesos que, generados por determinados Estados latinoamericanos, actuaron como contrapesos de dicha hegemonía; esta pauta es «la que, en última instancia, movió al imperialismo a dejar de oponerse *de oficio* a todo triunfo electoral de la izquierda», sin ignorar que «en la medida en que esa apuesta le falla, el imperialismo y sus aliados locales vuelven a utilizar sus viejos métodos de dominación, incluido el fraude y la injerencia grosera en los asuntos internos de las naciones latinoamericanas».⁴

Con independencia de los matices que se asuman, el antagonismo entre los Estados Unidos y Venezuela se ubica en ese contexto y su desarrollo tiene consecuencias para el entorno regional. Según Carlos A. Romero, «uno de los acontecimientos más importantes en la política interamericana del presente siglo es la espiral conflictiva que caracteriza las relaciones entre los gobiernos de Hugo Chávez y George W. Bush. Sus divergencias estratégicas, tácticas y verbales, sus percepciones mutuamente negativas, sus diferencias de criterio sobre políticas específicas de la agenda mundial y hemisférica, además de sus aspiraciones a construir alianzas diferentes, constituyen un objeto de atención de diversos actores internacionales y regionales».⁵ A partir de estas reflexiones y a la luz del dinámico contexto interamericano e internacional, cabría interrogarse a nivel analítico acerca de las bases sobre las que descansa la política de los Estados Unidos hacia el conflicto y el curso probable de la confrontación. Como se puede apreciar al revisar la literatura académica y política más reciente, el tema es de los más vigentes en los estudios de las ciencias sociales latinoamericanas y estadounidenses, incluido el esfuerzo de los llamados

³ Atilio Boron: «La renovada presencia de la izquierda en la vida política latinoamericana» (<http://www.rebelión.org/noticia.php>), 21 de febrero de 2005.

⁴ «Palabras del editor», *Contexto Latinoamericano*, no. 1, Ocean Sur, septiembre-diciembre de 2006, p. 8.

⁵ Carlos A. Romero: «Venezuela y Estados Unidos: ¿una relación esquizofrénica?», *Nueva Sociedad*, no. 206, Caracas, noviembre-diciembre de 2006, pp. 78-79.

«tanques pensantes» o *think-tanks*, cuya funcionalidad para el enfoque imperialista hacia nuestra región no ha sido escasa. En la interpelación de una política es tan importante su ejecutoria real, su instrumentación (o, como muchos prefieren llamarle, su implementación), como su enfoque doctrinal, la plataforma ideológica o conceptual que la sostiene.

Teoría e historia: la funcionalidad de las antinomias en política exterior

En la historia política de los Estados Unidos –y de manera sobresaliente, en el ejercicio de su política exterior– se advierte una alternancia y, en algunas ocasiones, cierta hibridez, entre dos tendencias que acuñan estilos de comportamiento, enfoques subyacentes, apegos partidistas, formulaciones doctrinales, que identifican maneras un tanto diferenciadas de asumir los intereses nacionales, sobre todo cuando estos se comprometen en otros escenarios o regiones del mundo: la *ideologización y el pragmatismo*. Si bien no se trata de orientaciones necesariamente contrapuestas, por definición, como regla se les encuentra en expresiones polarizadas, en antinomias que, como ocurre en otros casos (en los que también se quiere tipificar con rapidez y fuerza ilustrativa una u otra manifestación del contenido, dirección y matiz de una determinada vertiente de la política externa norteamericana), se esquematizan por medio de distinciones antinómicas entre *aislacionismo e internacionalismo, realismo y liberalismo, conservadurismo y liberalismo*.⁶

Aunque cada una de estas antítesis conlleva sus propias especificaciones y contradicciones, poseen ciertos puntos de confluencia, cuando se dejan a un lado los conceptos más estrechos. A los efectos de este trabajo, solo interesa subrayar que cuando se habla, en el mencionado contexto, de una orientación *ideológica*, se denota con ella una suerte de principismo, de consistencia teórica, de consecuencia moral, de correspondencia entre los dichos y los hechos, a pesar de que ello implique resultados contraproducentes, pero a cambio de credibilidad. La ideologización, en este sentido, satisface con mucha funcionalidad, a nivel subjetivo, los imperativos de la legitimidad, hace una gran contribución a la hegemonía. Las apelaciones al aislacionismo u otras actitudes conservadoras, como el anticomunismo o el puritanismo protestante, pongamos por caso, se presentan como codificaciones *ideológicas*. Cuando una política se califica como *ideológica*, se destaca su significación desde el punto de vista de la cultura política.⁷

⁶ Véase Arthur M. Schlesinger, Jr.: *The Cycles of American History*, Houghton Mifflin Company, Boston, Massachusetts, 1986.

⁷ Bajo esta perspectiva, por ejemplo, la política de los Estados Unidos hacia Cuba en los últimos cuarenta y cinco años, caracterizada por su continuidad básica, es esencialmente *ideológica*. Ha mantenido su base ideológica, afincada en la confrontación con un régimen contrario a los valores democráticos que sostienen la cultura, la sociedad y el sistema

En cambio, cuando una política es definida como *pragmática*, se le asocia con posiciones flexibles, con posibles reacomodos o reajustes en el proceso de su implementación, sobre la base de propósitos utilitarios, que no vacilan en amoldarse a nuevos cursos de acción, aunque impliquen desvíos de las formulaciones iniciales que se han declarado. En estos términos, el pragmatismo se ha relacionado, en no pocos casos, con la vertiente internacionalista, con el activismo exterior de los Estados Unidos, con el pensamiento liberal en su modalidad más tradicional. La orientación pragmática se manifiesta por medio de una actitud factualista, en la cual se pondera el beneficio que le puede reportar a la nación un acto determinado, ante hechos específicos, y que no duda en sacrificar la correspondencia entre esta conducta y el nivel declarativo de la política anunciada. Si resulta necesario actuar en una línea distinta a los principios que se enarbolaron, aunque ello propicie cierta confusión, desencanto o crisis de credibilidad, es posible convivir con esas reacciones, a pesar de que puedan restar legitimidad al enfoque doctrinal. Las codificaciones pragmáticas entrañan, por tanto, determinada inconsecuencia, falta de coherencia. Su contribución a la hegemonía es en el terreno de la realidad práctica. Podría entenderse como puro objetivismo. Es el reverso de la misma moneda, en cuya otra cara se encuentra la *ideología*.⁸

La dicotomía implicada es una de las múltiples expresiones de la dimensión contradictoria que caracteriza a los Estados Unidos desde el punto de vista cultural, y

político norteamericano. Sin concesiones. Y a pesar de que tal vez levantando el bloqueo (o embargo) se hubiese conseguido hace algún tiempo la pretendida transición al capitalismo, incluso sin traumatismo, se ha preferido mantener el discurso y el decurso de una política prácticamente invariable en sus fines, aunque haya modificado coyunturalmente sus medios. Así, la política de hostilidad en todos los planos ha propiciado no solo dificultades de todo tipo a la Isla, sino también reforzamiento de la unidad nacional, y nuevos espacios al consenso interno. Y, aunque quizás haya sido contraproducente, en la medida en que no ha logrado sus metas, durante cerca de cinco décadas, ha sido legítima ante muchos ojos, y sobre todo, fiel a los valores e intereses nacionales de los Estados Unidos. El compromiso que el presidente George W. Bush establece en sus frecuentes pronunciamientos acerca de la necesidad del mantenimiento de las tropas en Irak, y la real persistencia de la guerra allí, es una codificación *ideológica*. Habitualmente, estas formulaciones se acompañan con simbolismos y un alto nivel de espectacularidad retórica.

⁸ Desde este ángulo, las adecuaciones que, con frecuencia, se observan en la fundamentación conceptual de tratamientos políticos dados por los Estados Unidos a fenómenos —que resultarían bajo el prisma de una postura ideológica o principista, totalmente contradictorios con los valores que sostienen la cultura, los intereses nacionales y el sistema político—, son totalmente válidas y funcionales. Es lo que se suele presentar como las codificaciones de los dobles raseros, de la doble moral, del doble estándar, según el cual el lenguaje estadounidense distingue entre dictaduras buenas y malas, entre terrorismos aceptables y detestables. Políticas pragmáticas, por excelencia, son las que se aplican, por ejemplo, a Cuba (país descalificado, que aparece en todas las listas negras, sometido a bloqueo o embargo, contra el que existe un plan subversivo convertido en política estatal, pero con el que se mantiene un acuerdo migratorio) y a México (socio privilegiado, involucrado en un Tratado de Libre Comercio, al que se le levanta un muro para controlar la migración).

que, desde luego, se evidencia en los temas centrales que acaparan el debate interno y que conforman la agenda de la política exterior. De cierta manera, ella se integra junto a otras antinomias, que siguiendo el lenguaje actual podría expresarse con los términos de que la sociedad norteamericana se nos presenta, en su totalidad y en el desglose de sus dimensiones políticas, como una sociedad real frente a otra virtual, como en la película *La Matriz*.

Hace años, se hizo muy popular el libro de D. Wise y Th. Ross, *El gobierno invisible*, a partir de la frase que le daba inicio: «Hoy hay dos gobiernos en los Estados Unidos. Uno es visible. El otro es invisible. El primero es el gobierno acerca del cual los ciudadanos leen en los periódicos y los niños estudian en sus libros de civismo. El segundo es la maquinaria entretejida y oculta que llevó a cabo la política de los Estados Unidos durante la Guerra Fría».⁹ Otra analogía válida que ilustra el dilema en que se debate la política norteamericana es la que esbozó Octavio Paz, al sugerir la fórmula de la «democracia imperial»: «perplejos ante su doble naturaleza histórica, los norteamericanos hoy no saben qué camino tomar. La disyuntiva es mortal: si escogen el destino imperial, dejarán de ser una democracia y así perderán su razón de ser como nación».¹⁰ Es decir, imperio y democracia son términos irreconciliables. Y esta paradoja permea buena parte de la política exterior norteamericana en la actualidad, cuya disonancia es palmaria. Quizás la política hacia Venezuela sea una de las que mejor retrata, en el ámbito latinoamericano, esta situación. Más allá del discurso que parecería guiar una consecuente orientación *ideológica* hacia ese país, los Estados Unidos se comportan con una clara política *pragmática*, sorteando diálogos difíciles, cargados de hostilidad, y pasando por alto, dentro de determinados marcos, la muy estrecha relación de ese país latinoamericano con Cuba y la gran cercanía de sus liderazgos.

La hegemonía norteamericana, si se le asume con todo el rigor del concepto y se le aplica a la realidad histórica, en verdad solo fue absoluta al concluir la Segunda Guerra Mundial, cuando en cualquier indicador (económico, político interno y externo, científico-tecnológico, militar e ideológico-cultural) su superioridad era totalmente indiscutible. No obstante, durante los últimos quince años, los Estados Unidos (y la guerra del Golfo Árabe-Pérsico lo hizo patente, a comienzos del decenio de 1990), una vez restauradas las grietas que experimentaba su hegemonía desde la anterior década, alcanzan el protagonismo mediático y se convierten en la única superpotencia militar del planeta, con una descollante superioridad tecnológico-bélica. Sin embargo, según han destacado muchos especialistas, ese país se distingue por una visible paradoja que se expresa por partida doble: por una parte, pueden arrasar países enteros, como Afganistán e Irak, pero no pueden ganar la

⁹ David Wise y Thomas Ross: *The Invisible Government*, Vintage Books, New York, 1974, p. 11.

¹⁰ Octavio Paz: *Tiempo nublado*, Seix Barral, México, 1983, p. 41.

guerra; por otra, junto a su extraordinario poderío militar se observa su gran vulnerabilidad ante eventuales ataques enemigos, como lo evidenciaron los atentados del 11 de septiembre y las ulteriores, aunque muy limitadas, diseminaciones de ántrax.

Esa situación da lugar a un círculo vicioso, en el sentido de que, precisamente a partir de la magnificación de aquella realidad, la sociedad norteamericana, su opinión pública, su población, presa de la incertidumbre y el temor, viven un clima psicológico favorable para que se arraigue la disposición a cerrar filas en torno a su gobierno, y para que florezca el desarrollo de las concepciones doctrinarias de la «seguridad nacional», como soporte del enfrentamiento a los sentimientos internacionales de antinorteamericanismo y de la supuesta lucha mundial contra el terrorismo, mediante la «guerra preventiva», la «lucha contra las tiranías», la «promoción de la libertad y la democracia». Sobre estas bases se realiza el juego de malabarismo, en el cual se acude a unos u otros pretextos, según convenga: encuadramientos dentro del enfoque del realismo político o del paradigma liberal, cuando se enfatizan en un caso las relaciones de poder, y en otro, las de interdependencia; justificaciones que claman por un abordaje acorde a los parámetros del aislacionismo o del internacionalismo. Cualesquiera de estas y de otras antinomias permiten dejar la hegemonía tras las cortinas.

América Latina entre la memoria y el olvido: ¿patio trasero o delantero de los Estados Unidos?

Una pauta recurrente que registra la historia de la política exterior estadounidense, en su proyección latinoamericana, ha sido la tendencia a reconsiderar con intermitencia la relevancia de la región, la que, como varios estudiosos han indicado, comparte en su conjunto aquella condición que un presidente de México le atribuyó a su país: «tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos». En un trabajo publicado a comienzos de la década de 1980, cuando la política norteamericana se enfrascaba en la «recuperación» de la hegemonía perdida, un destacado latinoamericanista y analista conservador, Mark Falcoff, afirmaba que «la historia de los Estados Unidos es rica en redescubrimientos de la importancia de América Latina», y aplicaba esa concientización al decenio que surgía entonces, inquieto por el relieve que, a causa de la confrontación «Este/Oeste», transformaba a la región en objeto de los intereses soviéticos, lo que requeriría del reavivamiento de la Doctrina Monroe, ante los peligros de una amenaza económica, política, ideológica y cultural comunista en el hemisferio occidental.¹¹ El enfoque *ideológico* de la política norteamericana hacia los «casos críticos» en aquella etapa, como los calificó el pensamiento neoconservador,

¹¹ Mark Falcoff: «Latin America», en Peter Duignan y Alvin Rabushka (eds.), *The United States in the 1980s*, Hoover's Institution on War, Revolution and Peace, Stanford University Press, California, 1980, p. 819.

con Reagan, le prestaba gran importancia al peligro que representaba la difusión cultural de valores ajenos a la democracia, la libertad individual y el libre mercado. Ello jerarquizaba el tema de la «seguridad nacional», según la mejor lógica de la Guerra Fría.

Un decenio más tarde, otro connotado estudioso del tema latinoamericano, Abraham F. Lowenthal –en este caso de orientación liberal–, exhortaba, a inicios de los años noventa, a similar ejercicio intelectual, luego de constatar que –a contrapelo de las expectativas que siguieron al llamado «fin» de la Guerra Fría–, lejos de quedar marginado el ámbito latinoamericano –fuera del mapa de los intereses estadounidenses–, la región adquiriría renovada importancia. Entre los argumentos que brindaba, señalaba que «América Latina es un campo de prueba para los valores centrales de la sociedad norteamericana, especialmente el respeto a los derechos humanos individuales, incluyendo la libre expresión y la democracia. El gran interés del público norteamericano en la protección de los derechos humanos y la promoción de los valores democráticos han empujado de manera contundente a América Latina hacia un lugar más importante en la agenda de política exterior de los Estados Unidos».¹²

En este período, aunque se revitalizaba la preocupación por la «seguridad nacional», el asunto se codificaba bajo otras percepciones de la amenaza, toda vez que había desaparecido el socialismo como sistema mundial y la Unión Soviética, de modo que otros «enemigos» (el narcotráfico, las migraciones masivas no controladas, la ingobernabilidad, el tráfico ilegal de armamentos y personas, etcétera) pasaban al primer plano. Se suponía que la Guerra Fría había terminado. Con todo, la centralidad del tema de los valores, de la cultura política norteamericana, incluido el etnocentrismo y la aversión a la intervención de extraños, seguiría auspiciando más continuidad que cambio en la argumentación doctrinaria de una política latinoamericana que era capaz de bajar el perfil al peso de sus codificaciones *ideologizantes* y acentuaba su *pragmatismo*.

Al referirse a esta etapa, muchos coincidirían en que a finales del siglo xx estaba surgiendo un patrón, en las relaciones internacionales de los Estados Unidos, que afectaba sus relaciones con América Latina, alimentado por el enfoque wilsoniano, empeñado en el activismo mundial, incluido el ámbito hemisférico, que contribuía a conducir a la nación norteamericana a realizar «buenas obras» a favor del capitalismo democrático, para enseñar a otros países cómo comportarse de modo civilizado y a disfrutar el modo de vida americano. Según lo expresaba tempranamente con gran claridad Joseph Tulchin, de cara al nuevo siglo, «la política de los Estados Unidos hacia América Latina intentará evitar involucrarse, excepto cuando la política doméstica haga que sea imposible evitarlo. Será una política que se centre en

¹² Abraham F. Lowenthal: «El hemisferio interméstico», *Relaciones Internacionales*, no. 57, CRI-FCPyS, UNAM, enero-marzo de 1993, p. 15.

temas comerciales y económicos porque América Latina puede insertarse dentro del marco global de las relaciones económicas de los Estados Unidos. Aparte de esos temas, el gobierno norteamericano actuará con extrema precaución al manejar otros asuntos en la agenda interamericana, tales como la protección de la democracia, la eliminación de la pobreza [...]. Parece haber una tendencia incipiente por parte de los Estados Unidos de avanzar en solitario, actuando unilateralmente en los asuntos hemisféricos, mientras se relaciona con cada nación de forma bilateral [...]. Irónicamente, en contra de la tendencia de actuar en solitario, existen las presiones para operar dentro del marco de las instituciones multilaterales (las Naciones Unidas, la OEA y el BID)». ¹³ Este pronóstico dibujaba, en gran medida, el escenario que prevalece diez años después.

Cuando se mira retrospectivamente, en el período más inmediato, las características de la política norteamericana en términos de los retos políticos y militares que se plantea enfrentar la administración Bush después del 11 de septiembre de 2001 –en el sentido de extender la «guerra contra el terrorismo» contra «cualquier oscuro rincón del mundo», y a partir de la estrategia de «guerras preventivas»–, lo fundamental es la convicción de enfrentar las tendencias antinorteamericanas, que atentan contra la identidad, la cultura y la «seguridad» nacionales, así como la concepción actual, acerca de la necesidad de encontrar los mecanismos adecuados para poder actuar de manera «anticipada» o «adelantada», en lugar de comportarse con una modalidad «reactiva». Bajo esta sombrilla se desarrolla el concepto de «locaciones operativas avanzadas», que transforma la noción tradicional de «bases militares», lo que ayuda a disminuir recelos y fricciones establecidos.

La visión hemisférica actualizada que brinda el documento denominado Estrategia de Seguridad Nacional, firmado el 6 de marzo de 2006 por el presidente Bush, reafirma las principales tendencias de la política general de los Estados Unidos hacia la región y, en particular, enfatiza algunos de los «problemas de seguridad» de mayor relevancia en la agenda interamericana. Aunque, por supuesto, la política real es mucho más compleja y matizada que lo que allí se expone, es conveniente examinar sus contenidos fundamentales. Como expresa Roberto Russell, «en la primera década del siglo *xxi*, la supremacía estadounidense sobre América Latina es un regreso a la *normalidad*, pero con la fuerte marca del 11 de septiembre [...] El antiguo *patio trasero* hoy forma parte de lo que se denomina *homeland security*». ¹⁴ El contraste que aquí se marca expresa con elocuencia la persistencia de una óptica, cuya coherencia conlleva un tratamiento hipertrofiado. A la luz del 11 de septiembre, el traspatio

¹³ Joseph Tulchin: «Reflexiones sobre las relaciones hemisféricas en el siglo *xxi*», *Síntesis*, no. 25, Madrid, enero-junio de 1996, pp. 126-127.

¹⁴ Roberto Russell: «Estados Unidos y América Latina: el estado actual de las relaciones», *Nueva Sociedad*, no. 206, Caracas, noviembre-diciembre de 2006, p. 59.

pasa a patio delantero, como en los viejos casos de crisis. Recuérdese la década de 1980, por citar solo un ejemplo no demasiado lejano.

En ese recorrido, se reitera la posición norteamericana de tratar sus prioridades hacia América Latina por separado, utilizando para ello resortes variados, que incluyen desde presiones diplomáticas hasta amenazas de reducir la precaria ayuda o modificar esquemas existentes, como ha sucedido en las remesas hacia determinados países centroamericanos. A la par, sobresale el mismo tratamiento anterior, según el cual se le concede importancia, no prioridad, a la región de América Latina. La distinción es útil en la medida en que, aunque la retórica de «seguridad nacional» sobre la región posea un bajo perfil, en comparación, por ejemplo, con la que se sigue hacia el Medio Oriente ampliado o con respecto a China, ello no equivale a que los Estados Unidos dejen de actuar directamente sobre los problemas regionales o nacionales, cuando se considere estén afectando «sus» intereses nacionales. El tradicional carácter de «traspatio» conlleva también el no menos tradicional modo de actuar «caso por caso».

En la anterior versión de dicha Estrategia, que data de septiembre de 2002, las referencias básicas al ámbito latinoamericano se concentraban en dos cuestiones consideradas prioritarias para las proyecciones de los Estados Unidos en el hemisferio: la implementación del ALCA y el conflicto con Colombia. Como lo ha esclarecido Luis M. García Cuñarro, «cuatro años después, y a la luz de que las prioridades estratégicas globales de los Estados Unidos sobrepasaron el discurso monotemático de la guerra contra el terrorismo para incorporar también la lucha contra las tiranías, se han incluido otras proyecciones como es la de estimular el surgimiento y aplicación de las denominadas cartas democráticas que toman como argumento la adoptada por la OEA, a raíz del 11 de septiembre de 2001. Todas ellas expresarán, como lo ha hecho ya la versión regional, el doble estándar en materia de democracia que se tiene desde Washington, pues para citar solo dos ejemplos en esta parte del mundo: el derrocamiento del presidente haitiano, Jean Bertrand Aristide, y el golpe de Estado contra el presidente venezolano Hugo Chávez, en abril de 2002, democráticamente elegidos ambos, no se consideraron violaciones de la democracia».¹⁵

Entre otras características, desde 2006 resulta prioritaria para los Estados Unidos, además, la conclusión de los Tratados de Libre Comercio en la región, pues son instrumentos para consolidar la hegemonía y facilitar acciones complementarias de la política exterior. Son aspectos sobresalientes y llaman la atención que de los siete «retos regionales» que se reconocen en el documento de 2006, como parte de las acciones norteamericanas en el contexto mundial, tres de ellos se encuentran en el hemisferio occidental y, en específico, en el ámbito latinoamericano.

¹⁵ Luis M. García Cuñarro: «El militarismo contemporáneo de los Estados Unidos. Influencia en América Latina y el Caribe», *Seguridad y Defensa*, no. 3, vol. 4, CEID, La Habana, diciembre de 2006, p. 31.

El primero de esos retos es Colombia, que continúa siendo una prioridad, concebido como un «aliado democrático que combate los asaltos persistentes de los terroristas marxistas y los traficantes de drogas». Desde luego, no se mencionan los paramilitares colombianos ni otros factores clave del conflicto. La visión norteamericana del mismo se resume en narcotráfico y terrorismo. El segundo reto lo constituye Venezuela, que se define como «floreCIMIENTO demagógico del dinero del petróleo que mina la democracia y se propone desestabilizar la región». Bajo estas frases se estructura la política de los Estados Unidos hacia la Revolución Bolivariana. El tercer reto identificado –no podría faltar– es Cuba, país considerado como con «un pueblo oprimido y que se concentra en subvertir la libertad en la región».

Más allá de estos «casos críticos», la Estrategia de Seguridad Nacional de 2006 precisa otras puntualizaciones de relevancia para comprender la política estadounidense hacia América Latina. Así, se incluye una referencia directa a lo que se califica como «populismo contra el libre mercado». Desde la perspectiva norteamericana, no puede permitirse que dicho fenómeno «erosione las libertades políticas». Esa precisión va dirigida contra el movimiento regional primero, para evitar, la aplicación del ALCA, y, después, para avanzar en la implementación de determinados mecanismos de integración y colaboración, cuya expresión más vigilada por los Estados Unidos es el ALBA, que impulsan Venezuela y Cuba. También se califica bajo el término de «populista» el proceso nacionalista y los ajustes en curso en Bolivia, Argentina y Brasil.

Desde la óptica de Riordan Roett, sin embargo, «el escaso tiempo dedicado al hemisferio occidental en los círculos políticos de Washington se enfoca sobre todo en cuestiones negativas. La creciente presencia de Venezuela en la región es observada con desconfianza cada vez mayor. La incertidumbre de la transición política en Cuba –y la posibilidad de disturbios en la Isla– también es motivo de preocupación [...] prevalece la sensación de que América Latina se está inclinando hacia la izquierda. Por otro lado, la presencia de China en la región es percibida por algunos miembros del Partido Republicano como una violación a la decimonónica Doctrina Monroe».¹⁶ Sirva este criterio como muestra de una de las líneas de pensamiento que afloran en buena parte de la latinoamericanística en los Estados Unidos, según la cual los procesos de Nuestra América se jerarquizan solo cuando son percibidos con ribetes críticos, o sea, como en aquellos casos en los que se advierte una «amenaza externa», un «peligro extracontinental», o algún desarrollo económico, social o político interno que propicie inestabilidad, crisis de gobernabilidad y afecte los «intereses nacionales» de los Estados Unidos, según una visión bastante tradicional (o hasta fundamentalista) del monroísmo y del panamericanismo.

¹⁶ Riordan Roett: «Estados Unidos y América Latina: estado actual de las relaciones», *Nueva Sociedad*, no. 206, Caracas, noviembre-diciembre de 2006, p. 111.

No obstante, el tema venezolano es mucho más que una inquietud circunstancial. Como reconoce Carlos A. Romero, «Venezuela ha sido una constante entre las preocupaciones estratégicas de los EE. UU.»¹⁷ a partir de sus condiciones geopolíticas y geoeconómicas. Este análisis requiere mayor profundización analítica.

Venezuela: ¿prioridad o importancia en el tablero hegemónico norteamericano?

Interpelando de nuevo la historia de las relaciones interamericanas como referencias explicativas que, salvando las distancias temporales, pueden arrojar luz sobre las actuales circunstancias, valdría la pena recordar la republicana y neoconservadora administración Reagan, cuando enfrentaba los procesos en América Latina a comienzos de la década de 1980 y procuraba conformar una estrategia que concedía prioridad al tratamiento bilateral de las diversas situaciones que protagonizaban la escena de entonces. En aquel contexto, el diseño norteamericano distinguía tres clases de situaciones: los «casos críticos», las «potencias medias» y los «aliados leales», y establecía estrategias diferenciadas para cada uno de esos grupos de países. En las condiciones actuales, Venezuela clasificaría en una combinación entre el primero y el segundo grupo; tendría como diferencia básica con los «casos críticos» de entonces (que incluían a Cuba, Nicaragua, El Salvador, Granada) su fortaleza y peso económico regional e internacional, que, justamente, en aquella etapa permitían evaluarlo en las «potencias medias», entre las cuales se situaban en un primer nivel Brasil y México, y en un segundo plano, Argentina y Venezuela. Utilizando los códigos de la administración Reagan, los «casos críticos» requerían control y reversión de los procesos antidemocráticos, de orientación procomunista, adversos a los Estados Unidos, dada la inestabilidad que se desarrollaban en ellos; los «aliados leales», en tanto exponentes de gobiernos autoritarios, con posturas anticomunistas y fieles a la política norteamericana, conllevaban la simpatía y el apoyo estadounidense; en cuanto a las «potencias medias», se trataba de mantenerlas (o de ser sumadas) como aliados, o al menos, neutralizadas por la política norteamericana, dentro de un tablero estratégico regional y global. De aquí que, en cierto modo, los Estados Unidos le otorgan, en la actualidad, un tratamiento a Venezuela que oscila entre su condición de «caso crítico» y su estatus como «potencia media».

La esencia de la mirada norteamericana hacia Venezuela la resume de la mejor manera Richard Hass, cuando señala: «Hugo Chávez representa un desafío para los intereses de los Estados Unidos en el continente americano. Sin embargo, los expertos difieren en cuanto al grado de ese desafío. Ahora que los ingresos petroleros venezolanos aumentan y la influencia de Washington se ve dañada por su política

¹⁷ Carlos A. Romero: ob. cit. (en nota 5), p. 80.

hacia Irak y por las perdurables desigualdades en la región, Chávez ha logrado aumentar y profundizar su influencia y atractivo a la vez que ejerce una rivalidad no muy fuerte, pero sí desgastante, para los Estados Unidos. No es sorprendente que esta situación haya desencadenado cantidad de reacciones en el gobierno estadounidense y más allá, relativas a la seriedad del problema y a la forma de enfrentarlo». ¹⁸ Si bien la mirada norteamericana no es monolítica, hasta cierto punto el criterio expuesto recoge una visión de consenso, en la que convergen valoraciones gubernamentales y opiniones de «tanques pensantes», así como republicanos y demócratas, conservadores y liberales.

Un estudio producido en fecha reciente por el Consejo para las Relaciones Exteriores expone un detallado escrutinio de las relaciones entre los Estados Unidos y Venezuela, y ofrece diagnósticos y pronósticos, junto a propuestas de políticas, enfocadas hacia un tratamiento basado en la moderación, con el fin de disminuir la polarización en términos ideológicos.

Como síntesis, su autor, Richard Lapper, plantea que «las relaciones Estados Unidos-Venezuela han sufrido un marcado deterioro en años recientes y hoy se caracterizan por recelo y tensión mutuos. Funcionarios estadounidenses se han dividido respecto de la mejor forma de lidiar con la centralización del poder, las políticas económicas nacionalistas y la beligerante retórica de Venezuela y garantizar a la vez el acceso continuo a su petróleo». ¹⁹ Su análisis argumenta que la finalidad norteamericana no es exagerar la amenaza y recomienda una política en la que los Estados Unidos dejen clara su disposición a colaborar pragmáticamente con Venezuela en temas de interés mutuo, y se propicie un entendimiento con determinados líderes latinoamericanos, sobre la forma de responder calibradamente en el caso de que «la política venezolana traspase ciertos límites, que no puedan admitirse». ²⁰

Y en términos de límites o líneas rojas que desde el ángulo de los Estados Unidos se perciben con especial atención en el informe, se encuentran acciones internacionales de Venezuela, que desbordan el mero marco bilateral y regional. Bajo ese criterio se afirma que «hasta hace uno o dos años, la preocupación por el rol de Chávez concernía solo a América Latina y el Caribe».

Tomando como base un trabajo publicado por el *Financial Times*, Riordan Roett señala, con un enfoque similar al anterior, que «el presidente venezolano le está provocando a Washington un dolor de cabeza a escala global. Chávez ha identificado cada vez más su Revolución Bolivariana con la reducción o la eliminación de la presencia estadounidense en el hemisferio occidental y ha comenzado a formar

¹⁸ Richard Hass: «Prólogo», en Richard Lapper, *La vida con Hugo. Política de Estados Unidos hacia la Venezuela de Hugo Chávez*, Centro para la Acción Preventiva, Consejo para las Relaciones Exteriores, CSR, no. 20, noviembre de 2006, p. V.

¹⁹ Richard Lapper: ob. cit., p. 21.

²⁰ Ídem.

(según la mirada de los funcionarios políticos en EE.UU.) una coalición antiestadounidense que incluye a La Habana, Damasco, Luanda y otros actores poco amigables». ²¹ Es decir, según este punto de vista, Venezuela se inscribe por partida doble en las inquietudes de los Estados Unidos, como interés de seguridad hemisférico e internacional: si bien, por un lado, la política venezolana tropieza, en primer lugar, con la norteamericana, a nivel bilateral, su entorno geopolítico, por otro, la convierte en una especie de remolino, toda vez que atrae conflictividad adicional.

La confrontación entre los Estados Unidos y Venezuela ha ido adquiriendo mayores niveles, visibles en muchos sentidos, donde quizás lo más notorio (o en apariencia conmovedora) no sea lo más importante ni trascendente, en términos de implicaciones de corto plazo. En este sentido, el gobierno norteamericano ha enfocado el proceso venezolano bajo una óptica de seguridad, y no han sido pocos los documentos y pronunciamientos gubernamentales, emitidos por diversas instancias del aparato ejecutivo, incluidas las referencias del presidente Bush, que han sido en unos casos magnificados por los medios de prensa, y en otros, abiertamente manipulados. Las sospechas, certezas y evidencias de que los Estados Unidos estuvieron involucrados protagónicamente en el golpe de Estado de 2002, a partir de las reacciones iniciales del gobierno norteamericano, han fortalecido, como es lógico, el antimperialismo venezolano y en un sentido más amplio y relevante, han ratificado las previsiones bolivarianas y martianas. En una dirección paralela, la tendencia del presidente Chávez a insultar en foros públicos a los políticos norteamericanos, y sobre todo, al presidente, propicia dentro de la sociedad estadounidense la manipulación del antinorteamericanismo, como actitud contraria a los intereses y a la cultura nacional, que en esa medida se beneficia del clima creado después de los atentados terroristas del 11 de septiembre. Esta dimensión (llámesele subjetiva), es una de las vías que, dicho en lenguaje popular, le sigue echando leña al fuego, y que de modo oportunista aprovecha la administración Bush para alimentar su política de línea dura hacia Venezuela. ²²

Momento descollante en ese cuadro sería la conocida intervención del presidente Chávez en un foro de las Naciones Unidas, en septiembre del pasado año, en la que precisó que «la pretensión hegemónica del imperialismo norteamericano pone en riesgo la existencia de la especie humana», y donde tildó de diabólica la figura

²¹ Riordan Roett: ob. cit. (en nota 16), pp. 119-120.

²² Este tipo de visión no se limita a los medios gubernamentales, sino que se manifiesta mediante las instituciones académicas más reconocidas como «tanques pensantes» (*think-tanks*), que, generalmente, han asumido posiciones moderadas y realistas. Así, en un documento del Diálogo Interamericano, se afirma que «los contornos de la ambiciosa política interna y externa de Chávez se hacen cada día más claros. En lo que va del 2007, el mandatario venezolano ha pisado a fondo el acelerador [...] y está extendiendo su agenda radical a través de la región y el mundo». Michael Shifter: *Hugo Chávez. Un desafío para la política exterior de los Estados Unidos*, Informe Especial del Diálogo Interamericano, Washington, D.C., marzo de 2007, p. 4.

del presidente Bush. Como se sabe, la situación daría lugar a numerosos comentarios y opiniones cruzadas, que ilustran bien lo antes apuntado, articulándose con una pauta que constituye una suerte de lugar común en el despliegue de la política latinoamericana de los Estados Unidos hacia los líderes de los procesos revolucionarios, nacionalistas y populares: la labor propagandística, asociada generalmente a operaciones de guerra psicológica, que procuran el desgaste de la imagen nacional de países y estadistas. Más allá de la constante que define la política contra Cuba y el denotado esfuerzo por desacreditar la figura del jefe de la Revolución, a lo largo de casi cinco decenios, recuérdese, como ejemplo, la campaña de descrédito contra Noriega, en Panamá, que propició la ulterior invasión militar, en diciembre de 1989. El viejo método, lamentablemente, produce aún confusión, ecos útiles y reacciones funcionales en diversos sectores de las sociedades latinoamericanas.

En realidad, lo más importante de la relación entre los dos países se pone de manifiesto cuando se atienden otras dimensiones, que revelan un entramado complejo, matizado por contradicciones que adquieren mayor o menor expresión, según los altibajos de la coyuntura bilateral, hemisférica e internacional. Así, por encima de la grandilocuencia discursiva, de la hostilidad retórica, se mantienen vínculos estables y significativos.²³

Aunque la confrontación entre la política norteamericana y el gobierno venezolano se inscribe en el viejo patrón estadounidense de la preservación hegemónica –no solo por la opción nacionalista, popular, o socialista que pudiera conllevar la ulterior profundización del proceso bolivariano (a partir del desarrollo del ALBA, hoy Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América - Tratado de Libre Comercio de los Pueblos / ALBA-TCP, y de las concepciones del presidente Chávez acerca del socialismo del siglo XXI), sino también por su impacto regional e internacional, a partir de las alianzas que está estableciendo y del valor agregado que le imprime su simbolismo para las izquierdas–, va quedando claro que la comparación con la experiencia vivida por Cuba en su histórico y prolongado conflicto con los Estados Unidos, y la perspectiva de reproducción de un modelo de confrontación similar, no posee demasiados fundamentos.²⁴

²³ En este sentido, el arco real de contradicciones lo dibuja matizadamente Lapper cuando indica: «Durante más de medio siglo, Venezuela ha sido fuente importante de petróleo para los Estados Unidos. Es el cuarto proveedor en volumen de importaciones petroleras estadounidenses (11%), detrás de Canadá (18%), México (17%) y Arabia Saudita (14%) [...] cualquier movimiento para reemplazar por completo el petróleo venezolano con combustible de otras fuentes llevaría años y requeriría un incremento significativo de la capacidad de producción en otras partes del mundo. Por estas razones, las amenazas de Chávez de suspender las ventas de petróleo a los Estados Unidos han suscitado preocupación entre los políticos respecto de la seguridad nacional energética de su país». Richard Lapper: *ob. cit.* (en nota 18), p. 26.

²⁴ De ahí la necesidad de una apreciación equilibrada, realista, que nos acerque a la conjugación entre *ideología* y *pragmatismo* a que se ha hecho alusión desde el comienzo de este

Nota final

El gobierno que preside Hugo Chávez es resultado de procesos electorales amparados en las reglas de la democracia que funcionan en una sociedad como esa, en la que existe la propiedad privada, la inversión extranjera directa, el libre mercado, el pluripartidismo y la libre expresión. Chávez es un gobernante, más allá de las simpatías y antipatías, legítimamente instalado en el poder, relegitimado en ocasiones sucesivas, acorde con los principios que los Estados Unidos, supuestamente, reconocen como válidos.

La condición económica de Venezuela, sobre la base de sus amplios recursos y sobre todo, de su capacidad petrolera, la connotan como un país con grandes potencialidades, calificable incluso como «potencia media», lo cual le permite no pocos grados de libertad y de autonomía, al decidir las proyecciones de su política nacional e internacional. En este sentido, como se ha reconocido, el gobierno de Chávez aún dispone de márgenes de maniobrabilidad.²⁵

El proceso que se desarrolla en Venezuela desde el establecimiento de Chávez como presidente de ese país ha evolucionado en los últimos años, y se ha incrementado su radicalismo, sobre todo desde el punto de vista de la profundización de las acciones de beneficio social, con un alcance masivo y popular, como las múltiples iniciativas encaminadas a elevar el nivel educacional y cultural de la población, a facilitarle servicios de salud pública eficientes y a mejorar el nivel y la calidad de vida de no pocos sectores (lo cual si bien no se ha resuelto aún, a escala nacional y general, apunta hacia una creciente y paulatina solución; nos referimos a los problemas relacionados con la pobreza, la equidad, derivados de las estructuras del subdesarrollo y de una larga historia neocolonial, profundizada por las prácticas neoliberales de los gobiernos precedentes).

Sin embargo, esa radicalización social no ha ido aparejada de una profundización análoga en el plano económico ni político. Las estructuras de la propiedad se han mantenido, hasta la fecha, sin expropiaciones ni nacionalizaciones cuya enver-

trabajo. Adrián Bonilla lo ha explicado así: «El énfasis cada vez mayor de los EE. UU. en las políticas unilaterales y las presiones en las relaciones bilaterales, caracterizadas por una enorme asimetría de poder, permiten suponer que Washington se encuentra en una senda que, potencialmente, puede llevar a un conflicto más profundo y más abierto con Caracas. Este, sin embargo, no es el único escenario posible. De hecho, hasta ahora el enfrentamiento no ha impedido la llegada a EE. UU. de una sola gota de petróleo, y tampoco ha hecho que Venezuela redujera las importaciones estadounidenses o levantara algún tipo de barrera contra las inversiones de empresas de ese país que, al contrario, han gozado de garantías a lo largo de los últimos ocho años». Adrián Bonilla y Alexei Páez: «Estados Unidos y la región andina: distancia y diversidad», *Nueva Sociedad*, no. 206, Caracas, noviembre-diciembre de 2006, pp. 134-135.

²⁵ Edmundo González Urrutia: «Las dos etapas de la política exterior de Chávez», *Nueva Sociedad*, no. 205, Caracas, septiembre-octubre de 2006.

gadura conmueva los pilares estructurales del esquema demoliberal. La burguesía nacional y el capital transnacional –si bien en plena incertidumbre, alimentando en no pocas situaciones a la contrarrevolución interna y en contubernio con la política de desestabilización norteamericana–, mantienen su lugar clasista en una sociedad en tensión, en proceso de cambio, en la que se habla de socialismo del siglo XXI, protagonista de un proyecto tan radical y antimperialista como el ALBA-TCP, con estrechísimas relaciones e identificaciones con Cuba, en tanto la confrontación con los Estados Unidos pareciera una espiral, que anuncia momentos traumáticos.

Desde el punto de vista de su relación con los Estados Unidos, en una visión de conjunto no puede omitirse que los programas de «ayuda exterior» norteamericanos se mantienen vigentes en Venezuela, si bien con capacidad limitada, con la anuencia del Departamento de Estado para el año fiscal 2007, en coordinación con la Iniciativa Andina contra las Drogas y la Oficina de Iniciativas de Transición de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID).

En términos de corto plazo, es de esperar una continuidad de las políticas en curso por parte del gobierno norteamericano, enfrascado, ante todo, en el desenlace del conflicto en Irak, las presiones del Congreso al respecto, cada vez más inmerso en las implicaciones que reclama la proximidad de las elecciones presidenciales en noviembre de 2008, cuya campaña, de hecho, ya está en despliegue. Cualquier escenario de cambio abrupto en la aplicación de la política venezolana actual de los Estados Unidos, que conlleve el abandono del *pragmatismo* prevaleciente, requerirá de un detallado análisis de coyuntura, en función de la dinámica bilateral, interamericana y mundial.

La relación con Cuba despierta, como era de esperar, suspicacias, animosidades, disgustos. Más allá de la relación personal y de las identificaciones de los líderes de ambos países –manipuladas, como ha sido habitual, por una prensa y una maquinaria político-propagandística que no alcanza a comprender la esencia de los procesos históricos, ni el papel de los liderazgos individuales y colectivos en ellos, y reitera la cacareada tesis de la «exportación de la revolución»–, existen bases objetivas incuestionables de identificación y comunicación, y para el caso de Venezuela, de aprendizaje. En este sentido, y dada la enorme significación de la Revolución Cubana como el hecho de mayor trascendencia hemisférica en los últimos cincuenta años, resultaría válida la reflexión según la cual «el protagonismo internacional de Venezuela durante la gestión de Chávez está inspirado en la experiencia de Cuba, país que ha sabido reafirmar y proyectar su presencia internacional a pesar de sus escasos recursos y sus reducidas dimensiones, gracias a su modelo político y, en algunas etapas, al desarrollo de una capacidad militar internacional que le ha permitido intervenir en conflictos en otras regiones e incluso disuadir a los EE. UU. de una eventual invasión»; y a la vez, ello se complementa con «el despliegue de una ideología que incluye apelaciones a la equidad, la solidaridad y la justicia internacional

desde una perspectiva nacionalista, que encuentra su expresión en el bolivarianismo de Chávez».²⁶

Tal vez valdría la pena aclarar solo dos cosas: que las «intervenciones» aludidas se produjeron siempre, como gestos solidarios, a solicitud de gobiernos legítimos, de países en los que peligraba la soberanía nacional, la integridad territorial y la capacidad de autodeterminación; y que no es necesario acotar el bolivarianismo como «de Chávez». Esta última precisión no es necesaria, en la medida que el proyecto de Bolívar, como el de Martí, posee sus propias improntas, más allá de quienes lo hagan suyo y lo lleven a cabo, como eje de un proceso auténtico, de dimensiones nacionales, comprometido con la búsqueda de unidad e integración latinoamericana, que define a ambos.

JORGE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, profesor e investigador titular, es director del Centro de Estudios sobre los Estados Unidos (CESEU), de la Universidad de La Habana.

²⁶ Andrés Serbín: «Cuando la limosna es grande. El Caribe, Chávez y los límites de la diplomacia petrolera», *Nueva Sociedad*, no. 205, Caracas, septiembre-octubre de 2006, p. 84.

América Latina en Contexto



AMÉRICA LATINA ENTRE SIGLOS

Dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de la izquierda

Roberto Regalado

América Latina entre siglos analiza el contexto político y social Latinoamericano, con particular énfasis en su conflictiva relación con los Estados Unidos. El autor hace un análisis teórico e histórico de la polémica respecto a la reforma o la revolución en el continente. También analiza diferentes experiencias políticas durante los últimos cincuenta años de historia, con atención particular a las alternativas que la izquierda ha construido.

278 páginas, ISBN 978-1-921235-00-9



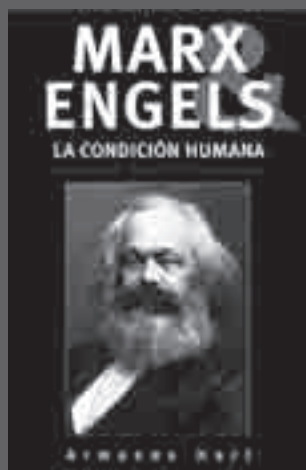
CON SANGRE EN LAS VENAS

Apuntes polémicos sobre la revolución, los sueños, las pasiones y el marxismo desde América Latina

Néstor Kohan

Una selección de ensayos y entrevistas sobre temas económicos, culturales, políticos y sociales que invitan a la reflexión respecto al presente y futuro del pensamiento político en América Latina. Rescata la tradición y las ideas de grandes revolucionarios latinoamericanos, en un ejercicio de memoria histórica indispensable para enfrentar los retos por venir. Un libro que resulta alentador.

320 páginas, ISBN 978-1-921235-76-4



MARX, ENGELS Y LA CONDICIÓN HUMANA

Una visión desde Latinoamérica

Armando Hart

Los materiales que integran la presente recopilación, constituyen una muestra de la recepción y actualización que hizo el autor de las ideas de Marx y Engels a partir de la tradición revolucionaria cubana, tras los difíciles momentos del derrumbe del campo socialista en Europa Oriental y la Unión Soviética, hasta la actualidad.

Compila además documentos de diversos autores, incluyendo la carta que el comandante Che Guevara le envió al autor en diciembre de 1965.

250 páginas, ISBN 978-1-920888-20-6

Terra incognita. La soledad de Bush, el fracaso de los halcones y el desinflado de las burbujas

JORGE BEINSTEIN

Aunque le falta más de un año para abandonar la Casa Blanca, la situación actual de Bush es la de un presidente en estado terminal. El acoso parlamentario opositor aumenta semana a semana, sus aliados republicanos lo van abandonando uno tras otro, su asesor estrella, Karl Rove, ha desertado, la burbuja inmobiliaria se sigue desinflando, señala un futuro oscuro para el conjunto de la economía norteamericana y provoca sucesivos sacudones bursátiles globales. Su compañero de aventuras, Tony Blair, dejó el cargo de primer ministro en Inglaterra, lo que generó en Washington crecientes temores acerca de un posible deslizamiento de los ingleses hacia la Unión Europea, que afloje sus lazos atlantistas y tome distancia de la estrategia eurasiática de los *halcones*.¹ Además, han empezado a circular declaraciones de funcionarios y «filtraciones» mediáticas referidas a escenarios elaborados en el Pentágono de retirada rápida de las tropas estadounidenses de Irak.² En ese nivel y en el conjunto del sistema de poder de los Estados Unidos, ya casi nadie pone en duda el fracaso de la aventura iraquí, y mientras el sector más extremista de los halcones sueña con algún «golpe de fuerza» milagroso dentro de Irak o por medio de un ataque contra Irán, el Imperio esboza repliegues que le permitan preservar su presencia en el Medio Oriente. Las ventas masivas de armas a los regímenes *amigos* de la región es uno de los medios empleados; el gobierno estadounidense acaba de acordar ventas por 20 000 millones de dólares a los estados del Golfo (incluidos 10 000 millones para Arabia Saudita), 30 000 millones de dólares a Israel y 13 000 millones de dólares a Egipto. Al combinar «intereses estratégicos» de los Estados Unidos e intereses

¹ John Bolton: «Britain can't have two best friends», *Financial Times*, July 31, 2007.

² Sarah Baxter: «U.S. braced for bloody pull-out», *Times Online*, July 29, 2007.

comerciales de las empresas beneficiadas con esas ventas,³ obviamente los funcionarios involucrados en el negocio recibirán las «recompensas» correspondientes (curiosa mezcla de corrupción y fanatismo imperialista).

Por otra parte, acumula apoyos en el *establishment* el llamado Plan Biden-Gelb de dividir a Irak en tres partes (una sunita, otra shiita y una tercera kurda) lo que supone el éxito (para nada asegurado) de la estrategia de guerra étnica desarrollada por los ocupantes; la concreción del plan les permitiría (en teoría) replegarse con relativamente pocas bajas, ya que la resistencia iraquí quedaría sumergida en un océano de conflictos locales. Hacia mediados del año pasado el senador demócrata Joseph Biden y Leslie Gelb, presidente emérito del Council on Foreign Relations, publicaban en el *New York Times* un texto desbordante de cinismo donde, tomando como precedente «exitoso» el desmembramiento de Yugoslavia, proponían descuartizar Irak. El coro siniestro lo completó nada menos que David Walker, titular del Government Accountability Office, quien pronunció el 7 de agosto pasado una conferencia en la que trazó el paralelo entre la decadencia del imperio romano y la situación actual de los Estados Unidos.⁴

Las dos burbujas imperiales se están desinflando al mismo tiempo: la burbuja financiera centrada en el mercado inmobiliario (aunque sus alcances son mucho más amplios) y la burbuja militar apoyada en las guerras de Irak y Afganistán (paso decisivo en la delirante estrategia de conquista de Eurasia). La interacción entre ambos fracasos es evidente, aparecen como los aspectos más visibles, por ahora, de la degradación general de la sociedad norteamericana que no puede ser comprendida sino en su totalidad. De ese modo, es posible explicar comportamientos sectoriales (militares, políticos, financieros y otros) aparentemente desmesurados, incoherentes, a veces abiertamente estúpidos, pero que integran una dinámica superior marcada por la decadencia. Como los Estados Unidos constituyen la espina dorsal y la cabeza enfermas del capitalismo mundial, y sus temblores afectan (expresan) el conjunto del sistema, los interrogantes sobre su futuro tienen alcance planetario.

¿Contraataque imperial?

El primer interrogante se refiere a la posibilidad de un contraataque del Imperio. Podríamos suponer que los halcones acorralados estarían tentados a desatar algún «golpe de suerte» para revertir la pésima situación actual. Durante todo el año pasado esta hipótesis adquirió cierta verosimilitud; la creciente agresividad de la Casa Blanca hacia Irán, su compromiso con la invasión militar israelí al Líbano, sus actos

³ Dan Glaister: «U.S. Accused of Fuelling Arms Race with \$20bn Arab Weapons Sale», *The Guardian*, July 30, 2007.

⁴ David Walker: «Transforming Government to Meet the Demands of the 21st. Century» (<http://www.gao.gov>).

hostiles contra Rusia, impulsaban a pensar en una aventura militar en marcha. Algunos autores nos recordaban historias de otros tiempos, como la invasión del Canal de Suez en 1956 por parte de Francia e Inglaterra, dos imperios coloniales en declinación cuyos dirigentes habían perdido la percepción de la realidad, lo que los condujo al fracaso. Según Michael Klare las élites imperiales decadentes suelen tomar decisiones descabelladas, ya que sobrestiman su poderío (declinante), subestiman el poder (ascendente) de sus enemigos y, finalmente, pierden los estribos ante reales o supuestos desafíos de estos últimos.⁵ Ingleses y franceses creían en esa época que podían doblegar fácilmente a Nasser, de quien no aceptaban sus reivindicaciones nacionalistas, pero el mundo había cambiado y los estados colonialistas sufrieron una humillante derrota política. Ahora, los Estados Unidos se encontrarían ante una situación similar: se negarían a registrar la magnitud, la importancia (geo)estratégica de su derrota en Irak y el hecho de que su gigantesca maquinaria bélica está perdiendo rápidamente la capacidad de disuasión que tenía en la década pasada. Además, el caos financiero en el que están sumergidos les impediría percibir que pierden peso económico global y que su endeudamiento vertiginoso los hace cada vez más dependientes de la red financiera internacional y de las decisiones monetarias de la Unión Europea, Japón y China.

De todos modos, el rápido debilitamiento del gobierno de Bush va reduciendo su capacidad operativa y es muy probable que esa tendencia se acentúe en los próximos meses (lo cual no elimina por completo la posibilidad de una agresión imperial desesperada, como se demuestra en su reciente bravuconada al declarar organización terrorista a los Guardianes de la Revolución de Irán).

Sin embargo, es necesario mirar más allá del búnker de Bush y del aspecto exclusivamente militar del tema. El complejo industrial-militar tradicional ha cambiado mucho en los últimos años, actualmente forma parte de una red más amplia y compleja de intereses que abarca también negocios financieros, energéticos, de seguridad privada, etcétera. Se trata de un sistema muy concentrado que, sobre todo, desde el fin de la Guerra Fría ha conseguido capturar al grueso de la élite política norteamericana. Uno de los pilares de dicha cooptación ha sido el ascenso hegemónico de una «cultura» entre financiera y mafiosa, claramente parasitaria y prisionera de visiones simplistas deslumbradas por el gigantismo del megaaparato militar, desde cuyas alturas el «enemigo» (por ejemplo las poblaciones de Irak o Irán) es visto como un pequeño objeto, un modesto hormiguero que puede ser manipulado o exterminado a gusto. Agreguemos a esto que si bien los candidatos a la presidencia del Partido Demócrata critican a Bush por el desarrollo de la guerra en Irak, no dejan de mostrar sus colmillos en los casos de Irán o Pakistán-Afganistán.⁶

⁵ Michael T. Klare: «Beware empires in decline», *Asia Times Online*, October 19, 2006.

⁶ Axel Brot: «Germany, the re-engineered ally», *Asia Times Online*, August 8, 2007.

Podríamos también aproximarnos al tema desde la deformación «financiera» de la percepción de la realidad que genera imágenes fantásticas donde enormes masas de fondos derriban todos los muros culturales, morales y políticos.

En un caso –el del militarismo– la realidad es simplificada al extremo bajo el convencimiento de que la fuerza bruta lo puede todo, en el otro –con la visión mercantil del mundo– la deformación no es menos grosera («el poder del dinero es irresistible»). A comienzos del siglo XXI, nos encontramos ante la degeneración integral de la élite dominante (central) del mundo que combina la más alta sofisticación consumista y tecnológica con el primitivismo intelectual, no es la primera vez que ocurre esto en la historia humana.

Mi conclusión es que el militarismo imperial-mafioso no tiene por qué desaparecer con Bush, fue gestado durante un prolongado período anterior (marcado durante la década pasada por la primera guerra del Golfo, los interminables bombardeos sobre Irak, la guerra de Kosovo, el desarrollo incesante de burbujas especulativas, etcétera) y tiene sólidas raíces entre los dirigentes de los partidos demócrata y republicano.

Por otra parte, la dependencia energética del capitalismo norteamericano lo obliga a presionar a los países poseedores de estos recursos. No se trata solo de su decreciente producción petrolera enfrentada a recursos globales que tenderán a decrecer en el corto plazo, sino también de la «solución» (parcial, efímera) encontrada: los biocombustibles, cuya expansión significaría, de hecho, la apropiación de vastas extensiones territoriales de la periferia, con lo cual se reducirían, drásticamente, los suministros alimentarios de esta última. En ambos casos, el Imperio, como un vampiro, «necesita» para sobrevivir depredar, cada vez más, el mundo subdesarrollado y disputarle las presas a las otras potencias (Unión Europea, Japón, China). En realidad, la irrupción de los biocombustibles impulsa al Imperio a una recomposición estratégica en la cual se enfoquen nuevos espacios, o más bien se reclasifiquen en su jerarquía de intereses a ciertas zonas de la periferia. Economías agrícolas subdesarrolladas, antes colocadas en un segundo plano, están pasando al primer nivel en la escala de prioridades; es el caso de las grandes extensiones de tierras fértiles de América Latina.

¿Otros imperios?

No está de más insistir en que la crisis norteamericana no puede ser entendida si no la asumimos como parte de un fenómeno más amplio, mundial. El llamado proceso de «globalización» que se desarrolló desde la década de 1970 y llegó a su momento de victoria en los años noventa (bajo la hegemonía financiera estadounidense), impuso la articulación de una densa red de interdependencias económicas entre los países centrales que atrapó al conjunto de la periferia. El desborde financiero que incluyó endeudamientos colosales públicos y privados, tanto en países centrales

como periféricos, y saqueos de estos últimos, fue la resultante de una crisis crónica de sobreproducción que se prolonga desde hace algo menos de cuatro décadas.⁷

También se debe señalar que la hegemonía norteamericana, sobre todo en los años noventa y hasta la actualidad, asume un doble aspecto: por una parte, es la de una potencia que opera como megasujeto (parásito) de la economía global imponiendo sus privilegios consumistas al resto del mundo del cual extrae bienes y servicios a cambio de papeles-dólares que se han ido desvalorizando, pero también se trata de un enorme basurero mundial hacia donde se dirigen fondos y mercancías que la crisis de sobreproducción no permitía colocar en ningún otro mercado comparable. Las burguesías de Japón, Alemania, Sudcorea o China no han hecho otra cosa que otorgar una suerte de «crédito» muy blando y por tiempo indefinido a su gran cliente. Los chinos y los japoneses han acumulado gigantescas «reservas» en dólares o bonos del Tesoro de los Estados Unidos a cambio de sus mercancías, los europeos han colocado en los Estados Unidos enormes excedentes financieros, también lo han hecho países petroleros como Arabia Saudita. Dicho de otra manera, los Estados Unidos son, al mismo tiempo, parásitos y tabla de salvación del capitalismo mundial del cual absorben toda clase de excedentes financieros y productivos. La deuda total de los norteamericanos, pública y privada, se acerca a los 50 billones (millones de millones) de dólares (supera al Producto Bruto Mundial); de ella, 10 billones corresponden a deudas con acreedores externos.⁸

Las turbulencias financieras de agosto de 2007 centradas en los males de la economía norteamericana arrastraron a bolsas y bancos de Europa y Asia; así seguirá sucediendo en el futuro. Se trata de un único navío global a la deriva, aunque su tripulación es bastante heterogénea, lo que genera una imagen confusa de acuerdos y rivalidades, zancadillas y acciones concertadas.

Recientemente, los chinos amenazaron a los norteamericanos con la llamada «opción nuclear» (despolarizar sus reservas), si estos últimos llegaran a adoptar medidas comerciales proteccionistas contra la industria china. Si esa amenaza se concreta, se produciría un desplome financiero planetario del que nadie quedaría a salvo (en primer lugar China, cuyo sistema depende de su dinámica exportadora).

La Unión Europea (el dúo Francia-Alemania) no simpatiza con la invasión estadounidense a Irak, sin embargo no desea una derrota del Imperio que podría derivarse en una pérdida de control casi completa del Medio Oriente por parte de

⁷ Algunos autores, por ejemplo Ernest Mandel, colocan su fecha de nacimiento hacia 1968 (combinando síntomas económicos con rupturas político-culturales), otros la localizan en 1971, cuando los Estados Unidos renunciaron al patrón dólar-oro, lo cual coincide con el comienzo de la declinación de su producción petrolera y, en fin, otros en 1973-1974, cuando estalla la crisis petrolera internacional y se desata un proceso «estanflacionario».

⁸ Michael Hodges: «America's Total Debt Report» (<http://mwhodges.home.att.net>).

Occidente. China ha manifestado su oposición a la aventura iraquí, pero sus compras masivas de bonos del Tesoro de los Estados Unidos han servido para financiar esa guerra. Rusia levanta su puño militar respondiendo a la hostilidad norteamericana y amenaza a los satélites europeos de la superpotencia (y, de tanto en tanto, lanza algún gruñido a los otros estados europeos con el fin de condicionarlos); sin embargo, el renacimiento ruso depende de sus exportaciones energéticas, supeditadas, por su lado, a la salud de la economía internacional y, sobre todo, a sus clientes de Europa; aunque si los rusos miran hacia el Este (tratando de diversificar mercados), se encontrarán con China y Japón dependientes del poder de compra de los Estados Unidos.

Las grandes potencias están condenadas a pelearse entre ellas y, al mismo tiempo, a realizar acuerdos tendentes a la supervivencia común. Dos conclusiones aparecen de inmediato: primero, la declinación económica y política de los Estados Unidos afecta negativamente a las otras potencias, por consiguiente, ese hecho inevitable terminará por debilitarlos a todos; segundo, el desarrollo del proceso general de degradación hará necesarios y difíciles los acuerdos financieros, comerciales y políticos entre los países centrales. El futuro no copiará al siglo xx, cuando la declinación del Imperio inglés le abrió paso al ascenso de los Estados Unidos y de la URSS, sino que propondrá distintos escenarios de despolarización o multipolaridad floja (más o menos caóticos o efímeros).

La crisis

El tercer interrogante se refiere a la duración e intensidad de la crisis actual. El pensamiento conservador es tozudo e insiste en negar la realidad; hacia fines de la década pasada afirmaba que nos encontrábamos en medio de una gran reconversión positiva del capitalismo, cuando la simple observación de los hechos nos señalaba el desborde de una marea financiera; ahora, cuando la economía mundial se encuentra sumergida en un océano de burbujas especulativas y bajo la amenaza de una penuria energética grave, afirma que solo se trata del desinfe de la burbuja inmobiliaria norteamericana y sus «daños colaterales», que pronto (muy pronto) será superada gracias al funcionamiento del «mercado» y a la sabia intervención de los bancos centrales de las grandes potencias. Pero la realidad es mucho más tozuda; esta crisis no nació en 2007, viene de lejos. Desde comienzos de la década pasada las burbujas y turbulencias financieras internacionales se sucedieron una tras otra, al mismo tiempo la masa financiera global fue creciendo en progresión geométrica. Deudas públicas y privadas, hipertrofias bursátiles, negocios con «productos derivados» se fueron expandiendo más allá del ritmo de crecimiento de la economía real. Por ejemplo, los negocios con «productos financieros derivados» representaban hacia el año 2000 cerca de dos veces el Producto Bruto Mundial, en 2006 eran ocho veces más

grandes; si extrapolamos su tasa de expansión promedio del último lustro, en 2010 esa masa especulativa representaría dieciséis veces el Producto Bruto Mundial.

Detrás del fenómeno financiero se encuentra la crisis de sobreproducción crónica que atraviesa a la economía global, y que encontró una «vía de escape» (una droga milagrosa) en las actividades especulativas como espina dorsal de un sistema de saqueo que, bajo el discurso del «neoliberalismo», destruyó (devoró) buena parte de las economías periféricas y reconvirtió al parasitismo los núcleos hegemónicos del capitalismo. Esa vía no es infinita, la expansión de la masa financiera puede ser emparchada luego de cada turbulencia, pero, finalmente, la metástasis termina por dañar al conjunto del sistema y hacerlo inviable.

Eso no es todo, la crisis crónica de sobreproducción converge con la fase declinante de un ciclo mucho más largo, el de la explotación de los recursos energéticos no renovables, pilar decisivo de la dinámica del desarrollo industrial capitalista que le permite concretar su reproducción ampliada, según la propia lógica, autonomizada de los ritmos de la naturaleza, es decir opuesta a (saqueadora de) ella. En resumen, lo que ahora estamos experimentando es la convergencia histórica de dos grandes crisis: la de sobreproducción –que arriba a su etapa de turbulencia aguda–, y la de subproducción o penuria productiva centrada en una primera fase en el área energética, pero que (biocombustibles mediante) comienza a extenderse al sector alimentario.

La crisis financiera empuja hacia la recesión y la penuria energética ejerce presiones inflacionarias. En la década de 1970, se produjo un pequeño anticipo del fenómeno, se lo llamó «estanflación», el término es demasiado suave para lo que se avecina.

JORGE BEINSTEIN, especialista en Economía Mundial y Prospectiva, es doctor en Ciencias Económicas de la Universidad de Franche Comte Besançon, Francia, y profesor titular de la Universidad de Buenos Aires.

Interpretaciones de la democracia en América Latina

CLAUDIO KATZ

Tres visiones diferentes de la democracia han predominado en América Latina en las últimas décadas. Durante los años ochenta prevaleció el institucionalismo, que reivindica las cualidades formales del régimen constitucional y su capacidad para expandir los derechos civiles, estabilizar el sistema político y mejorar el nivel de vida de la población. Este enfoque perdió relevancia a medida que las grandes crisis económicas socavaron la autoridad de los presidentes, empobrecieron a los pueblos y generalizaron el desengaño con los gobiernos posdictatoriales.

De la decepción emergieron concepciones elitistas que acompañaron el ascenso neoliberal de la década del noventa. Esas tesis conciben a la democracia como un mecanismo de selección de gobernantes que administran el sistema político con criterios de mercado, aprovechando el sostén pasivo de la ciudadanía. Presentan este tipo de gestión como un destino inexorable de la globalización y afirman que el ensanchamiento de la desigualdad social es el precio del progreso.

Ese enfoque quedó seriamente afectado por las movilizaciones sociales que en los últimos años favorecieron el desarrollo de una visión participativa de la democracia. Esta concepción asocia la soberanía popular con la reducción de la inequidad, promueve la intervención activa de la población, el control de los funcionarios y la implementación de formas de gestión directa.

El correlato político de estos enfoques no es unívoco, pero las tres posturas tienden a sustentar, respectivamente, los planteamientos moderados, derechistas y progresistas. Sus fronteras son menos nítidas a nivel teórico, especialmente entre los autores que combinan distintas visiones o han pasado de una postura a otra. Analizar las tesis institucionalistas, elitistas y progresistas facilita la comprensión de los cambios políticos registrados en Latinoamérica y esclarece, además, qué tipo de democracia rige actualmente en la región.

Las ilusiones institucionalistas

Varios defensores del constitucionalismo estiman que los mecanismos republicanos contribuyen al progreso paulatino de la sociedad, por medio de sucesivas etapas de liberalización (ampliación de derechos), democratización (conquistas ciudadanas) y avance social (mejores prestaciones públicas). Consideran que estos avances «consolidan la democracia» a medida que mejora la «calidad institucional».¹

Esta visión recoge varios aspectos de la teoría marshalliana, que propone alcanzar la ciudadanía plena al cabo de tres estadios de progreso civil, político y social. Postula expandir los principios democráticos a todos los ámbitos de la sociedad para reducir la desigualdad en el marco del capitalismo, mediante reformas paulatinas que no atemorizen a las clases dominantes.²

Esa tesis es muy afín a la tradición socialdemócrata e ignora que las realizaciones populares crecientes están bloqueadas por la dinámica intrínsecamente regresiva del capitalismo. Bajo este sistema, la competencia por beneficios surgidos de la explotación impide el progreso colectivo, como un simple contagio de una esfera hacia otra. La rivalidad por las ganancias obliga a recortar periódicamente los derechos sociales, y el incentivo al enriquecimiento individual obstruye la disminución perdurable de la inequidad. Por esta razón, la igualdad política no se extiende a las distintas áreas de la vida social y los derechos formales se distancian de los reales.

El capitalismo permite a los trabajadores sufragar libremente, pero no cuestionar su condición de asalariados sojuzgados por los industriales. Este sometimiento es incompatible con la humanización del sistema que proponen los tres estadios marshallianos. En un régimen asentado en la compra-venta de la fuerza de trabajo, los capitalistas gozan de un atributo de contratar y despedir empleados, que es incompatible con la democratización de la sociedad. Mientras el sustento del grueso de la población continúe dependiendo de la lógica despótica que impone el mercado laboral, el avance evolutivo de mejoras cívicas a progresos políticos y sociales será una ilusión.

Los derechos populares siempre surgen de conquistas de los oprimidos. Estos logros chocan con la lógica competitiva, que induce a los empresarios a implementar atropellos periódicos contra los trabajadores. Las tesis marshallianas ignoran esta compulsión porque se apoyan en una mirada angelical del capitalismo. Repiten la vieja propuesta de mejorar lentamente el sistema, y olvidan las frustraciones populares que siempre ha generado esta expectativa.

El institucionalismo presenta las agresiones neoliberales de las últimas décadas como una excepción, y desconoce los cimientos de estas acciones en la dinámica

¹ Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter: *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas*, vol. 4, Paidós, Buenos Aires, 1988, cap. 2.

² T. H. Marshall: *Ciudadanía y clase social*, Alianza Editorial, Madrid, 1998.

regresiva del capitalismo. Desconecta los padecimientos que soportan los asalariados de las tendencias de un sistema estructuralmente opuesto a las mejoras populares.

La aplicación regional

La tesis marshalliana fue utilizada por numerosos institucionalistas para justificar los pactos concertados con los militares durante los años ochenta. Presentaron esos acuerdos como un requisito para gestar los regímenes constitucionales que permitirían recorrer en Latinoamérica las tres etapas de la democracia plena, pero los compromisos con las dictaduras solo generaron sistemas maniatados y con muy poco margen para transitar los avances hacia la liberalización, la democratización y la mejora social.

Esa secuencia tampoco despuntó posteriormente, cuando la crisis económica, la resistencia popular y la inestabilidad política demolieron los pactos con los gendarmes. En ningún país se alcanzaron las metas socialdemócratas y los propios promotores de estos objetivos registraron este fracaso. Reconocieron que los derechos civiles apenas despuntan, los políticos son muy limitados y los sociales han quedado seriamente deteriorados.³ En lugar de contagiosas mejoras de un campo hacia otro, la vía constitucionalista desembocó en una arremetida general contra el nivel de vida de los oprimidos.

El resultado demostró cuán ilusoria es la creencia de erigir un régimen político con legitimidad popular, en un escenario de miseria y concertación con las viejas dictaduras. El empobrecimiento de la mayoría y las concesiones al autoritarismo militar deterioraron la estabilidad del constitucionalismo y bloquearon cualquier evolución ulterior en la dirección marshalliana.

La universalización de derechos que propone este esquema de segmentar choca con la tendencia a la fragmentación que impera en el capitalismo contemporáneo. Como resultado de esta fractura, una minoría goza parcialmente de los tres atributos, otro sector intermedio recibe por goteo algunas porciones de esos logros y la mayoría queda excluida de cualquier beneficio significativo.

La polarización presenta en Latinoamérica un alcance dramático. La región lidera un *ranking* mundial de inequidad que fue acentuado en las últimas décadas por las «democracias excluyentes». Este resultado ha corroborado que la ciudadanía integral no puede construirse a costa de las conquistas inmediatas. Postergar las mejoras sociales, esperando asegurar primero la vigencia de derechos civiles o políticos, impide avances significativos en todos los terrenos.⁴

³ Guillermo O'Donnell: «Sobre los tipos y calidades de democracia», *Página 12*, Buenos Aires, 27 de febrero de 2006.

⁴ Mientras que en Suecia, Noruega y Finlandia la diferencia entre el 10% más rico y el 10% más pobre es de cuatro veces, esta relación alcanza 157 veces en Bolivia, 57 en Brasil, 31 en Argentina, 76 en Paraguay, 67 en Colombia y 46 en Ecuador. Alfredo Zaiat: «Wal-Martini-zación», *Página 12*, Buenos Aires, 31 de marzo de 2007.

«Profundizar la democracia»

Los marshallianos de la región pretendieron medir el progreso de los tres estadios evaluando la «consolidación de la democracia». Pero esta noción indica grados de estabilidad constitucional y no escalones de genuina democratización. Solo ilustra el afianzamiento o deterioro de la supremacía política que ejercen las clases dominantes. Al desconocer esta función, los institucionalistas presentaron la estabilidad como un valor supremo de la comunidad, y omitieron cómo benefició a los poderosos.

Todas las reflexiones sobre la «consolidación de la democracia» condujeron a enredos irresolubles. Nadie pudo entender lo que se debatía, ni tampoco exhibir algún barómetro consistente para medir ese afianzamiento. Solo florecieron las ingenuas comparaciones con los modelos políticos de Europa o de los Estados Unidos que fueron tomados como referencia para esa evaluación.⁵

El deslumbramiento con estos esquemas se apoyó en la expectativa de repetir el camino transitado por los países avanzados durante la posguerra. Pero esta imitación quedó frustrada por las adversas condiciones imperantes en América Latina durante los años ochenta y noventa. El endeudamiento externo, la preeminencia del neoliberalismo y la fuerte ofensiva del capital sobre el trabajo impidieron esbozar alguna reproducción del «Estado de bienestar».

Esta frustración no obedeció solo a causas coyunturales. También expresó el obstáculo que afronta una región atrasada para reproducir el curso de los países centrales. El capitalismo latinoamericano no tolera una escala de reformas sociales equiparable a los países avanzados. La inserción dependiente en el mercado mundial ha tornado difícil repetir incluso el desarrollo observado en la periferia de la Unión Europea.

Los institucionalistas omitieron estos problemas y optaron por un análisis puramente formalista. Se limitaron a desenvolver estudios comparativos, investigaciones sobre liderazgos y evaluaciones de elecciones, parlamentos y partidos. Intentaron explicar la crisis posdictatorial por la fragilidad de estos mecanismos, sin indagar nunca las raíces estructurales de la crisis regional.

Falsos dilemas

Al desechar los términos capitalismo o dependencia, los institucionalistas han navegado por la superficie de los regímenes constitucionales. Atribuyeron las tensiones de estos sistemas a su juventud y estimaron que esta inmadurez condujo a la decepción de una población impaciente, que exigió soluciones inmediatas para problemas de largo aliento. Enfatizaron la precocidad de los nuevos regímenes y olvidaron su favoritismo hacia los poderosos.

⁵ Un activo participante de estos debates reconoció el callejón sin salida que genera esa discusión. Guillermo O'Donnell: *Contrapuntos*, Paidós, Buenos Aires, 1997, Prefacio y cap. 11.

Otros teóricos consideraron que los sistemas políticos quedaron desbordados por las «demandas excesivas de la población». Estimaron que estas exigencias provocaron la parálisis de los «gobiernos sobrecargados», que no pudieron cumplir con las promesas enunciadas desde el llano. Observaron esta fractura como una escisión inevitable entre lo deseado y lo posible.⁶

Esta cisura se ha tornado un rasgo corriente de la política burguesa contemporánea, que potencia el divorcio entre los anuncios y las realidades. El engaño es necesario para sostener la credibilidad de un sistema que favorece a los acaudalados.

La crisis que arrasó las economías latinoamericanas potenció esta dualidad, pero la pérdida de legitimidad popular de los regímenes posdictatoriales no condujo al temido retorno de las dictaduras. Por el contrario, se mantuvo la continuidad de los regímenes constitucionales en un marco de miseria, descontento popular y desgarramiento gubernamental que desconcertó a los institucionalistas. Siempre habían considerado que la pobreza, la indignación social y la fragilidad de los mandatarios eran incompatibles con la perdurabilidad del sistema. La nueva coexistencia aumentó su perplejidad y los indujo a preguntarse si estos regímenes podrían subsistir.

Algunos autores contestaron afirmativamente, otros negativamente y la mayoría recurrió a fórmulas intermedias del tipo: «el sistema puede persistir, pero no consolidarse».⁷ Sin embargo, a medida que transcurrió el tiempo, se tornó evidente que el propio interrogante institucionalista estaba mal planteado. Los regímenes posdictatoriales fueron artífices y no víctimas del empobrecimiento popular y por eso han perdurado junto a la expansión de la tragedia social. Lejos de afectar los intereses de los opresores, el constitucionalismo brindó el marco de seguridad jurídica para los negocios que las dictaduras ya no aportaban. Este sistema evitó incluso las perturbaciones que genera el totalitarismo, cuando reduce el espacio de flexibilidad requerido por el capital para invertir, competir o acumular.

Los institucionalistas presentaron el gran dilema regional como una disyuntiva entre «democracia y dictadura». Difundieron esta oposición como una polaridad absoluta entre proyectos progresistas o regresivos, sin notar que el constitucionalismo burgués ha sido compatible en América Latina con una amplia variedad de modelos semidespóticos. Al utilizar en forma indiscriminada el término democracia –sin diferenciar modalidades formales y sustanciales de este régimen–, se alejaron de cualquier comprensión de los temas en debate.

El institucionalismo eludió problemas y solo introdujo adjetivos para ilustrar las insuficiencias del régimen político. Jamás explicó la raíz capitalista de esa limitación.

⁶ La teoría de los «gobiernos sobrecargados» constituyó un debate clásico de las ciencias políticas de los años setenta. Un resumen de estas discusiones presenta David Held: *Modelos de democracia*, Alianza Editorial, Madrid, 1991, cap. 7.

⁷ Por ejemplo, Francisco Weffort: «Nuevas democracias. ¿Qué democracias?», *Sociedad*, no. 4, Buenos Aires, 1994.

Propagó calificativos para aludir a la fragilidad de las estructuras constitucionales (democracias precarias, inciertas, no consolidadas), a sus limitaciones (democracias restringidas, delegativas, tuteladas) o a su mal funcionamiento (democracias truncas, fallidas, de baja intensidad).

Algunas caracterizaciones resaltaron los incumplimientos de las expectativas iniciales y otras subrayaron los contrastes con sus equivalentes de los países desarrollados. Todos aceptaron el divorcio entre la ciudadanía política y la desciudadanía social, pero muy pocos hablaron de imperialismo y dependencia. Durante esta etapa predominó una gran reacción intelectual contra las concepciones, que en los años setenta explicaban las raíces de la crisis latinoamericana por la inserción periférica de la región en el mercado mundial. Los institucionalistas atribuyeron esa inestabilidad a la fragilidad histórica del constitucionalismo.

Con esta mirada florecieron las caracterizaciones que retrataron a los gobiernos «sin política» (por su alineamiento con una sola opción), «sin inclusión» (por la explosión de pobreza), «sin cohesión social» (por el aumento de la desigualdad), «sin autoridad» (por la crisis de la dirigencia) o «sin legitimidad interior» (por su dependencia de una bendición externa).⁸

Estos señalamientos no aportaron explicaciones. Por un lado, omitieron la fragilidad estructural de América Latina y, por otra parte, ignoraron el vaciamiento político que produce la hostilidad del constitucionalismo contemporáneo a los derechos sociales. Este sistema acentúa la tendencia capitalista a disociar la esfera económica de cualquier avatar político relacionado con demandas populares. Por esta razón, gran parte de los negocios son sustraídos de cualquier debate en el parlamento, los partidos o los comicios. Los capitalistas buscan proteger sus intereses de resultados electorales imprevistos, candidatos conflictivos o demandas sociales repentinas, pero este blindaje torna intrascendente el sufragio y diluye los elementos democráticos del sistema constitucional.

«¿Democracia deliberativa?»

El gradualismo institucionalista levantó la bandera del diálogo como un recurso clave para consolidar los regímenes posdictatoriales. Asoció este afianzamiento con la calidad de la comunicación ciudadana y ponderó la convivencia. Promovió la construcción de «democracias dialogantes», que debían armonizar los intereses de todos los actores de la sociedad. Pero estos llamados no convocaron a construir la soberanía popular, sino a gestar un sistema permeable al autoritarismo militar y al neoliberalismo. Bajo la cobertura de un inocente intercambio de opiniones se

⁸ Sonia Fleury: «Ciudadanía, exclusión y democracia», *Nueva Sociedad*, no. 193, Caracas, septiembre-octubre de 2004.

disuadió la lucha por la democracia plena, que exige acción consecuente de los oprimidos y no consensos pasivos con los opresores.⁹

El enfoque deliberativo omite registrar la desigualdad de fuerzas que rodea al diálogo entre opresores y oprimidos. Basta solo comparar la influencia que tienen ambos sectores sobre los medios masivos de comunicación, para notar el alcance de esa inequidad. El acto de conversar no tiene, por otra parte, efectos mágicos, ni resuelve las tensiones de una sociedad asentada en la explotación. Ningún intercambio verbal disipa el antagonismo que opone al capital con el trabajo. Por esta razón, el diálogo es un instrumento de clarificación, pero también de engaño y no reemplaza la acción directa para el logro de conquistas populares.

Los teóricos institucionalistas ignoraron estos condicionamientos y supusieron que todas las desinteligencias podrían zanjarse con razonamientos. Olvidaron que los debates expresan variedad de opiniones, pero también intereses sociales divergentes, que no se disuelven en coincidencias verbales. El universo de la comunicación no anula, ni reduce estos conflictos, solo permite traducirlos a un lenguaje compartido.

Algunos promotores de la armonía argumentativa conciben esta acción como un paso hacia un ideal de entendimiento. Consideran que esa meta podría alcanzarse extendiendo la racionalidad comunicativa frente a la racionalidad instrumental, que impone la primacía de los intereses materiales, la producción y el consumo. Estiman que este progreso permitiría coronar el avance de la modernidad hacia formas más plenas de civilización.¹⁰

Pero en esta visión del diálogo como determinante de la evolución humana, el lenguaje asume una preeminencia arrolladora sobre cualquier otra esfera de la vida social. Esta supremacía desconoce el papel determinante que desempeñan las fuerzas sociales en el desenvolvimiento de la sociedad y en las transformaciones históricas. Las funciones comunicativas son dotadas de una inexplicable capacidad para definir este devenir.

Esta idealización del diálogo es coherente con la inocencia que transmite el proyecto institucionalista. Su mirada contemporizadora del capitalismo es muy acorde con el papel que otorga al lenguaje en la construcción de la sociabilidad. Las tensiones sociales y los sufrimientos populares quedan completamente relegados en un esquema tan amigable, como divorciado de la realidad.

⁹ «Todos dialogan porque no hay intereses en choque. Los participantes se han convertido en almas puras bajo la magia armonizadora del mercado». Franz Hinkelamert, citado en Edgardo Lander: *La democracia en las ciencias sociales latinoamericanas contemporáneas*, Faces UCV, Caracas, 1997.

¹⁰ Estas tesis retoman el pensamiento de Jurgen Habermas: *Ensayos políticos*, Península, Barcelona, 1988.

El giro de los años noventa

La decepción con los regímenes posdictatoriales indujo a muchos institucionalistas a un viraje elitista, afín al rumbo neoliberal que prevaleció en América Latina durante la década pasada. Este curso fue abiertamente promovido por algunos intelectuales –como F. H. Cardoso o Jorge Castañeda– quienes sustituyeron el reformismo por el social-liberalismo. Adoptaron el discurso de la Tercera Vía y afirmaron que la globalización obliga a promover a los capitalistas, en desmedro de cualquier mejora colectiva.¹¹

Este viraje se consumó en una coyuntura signada por el generalizado deterioro de los regímenes constitucionales. La población observó cómo la alternancia de distintos presidentes, ministros o legisladores mantenía inalterable el manejo del poder en manos de las clases dominantes. Experimentó también el modo en que funcionan los comicios, el parlamento y la competencia de partidos al servicio de los mismos intereses capitalistas, y advirtió la manera según la cual las reglas institucionales facilitan la perpetuación de esta supremacía. Notó que los banqueros e industriales gobiernan desde la trastienda del poder, sin necesidad de recurrir a una figura suprema (autocracia), a un grupo selecto (oligarquía) o a una minoría influyente (poliarquía).

Este control se tornó más desembozado durante los tormentosos períodos de crisis económica. En los picos de estas turbulencias, los poderosos recurrieron al chantaje financiero y a la desestabilización de las monedas para hacer valer sus exigencias. Impusieron el voto calificado que transmiten los «mensajes de los mercados», los desplomes de la Bolsa o las abruptas salidas de capitales. El efecto de estas advertencias fue más contundente que cualquier discusión parlamentaria o propuesta electoral. En esas circunstancias, las normas formales de la igualdad ciudadana quedaron sometidas a las reglas brutales del costo-beneficio.

La desilusión con el constitucionalismo se amplió en un contexto de apatía política y descreimiento electoral. Las expectativas socialdemócratas se diluyeron y muchos institucionalistas pasaron del tibio cuestionamiento a la resignada aceptación de la dominación capitalista. Compartieron el desencanto de la población y avalaron la indiferencia ciudadana, pues interpretaron el distanciamiento con el sistema político como una manifestación de madurez institucional. Las caracterizaciones valorativas perdieron peso, en favor de las observaciones meramente descriptivas del vaciamiento político regional.

Este marco incentivó la preeminencia de la teoría schumpeteriana, que presenta el gobierno de las élites como un rasgo inexorable de la sociedad moderna. Esta preeminencia es atribuida a la expansión de la burocracia, al liderazgo carismático

¹¹ El inspirador de esta postura fue Anthony Giddens: *La tercera vía*, Taurus, Buenos Aires, 2000, caps. 2, 3 y 4.

o a la decadencia de los procedimientos electivos.¹² Los mismos autores que apostaban a una evolución marshalliana de Latinoamérica reforzaron la tónica elitista de su «teoría contemporánea de la democracia», que combina institucionalismo con fuerte descreimiento y manifiesta hostilidad a la presencia popular en los procesos políticos.¹³

Las causas de la apatía

Las visiones elitistas presentan la indiferencia política como un defecto genético de la población, y omiten que esta actitud obedece a la decepción con el constitucionalismo y al impacto del neoliberalismo. Consideran que la ciudadanía avala el orden vigente, sufraga pasivamente y elige a sus representantes sin evaluar las propuestas en disputa. Observan este desinterés como un rasgo ajeno al capitalismo, y olvidan la evidente conexión de esta actitud con un régimen que genera periódicos cataclismos de pobreza y desempleo.

Este enfoque estima que los regímenes posdictatoriales han quedado afectados por la burocratización que impera en todas las sociedades contemporáneas. Interpreta que la población se retiró de la actividad pública por cansancio, luego del primer despertar que generó el fin de las dictaduras. Reflexiona que esa fatiga cívica neutralizó el primer impulso de gran participación.¹⁴

Estas deducciones son completamente arbitrarias y no se basan en ninguna evidencia de comportamientos cíclicos de los individuos frente a los asuntos de la comunidad. La apatía de los años noventa no obedeció a esta periodicidad. Lo que falló fue el sistema político y no la conducta de la población. Al invertir esta causalidad, se justifica el *statu quo*, con los mismos argumentos que en el pasado se utilizaban para avalar la permanencia de las dictaduras en América Latina.

Es falso presentar a toda la población como responsable de los actos de los gobernantes. Esta acusación exculpa a las clases dominantes que controlan el régimen constitucional y desplaza al universo de la psicología social, lo que debe ser analizado en términos políticos. En lugar de caracterizaciones concretas se recurre a consideraciones abstractas sobre la condición humana. Con este razonamiento, se atribuye también la llegada del neoliberalismo al péndulo de atracciones y repulsiones que guía toda la vida política.

Los fanáticos del mercado van más allá de esta interpretación y explican el repliegue ciudadano al deslumbramiento que generan el consumo y el entretenimiento.

¹² Joseph Schumpeter: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Folio, Barcelona, 1984, caps. 20, 21, 22 y 23.

¹³ Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter: *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas*, ed. cit. (en nota 1), cap. 6.

¹⁴ *Ibidem*, caps. 3, 5 y 6.

Estiman que la política es una actividad menor frente a este tipo de satisfacciones. Afirman que las cualidades del individuo –como inversor inteligente, ahorrista activo o consumidor soberano– nunca encuentran paralelo en el campo institucional.

Por eso suponen que la transferencia de la gestión política a un grupo especializado permitiría a la población usufructuar plenamente de las gratificaciones del mercado, pero es obvio que este razonamiento proyecta a toda la sociedad el modelo del capitalista exitoso. Transforma la excepcionalidad del éxito empresario en un patrón de realización colectiva, que carece de sentido fuera del imaginario neoliberal.

Esta postura también avala la despolitización que generó en América Latina el derrumbe de los partidos tradicionales. Aprueba la profesionalización de estas estructuras y justifica que sean copadas por una minoría de expertos muy permeable a los negocios particulares. Observa este desplazamiento de los afiliados por los recaudadores de dinero, como un efecto natural de la especialización laboral contemporánea.

La declinación del individuo-elector es aceptada con la misma resignación que se pondera el diseño de los candidatos por las encuestas, en la nueva «democracia de opinión». La raíz capitalista de este vaciamiento del sistema político es invariablemente omitida.

Aristocratism despedido

Bajo el impacto de revueltas populares –que a fines de los años noventa sacudieron al neoliberalismo– los teóricos elitistas afianzaron el giro a la derecha. Acentuaron su oposición a los movimientos sociales, a la izquierda y a los nuevos gobiernos nacionalistas radicales. Se sumaron a la gran campaña contra el «populismo» que el *establishment* promueve para relanzar los Tratados de Libre Comercio, la apertura comercial y las privatizaciones.¹⁵

Este viraje selló un definitivo pasaje del optimismo marshalliano al cinismo schumpeteriano, que intensificó su despechada crítica a las mayorías populares. Algunos autores han reprobado con especial contundencia la subordinación de los «estratos sociales bajos al trueque clientelar» y objetan este «intercambio de prebendas por legitimación del poder»,¹⁶ pero nunca explican las causas del sometimiento que denuncian.

Un individuo puede aceptar esa sujeción por muchas razones: obediencia, coerción, consentimiento pragmático, acuerdo normativo o atadura a cierta tradición. Los teóricos elitistas desconocen estos impulsos, evitan discriminarlos y no aclaran cuál de ellos ha prevalecido en América Latina. Tampoco formulan interpretaciones de la

¹⁵ Hemos analizado este tema en Claudio Katz: «Gobiernos y regímenes en América Latina», *Los 90. Fin de ciclo. Retorno de la contradicción*, Editorial Final Abierto, Buenos Aires [en prensa].

¹⁶ Dietmar Dirmoser: «Democracia sin demócratas. Sobre la crisis de la democracia en América Latina», *Nueva Sociedad*, no. 197, Caracas, junio de 2005.

manipulación que objetan. A lo sumo, aluden a la tradición paternalista de la región o a la idiosincrasia autoritaria de la población. No se detienen a indagar los cambios de alineamiento popular que se han registrado en la región en rechazo al neoliberalismo. Este giro no es un efecto de discursos, poses o demagogia. Es una reacción frente a los fracasos económicos y las frustraciones institucionales de la década pasada.

Los teóricos elitistas ignoran estas condiciones y nunca relacionan las inclinaciones populares con experiencias políticas concretas. Olvidan la decepción acumulativa provocada por los regímenes institucionalistas y neoliberales que atropellaron a los oprimidos. Omiten que estos gobiernos demolieron conquistas sociales, generalizaron la miseria y crearon un fuerte resentimiento contra el formalismo constitucional. En lugar de analizar las consecuencias de esta agresión, arremeten contra las víctimas del atropello capitalista. Esta violenta crítica al caudillismo es contradictoria con su promoción del elitismo. En los hechos, no les molesta la supremacía de un líder o el predominio de pequeños grupos en el poder, sino la pérdida de influencia de las clases dominantes.

Todos sus planteos están orientados a justificar a los gobiernos conservadores empeñados en desterrar cualquier presencia popular en la vida política. Ya no avalan el gobierno de los más capacitados (Michels), la primacía de los elegidos sobre los electores (Mosca, Pareto), las ventajas de los especialistas (Weber) o la irrelevancia de la soberanía popular (Schumpeter), pero retoman el fantasma hobbesiano de enfrentamientos sociales que obliga a los individuos a transferir sus derechos a los funcionarios, para asegurar un mínimo de orden social.

En última instancia, el cuestionamiento a los «estratos bajos» se apoya en una mirada elitista, que observa al pueblo como un segmento inmaduro para gestionar su propio futuro.¹⁷

La comparación con el mercado

Las tesis neoliberales más extremas asignan al régimen político constitucional la función prioritaria de proteger los bienes de los acaudalados. Estiman que el egoísmo empuja a maximizar el interés particular en desmedro de la comunidad. Consideran que la igualdad es contraproducente, porque desalienta la codicia de los ricos y el trabajo de los pobres. Además, conciben un modelo de individuo que actúa fuera de cualquier contexto social y personifica siempre las preocupaciones de los capitalistas.

Este enfoque identifica la acción del Estado con la destrucción de las capacidades creativas de las personas. Pero impugna solo las funciones sociales de esta institución, ya que las garantías jurídicas y físicas que aporta a la gran propiedad son invariablemente ponderadas.

¹⁷ Las raíces teóricas del elitismo son expuestas por Edoardo Greblo: *Democracia*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2002, cap. 7.

La visión elitista presupone que el gobierno de los privilegiados se asienta en una competencia de méritos por la conducción de la sociedad. Afirma que los ciudadanos seleccionan a los líderes premiando estas cualidades, aunque al mismo tiempo estima que los electores no pueden desempeñar un papel activo en la definición de los programas o las políticas de los dirigentes. La razón de esta incapacidad es un misterio, desde el momento que se enaltecen las facultades electivas de los mismos individuos. En las tesis schumpeterianas nunca se entiende por qué los ciudadanos pueden elegir conductores y no cursos de acción.

Algunos teóricos neoliberales explican esta contradicción por las dificultades que enfrentan los sistemas políticos para imitar el mercado. Estiman que estas estructuras alcanzan su mejor funcionamiento cuando logran copiar los mecanismos comerciales. Con esta semejanza los candidatos se adecuan a los parámetros de la oferta y los electores se amoldan a la dinámica de la demanda. Consideran que esa situación es ideal, ya que se obtiene un comportamiento de los votantes como consumidores y una conducta de los políticos como empresarios.

Pero esta analogía carece de validez porque la democracia genuina y el mercado tienden a guiarse por principios opuestos. La primera institución apunta a conectar a los integrantes de una comunidad por medio de la participación y la igualdad inclusiva, mientras la segunda relaciona a compradores y vendedores en intercambios competitivos que amplifican la desigualdad y la selectividad. El afán de justicia que anima a la democracia es contrario a la búsqueda de réditos que caracteriza al mercado. Lo ocurrido con los regímenes latinoamericanos durante la década del noventa es un ejemplo contundente de esta oposición.

Hay que reconocer que el sistema político constitucional es más afín a las reglas del oligopolio que a las normas de la competencia. Las rivalidades no se dirimen entre infinitos agentes, sino entre pocos aparatos que manejan recursos multimillonarios. Especialmente en la pugna electoral, no participa una multitud de pequeños agentes, sino el puñado de poderosos que tiene acceso privilegiado a los medios de comunicación.

El modelo elitista es descarnado y evita la duplicidad del formalismo institucionalista. Como ha renegado de la hipocresía moral que afecta a la tradición constitucionalista, ofrece a veces retratos acertados del sistema político contemporáneo. Reconoce la preeminencia de la alta burocracia, la pérdida de gravitación de los electores y describe cómo actúan los distintos *lobbys* a espaldas de la ciudadanía. Estos grupos definen el rumbo de cada administración, al margen del sufragio y la deliberación parlamentaria.¹⁸

¹⁸ Las teorías más contemporáneas del pluralismo y del corporatismo dan cuenta de esta gravitación de sectores intermedios en el control de los regímenes políticos. David Held: *Modelos de democracia*, Alianza Editorial, Madrid, 1991, cap. 6.

Se describe acertadamente un manejo despótico del sistema político a favor de los grandes bancos y empresas. No se presenta ningún argumento que demuestre el carácter conveniente o inevitable de este funcionamiento. Como toda apología del *statu quo*, esta forma de realismo tampoco percibe las contradicciones del escenario que retrata. Por eso no ha podido registrar su propio fracaso, al calor del gran descrédito que ha padecido el neoliberalismo latinoamericano durante la última década.

La visión progresista

La decepción institucionalista y las inconsistencias del elitismo ampliaron la influencia de una tercera visión proclive a la democracia participativa. Este enfoque considera que la intervención ciudadana es imprescindible para revitalizar el sistema constitucional y permitir una incidencia creciente de la población en la toma de decisiones.

Es una visión enfáticamente opuesta al modelo schumpeteriano. Rechaza la identificación mercantil del elector con el consumidor y desaprueba la equiparación del voto con una alternativa de compra, pero también critica la idílica mirada institucionalista del acto comicial como una ceremonia sagrada.

El enfoque participativo estima que el sufragio es un momento de la acción política y remarca que el acto rutinario de votar no tiene gran significado, si el sufragante carece de poder real. Contrasta la debilidad del ciudadano corriente con el peso de las grandes empresas, y estima que la intervención activa de la comunidad es indispensable para imprimirle al régimen político perfiles progresistas.¹⁹

Esta concepción propone transformar al ciudadano en un actor real del proceso político, mediante la introducción de mecanismos de control sobre los elegidos. Auspicia incrementar el alcance de las competencias legislativas en desmedro de las ejecutivas, promueve la proporcionalidad de la representación y también la implementación de formas acotadas de democracia directa, junto a la rendición de cuentas de los gobernantes. Estima que estos cambios facilitarán la reducción de las desigualdades sociales y permitirán extender los principios democráticos a todos los ámbitos de la sociedad.²⁰

Ciertos autores han analizado los efectos positivos de esa intervención en varias experiencias nacionales. Presentan estos ejemplos como indicios de la disposición popular a un mayor compromiso con los asuntos públicos. También subrayan la conveniencia de generalizar las consultas masivas y periódicas.²¹

¹⁹ Un resumen y defensa de estas tesis se encuentran en C. B. Macpherson: *La democracia liberal y su época*, Alianza Editorial, Madrid, 1981, caps. 3 y 5.

²⁰ En este terreno retoma las propuestas que planteó Norberto Bobbio: *El futuro de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, cap. 2.

²¹ Robert Dahl: «Los sistemas políticos democráticos en los países avanzados: éxito y desafíos», *Nueva Hegemonía Mundial*, CLACSO, Buenos Aires, 2004.

El fundamento de esta teoría se remonta a las concepciones reformistas, que desde mediados del siglo XIX postularon numerosos autores anglosajones. En oposición a las tesis utilitarias, la democracia es reivindicada con argumentos de tono moral que ponderan el autodesarrollo de las capacidades humanas. Al igual que con los institucionalistas, se promueven mejoras sociales compatibles con el capitalismo, pero desde una óptica más crítica de este sistema, que, además, rechaza la pasividad ciudadana.

El eje distribucionista

La visión progresista comparte el desconocimiento marshalliano de los límites que interpone el capitalismo al logro de una ciudadanía plena. Ignora que este sistema solo tolera reformas compatibles con la supremacía de las clases dominantes y acota la participación popular dentro de rigurosas fronteras. Este veto al protagonismo ciudadano es particularmente estricto en las áreas económicas estratégicas para el capital (empresas, bancos, servicios esenciales) y en los sectores relevantes de la estructura estatal (ejército, justicia, administración central).

Estas restricciones no impiden conquistar iniciativas de referéndum, revocación de mandatos o supervisión de cuentas públicas, pero el uso de estos instrumentos para obtener mejoras populares crecientes plantea batallas con mayores connotaciones anticapitalistas. La tesis participativa desconoce (o minimiza) este alcance. No reconoce la intensidad que presentan estos conflictos, ni su desemboque en grandes choques sociales. Tampoco registra que la ausencia de perspectivas socialistas diluye el contenido de las demandas populares y conduce a su absorción por parte del régimen burgués.

Algunos autores soslayan estas tensiones. Consideran que «el contenido de la democracia está dotado por los agentes que intervienen en el ordenamiento constitucional». ²² Con esta visión conciben a los sistemas políticos flotando en el aire y al margen de sus condicionamientos sociales. Suponen que estos regímenes pueden ser amoldados a las exigencias populares, por medio de una mera alteración de las relaciones de fuerza, como si fueran estructuras plásticas que se ensanchan y reducen por simple presión. No perciben que este sistema se asienta en la propiedad capitalista y el manejo burocrático del Estado, es decir, en dos cimientos que no se remueven con pequeños cambios políticos.

El enfoque progresista supone que la participación ciudadana alcanza para avanzar hacia la igualdad social, si se impulsan transferencias de recursos que mejoren la distribución del ingreso, pero no toma en cuenta que esta inequidad tiene raíces capitalistas, que hacen prevalecer una presión competitiva por la explotación de los

²² Claudio Lozano y Mario José Grabivker: «Prólogo», *Presupuesto participativo y socialismo*, El Farol, Buenos Aires, 2002.

trabajadores. Debido a esto, los logros populares enfrentan límites tan severos como la propia participación ciudadana. Ambas restricciones solo pueden superarse mediante la gestación de un proyecto para avanzar hacia el socialismo.

La rehabilitación de la política

El planteo progresista es promovido por dos corrientes significativas: el republicanism social y el liberalismo igualitarista. El primer enfoque resalta la dimensión cívica de la participación popular y reivindica el compromiso ciudadano, los deberes públicos y las responsabilidades colectivas, como actividades que abonan la realización del individuo. En oposición al elitismo liberal y a la idolatría del mercado, remarca la gratificación que genera la dedicación a la comunidad.²³

Estos ideales republicanos no contribuyen por sí mismos a los intereses de las mayorías populares. Frecuentemente, amplifican la ilusoria imagen del capitalismo, como un sistema favorable al bien común. Estas visiones ocultan que la división de poderes, la acción de la justicia y los mecanismos electivos operan al servicio de los acaudalados. El republicanism social contiene una dimensión igualitaria que recoge las tradiciones humanistas, resiste la privatización neoliberal y enfrenta las tendencias autoritarias del presidencialismo contemporáneo, pero solo converge con el proyecto de una democracia plena, cuando se confronta con los mitos capitalistas que difunde el republicanism conservador.²⁴

El mismo dilema afronta el liberalismo igualitarista con su par derechista. Esta corriente plantea una defensa de los derechos positivos (necesidades básicas universales) en oposición a los derechos negativos (no interferencia en la propiedad), que sostienen los conservadores, y propone transformar específicamente el sistema jurídico sobre estos pilares,²⁵ pero los cambios no son factibles sin acciones tendentes a erradicar un sistema dominado por las grandes empresas y bancos.

²³ Vitullo ofrece una síntesis de esta concepción. Gabriel Vitullo: *Teorías alternativas da democracia. Un analyse comparada*, Universidad Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 1999, cap. 3, punto 1.

²⁴ El legado del republicanism varía de modo significativo en cada país y difiere sustancialmente, por ejemplo, en Francia o Irlanda, en comparación con los Estados Unidos. En América Latina, tiene pocas raíces por su conexión histórica con la dominación oligárquica. Un interesante debate sobre las relaciones contemporáneas entre republicanism y socialismo desarrollan Christian Picquet: «Derangeant Republicque», *Critique Communiste*, no. 174, Hiver, 2004; Antoine Artous: «La republicque dans la tourmente», *Critique Communiste*, no. 171, Hiver, 2004; e Isaac Joshua: «Commentaires sur La Republicque», *Critique Communiste*, no. 172, Printemps, 2004.

²⁵ Es la visión de Roberto Gargarella y Félix Ovejero: «El socialismo todavía», *Razones para el socialismo*, Paidós, Barcelona, 2002, Introducción; Roberto Gargarella: «Liberalismo frente a socialismo», en Atilio Boron, *Teoría y filosofía política. La recuperación de los clásicos en el debate latinoamericano*, CLACSO, Buenos Aires, marzo de 2002.

Tanto el republicanismo social como el liberalismo igualitarista enfatizan la necesidad de rehabilitar la política. Destacan el papel de esta acción para dirimir las grandes alternativas de la sociedad y rechazan la denigración neoliberal de la política, como actividad asociada con la corrupción, las prebendas o el enriquecimiento personal. Promueven revitalizarla con prácticas comunitarias e ideales cívicos.

Sin embargo, la participación ciudadana y la honestidad no alcanzan para romper el círculo vicioso de impotencia e indiferencia que genera el constitucionalismo contemporáneo. Al margen de un proyecto de transformación social, que reduzca la desigualdad y erradique la explotación, la rehabilitación ética pierde consistencia. Solo este contenido podría reavivar en forma perdurable el interés popular por una actividad esencial, para que los oprimidos generen un proyecto propio. Si los ideales cívicos son recreados en una práctica convergente con los explotadores, la política se perpetúa como un ámbito de engaño, desilusión y desprestigio.

«Democratizar el Estado»

Algunos teóricos progresistas proponen encarrilar la participación ciudadana hacia la «democratización del Estado». Promueven modificar las normas y cambiar las instituciones para promulgar nuevas leyes que permitan consumir los objetivos igualitaristas.

Estas iniciativas nunca pueden transformar cualitativamente a un Estado burgués, que jamás operó como arena neutral de disputa entre proyectos diferenciados. Esta institución conforma una estructura que favorece a las clases dominantes, mediante su control de los mecanismos coercitivos y administrativos de la sociedad. Si se refuerzan estos cimientos capitalistas, ningún aumento de la participación cívica democratizará ese enjambre. Más de un siglo de intentos socialdemócratas confirman esta conclusión.²⁶

Ciertos autores promueven «democratizar el Estado» para reconstruir los organismos que el neoliberalismo ha socavado. Proponen contrarrestar la tendencia espontánea de los mercados a ensanchar la desigualdad con la acción de un «Estado fuerte», que revierta la desintegración económica y la fractura social registradas en las últimas dos décadas.²⁷

Sin embargo, el fortalecimiento del Estado como instrumento de la acumulación es manifiestamente opuesto a la participación popular. Si se favorece a los

²⁶ Algunos partidarios de este rumbo no desconocen este resultado. Es el caso de Adam Przeworski: *Capitalismo y socialdemocracia*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, *post-scriptum*.

²⁷ En esta visión se apoyan, también, las concepciones que convocan a recuperar la función explicativa del Estado en la interpretación de procesos sociales. Theda Skocpol: «Bringing the State Back», en Peter Evans, *Bringing the State Back*, Cambridge University Press, New York, 1985.

capitalistas con subsidios industriales, auxilios financieros, impuestos regresivos o normas de competitividad contra los rivales extranjeros, la presencia ciudadana tiende a decrecer o cumple una función adversa a los intereses populares.

Por otra parte, el reforzamiento del Estado a favor de los capitalistas siempre es complementado con mayores poderes para los funcionarios privilegiados de la alta burocracia. Esta consolidación es opuesta a cualquier avance hacia la democratización de la vida social. Es un contrasentido promover el fortalecimiento del Estado al servicio de los poderosos e imaginar la conversión de esta institución en un ámbito de soberanía y deliberación popular. Si se afianza el peso de las élites que controlan las instituciones oficiales, no hay forma de expandir la participación popular genuina.

Las visiones «estatalistas» han recuperado predicamento al cabo de una década de desarreglos neoliberales, pero este resurgimiento solo es afín a un proyecto de mayor participación real, si se enfrenta a las estructuras que manejan las clases dominantes. No basta con forjar un «Estado presente» con funcionarios eficientes para cambiar la sociedad.

Es cierto que bajo el capitalismo este grupo de administradores puede asumir un perfil de cierta independencia y embarcarse en conflicto con los propietarios de los medios de producción, pero esta acción no desborda la relación de asociación que mantienen con los dueños de las tierras, las empresas y los bancos. Un planteo participativo, democrático e igualitario exige apuntar hacia otra dirección.

«Expandir la sociedad civil»

Una vertiente del progresismo propicia avanzar hacia la democratización desde la sociedad civil. Estima que la burocratización, el desprestigio de la política y la decadencia de los partidos impiden comenzar el proyecto participativo desde la órbita estatal. Considera que el debilitamiento de esta estructura por efecto de las políticas neoliberales ha potenciado la vía «societalista». Postula «reinventar la democracia», reconstituyendo el contrato social que socavó la globalización neoliberal.

La remodelación de ese contrato exigiría que los ciudadanos establezcan las reglas de este convenio a partir de un consenso democrático. Esa libertad de opción nunca ha existido en la sociedad de clases y se encuentra estructuralmente bloqueada en un régimen social dominado por los acaudalados. El esquema contractualista imagina un acuerdo de partes para consensuar reglas de funcionamiento comunitario, que resulta inviable en el universo capitalista.

Es habitual que los defensores de la sociedad civil eludan definir el contenido de esta entidad. Olvidan que en cualquiera de sus acepciones —esfera de las actividades económicas o ámbito de las instituciones del orden social—, este campo se encuentra sometido a la dominación capitalista. Lejos de reunir los ingredientes de un futuro libertario, incluye todos los pilares de la opresión. Allí se localizan los industriales que extraen plusvalía y acumulan capital. La coerción estatal que

ejercen los policías, los jueces y los burócratas solo complementa la sujeción que imponen los capitalistas en el área de la producción.

La idealización de la sociedad civil como una esfera benigna es un viejo mito de los liberales que identifican esa órbita con el mercado. Suponen que en este campo se consuma la realización del individuo que vende y compra sin ninguna interferencia estatal. El paradójico deslumbramiento con la sociedad civil que exhiben los críticos de esta concepción es un efecto del clima antiestatista, que ha florecido en las últimas décadas.

El «societalismo» participativo e igualitario es muy hostil a su equivalente elitista y mercantil. No elogia a la sociedad civil por su incentivo del mercado, sino por sus potencialidades democratizadoras, pero ambas visiones se remiten a una raíz común y comparten pretensiones igualmente imaginarias.

La contraposición liberal entre sociedad civil (auspiciada) y Estado (denigrado) ha sido transformada por el «societalismo» participativo en un choque entre esferas democratizadoras y opresivas. De este contraste surgen las difundidas oposiciones de libertad *versus* coerción, opinión pública ante información manipulada, ONG frente a gobiernos o consensos contra reglamentaciones.

El mismo listado de virtudes y defectos podría presentarse de manera invertida, ya que la sociedad civil y el Estado conforman dos mitades de una misma estructura capitalista. La primera entidad no orbita en una galaxia distanciada de la segunda institución. Ambas esferas conforman polos complementarios de un mismo régimen social, cuya democratización enfrenta los mismos obstáculos capitalistas. Suponer que la sociedad civil es un ámbito de «todos» y el Estado un reducto de «pocos» constituye una simplificación de la realidad clasista presente en ambas esferas.

Entre la sociedad civil y el Estado existen importantes diferencias, pero no una oposición de desenvolvimientos. El capitalismo se asienta en ambos cimientos y la dominación económica que las clases opresoras ejercen en la sociedad civil requiere una dominación política equivalente en el área estatal.

Para desenvolver una batalla por la democracia plena es indispensable percibir el capitalismo como totalidad. La lógica de este sistema se esfuma, si su análisis es fragmentado en componentes que aíslan la dimensión privada del radio estatal. Superar este divorcio es importante para encarar un proyecto democratizador antagónico al elitismo, opuesto al institucionalismo y diferenciado del participacionismo. Este programa se plasma en la democracia socialista.

CLAUDIO KATZ es economista, investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y profesor en la Universidad de Buenos Aires. Entre sus últimos libros se encuentran *El porvenir del socialismo* y *El rediseño de América Latina*.

CENTROAMÉRICA HOY



CON SUEÑOS SE ESCRIBE LA VIDA

Autobiografía de un revolucionario salvadoreño

Salvador Sánchez Cerén (Leonel González)

Salvador Sánchez Cerén es candidato a la Vicepresidencia de El Salvador para los comicios de 2009.

Este libro recoge la ejemplar trayectoria del Comandante "Leonel González", quien a través de su memoria describe sus pasos por las luchas sociales y por la guerrilla salvadoreña, guiado por ideales humanistas y revolucionarios. En esta obra reflexiona sobre las diferentes etapas de la lucha revolucionaria en El Salvador a lo largo del siglo XX, y se adentra en los retos y desafíos que la izquierda de la que forma parte debe asumir en los próximos tiempos.

320 páginas + 20 pags. de fotos, ISBN 978-1-921235-85-6

NUEVO DE OCEAN SUR



UNA GUERRA PARA CONSTRUIR LA PAZ

Schafik Handal

Breve reseña del proceso histórico de la revolución en El Salvador, en palabras de unos de sus principales participantes. Contienen un documento escrito por Schafik Handal sobre la historia política de este país, que explica las causas de la guerra y su finalización por medio de acuerdos políticos. Incluye entrevistas y la denuncia que Schafik hiciera sobre el incumplimiento de los Acuerdos de Paz por parte del gobierno.

Schafik Handal fue comandante de las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL). Fue coordinador general del FMLN, diputado de la Asamblea Legislativa y candidato a la presidencia en 2004; falleció en enero de 2006, a su regreso de Bolivia.

150 páginas, ISBN 978-1-921235-13-9



MIGUEL MÁRMOL

Los sucesos de 1932 en El Salvador

Roque Dalton

Texto clásico de la historia contemporánea de El Salvador, en que el revolucionario Miguel Mármol, sobreviviente de la masacre de 1932 en su país, nos narra a través del inmortal poeta Roque Dalton la reconstrucción de esta historia. Obra fundamental de la literatura latinoamericana, aporta enormemente al rescate de la memoria histórica.

Cuatro décadas después de aquel diálogo, a 75 años de los acontecimientos, volver a empaparnos de esa historia puede —y debe— ayudar a las nuevas generaciones de militantes y jóvenes estudiantes a reinstalar la perspectiva radical en el debate actual de la izquierda latinoamericana.

430 páginas + 16 pags. de fotos, ISBN 978-1-921235-57-3

El largo y tortuoso camino a Esquipulas II*

MIGUEL D'ESCOTO BROCKMANN

La Revolución Popular Sandinista constituyó la principal noticia a nivel mundial durante la década de 1980. Este es un hecho indiscutible, si analizamos los titulares de los más importantes medios noticiosos del mundo en esa época. Los Estados Unidos habían desatado una prolongada «guerra de baja intensidad», eufemismo con el cual los gringos se refieren a su terrorismo de Estado, contra Nicaragua. En una u otra forma, Ronald Reagan y Bush padre utilizaron a los países centroamericanos, pero, fundamentalmente, a Honduras y a Costa Rica, en este esfuerzo. La «guerra» fue una constante y criminal agresión unilateral de los Estados Unidos contra Nicaragua en la que se involucraron los países centroamericanos, con lo cual peligró la, de por sí ya muy frágil, paz en la región.

No obstante, a partir de una gran campaña mediática y diplomática, Washington pretendía crear la impresión de que las grandes tensiones y amenazas a la paz regional en Centroamérica habían sido provocadas por la Revolución Sandinista. Intentaba proyectar la imagen de que se trataba de una confrontación Este-Oeste y que, por su cercanía a los Estados Unidos, la Nicaragua sandinista representaba un serio peligro a su seguridad nacional. El hecho de haber perdido la posibilidad de seguir manipulando a Nicaragua, como venían haciendo por casi medio siglo, sacó de quicio a Washington. Reagan llegó hasta el punto de cometer la gran ridiculez de declarar oficialmente, el 1ro. de mayo de 1985 –mediante su *Executive Order* no. 12513–, una emergencia nacional por la supuesta amenaza que la Nicaragua sandinista representaba para la seguridad nacional de los Estados Unidos, con lo cual creó cierto pánico entre sus conciudadanos.

Ante la criminal e histórica agresión de Reagan contra Nicaragua, en los años ochenta se escribieron gloriosas páginas de solidaridad latinoamericana. En ellas

* Intervención en el foro «A XX años de Esquipulas II, la historia narrada por sus artífices», Universidad Católica Redemptoris Mater-UNICA, 21 de agosto de 2007. En la ciudad guatemalteca de Esquipulas se firmaron los Acuerdos de Paz, conocidos como Esquipulas I (1986) y Esquipulas II (1987). (N. del E.)

cabe recordar los nombres de Rodrigo Carazo Odio, Omar Torrijos Herrera, Jaime Roldós Aguilera, José López Portillo, Vinicio Cerezo Arévalo, presidentes de Costa Rica, Panamá, Ecuador, México y Guatemala, respectivamente, y el del insigne maestro de la solidaridad continental, Fidel Castro Ruz, presidente de Cuba. Todos ellos, de una u otra forma, asumieron posiciones heroicas en solidaridad con la lucha de la cual Daniel Ortega Saavedra fuera el abanderado en la década del ochenta.

En esos años también se escribieron las páginas más negras en la historia de nuestra América Central. A mediados del siglo XIX, cuando William Walker pretendía convertir a Nicaragua, y eventualmente a toda América Central, en un enclave esclavista para beneficio de los Estados Unidos, los centroamericanos nos unimos en lo que se conoce como la Guerra Nacional para expulsar al yanqui de la región. Sin embargo, 130 años después, durante la guerra militar, económica y diplomática de Reagan contra Nicaragua, los gobiernos de tres de nuestras hermanas repúblicas centroamericanas optaron por aliarse con Reagan y actuar de manera contraria a la hermandad centroamericana, en la que sus pueblos siempre han creído.

El Imperio esgrimía el mentiroso, hipócrita y cobarde pretexto de la presencia de cubanos y soviéticos en Nicaragua para «justificar» su terrorista «guerra de baja intensidad». Es triste constatar cómo algunos comentaristas, irreflexivamente repiten esa excusa gringa que, como el cuento sobre armas de destrucción masiva en Irak, además de mentirosa, no tiene mayor asidero jurídico o moral.

Su Eminencia, el cardenal Obando, me ha pedido que explique «cómo es que se llegó a la firma de estos Acuerdos de Esquipulas II y el impacto que han tenido para la estabilidad y desarrollo de nuestras naciones centroamericanas». Yo voy a referirme casi exclusivamente al larguísimo y tortuoso camino que nos llevó a esa firma al cabo de cuatro años, siete meses y decenas de miles de muertes más, después de iniciado el proceso Contadora-Esquipulas. Dejaré a otros que se refieran a los obvios beneficios de la paz lograda mediante estos acuerdos que pusieron fin a la guerra impuesta por los Estados Unidos.

La historia sobre el camino que nos llevó a la firma de los Acuerdos de Esquipulas II es digna de ser contada, aunque debo confesar que, para mí, único canciller que vivió todo ese tortuoso camino de Contadora-Esquipulas, no resulta muy grato relatarlo, porque implica tener, obligatoriamente, que referirme a la duplicidad de gobiernos de países hermanos y a su entreguismo a una potencia extranjera que, por su agresión a Nicaragua, recibiría más tarde la más fuerte condena jamás emitida contra la política de Estado alguno, de parte de la Corte Internacional de Justicia en La Haya; condena que, no está de más decirlo, inevitablemente alcanza a todos los que de una u otra forma cooperaron en esa criminal agresión. Las demandas que, con todos los detalles del caso, después de lograda la condena a los Estados Unidos, introdujimos contra Costa Rica y Honduras en La Haya, las retiramos a solicitud de ellos, en aras de crear el mejor clima posible para la suscripción de Esquipulas II.

Antes de comenzar mis anotaciones para esta exposición, lo pensé bastante y pedí al Señor me iluminara sobre cómo decir la verdad con mucha delicadeza. Reflexioné sobre el perdón cristiano y el olvido. Jesús nos dice que amemos a nuestros enemigos. Pero, ¿qué implica el amor a nuestros enemigos? En primer lugar, amar a nuestros enemigos implica que debemos adquirir la capacidad de perdonar. El que no tiene la fuerza para perdonar, tampoco tiene la fuerza para amar.

Perdonar no implica ignorar o cambiar el nombre de la maldad cometida. Significa reconocer la realidad, llamar las cosas por su nombre, pero, a la vez, no permitir que esa maldad se convierta en una barrera que nos impida relacionarnos con quien nos ha hecho mal. El perdón es un elemento catalítico que crea la nueva atmósfera necesaria para otro comienzo. No se trata de olvidar, en el sentido de borrar de nuestra memoria, lo que se nos ha hecho –eso puede ser imposible–. De lo que se trata es de no permitir que el recuerdo de ese hecho se convierta en un impedimento al reencuentro o reconciliación.

Los hijos de Sandino y todo el pueblo humilde de Nicaragua anhelan ese reencuentro y esa reconciliación, pero están conscientes de que no se podrán alcanzar con el encubrimiento y la mentira sobre lo que realmente ocurrió en los años ochenta. La verdad os hará libres –decía Jesús–. Libres para avanzar en el mejor espíritu morazánico hacia nuestra integración y unidad, lo cual es la única forma de garantizar que los poderosos no vuelvan jamás a manosearnos y a meternos en guerras fratricidas. Está claro que perdonar no es olvidar, encubrir la verdad histórica, mitificar los hechos y hacerlos parecer como lo que no fueron.

En ese espíritu y en ese entendimiento les relataré brevemente cómo se logró llegar hasta la firma de los Acuerdos de Esquipulas II. Fue un camino largo y tortuoso que tomó cuatro años y siete meses, y requirió de una paciencia inagotable por parte de Nicaragua, de los cancilleres de Contadora y de su grupo de apoyo integrado por Argentina, Brasil, Perú y Uruguay. La consigna de Washington, acatada fielmente por Costa Rica, Honduras y El Salvador, era que no se firmara ningún acuerdo de convivencia pacífica con Nicaragua, para poder ellos decir que los países «civilizados» de Centroamérica no pudieron llegar a acuerdos por la intransigencia de nuestro país. Esto daría a Reagan, y después a Bush, la oportunidad de continuar su guerra criminal –en la cual murieron miles y miles de nicaragüenses– con el propósito de poner fin a la Revolución.

Somoza fue derrocado cuando Jimmy Carter estaba en la presidencia de los Estados Unidos. Menos de tres meses después, contingentes de ex guardias somocistas agrupados en Honduras, en campamentos supuestamente creados para refugiados en la frontera con Nicaragua, empezaron a recibir «ayuda» significativa de sectores de la ultraderecha norteamericana. Desde Honduras los ex guardias incursionaban en nuestro territorio, hostigaban a pequeñas poblaciones campesinas y mataban a cuantos podían.

Empezamos, entonces, a enviar notas de protesta al gobierno de Honduras por las agresiones que Nicaragua venía sufriendo desde su territorio. Menos de cinco meses después del derrocamiento de Somoza, estas agresiones desde Honduras ya habían tenido como consecuencia el asesinato de más de cien indefensos campesinos nicaragüenses. Como canciller de Nicaragua, viajé, en varias ocasiones, a Honduras para entrevistarme con el presidente Policarpo Paz García y su canciller, César Elvir Sierra. Ellos reconocían la gravedad de lo que estaba ocurriendo y expresaban que tenían toda la voluntad para resolver esa situación por vías pacíficas y diplomáticas, pero era mentira y, por eso, absolutamente nada hicieron. Nuestros campesinos seguían muriendo y pronto los alfabetizadores se convirtieron en blanco preferido de esos crímenes.

Ya hacia finales del año 1980 las agresiones cometidas contra nicaragüenses desde territorio hondureño aumentaban al máximo el peligro para la paz en la región. Varios son los episodios que demuestran esta realidad, pero, para mí, el de mayor crueldad y que más puso a prueba la paciencia de Nicaragua, fue el ocurrido en San Francisco del Norte en julio de 1982, a pocos kilómetros de la frontera. En esa ocasión, catorce personas civiles e indefensas fueron asesinadas: degollados unos y torturados hasta la muerte otros. Los asesinos portaban grandes pancartas con imágenes de Juan Pablo II en cuyo nombre, supuestamente, hacían ese horror. Se llevaron secuestrados a varios campesinos. A mí me correspondió trasladarme por helicóptero de inmediato al lugar de los hechos para constatar lo sucedido.

Obviamente, el comandante Daniel Ortega y todos nosotros éramos los más interesados en poner fin a esta situación de muerte y destrucción. Necesitábamos paz –queríamos paz–, estábamos haciendo el máximo esfuerzo para lograrla, pero sin claudicar en los objetivos esenciales de la Revolución que eran fraternidad, justicia y paz.

Nicaragua estaba defendiendo su derecho, y el de todas las naciones latinoamericanas, a elegir libremente su destino, en pleno uso de su soberanía e independencia, pero los gobiernos en nuestra subregión más inmediata, es decir, en las otras repúblicas centroamericanas –con excepción del de don Rodrigo Carazo Odio, de Costa Rica–, optaron por ponerse al lado del Imperio. Lamentablemente, el gobierno de don Rodrigo terminó en mayo de 1982, y la causa de la paz se vería huérfana de apoyo oficial centroamericano hasta que, en 1986, llega al gobierno Vinicio Cerezo Arévalo en Guatemala.

El gobierno del presidente Carazo, en Costa Rica fue seguido por el de Luis Alberto Monge Álvarez quien, en los años cincuenta, había sido secretario general de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores, principal instrumento de penetración ideológica de Washington en la América Latina de aquel entonces. Sus cancilleres, Fernando Volio Jiménez y Carlos José Gutiérrez Gutiérrez no pueden haber sido más adversos a la causa de la paz. Así, con Monge en la presidencia de

Costa Rica, este país hermano pasa de inmediato a convertirse en miembro activo del «bloque» de los gobiernos centroamericanos más adversos a cualquier acuerdo de convivencia pacífica con Nicaragua. Esa era la tarea que los Estados Unidos les habían asignado y parecían estar más que contentos de cumplirla a cabalidad.

En aquella época, Guatemala tenía gobiernos militares que, obviamente, no simpatizaban con el gobierno sandinista de Nicaragua. No obstante, los militares guatemaltecos no se integraron al «bloque» de los enemigos activos de la Revolución. Tenían, por lo menos, dos razones para asumir esta posición. Primero, porque estaban muy resentidos con los Estados Unidos por los serios señalamientos que Carter había hecho sobre las violaciones a los derechos humanos en Guatemala y, segundo, porque Guatemala no quería correr el riesgo de dañar sus importantes relaciones bilaterales con México.

En marzo de 1982, al ver que las cosas se deterioraban vertiginosamente entre Honduras y Nicaragua, y que las iniciativas de esta última para alcanzar acuerdos con Honduras habían sido rechazadas, el presidente José López Portillo lanza su primer plan de paz –precursor de Contadora–, que, aunque fue aceptado de inmediato por Nicaragua, no prosperó, porque El Salvador lo rechazó y los demás países jamás reaccionaron. No querían comprometerse. ¿Para qué lo iban a rechazar, si con el rechazo de uno bastaba para que la iniciativa no prosperara?

Hacia finales del año 1982, al analizar la peligrosísima situación que atravesaba, no solo Nicaragua, sino también toda la región, el presidente José López Portillo –héroe de la paz y de la solidaridad latinoamericanas, quien nunca dejó de buscar vías para evitar que Reagan invadiera nuestro país–, se las ingenia para lanzar una nueva iniciativa de paz junto con el presidente Luis Herrera Campins, de Venezuela. La iniciativa consistió en invitar a los presidentes Daniel Ortega y Roberto Suazo Córdoba, de Honduras a una cumbre. Nicaragua aceptó la invitación de inmediato, pero el presidente Suazo, con su cinismo y desinterés acostumbrados dijo no poder asistir porque tenía una reunión con comerciantes en San Pedro Sula que, obviamente, para él era más importante que la paz.

Aunque los Estados Unidos fueran el país más guerrerista de la historia, en aquellos tiempos de bipolaridad, se preocupaban por guardar las apariencias. Así, antes de invadir a Nicaragua, pretendían influir en nuestras hermanas repúblicas centroamericanas para lograr que se nos acusara a nosotros –y no a los gringos–, de ser los causantes de todos los problemas y de la inestabilidad en la región. Sabíamos que esto era perfectamente posible, si tomamos en cuenta quiénes estaban gobernando en Centroamérica, en ese momento. Teníamos que adelantarnos a los gringos y pensábamos que la mejor manera de hacerlo era involucrando a los vecinos más cercanos, es decir, México, Panamá, Colombia y Venezuela, en una nueva iniciativa de paz. Tres de esos países son más grandes que los nuestros y, por lo tanto, los Estados Unidos no estaban en condiciones de manipularlos como acostumbraba hacer

con las que consideraba sus «repúblicas bananeras». El problema era que, con Julio César Turbay Ayala en la presidencia, no era posible incorporar a Colombia en este círculo de solidaridad latinoamericana que tanto necesitábamos.

La respuesta a nuestras oraciones nos vino el 7 de agosto de 1982, cuando don Belisario Betancur asume la presidencia de Colombia. La política exterior de ese país realiza un viraje de 180 grados. Las condiciones ya estaban dadas para lanzar la iniciativa regional de paz que necesitábamos y por la cual el presidente José López Portillo y su canciller Jorge Castañeda venían luchando con dedicación. El período presidencial de López Portillo había concluido el 30 de noviembre de 1982, pero su política de solidaridad y de hacer respetar los derechos soberanos de los países latinoamericanos sería continuada, con no menos entrega, por el presidente Miguel de la Madrid y su canciller Bernardo Sepúlveda Amor.

Sobre Contadora ya se ha escrito bastante. Los libros cuentan cómo los Estados Unidos se empeñaron en torpedearla, por medio de Costa Rica y de Honduras, principalmente. La guerra gringa contra Nicaragua se convirtió en un gran negocio para Honduras y para Costa Rica. En Honduras, Gustavo Álvarez y un grupo de militares y políticos corruptos lucraron por permitir a los gringos usar su territorio como base de agresión a Nicaragua. Todo este sucio papel de la Honduras de Gustavo Álvarez ha quedado muy bien documentado para la historia en el libro del acucioso historiador argentino, Gregorio Selser, publicado en México a finales de 1983 bajo el título de *Honduras, república alquilada*. Un segundo tomo permanece aún inédito.

En el caso de Costa Rica, los Estados Unidos se preocuparon más por no desprestigiar tanto la imagen del gobierno, como sucedió con Honduras. Sin embargo, cabe recalcar que, con las presidencias de Monge y de Arias, fue más bien el Estado el que lucró inmensamente por los servicios prestados a los gringos, que incluían permitir el uso del territorio nacional para agredir a Nicaragua, pero más importante aún, era su misión de garantizar que no se llegara a ningún acuerdo de paz.

En esa tarea, los cancilleres de Monge, Fernando Volio y Carlos José Gutiérrez, desempeñaron un papel muy importante, pero el canciller estrella de los gringos, el que mejor representó sus intereses y más se empeñó en bloquear los acuerdos de paz, fue el incomparable Rodrigo Madrigal Nieto, que en paz descansa. Él era, ni más ni menos, el canciller de Oscar Arias. De ahí la sorpresa de todo mundo cuando Arias resultó galardonado, y solamente él, con el Premio Nobel por la Paz. Esto es algo que me permito decir ahora porque, estando el canciller Madrigal aún en vida, muchas veces se lo dije en presencia de los otros cancilleres.

La iniciativa de Contadora se lanza el 9 de enero de 1983. ¿Por qué tuvo que tomar cuatro años y siete meses para alcanzar unos acuerdos que debieron de haberse podido lograr en no más de tres meses? Contadora, trabajando con total abnegación y paciencia de santos, presentó dos actas «definitivas». Como consta en el récord, ambas fueron aceptadas de inmediato en su totalidad, y sin modificación alguna, por Nicaragua. ¿Por qué habrá sido que cuando los gringos toman la decisión de dar

el golpe de gracia a Contadora escogen a Costa Rica como el patíbulo donde dejar caer la guillotina sobre las esperanzas de paz en la región?

Elliot Abrams y Philip Habib en Miami dan instrucciones precisas a Rodrigo Madrigal Nieto sobre el procedimiento a seguir en el Plan Arias: convocar a una reunión excluyente, de presidentes centroamericanos en San José; excluir a Nicaragua de la reunión; someter para la firma de los cuatro presidentes un documento que inculpara a Nicaragua de todos los males en la región y donde se le emplazara a que tomara ciertas medidas «o se atuviera a las consecuencias». Esa era una frase codificada de muy clara significación.

El senador Christopher Dodd se dispara a San José para advertir que los demócratas verían muy mal que ese adefesio de acuerdo, preparado por la ultraderecha republicana, fuera propuesto a la suscripción de los presidentes. Dodd propone y entrega un texto alternativo apegado a las normas del derecho internacional, que fue aceptado, y el cambio de texto se realizó. Lo que no pudo lograr Dodd fue que se cambiara el formato excluyente del Plan Arias. A mí, personalmente, me dijo que, al lograr lo más importante que era el cambio de texto, no sintió que debía seguir presionando, con la insistencia de que Nicaragua también fuera invitada. Me dijo que Costa Rica estaba recibiendo mucha plata de los Estados Unidos y que le parecía que él no debía presionar más, pues esto era el equivalente a pedirle a los ticos que se arriesgaran a que se cortara el caudaloso flujo de dinero que recibían a cambio de acatar los deseos de Washington. Bastaba ya con la desobediencia de haber cambiado el texto del Plan Arias que Abrams y Habib habían entregado a Madrigal con muy precisas instrucciones.

Si echamos una ojeada a la última edición del *Greenbook*, donde se publican los datos oficiales sobre préstamos y donaciones de los Estados Unidos a otros países, entenderemos de inmediato el tipo de beneficios a los que el senador Christopher Dodd se refería. En los años ochenta, Costa Rica recibió más del 80% del total de la ayuda económica gringa que recibió en los últimos cincuenta años. Es decir, obtuvo 1 459 300 000 dólares, y más del 70% de estos fondos fueron dados en la modalidad ESF (*Economic Support Fund*), creada en 1979 por Carter para premiar a sus aliados más estratégicos, que se caracteriza por no estar condicionada a programa específico y permitir al receptor la máxima discrecionalidad en su uso.

La reunión excluyente convocada por el presidente Arias siguiendo las orientaciones de Washington, fracasó, como era de esperarse. Los presidentes Duarte y Azcona, aunque hubieran querido firmar, no podían arriesgarse a ser detenidos por los militares, que todavía tenían mucho poder, apenas regresaran a sus países. El presidente Vinicio Cerezo, ya nos lo había dicho antes de la reunión, no estaba dispuesto a firmar ningún acuerdo que pretendiera obligar a Nicaragua a algo de cuya discusión previa había sido excluida.

Para salvar la situación creada por el rotundo fracaso del Plan Arias, el presidente Cerezo tomó la iniciativa de invitar a todos los presidentes, incluyendo al de Nicara-

gua, a una reunión en Esquipulas para seguir discutiendo los acuerdos de paz. Con gran generosidad y desprendimiento, ofreció cambiar la agenda de un encuentro en Esquipulas, para el cual él ya había girado invitaciones, con el propósito de discutir la creación del Parlamento Centroamericano. Aunque lo que, por un breve momento, se conoció como el Plan Arias había fracasado, la iniciativa del presidente Cerezo logró mantener viva la búsqueda de la paz en lo que, desde ese momento, se conoció como Esquipulas I y Esquipulas II. El proceso, sin embargo, fue sumamente demorado porque Washington y sus cómplices no se daban por vencidos.

El canciller de Costa Rica, Rodrigo Madrigal Nieto, había asumido la representación principal de los intereses gringos en el seno de las negociaciones, ahora sin Contadora, y fue inmisericorde. El proceso de pacificación de Esquipulas se inició el 25 de mayo de 1986 y culminó el 7 de agosto de 1987, es decir catorce meses después de iniciado. El texto, propuesto por el senador Dodd, era muy bueno y Nicaragua lo hubiera firmado desde el primer día, pero el canciller Madrigal y otros se empeñaron hasta el final en boicotear el proceso.

Se hacía cada vez más evidente que la instancia ministerial en el proceso de paz centroamericano se había convertido en obstáculo. Allí era donde se garantizaba que nada se aprobara y pasara a los presidentes para su firma. Resultaba indispensable, por lo tanto, soslayar la traba de los cancilleres e ir directamente a los presidentes, donde había un mejor clima para la paz. Después de todo, era sobre los hombros de los presidentes donde estaba la mayor responsabilidad por lograr la paz que nuestros pueblos reclamaban. Yo presentía que mi viejo y querido amigo José Napoleón Duarte y José Azcona Hoyo estaban listos para firmar. Daniel lo había estado siempre y Vinicio Cerezo lo estuvo desde que asumió la presidencia de Guatemala. El que estaba ahora en peligro de quedar aislado si no firmaba era Oscar Arias y, como ya dijimos, le ablandamos el camino para que lo hiciera, retirando la demanda que, contra Costa Rica, Nicaragua había introducido en La Haya por su colaboración con los Estados Unidos en la guerra contra nuestro país.

Providencialmente, estando ya reunidos en el hotel Camino Real en Ciudad de Guatemala, un día antes de la firma de los acuerdos, el canciller Mario Quiñónez Amezcua, de Guatemala, tuvo que ausentarse, me dejó a mí, entonces, con la posibilidad de presidir la reunión de cancilleres y nadie se opuso a que lo hiciera. Al día siguiente, mientras yo estaba con los cancilleres, en el salón del lado Daniel trabajaba con los presidentes, en un texto que yo, esa misma mañana, le había entregado, pidiendo a Dios que los mandatarios lo consideraran y aprobaran. Nadie más sorprendido que el canciller de Costa Rica cuando se les convocó a los cancilleres al mediodía de aquel 7 de agosto de 1987 para que presenciaran la firma de los acuerdos por sus presidentes. Aparentemente, el canciller Madrigal Nieto no estaba actuando muy en sintonía con su gobierno, aunque esto no es algo que yo pueda asegurar. Como en *Los Hechos de los Apóstoles*, el Señor ha sido el gran «Hechor» de esta historia que, a pesar de todos los obstáculos, nos condujo a la paz.

Esta es la triste verdad sobre cómo se llegó a la firma de los acuerdos de convivencia pacífica y respetuosa en Centroamérica. No hay nada de subjetividad o ideología en recordar que Nicaragua fue el único país que aceptó suscribir y, además, sin reservas, las dos propuestas de Acta de Contadora. No hay nada de subjetividad o ideología en recordar que la reunión de San José del 15 de febrero de 1986 fue una reunión excluyente orientada por Washington, que estaba destinada a fracasar, y que el presidente Vinicio Cerezo salvó la situación convocando a otra incluyente en Esquipulas. Finalmente, no hay nada de subjetividad o ideología en decir que se llegó a la firma de los acuerdos solo cuando se logró hacer de lado a los cancilleres. Lo único que hay en toda esta relación es el deseo de que la verdad sea conocida y que, con la ayuda de Dios, no volvamos a vivir situaciones como las aquí descritas.

A pesar de que las «brumas septentrionales», que tanta tristeza ocasionaban a Darío, aún lucen amenazantes en el norte, y los Estados Unidos siguen causando muerte y destrucción con sus incesantes guerras en todas partes del mundo, las naciones de América Latina y del Caribe estamos viviendo nuestros mejores tiempos. No estamos en la década del ochenta. Esos años ya pasaron.

En el sur hoy se avizora resplandeciente el alba de nuestro definitivo amanecer como una sola gran nación cuya soberanía e independencia ya nadie podrá jamás volver a irrespetar. Y, así, llegará el día en que todos y cada uno de los hijos de Morazán, de Sandino, de Tupac Katari, de Bolívar, de Juárez y de Martí, juntos con Rubén, podremos decir: «¡Es mío el alba de oro!»

MIGUEL D'ESCOTO BROCKMANN, sacerdote, ingeniero civil y máster en Ciencias, fue canciller de Nicaragua desde 1979 hasta 1990, durante el gobierno sandinista. Actualmente es miembro del Consejo Sandinista Nacional y de su Comisión Política, máximo órgano de conducción del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). En febrero de 2007 fue nombrado asesor del presidente Daniel Ortega Saavedra, en Relaciones Exteriores y Asuntos Limítrofes, con rango de ministro.

La violencia juvenil en Guatemala: cómo prevenirla y no lamentarla

JUAN ENRIQUE QUIÑÓNEZ SCHWANK

Introducción

Sin lugar a dudas, hoy la delincuencia juvenil es uno de los problemas criminológicos que más crece cada día, no solo en nuestro país, sino también en el resto del mundo. Se trata de un fenómeno social que pone en riesgo la seguridad pública y que atenta contra la gobernabilidad democrática. Por ello, trabajar en la prevención de la violencia juvenil requiere de estrategias integradas que apoyen, desde lo local, el proceso de generación de oportunidades para la población joven, la cual se enfrenta a un sistema educativo excluyente y a una pérdida de valores a nivel general.

En el abordaje de esta problemática, debe enfatizarse que es un fenómeno general, pues se extiende desde los rincones más alejados del campo latinoamericano hasta los suburbios de las grandes ciudades, desde las familias ricas o acomodadas hasta las más pobres. Es un problema que se da en todas las capas sociales y en cualquier lugar de nuestra civilización.

Antecedentes históricos

Desde finales del siglo XIX, cuando comienzan a consolidarse los modelos republicanos en América Latina, se inicia el proceso de legislación para definir la «cuestión criminal», pero, aunque desde entonces la mayoría de los países latinoamericanos tenían una codificación abundante, especialmente en Constituciones Políticas y Códigos Penales, la regulación de la criminalidad juvenil no era objeto de atención particular.

Cabe destacar que las leyes de protección a la infancia y juventud han ido evolucionando de una manera desigual en el continente, y a partir de influencias externas, no como un genuino convencimiento de los Estados de su obligación o de las razones

para hacerlo. En definitiva, la influencia de la escuela positiva¹ –que postulaba la necesidad de que la investigación criminal avanzara más allá de la penalización de la persona, para determinar las causas por las que esta delinque, y por lo tanto, incluyera no solo el hecho delincuencial en sí, sino también el proceso por el cual se identifican y atienden las causas que lo originan–, y el desarrollo del concepto de «defensa social» –definido por Lola Aniyar de Castro como «el conjunto de sistemas normativos (religión, ética, costumbres, usos, terapéutica y derecho) cuyos portadores, a través de procesos selectivos (estereotipia y criminalización) y mediante estrategias de socialización (primaria y secundaria o substitutiva), establecen una red de contenciones que garantizan la fidelidad (o, en su defecto, el sometimiento) de las masas a los valores del sistema de dominación; lo que por razones inherentes a los potenciales tipos de conductas discordantes, se hace sobre destinatarios sociales diferencialmente controlados según su pertenencia de clase»–,² producen como resultado que, a inicios del siglo xx, América Latina adoptara su legislación para asemejarse a los Estados benefactores de Europa y a los Estados Unidos de Franklin Delano Roosevelt, pero sin acompañar esa legislación ni con los sistemas de seguridad social necesarios para montar el andamiaje político y económico capaz de darle sostenibilidad social al modelo, ni con procesos de modernización de los sistemas penales y penitenciarios que evitaran la criminalización de la pobreza y de la injusticia social.

Diversos autores ubican la primera legislación específica sobre delincuencia juvenil y derecho penal de menores en Argentina (1919) y reconocen, además, que fue en los años sesenta cuando se generalizan las leyes del derecho penal, fundamentado en las doctrinas positivistas-antropológicas. En Guatemala, la primera legislación penal de menores surge en 1969 con una ideología de defensa de la sociedad, basada en las concepciones de peligrosidad y en las teorías de las subculturas criminales. Desafortunadamente, esta tendencia no solo se dio en Guatemala, pues las concepciones ideológicas del positivismo y de la escuela de defensa social, fueron incorporadas a todas las legislaciones de menores de América Latina, con lo cual se convirtió el derecho penal de menores en un derecho penal de autor, se sustituyó el principio fundamental de culpabilidad, por el de peligrosidad, y se establecieron reglas especiales en el derecho penal de menores, tanto en el ámbito sustantivo como formal,

¹ Escuela positiva: cuerpo orgánico de concepciones que estudian el delincuente, el delito y su sanción, primero en su génesis natural, y después en sus efectos jurídicos, para adaptar jurídicamente a las varias causas que lo producen los diversos remedios, que, por consiguiente, serán eficaces. (Enrico Ferri, en <http://www.geocities.com>).

² Citado en Silvia Ramírez: «Una mirada alternativa al concepto de control socio-penal», *Opúsculos de derecho penal y criminología*, Editorial M. Lerner, Córdoba, 1985. Consúltese Lola Aniyar de Castro: «Conocimiento y orden social: criminología como legitimación y criminología de la liberación», *Capítulo Criminológico*, no. 9/10.

con principios contrarios a sus derechos humanos, ya que aplican conceptos como la conducta predelictiva, la situación irregular y la sentencia indeterminada, contrarios a principios generales del derecho penal, tales como la presunción de inocencia, el principio de culpabilidad, el derecho de defensa, etcétera.

Con la aprobación de la Convención de los Derechos del Niño (1989) se inicia un proceso inconcluso de reformas a los sistemas penales juveniles, que permite visualizar cambios positivos para abordar el tema, ya no solo como un problema de seguridad ciudadana, sino como un problema social que requiere de estrategias específicas y donde la prevención, más que la represión, deberá desempeñar un papel fundamental. Además, en el caso específico de Guatemala, la presentación en 2005, primero, de la política nacional de prevención de la violencia juvenil (junio), y luego, de la política nacional de la juventud (agosto), permiten establecer las bases para darle un rumbo diferente a la atención del fenómeno, ya que ambas políticas están orientadas a apostar por un nuevo paradigma de desarrollo para el estrato más joven de la población del país.

Panorama actual de la delincuencia juvenil en Guatemala

La delincuencia juvenil ha aumentado de forma alarmante en los últimos tiempos; se ha convertido en un problema que cada vez genera mayor preocupación social, tanto por su incremento cuantitativo, como por su progresiva peligrosidad cualitativa. Diversos estudios y autores han tratado de caracterizar las pandillas juveniles en Centroamérica, donde el fenómeno alcanza proporciones alarmantes, en especial en Guatemala, El Salvador y Honduras, y han intentado dar una idea de su desarrollo histórico. En ese sentido, el informe elaborado por The Washington Office On Latin America (WOLA) titulado *Pandillas juveniles en Centroamérica: cuestiones relativas a los derechos humanos, la labor policial efectiva y la prevención*, al abordar el desarrollo histórico de las pandillas, señala su surgimiento en el contexto de la discriminación étnica en los Estados Unidos y luego, vincula el fenómeno de la organización criminal juvenil en América Central a las desatinadas políticas migratorias de ese país. Así, el informe expresa:

Para entender las pandillas juveniles de las comunidades inmigrantes centroamericanas en los Estados Unidos, hay que reconocer que las pandillas en los Estados Unidos se remontan a la década de 1780. Las pandillas basadas en grupos étnicos particulares (irlandeses, italianos, judíos, eslavos, etcétera) fueron surgiendo con las sucesivas oleadas de inmigración a los Estados Unidos. Y desde la Segunda Guerra Mundial, las pandillas juveniles como los Blackstone Rangers, los Vice Lords, Skinheads, los Bloods y los Crips, y los Latin Kings han estado presentes en las principales ciudades. En el caso de la comunidad inmigrante centroamericana en los Estados Unidos, las pandillas juveniles aparecieron en Los Ángeles en

los ochenta. Las dos pandillas juveniles dominantes en esta comunidad eran la Mara Salvatrucha o MS-13 y la Barrio Dieciocho.

Cuando los jóvenes centroamericanos que habían emigrado a los Estados Unidos en los ochenta empezaron a regresar a sus países de origen en los noventa (con frecuencia en contra de su voluntad como consecuencia de las políticas de deportación de los Estados Unidos), y las influencias culturales estadounidenses tuvieron una mayor expansión en América Central, las pandillas juveniles de la región empezaron a adoptar el estilo y los nombres de las maras de Los Ángeles. Aunque se desarrollaron conexiones entre las pandillas de las dos regiones, los dos fenómenos –el crecimiento de las pandillas juveniles étnicas en las comunidades inmigrantes centroamericanas en los Estados Unidos y el hecho de que las pandillas juveniles en América Central se reinventaran a sí mismas– eran distintos.³

Preciso señalar esto porque debe recordarse que Centroamérica se encontraba, en los años ochenta, inmiscuida en luchas guerrilleras, con Estados contrainsurgentes y con ausencia de políticas de seguridad ciudadana (el concepto de seguridad del Estado es naturalmente contrapuesto al de seguridad ciudadana, si aceptamos esta última como la seguridad que el Estado brinda a la persona, y la primera como la seguridad que el Estado busca para sí mismo de amenazas internas que emanan de sus propios ciudadanos, por ende, se les considera a ellos, enemigos del Estado). Cuando comienza, en la última década del siglo pasado, la deportación masiva de jóvenes centroamericanos en conflicto con la ley penal estadounidense, la potencia del norte no hace más que trasladar sus problemas de seguridad ciudadana a los países de la región centroamericana, en momentos en que estos se encontraban enfrascados no solo en reformar instituciones, sino en construir el Estado. Mientras los Estados Unidos expulsaban jóvenes organizados en las «maras»,⁴ El Salvador y Guatemala intentaban erigir todo un sistema de seguridad ciudadano y democrático que no estaba preparado para hacer frente a ese fenómeno; a la vez, carecían de políticas sociales adecuadas para atender e incorporar a jóvenes que ya habían pasado por procesos de desintegración familiar y social no solo una, sino dos veces: la primera, cuando muchos de ellos, aún siendo niños, se vieron en la obligación de abandonar a su familia extendida y migrar, ya sea por razones políticas o económicas, y la segunda cuando sufren la deportación de los Estados Unidos hacia la región.

³ EE.UU., Washington Office on Latin America (WOLA): *Pandillas juveniles en Centroamérica: cuestiones relativas a los derechos humanos, la labor policial efectiva y la prevención*, Washington, D.C., octubre de 2006, p. 2.

⁴ En Centroamérica, a las pandillas juveniles se les denomina maras, que proviene de la palabra «marabunta» o conjunto de gente alborotada y tumultuosa (*Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*) y que era el nombre con el cual se autodefinían las primeras pandillas juveniles de salvadoreños en Los Ángeles.

Ante esa realidad, no debe sorprender que las pandillas juveniles encontraran un ambiente adecuado para su crecimiento: ausencia de Estado, debilidad de instituciones, creciente pobreza, exclusión y discriminación, migraciones internas del campo a la ciudad, sumado a la ausencia de oportunidades, inhabilidad, tanto del Estado como de la iniciativa privada, de generar empleo para la cada vez más creciente población juvenil económicamente activa, la creciente infiltración del crimen organizado a las estructuras estatales y un mercado negro de armas activo desde los conflictos internos y nunca desmantelado, generaron las condiciones necesarias para que la mara encontrara territorio y «soldados» para su establecimiento en Centroamérica.

Pero, ¿qué es y cómo funciona la mara? Diversos estudios han pretendido determinar la estructura real de las maras, pero poco o nada se sabe realmente de su funcionamiento. Lo que sí queda claro es que son estructuras piramidales, con un liderazgo central pero difuso, donde cada «clica»⁵ tiene su propia organicidad y jerarquía. Es innegable el nivel de comunicación entre clicas que pertenecen a la misma mara, pero no es así de innegable que acaten un mando superior. Todo pareciera indicar, más bien, que las decisiones entre clicas pasan por un sistema complejo de consenso, donde lo único seguro es la rivalidad con «los otros», es decir la rivalidad hacia jóvenes pertenecientes a otra mara.⁶

No cuentan con líderes únicos e indiscutibles que orienten su accionar, y tampoco profesan adoración o respeto a ningún «dios todo poderoso», pero sí conducen su existencia bajo una filosofía cuyo principal fundamento es el desprecio a la vida... a la propia y a la de los demás. «Eso de que nuestros jefes son los cholos de Los Angeles (EE. UU.), son pajas (mentiras)», explica El Tor Trix,⁷ líder de una de las «clicas» (ramificación de las «maras») más peligrosas y sanguinarias de la capital guatemalteca. Los Gángsters, como se denomina la «clica» que lidera el entrevistado, es una de las más de 300 ramificaciones que tiene en Guatemala la Mara Salvatrucha. El Tor Trix pasó a dirigir esa agrupación desde finales de 2003, cuando El Chero, un pandillero de origen salvadoreño fundador de esa clica, fue abatido a tiros en el norte de la capital a manos de un rival de la Mara 18. Para convertirse en el sucesor de El Chero, relata este pandillero de 23 años, le valió haber asesinado

⁵ Grupo de jóvenes vinculados a una mara, pero que actúan en un espacio territorial delimitado. De hecho, la mara no es más que la suma de clicas que declaran pertenencia a un colectivo mucho más difuso. Viene del inglés *click*: conectar o enchufar.

⁶ En Centroamérica existen dos maras: la Mara Salvatrucha y la Mara 18, ambas originarias de los Ángeles, la primera en la calle 13 del Este de los Ángeles y la segunda en la calle 18, de donde toma su nombre. La rivalidad entre ambas pandillas se inicia en los Estados Unidos, por control territorial y se traslada a Centroamérica. El peor delito que un marero puede cometer, es salirse de una mara para ingresar a la otra.

⁷ Tortrix es el nombre comercial de una popular bolsita de tortillitas de maíz en Guatemala.

a «unos 18 batos (muchachos) de la Mara 18» desde 2001, cuando se incorporó a Los Gángsters, tras ser deportado de Los Ángeles, a donde viajó de forma ilegal y en cuya experiencia, se ufana, se «profesionalizó» en «vivir la vida loca». «La neta (verdad) es que no cualquiera puede llegar a estar arriba. Para eso se necesita tener huevos (valentía), para que te respeten, te quieran y te cuiden», dice al explicar que su «clica» está organizada en once células distribuidas en igual cantidad de territorios en el norte de la capital guatemalteca. Cada célula, detalla, tiene un jefe, nombrado por él y reconocido como tal por todos los «batos», que se encarga de garantizar que sus integrantes respeten los que quizá sean los únicos principios que para ellos valgan la pena: lealtad y solidaridad.⁸

Para su sobrevivencia, las maras deben estar en permanente capacidad de captar jóvenes que quieran incorporarse, y tienen para ello una estructura capaz de hacerlo. En un país donde la mitad de la población oscila entre los 14 y 25 años de edad, rango correspondiente a la definición de juventud dada por Naciones Unidas, y con un nivel de desempleo que alcanza entre el 2 y el 3% de la población económicamente activa (PEA),⁹ o con niveles de informalidad laboral que alcanza alrededor del 38,5% del PEA,¹⁰ es comprensible, entonces, que el factor económico desempeñe un papel importante en la capacidad de las maras de captar nuevos «soldados» ante la imposibilidad de un sistema construido para excluirlos del proceso productivo y educativo.

No obstante, pretender que las razones económicas son el único factor que incide en la violencia juvenil, sería no solo equivocado, sino pretencioso. De hecho, casi todos los estudios criminológicos sobre la delincuencia juvenil señalan el carácter multicausal del fenómeno. Entre los factores que promueven la delincuencia juvenil está la imposibilidad de grandes porcentajes de la juventud de integrarse en el sistema y en los valores que este promociona como únicos y verdaderos (en el orden material y social, por ejemplo), y la propia subcultura que genera la delincuencia, la cual se transmite de pandilla en pandilla, de modo que cada nuevo adepto trata de emular, y, si es posible, superar las acciones violentas realizadas por los miembros anteriores del grupo.

La Organización Mundial de la Salud ha definido la violencia como el uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad. La definición agrega que ese uso de fuerza o poder debe ser capaz o tener muchas posibilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones. La violencia es

⁸ Tomado de Carlos Arrazola: «Las maras», *La Prensa*, Honduras, 27 de junio de 2005.

⁹ CEPAL: «El desempleo en América Latina desde 1990». Informe mimeografiado.

¹⁰ CEPAL: «La situación del empleo en el istmo centroamericano: informalidad, precariedad laboral, crecimiento económico y pobreza» (<http://www.grade.org.pe/eventos>).

un elemento que se encuentra comúnmente en la delincuencia juvenil y es uno de los factores que inducen a los jóvenes a cometer actos ilícitos.¹¹

Gerardo Ochoa Vargas, en una ponencia presentada el 12 de abril de 2000 en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, argumenta que el fenómeno de la violencia es muy complejo. Tiene muchas causas, y están íntimamente relacionadas unas con otras; se agrupan en biológicas, psicológicas, sociales y familiares.

Dentro de las causas biológicas, diversos autores mencionan el síndrome de déficit de atención con hiperactividad como causa de problemas de conducta, que sumados a la impulsividad característica del síndrome, pueden producir violencia.

La violencia se relaciona, de manera consistente, con un trastorno mental –en realidad de personalidad– en la sociopatía, y el trastorno de la conducta en niños, disociación, aunque debe aclararse que no todos los que padecen esto último evolucionan inexorablemente hacia lo primero; de ahí la importancia de la distinción.

El trastorno antisocial de la personalidad se establece entre los doce y los quince años, aunque a veces antes, y consiste en un comportamiento desviado en el cual se violan todos los códigos de conducta impuestos por la familia, el grupo, la escuela, la iglesia, entre otros. Quien lo padece actúa bajo el impulso del momento y no muestra arrepentimiento por sus actos. Inicialmente, esta violación persistente de las reglas se manifiesta como vandalismo; crueldad con los animales; inicio precoz de una vida sexual promiscua, sin cuidado respecto al bienestar de la pareja; incorregibilidad; abuso de sustancias; falta de dirección e incapacidad de conservar trabajos, etcétera. Salvo que tengan una gran inteligencia o que presenten formas menos graves del trastorno, fracasan en todo tipo de actividad, incluso las criminales, ya que carecen de disciplina, lealtad para con sus cómplices, proyección de futuro, y siempre están actuando en respuesta a sus necesidades del momento presente. El trastorno es de cinco a diez veces más frecuente en hombres que en mujeres. Como estos sujetos están muy representados en los estratos más pobres, hubo alguna discusión sobre si la pobreza induce o potencia esas alteraciones. Esto se ha descartado: los individuos con trastorno antisocial de la personalidad, por su incapacidad de lograr metas y conservar empleos, tienden a asentarse naturalmente en los estratos de menores ingresos.

La desigualdad económica causa que los colectivos desarrollen desesperanza, y, en el caso de Guatemala, es, posiblemente, uno de los factores que más inciden en los índices de violencia. No se trata de la simple pobreza, sino de la gran diferencia entre ricos y pobres, y, sobre todo, de la imposibilidad de progresar socialmente: la frustración se suma a la evidencia de que no hay otra alternativa para cambiar el

¹¹ *Revista Biomédica*, vol. 22, suplemento no. 2, Instituto Nacional de Salud, Bogotá, D.C., Colombia, diciembre de 2002, p. 321.

destino personal. Así, la llamada subcultura delincencial –aunque genera mucho debate–, se manifiesta en comunidades, barrios y colonias en donde niños y jóvenes saben que, para pertenecer al grupo y formar parte de su comunidad, necesitan pasar algunos ritos de iniciación, entre los cuales se encuentran robar, asaltar o quizá cometer una violación.

En la familia, los dos factores que con más frecuencia se asocian al desarrollo de la violencia es tener familiares directos que también sean violentos y/o que abusen de sustancias. Un entorno familiar disruptivo potencia las predisposiciones congénitas que algunas personas tienen frente a la violencia (*i.e.* síndrome de alcohol fetal) y, por sí mismo, produce individuos que perciben la violencia como un recurso para hacer valer derechos dentro de la familia.

Un estudio con niños adoptados mostró que los actos que desembocaban en una pena de prisión correlacionaban mejor con el número de ingresos a la cárcel de sus padres biológicos que con la conducta de sus padres adoptivos.¹²

Todo esto apunta a la necesidad de aplicar estrategias que permitan, por un lado, reducir la violencia juvenil, y, por el otro, dotar de oportunidades educativas, laborales y recreativas a la población joven de Guatemala.

Otro tema que no puede dejar de abordarse es ¿de cuántos jóvenes organizados en la mara estamos hablando? Y aquí el debate no termina. Organismos oficiales de seguridad ponen las cifras entre 50 000 y 80 000 jóvenes¹³ organizados en maras en toda Centroamérica, de los cuales, según cifras de la Policía Nacional Civil de Guatemala, alrededor de 20 000 están en Guatemala. Sin embargo, no todos estos jóvenes delinquen:

Es importante destacar que en esencia la mara no es violenta. Si bien, por una parte, sus miembros son sujetos que ejercen la violencia, a su vez son objeto de violencia, especialmente por parte del Estado. De acuerdo con el CISEN,¹⁴ solo 5% están vinculados a violencia ilegal. Existe una incongruencia entre los datos y la construcción mediática, que sobredimensiona el problema y afecta la percepción social. Aquellos que están más expuestos a la información mediática son los que están a favor de la intolerancia y de las políticas de mano dura. Al permitirse la violación de los derechos humanos, los maras se convierten en chivos expiatorios.

¹² Gerardo Vargas Ochoa: «Contra la violencia juvenil, prevención general», texto mecanografiado, p. 22-26.

¹³ Los datos divergen, pero los aquí citados fueron proporcionados por la Policía Comunitaria de Nicaragua, durante el Seminario «La faceta ignorada de la violencia juvenil. Estudios comparativos sobre maras y pandillas», celebrado en la ciudad de Panamá, en marzo de 2005.

¹⁴ Centro de Investigación y Seguridad Nacional de México (Inteligencia del Estado).

Los maras son objeto de violencia especialmente por parte de los cuerpos de seguridad del Estado. Los medios hacen visible una parte y hacen invisible la otra. Al hablar de ciertos temas, los medios callan otros. Por ejemplo, no hablan de los escuadrones de limpieza social en las cárceles y los financiamientos provenientes de empresarios y de gente de la comunidad.

Se empiezan a criminalizar las prácticas sociales y las expresiones culturales de estos jóvenes. Si tienen tatuajes o hacen graffitis, los detienen. Pero antes de ser mara, se es ciudadano y se deben tener derechos políticos, culturales y civiles. Por ello, no basta con defender los derechos humanos de estos jóvenes; es preciso ligar la desigualdad cultural con la desigualdad social.

Hay que admitir que Guatemala es un caso especial, mucho más grave, debido a la existencia de poderes paralelos y una virtual ocupación del Estado por el crimen organizado. Parece ser que a más cercanía con Guatemala, más narco y descomposición social. Es preciso dar cuenta de que hay maras en el narco y narco en las maras, pero de la misma manera en que el narcotráfico está presente en el Estado. Por esta razón, para entender el fenómeno de las maras es preciso entender qué pasó en Centroamérica después del proceso de paz. Esto es especialmente relevante ante el potencial problema de que el Petén se convierta en un foco de violencia en el futuro, cuando se acabe la carretera entre México y Guatemala.¹⁵

Cuando un organismo de la inteligencia del Estado reconoce que la mara no es violenta y que solo el 5% de sus miembros delinquen de manera violenta, o, como en el caso de Guatemala, reconoce que el problema en sí no es la violencia juvenil sino su utilización por parte del crimen organizado, entonces ¿por qué impulsar políticas de mano dura y mano superdura contra estos jóvenes? La respuesta radica en que, ante la inoperancia de los aparatos de seguridad y de los sistemas de administración de justicia, ante la ausencia de programas sociales de atención a jóvenes en riesgo, resulta más fácil criminalizar las manifestaciones de rebeldía que entender y atender adecuadamente, la problemática que lleva a los jóvenes a buscar en la mara una alternativa de vida.

De hecho, estudios financiados o auspiciados por el Banco Interamericano de Desarrollo han determinado que entre las principales causas que obligan a los jóvenes a ver en la mara una opción de vida en Centroamérica se destacan los siguientes:

- Violencia intrafamiliar: tres de cada cinco han sido víctimas de maltrato físico o verbal por familiares, la mitad de los pandilleros presenciaron violencia en sus hogares, uno de cada dos tiene algún familiar que ha cometido delito y la mayoría ingresan a las pandillas para huir de los problemas familiares (en especial mujeres jóvenes).¹⁶

¹⁵ Alfredo Nateras: «Adscripciones juveniles y violencias transnacionales: el caso de las maras y pandillas latinoamericanas», *Maras y pandillas: miradas diversas a debate*, Serie Cuadernos de Trabajo del Instituto para la Seguridad y la Democracia A.C. (INSYDE), no. 11, México, p. 10.

¹⁶ *Ibidem*, p. 9.

- Deserción escolar: aproximadamente el 30% de los jóvenes que integran las maras abandonaron la escuela antes de terminar la secundaria:

El conocimiento que se tiene en la actualidad en América Latina sobre las causas del abandono escolar parece ser precario. Empieza a surgir cierto acuerdo [...] para señalar que la explicación puramente económica del fenómeno es insuficiente. Las encuestas recientes a nivel latinoamericano señalan que la falta de recursos es una más entre otras múltiples causas, tan variadas como la *falta de ganas* de los jóvenes, o el embarazo adolescente. No es una simple casualidad que en la mayor parte de las democracias occidentales la educación básica, para ser universal, sea no solo gratuita –con lo cual se aborda el problema económico– sino además *obligatoria*, con lo cual se reconoce que hay muchos otros elementos que pueden llevar al abandono escolar.

Los resultados [...] sugieren que uno de los factores de riesgo más importantes de la delincuencia juvenil y de la afiliación a las maras, es el estar desvinculado del sistema educativo. Así, desde el punto de vista de la prevención de la violencia un lema básico, prioritario, casi sin ningún atenuante o calificación, es «se debe tratar de evitar, a toda costa, el abandono escolar».

En términos generales, y puesto que uno de los principales elementos que impulsan a los jóvenes hacia las conductas problemáticas es la deserción escolar, una sugerencia es la de tomar todas las medidas que contribuyan al propósito de estimular o fortalecer la permanencia de los jóvenes dentro del sistema educativo.¹⁷

- Ausencia de oportunidades de recreación: más de la mitad de los jóvenes que han ingresado a las maras pasan la mayor parte del día solos, ya que viven en lugares-dormitorio, pues las personas adultas bajo cuya responsabilidad se encuentran, laboran en lugares distantes:

A lo largo de los ejercicios que se han presentado, la supervisión de los menores por parte de la familia aparece de manera recurrente como un inhibidor de las conductas problemáticas y de la violencia. Es claro que los indicadores en extremo simples de vigilancia y supervisión utilizados [...] apenas ofrecen una visión limitada sobre el funcionamiento de ese complejo sistema informal de premios, castigos, y transmisión de valores entre generaciones. Aunque el análisis detallado de los determinantes de esa supervisión, o de qué es lo que permite que logre sus objetivos, sobrepasa los alcances de este trabajo, se pueden hacer ejercicios muy simples que arrojan algunos resultados interesantes.

Los datos muestran que, como se podía esperar, los menores que están menos supervisados por los padres –en términos de saber dónde están, o con quien están al salir de casa– presentan dos características básicas. Por un lado, manifiestan

¹⁷ Mauricio Rubio: *El sendero hacia las maras: el caso de Honduras*, Cuadernos Serie de Estudios Económicos y Sectoriales, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington, D.C., febrero de 2007, p. 80.

pasar la mayor parte de su tiempo libre en la calle, en lugar de hacerlo en la casa. Por el otro, reportan una mayor frecuencia de salidas nocturnas. Con relación al primero de estos efectos se debe señalar, de nuevo, una significativa asimetría de género: entre los jóvenes, la calle aparece como un territorio fundamentalmente masculino. El ser hombre multiplica por más de tres la probabilidad de que un adolescente declare ser *callejero*. Además, este riesgo se incrementa con la edad y es incompatible tanto con la condición de estudiante como con la supervisión familiar. Estos mismos factores contribuyen a explicar las diferencias en los hábitos de salidas nocturnas, sobre todo, cuando estas parecen ser excesivas.

Lo que muestran los datos es que para los jóvenes el ambiente de barrio, el hacer amigos en la calle, el estar por fuera de la casa y del sistema escolar es muchas veces un estímulo para las conductas problemáticas. Desde el punto de vista de la prevención de la violencia, y sin que se pretendan valorar las repercusiones de esta observación en otras áreas de la vida social, resultan socialmente más deseables los jóvenes que pasan la mayor parte de su vida bajo la tutela del sistema educativo y de la familia. Los barrios y las comunidades no parecen haber sido diseñados para la delicada y sofisticada labor de formar a los jóvenes.¹⁸

En su estudio, Rubio aborda el tema de qué hacer: si inclinarnos por la represión o por la prevención para atender esta problemática, y presenta la dicotomía entre ambos conceptos y cómo los encargados de implementar estrategias de seguridad en Centroamérica no han podido ponerse de acuerdo sobre cuál es la importancia de cada uno de estos conceptos a la hora de planificar estrategias para enfrentar el problema de la violencia juvenil. Es más, Rubio afirma que:

El tema de la prevención del delito, y el debate acerca de sus ventajas relativas sobre las sanciones es confuso, y está cargado de ideología. Con frecuencia se consideran la prevención y la sanción como dos conceptos mutuamente excluyentes. En criminología, aunque existen diferentes escuelas que les asignan un distinto rol a las sanciones, esta dicotomía no es tan clara. Sherman *et al*¹⁹ proponen tomar el concepto de prevención como un *resultado*, al que se puede llegar mediante el uso de distintos medios o instrumentos, uno de los cuales serían las sanciones. Proponen como definición de *prevención* «cualquier política que implique que, en el futuro, ocurrirá un número inferior de crímenes al que hubiese ocurrido en ausencia de esa política». Así, ciertas sanciones pueden tener un efecto preventivo mientras que otras pueden no tenerlo o, por el contrario, ofrecer un estímulo para nuevos crímenes. Algo similar puede decirse de otras intervenciones. En realidad, el enfrentamiento entre quienes favorecen la prevención sobre la sanción no es del

¹⁸ *Ibidem*, pp. 68-71.

¹⁹ Sherman, Lawrence W., Denise Gottfredson, Doris MacKenzie, John Eck, Meter Reuter, Shawn Bushway: «Preventing Crime: What Works, What doesn't, What's Promising», Report to the U.S. Congress, National Institute of Justice, Department of Criminology and Criminal Justice University of Maryland, 1996. Referencia de Mauricio Rubio: *ob. cit.*

todo arbitrario. Aunque el componente ideológico del debate es importante también se puede hacer referencia a la adhesión a dos escuelas de la criminología, que a su vez corresponden a las dos visiones sobre el comportamiento del ser humano dentro de las ciencias sociales. Simplificando al extremo la categorización se podría decir que el debate prevención sanción es asimilable al que existe entre la visión del mundo de la sociología clásica y el esquema de la elección racional. Bajo la primera visión, el papel de la intervención pública ante el delito debe hacer énfasis en la alteración de las condiciones económicas y sociales (CES) que *empujaron* a ciertos actores sociales a la delincuencia. Para quienes adhieren al esquema de la elección racional, por el contrario, la respuesta ante el delito debe ante todo enviar un mensaje disuasivo, mediante la aplicación de las sanciones, a quien ha *decidido* delinquir, para alterar los elementos que afectan esa elección. En ambos casos [...] parecen excesivas las simplificaciones en cuanto a la caricatura implícita del ser humano, sobre todo cuando se trata de jóvenes. Estas caricaturas extremas han tenido como principal consecuencia en el área de la delincuencia, una reducción del abanico de acciones susceptibles de ser adoptadas para prevenirla.

Para países en donde la evidencia empírica es precaria, tal como ocurre en la mayor parte de los países de América Latina, ha sido inevitable que se recurra a uno de los dos paradigmas, y a las teorías criminológicas correspondientes, para hacer el diagnóstico de la situación de seguridad y proponer intervenciones.²⁰

Alejándose de las políticas de mano dura: la propuesta de Frank La Rue en Guatemala

Desde su llegada a la Comisión Presidencial Coordinadora de la Política del Ejecutivo en materia de Derechos Humanos (COPREDEH), del Gobierno de Guatemala, Frank La Rue, eterno defensor de los derechos humanos, se planteó el reto de abordar el tema de la violencia juvenil con un enfoque de derechos. Esa apuesta implicaba convencer al Presidente de la República de distanciarse de las políticas de «mano dura» y «mano superdura» impulsadas por México, El Salvador y Honduras, y aplicar una política pública en la materia. Cuando me planteó la idea de elaborar la política pública de prevención de la violencia juvenil, insistió que ello suponía el diseño de una estrategia política fundamentada en un diagnóstico de la situación o del problema que se pretendía solucionar, la definición de los objetivos y metas que se perseguían con su implementación, así como la formulación de una política pública consensuada entre las organizaciones sociales especializadas y el gobierno de la República, que hiciera viable la ejecución de programas y proyectos de manera participativa y sostenible, según una visión basada en los principios y valores de una sociedad que aspira a la construcción de un Estado democrático de derecho.

²⁰ Mauricio Rubio: ob. cit., p. 2.

Además, argumentaba que la única forma de abordar adecuadamente la problemática de la prevención de la violencia juvenil en Guatemala era con una visión holística del problema, y que ello requería, entonces, de un proceso sistémico donde debían conjugarse tres políticas claramente definidas:

1. la política de prevención del delito, que requiere de estrategias que involucren el poder local (alcaldías, consejos municipales), la sociedad civil y el gobierno central en el diseño de los planes de prevención, no solo situacional, sino también organizacional;
2. la política de persecución penal del delito, con énfasis en el combate al crimen organizado;
3. y la política de rehabilitación a personas en conflicto con la ley, que redujera las posibilidades de que los jóvenes reincidieran.²¹

Con ese planteamiento, La Rue extrae la carga ideológica de la dicotomía entre prevención y sanción del delito, ya que, al poner la persecución penal del delito de la mano de la prevención y la rehabilitación (que en esencia es la prevención terciaria), defiende con argumentos sólidos la importancia de abordar los problemas estructurales que incentivan a los jóvenes a involucrarse en la mara, a la vez que apunta a la necesidad de perseguir penalmente no a los jóvenes por pertenecer a la mara, sino al crimen organizado que los manipula, arma y organiza para sus oscuros intereses. Con lo demostrado por el informe de CISEN antes citado, es obvio que el problema de Guatemala no son las maras *per se*, sino el uso y abuso que de ellas hace el crimen organizado.

En junio de 2005, luego de dos meses de elaboración, y con los resultados de un año de diálogo y concertación con la sociedad civil, la Política Nacional de Prevención de la Violencia Juvenil fue aprobada por el Gabinete de Gobierno, y en agosto de ese año COPREDEH presentó el Plan Nacional de Prevención de la Violencia Juvenil, como estrategia de implementación de aquella política. Ese Plan parte de un conjunto de metas y acciones que están encausadas hacia la prevención de la violencia juvenil y conlleva estrategias para la implementación de las políticas de desarrollo social que el Gobierno de Guatemala debe aplicar para darle oportunidad a los jóvenes a salir de la espiral de violencia en que se encuentran. Desde la COPREDEH se ha proyectado un plan municipal de prevención de la violencia juvenil que sigue las líneas generales del plan nacional y está diseñado para ser un programa piloto que pueda luego ser replicado en otros municipios y por otras instancias.

Se tiene la convicción de que la prevención solo se logra a partir del involucramiento y apropiación de los planes por parte del poder local y de los ciudadanos

²¹ Entrevistas con Frank La Rue realizadas por el autor, durante la elaboración de la política pública de prevención de la violencia juvenil en Guatemala.

y ciudadanas de un municipio. Por ello, este programa pretende invitar a la Alcaldía a crear una comisión municipal en el diseño de los planes de prevención; busca involucrar a los padres de familia, por medio de las escuelas para padres, donde se puedan abordar temas vinculados con la prevención de la violencia juvenil; y aspira a reducir los niveles de violencia en los centros educativos, al desarrollar un programa municipal de «mediación entre pares» de manera tal que los mismos jóvenes puedan mediar en los conflictos de sus compañeras y compañeros, y ayudar a resolverlos de manera pacífica.

Además, el programa contempla tres subprogramas orientados a generar redes de voluntariado en favor de la prevención de la violencia juvenil. El primero está dirigido a los profesionales de un municipio determinado, a quienes invita a donar una hora de su tiempo a la semana para atender a jóvenes vulnerables en sus necesidades básicas, tales como salud, asistencia psicosocial, etcétera. El segundo, denominado «Mira por los demás», recurre a las personas adultas del municipio, para que trabajen voluntariamente en los proyectos de prevención que hayan sido diseñados por la comisión municipal; aquí se espera lograr que estas personas trabajen con los jóvenes, tanto en actividades productivas, educativas como recreativas. Finalmente, el tercer subprograma busca incidir en la capacitación y reinserción educativa de los jóvenes, por medio de planes de capacitación innovadores y atractivos.

Si lo que yo llamo el modelo La Rue es o no exitoso, solo el tiempo lo dirá, pero sí es mucho más integral, mucho más humano y mucho más incluyente que aquellas políticas que lo único que buscan es criminalizar a la juventud y a la pobreza. Además, tengo el convencimiento de que esta es una apuesta a mediano y largo plazo, y que asumir el compromiso de sacar a los jóvenes de esa espiral de violencia es tarea del Estado en su conjunto. Por ello, nosotros mantenemos el compromiso y, junto a Frank La Rue y su equipo de trabajo, estamos impulsando la prevención de la violencia juvenil y lo seguiremos haciendo, ya sea desde el gobierno o desde la sociedad civil.²²

JUAN ENRIQUE QUIÑÓNEZ SCHWANK, sociólogo guatemalteco, es secretario de la Junta Directiva del Instituto Centroamericano de Estudios para la Democracia Social y coautor de la *Política Pública de Prevención de la Violencia Juvenil*, la *Política Nacional de Derechos Humanos* y la *Política Pública de Cultura de Paz*.

²² Al momento de redactar este ensayo, Guatemala entra en la fase final del proceso electoral que deberá culminar con la elección de nuevas autoridades nacionales, municipales y legislativas, por lo que la sostenibilidad del programa de COPREDEH no puede asegurarse.

Panamá: realidad, perspectivas y elementos para una propuesta de desarrollo sostenible

JUAN MORENO LOBÓN

I. La realidad socio-económica en el territorio nacional

La descripción de la nación panameña, desde la geografía humana, nos indica que estamos frente a una realidad diversa y compleja cuyas características muestran, por ejemplo, la existencia de un solo distrito (Panamá) con un nivel de desarrollo relativamente alto. Por otro lado, tenemos seis distritos con desarrollo relativo medio alto,¹ veintidós con un nivel de desarrollo relativo medio,² treinta y cinco con características de desarrollo relativo bajo³ y cuatro con nivel de desarrollo relativo muy bajo.⁴

Esta realidad revela, claramente, la diferenciación que existe en el país, marcada por espacios y territorios donde es notorio el desarrollo sustentado por indicadores que muestran alta eficacia, efectividad y eficiencia en la atención medico-sanitaria recibida por la población; altos grados de urbanización; y alto nivel de vida y de educación. Muy por el contrario, como negación a aquella prosperidad, es deprimente el hecho de que en más de la mitad de los distritos habita el 20% de la población en condiciones de desarrollo relativo bajo o muy bajo. (Véase el Cuadro no. 1).

¹ Chitré, San Miguelito, Arraijan, David, La Chorrera y Colón.

² Aguadulce, Santiago, Las Tablas, Los Santos, Taboga, Chame, Bugaba, Dolega, Parita, Barú, Guararé, Changuinola, Antón, Boquete, Chepo, San Carlos, Santa María, Portobelo, Natá, Penonomé, Pesé y Atalaya.

³ Capira, Boquerón, Balboa, Pesasí, Guanaca, Alanje, Ocú, Macaracas, Tonsí, Pocrí, Santa Isabel, Soná, Montijo, Chepigana, Renacimiento, Prinogana, La Pintada, Chagres, San Félix, Los Pozos, Río de Jesús, Bocas del Toro, La Mesa, Olá, Las Minas, Comarca Kuna Yala, Remedios, Chimán, San Francisco, Calobre, San Lorenzo, Donoso, Santa Fe, Las Palmas y Ciriquí Grande.

⁴ Cañazas, Tolé, Cémaco y Sambú.

Cuadro no. 1

Distritos según categoría de nivel de desarrollo y porcentaje (%) del total de distritos, total de población, total de la superficie y densidad media. Año 2000

Categoría nivel de desarrollo	Distritos	Porcentaje distritos del país	Porcentaje de la población	Porcentaje de la superficie	Densidad
Alto	1	1,5	25,0	3,4	276,6
Medio Alto	6	8,8	32,0	4,5	269,5
Medio	22	32,4	23,2	25,8	33,9
Bajo	35	51,5	17,4	57,5	11,4
Muy Bajo	4	5,9	2,4	8,9	10,3
Total	68	100	100	100	

Fuente: Ligia Herrera Jurado, *Regiones de desarrollo socio-económico de Panamá. 1970-2000. Transformaciones ocurridas en las últimas tres décadas*, Instituto de Estudios Nacionales de la Universidad de Panamá, Panamá, 2003, p. 14.

Además de mostrar una realidad muy desigual respecto a la organización y los frutos de desarrollo socioeconómico, el país muestra desequilibrios debido al modo de explotación de los recursos naturales y a las formas de apropiación de dichos recursos. En este caso, como en el anterior, los indicadores resultan altamente elocuentes:

1. Entre los años 1992-2000 desaparecieron 3 130 Km² de la cobertura boscosa en la región del Darién y la comarca Ngobe Buglé. Según la Autoridad Nacional del Ambiente (ANAM) se trata de una superficie equivalente al 1,3% de la superficie total de la provincia de Herrera. Al respecto, según informes de la Contraloría General de la República, mientras que la superficie boscosa representaba en 1947 el 69,5% de la superficie del país, para el año 2000 representó únicamente el 44,6% de dicho total.
2. Según el Sexto Censo Nacional Agropecuario existe un total de 236 613 explotaciones agropecuarias en el año 2000, de las cuales el 36,8% (87 005) poseen título de propiedad; 56% (132 446) están ocupadas, pero sin título de propiedad (derecho posesorio); un 1% (2 289) son arrendadas y un 6,3% (14 873) corresponden a régimen mixto.
3. Las explotaciones agropecuarias tienen una superficie de 2 769 528,92 hectáreas, de las cuales aproximadamente 1 144 657,71 hectáreas, o sea, el 52%, corresponden a tierras sin títulos de propiedad que están destinadas a la producción agropecuaria.

4. Debido al proceso de explotación irracional de los suelos para maricultura, agrícola y ganadera se han perdido 5 647 hectáreas de manglares. De igual modo, los arrecifes coralinos están sometidos a serios procesos de degradación.
5. Según el estudio de la pobreza realizado por el Banco Mundial (2000), la mitad de los pobres que representan dos tercios de la población rural carecen de propiedad sobre la tierra.
6. La degradación de los ecosistemas que alimentan las cuencas hidrográficas de la región metropolitana muestran signo de alta preocupación; al tiempo que es alarmante la contaminación de los ríos próximos a los centros urbanos debido a las descargas de aguas residuales semitratadas o no tratadas.

Otro aspecto importante en la situación actual de la realidad nacional lo constituye el tema de la seguridad alimentaria, donde se revelan problemas que deben ser atendidos desde una política que encare, en su complejidad, el fenómeno. Así:

1. Según el Índice Integrado de la Utilización Biológica de los Alimentos, existen 28 distritos (37%) con un nivel bajo de utilización, que se ubican en los de pobreza y pobreza extrema, localizados en las comarcas de Ngobe Buglé, Kuna Yala y Emberá; además, los distritos de Santa Fe, Las Palmas, Cañazas, Soná, La Mesa, San Francisco y Calobre, en la provincia de Veraguas; Las Minas en la provincia de Herrera; Donoso y Santa Isabel en la provincia de Colón; Tolé en la provincia de Chiriquí; Chimán en la provincia de Panamá; Chiriquí Grande, Bocas del Toro, en la provincia de Bocal del Toro.
2. Del total de distritos, 13 presentan prevalencia muy alta de desnutrición crónica (prevalencia mayor a 43,8%), siete de ellos (53,8%) se ubican en la comarca Ngobe y el resto en la comarca Kuna Yala, comarca Emberá (Cémaco y Sambú) y los distritos de Cañazas, Chiriquí Grande y San Francisco, ubicados en la provincia de Bocas del Toro y Veraguas.

Más aún, la realidad socio-económica del país se caracteriza por la baja calidad de los empleos que se generan desde el aparato productivo nacional y, en este caso, vale la pena examinar los siguientes indicadores:

1. Según informes de la Contraloría General de la República, en el año 2005, el 46,6% de la población ocupada no agrícola se encontraba en condiciones de informalidad.
2. De acuerdo con datos oficiales de la misma fuente, existe una tendencia del aparato productivo privado a absorber cada vez menos mano de obra en el proceso de producción material. Un análisis simple sobre la inserción laboral nos indica que «mientras en el año 1995 el 41,1% de los empleados fueron asalariados de la empresa privada, este porcentaje se redujo a tan solo el 40,1% en el año 2005, lo

que expresa un estancamiento de la relación básica del sistema».⁵ En este caso, quizá, lo más preocupante resulte ser el carácter informal y de subempleo que se genera en el aparato privado.

La situación de los recursos hídricos del país, un aspecto clave en el análisis del contexto de la realidad, habrá que analizarla considerando, fundamentalmente, la disponibilidad y accesibilidad a esos recursos. En este sentido:

1. Según informes de la Autoridad Nacional del Ambiente (ANAM), «la disponibilidad de agua es de aproximadamente 144 119,52 hm³/año; de los cuales, el 60% desagua en el Pacífico».⁶ Otra fuente importante, la Organización Meteorológica Mundial (OMM), considera que el país posee recursos hídricos suficientes y podría estar exento de problemas de abastecimiento, dado que utiliza menos del 10% de los mismos. En ese sentido, se revela que la red hidrográfica del país se agrupa en 52 cuencas, correspondientes a unos 500 ríos, los cuales son de corto recorrido y sus cursos están usualmente orientados en dirección normal hacia las costas.
2. La vertiente del Pacífico abarca el 70% del territorio y hacia ella desaguan cerca de 350 ríos, cuya longitud media es de 106 km; en esta vertiente se encuentran 34 cuencas hidrográficas. La vertiente del Caribe ocupa el 30% del territorio nacional y hacia ella desaguan 150 ríos, cuya longitud media es de 56 km.⁷
3. El 93% del área urbana y el 73% del área rural tienen cobertura de servicios de agua potable.
4. De acuerdo con el Ministerio de Desarrollo Agropecuario (MIDA), en el país existen 187 000 hectáreas para riego. Al respecto, el Informe de Inventario de Usuarios TAU-CODESA señala que 71 673 hectáreas disponen de agua superficial para riego, lo cual indica que casi un 62% de las áreas aptas para riego no se están regando.
5. Otro hecho importante, según la ANAM, es que el 60% de la energía eléctrica del país proviene de la generación hidráulica.

Cualquier diagnóstico de Panamá, debe contemplar el sistema de gestión y organización territorial, cuyo modelo ha estado determinado por «el tránsito indus-

⁵ Juan Jovane: «Hacia una estrategia alternativa de desarrollo», documento de trabajo, Panamá, 2007, p. 7 [sin publicar].

⁶ Autoridad Nacional del Ambiente: «Informe No. 2, presentado por Arden & Price Consulting-CH2MHILL, para un marco conceptual de la política nacional de recursos hídricos», documento de trabajo, Panamá, 2004, p. 11.

⁷ *Ibidem*, p. 12. «En la vertiente del Pacífico, las cuencas más importantes son las de los ríos Tuira, Chucunaque, Bayano, Santa María, Churiquí Viejo, San Pablo, Tabasará y Ciriquí. En la vertiente del Caribe las cuencas más importantes son Chagres y Changuinola.»

trial hidráulico, dominante de 1914 a nuestros días, que utiliza una tecnología de enorme impacto ambiental, operada por obreros y técnicos especializados de alta calificación, y financiada y operada como una empresa de capital monopólico de Estado». ⁸ Panamá heredó una forma de organización de su espacio y territorio absolutamente vinculada a la dinámica del capitalismo en lo que Fernand Braudel denominaba la triple realidad para la economía mundo y que resulta aplicable a las economías capitalistas nacionales. ⁹ Desde esta perspectiva, evidentemente, existe una expresión territorial fragmentada que anida en su interior una complejidad de grupos sociales diversos y múltiples con perspectivas distintas y contradictorias. En la idea de lo que Braudel denominaba «el corazón» o para lo que Pedro Rivera ha denominado «el país transitista», la región interoceánica constituye el espacio y territorio donde los grupos asentados allí, desarrollan un modelo de economía vinculado a actividades extracontinentales, al comercio mundial y con bajos niveles de encadenamiento al resto de la economía nacional. ¹⁰ Se trata de la existencia de emporios como la Zona de Libre Comercio, cadenas de bancos internacionales, trasiego marítimo en gran escala, agencias navieras, hoteles para turismo de enclave, almacenes semejantes a los que abundan en el primer mundo, lujosos edificios, barrios exclusivos, clubes nocturnos, medios de comunicación vinculados a redes internacionales, entre otros.

Las zonas intermedias, según el modelo de Braudel, son observables en lo que también Pedro Rivera denominó el país agrario. Se trata, en lo fundamental, de espacios y territorios ubicados al este y oeste del país, dominados por terratenientes, ganaderos e industriales domésticos cuya principal función ha consistido en ser la fuente del abastecimiento alimentario requerido por la zona canalera; aunque valdría señalar que

⁸ Guillermo Castro Herrera: «Panamá: territorio, sociedad y desarrollo en la perspectiva del siglo XXI», artículo para el Centro de Estudios Latinoamericanos Justo Arosemena, Panamá, agosto de 2007, p. 4 [en prensa].

⁹ Fernand Braudel: *La dinámica del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 87. «La economía del mundo puede definirse como una triple realidad que ocupa un espacio geográfico determinado; acepta siempre un polo, un centro representado por una ciudad o región dominante; y se divide en zonas sucesivas: el corazón, es decir, la región que se extiende en torno al centro; vienen después las zonas intermedias, alrededor del pivote central; finalmente, ciertas zonas marginales muy amplias que, dentro de la división del trabajo que caracteriza la economía mundo, son zonas subordinadas y dependientes. En estas zonas periféricas, la vida de los hombres evoca a menudo el purgatorio, cuando no el infierno.»

¹⁰ Juan Moreno: *Análisis de las relaciones estructurales de la economía panameña*, CECADES, Panamá, 1994. En ese sentido, sostuve en 1994 que «en Panamá existen un conjunto de actividades de la economía (Canal de Panamá y Zona Libre de Colón) que se caracterizan por el hecho de que muestran un bajo nivel tanto en la función de oferentes como demandantes de insumo. Se trata de ramas relativamente desarticuladas del resto de la economía nacional».

antes de la década del setenta del siglo pasado, la producción de los rubros requeridos para la seguridad alimentaria nunca fue suficiente desde el país agrario.¹¹

Para Fernand Braudel, las zonas periféricas constituyen espacios y territorios donde, a menudo, los grupos sociales residentes evocan el purgatorio, cuando no el infierno. Para Rivera, desde una construcción bicéfala, la periferia, en el caso de nuestro país, debe ser entendida desde la noción de marginalidad y exclusión, respectivamente. En el primer caso, el tercer país, el país «marginal» es una construcción social emergente que evoluciona a partir de los primeros palenques y suburbios urbanos coloniales; un espacio en el que se mezclaron (y todavía se mezclan de manera prolija) descendientes de esclavos y libertos originarios de África, indios, criollos sin fortuna, mestizos y emigrantes de las zonas agropecuarias sin nombradía ni hacienda. Una de las características de esta compleja estructura social (a la que llamamos «país marginal») es la pobreza estructural y las formas ideológicas que la sustentan.¹² En el segundo caso, los excluidos o quienes, según Rivera, constituyen el cuarto país, conforman grupos sociales a los cuales, desde el momento de la colonización española, se les negó la oportunidad de participar en los procesos promovidos por los grupos hegemónicos de la cultura occidental y, por lo general, se internaron en las montañas y selvas del istmo.

Además de la caracterización descrita hasta el momento, los problemas relacionados con la Administración pública requieren de una revisión profunda, porque nuestras instituciones no se corresponden con las nuevas demandas por servicios que hoy exige la sociedad. En ese sentido, conviene hacer las siguientes puntualizaciones:

1. El Estado de los inicios de la República, al igual que otros Estados de la región, tenía la única función de garantizar la propiedad y los contratos; sin embargo, al transcurrir el tiempo se transformó en el gran Estado social y económico; y la presión ejercida por la sociedad en demanda de mejores y mayores servicios puso en evidencia la incapacidad para cumplir con dichos requerimientos.

¹¹ Pedro Rivera: *Panamá: cuatro países, cuatro identidades*, Instituto de Estudios Nacionales de la Universidad de Panamá, Panamá, 2003. En ese sentido, el autor plantea lo siguiente: «Los asentados en las provincias ubicadas al este y oeste del país transitista (examinado como segundo país) basan su sistema de vida en la actividad agrícola (originalmente de subsistencia) y en la ganadería extensiva (ahora clasificada como depredadora). Este país nace en Natá. Lo funda Pedro Arias de Ávila, en 1522, con un propósito básico: crear fortificaciones militares y fuentes de abastecimiento alimentario requeridos por la empresa colonial, subordinada desde su origen a la actividad transitista».

¹² La pobreza, en su carácter estructural e ideológico, debe ser entendida como un estilo de vida sustentado en una visión del mundo que trasciende sus orígenes, penetra distintos sectores de la sociedad y puede modificar la cultura oficial.

2. Los sistemas de dirección y gestión de las instituciones públicas se orientan a funcionar como islas, en ocasiones, olvidando la existencia de actores que realizan actividades semejantes y donde la cooperación podría resultar más provechosa.
3. La incapacidad de contar con sistemas de información confiable y pertinente se ha convertido en un obstáculo para la formulación de políticas favorables para el cambio del sistema de gestión pública.
4. El carácter de las organizaciones públicas en Panamá es rigurosamente centralizante y jerarquizado, lo cual impide relaciones más humanas entre los funcionarios y, también, conduce a que se pierdan los principios de la responsabilidad y la solidaridad.
5. En esas condiciones, la irresponsabilidad y la ausencia de solidaridad dan paso a la holgazanería y, sobre todo, a la corrupción de los funcionarios. Las experiencias más recientes nos sugieren que la degradación de los valores y su sustitución por el afán de lucro y la obsesión por el beneficio particular ha favorecido la consolidación de la corrupción en el corazón del Estado.

Por otro lado, la democracia continúa siendo un desafío importante para la convivencia de la sociedad panameña. Al respecto, como buenos herederos de la tradición liberal, nos hemos conformado con procesos electorales donde el Tribunal Electoral ejerce como árbitro de las contiendas y, también, con la garantía de los derechos políticos y civiles que consagra la Constitución. No obstante la importancia de dichos derechos, la democracia es mucho más y habrá que modernizarla, porque ella es la conquista de todo un complejo social que establece al mismo tiempo derechos y libertades individuales, el respeto a la pluralidad de ideas y opiniones, y a la expresión de los antagonistas. La democracia produce ciudadanos quienes, a su vez, producen la democracia.

Finalmente, los agregados de la economía nacional presentan perspectivas favorables y los pronósticos del Ministerio de Economía y Finanzas (MEF) proyectan un crecimiento de aproximadamente el 8% en 2007. Además, según informes del MEF, para los próximos siete años se esperan inversiones por un monto de 15 000 millones de dólares con 27 proyectos, entre los que figuran la ampliación del Canal; la construcción de un sistema intermodal de exportaciones entre el Canal, la Zona Libre de Colón y el Ferrocarril Transístmico; la creación de una Zona Económica Especial de Howard, antigua zona militar de los Estados Unidos en el Pacífico, y la expansión de dos puertos en el Atlántico y otro en el Pacífico; la construcción de un megapuerto en el Pacífico, impulsado por inversionistas de Singapur; el saneamiento de la bahía de Panamá; la ampliación de la costa pacífica capitalina con un relleno para zonas públicas, llamada cinta costera; la expansión de las principales autopistas al Este y Oeste de la capital; la construcción de un sistema de transporte masivo, similar al de

Colombia, Chile y Brasil; la construcción de una refinería de petróleo por parte de OXY-Qatar Petroleum y Dutemp-Eloesel-Control Sud; y otros megaproyectos turísticos: el Naos Harbour Island, los Molinos, Isla Verde, Peral Tower, Ice Tower, Isla Viveros, Bijao Resort y Ten Tower.

Dados los efectos ambientales que generarán estos megaproyectos, será necesario que la población ejerza sus derechos de ciudadanía, sobre todo por la presión que dichos megaproyectos ejercerán sobre algunos recursos vitales (suelo, agua y energía) de la nación panameña. Dichas presiones deben conducirnos, por ejemplo, a sustituir aquellas políticas que se preocupan solo por una demanda de energía en constante y dinámica expansión, por otra que se interese muy seriamente en las temáticas del ahorro y el uso eficiente de la energía, así como también en el desarrollo de fuentes alternativas de ella.

Mayor atención requerirá el proceso de expansión de la economía nacional, en especial, si tenemos presente que el fenómeno de los megaproyectos está ocurriendo en circunstancias en que, según la Encuesta de Niveles de Vida (ENV 2003), el 20,6% de la población menor de cinco años padece de desnutrición crónica; aproximadamente 4 de cada 10 personas viven en pobreza total (37,2%); y del total de la población, el 16,7% se encuentra en situación de pobreza extrema. Debemos destacar que en las áreas rurales no indígenas, poco más de la mitad de los residentes es pobre (54,2%), y una de cada cinco personas (22,3%) se encuentra en situación de pobreza extrema. La situación es peor en las áreas rurales indígenas donde casi la totalidad de sus habitantes se encuentra en condición de pobreza (98,5%), mientras que en pobreza extrema se encuentra el 89,7% de la población.

Dentro de los megaproyectos, el de la ampliación del Canal, merece atención y debate científico permanente. Se trata de la construcción del tercer juego de esclusas, cuyos tres componentes principales son: en primer lugar, la construcción de dos complejos de esclusas –uno en el Atlántico y otro en el Pacífico– de tres niveles cada uno, que incluyen tinas de reutilización del agua; en segundo lugar, la excavación de cauces de acceso a nuevas esclusas y el ensanche de los cauces de navegación existentes; y en tercer lugar, la profundización de navegación y la elevación del nivel máximo de funcionamiento del lago Gatún. Los objetivos de la ampliación, según los responsables de la propuesta, se orientarán en el siguiente sentido: 1) hacer crecientos y sostenibles a largo plazo los aportes de la sociedad, mediante los pagos que el Canal hace al Tesoro Nacional;¹³ 2) mantener tanto la competitividad del Canal

¹³ Autoridad del Canal de Panamá: *Propuesta de ampliación del Canal de Panamá*, Panamá, 2006, p. 1. «Los aportes del Canal al Tesoro Nacional consisten de un pago de B/ 0.75 por tonelada que transita en concepto de derecho por tonelada neta, un pago por servicios públicos, y el pago de los excedentes de la operación del Canal después de las reservas necesarias. En el año fiscal 2005 el pago de derechos por tonelada neta fue de B/ 191 millones, el pago por servicios públicos fue de B/ 29 millones, y los aportes por excedentes fueron de B/ 269 millones, para un total de aportes directos al Tesoro Nacional de B/ 489 millones.»

como el valor de la ruta marítima de Panamá para la economía nacional; 3) aumentar la capacidad del Canal para captar la creciente demanda de tonelaje con niveles de servicios apropiados para cada segmento de mercado; y 4) hacer que el Canal sea más productivo, seguro y eficiente.

Ya hemos señalado, en este mismo artículo, que los encadenamientos de la actividad del Canal con el resto de la economía nacional son muy bajos, sobre todo si no asignamos un valor comercial al agua como energía que dinamiza el proceso de la actividad canalera. Por ello, al tiempo que nos preparamos para diseñar un nuevo sistema de gestión tomando en consideración los factores de producción que participan en el proceso de generación del servicio, será conveniente hacer un uso adecuado de los aportes del Canal al Tesoro Nacional por medio de políticas encaminadas al fortalecimiento del desarrollo nacional.

Resultaría necesario, tal como hemos sugerido, tener en cuenta que los megaproyectos sin una planificación adecuada, al tiempo que generarán crecimiento ilimitado también pueden generar mayor pobreza, mayor inequidad social y desmembrar las bases de la modernización de la democracia. Por ello, debemos encaminarnos a promover medidas que propendan a la conservación y protección del medioambiente, de manera tal que el uso de los recursos naturales y ambientales del país –que no son otra cosa que el sostén biogeofísico para el desarrollo futuro–, ocurra con un aseguramiento de la reposición o reemplazo de estos recursos naturales y de la biodiversidad asociada a ellos.

Como hemos dicho en otra ocasión, es urgente formular un plan de desarrollo global con un enfoque sistémico que al integrar el todo integre las partes, que integre el pasado, el presente y el futuro y, sobre todo, se constituya en un proceso de mejoramiento de la calidad de vida, concebido desde las más fuertes ideas de conservación y protección del medioambiente, para asegurar ambientes saludables a la generaciones futuras. No obstante lo dicho, debemos tener presente que el diseño de un plan global pensado para el desarrollo sostenible será eficaz en la medida en que lo integremos en nuevos imaginarios éticos para toda la colectividad.

II. Marco de referencia ético

Desde hace un tiempo apreciable, un poco después de la invasión de los Estados Unidos a Panamá, los panameños, de manera creciente, nos hemos interrogado sobre la necesidad de diseñar una agenda de desarrollo nacional que permita encarar con responsabilidad nuestro destino humano durante los años venideros. Habrá que reconocer, en esta perspectiva, los esfuerzos que propiciaron la formulación de la visión 20-20, la propuesta de desarrollo humano formulada por la Universidad de Panamá, las propuestas emanadas de los partidos políticos durante las elecciones sucesivas del período postinvasión y las recomendaciones formuladas por empresarios, trabajadores e intelectuales del país.

No hay dudas que, al respecto, existen diversos puntos de vistas, desde quienes consideran que el desafío podría resolverse con un listado de proyectos; aquellos que consideran más importante la definición de políticas para el desarrollo; los que sostienen que el país requiere más bien precisar estrategias para el desarrollo; y finalmente, quienes consideran que estamos en un punto de inflexión de nuestra historia donde la construcción de un nuevo imaginario colectivo es la condición básica para cualquier plan de desarrollo.

En esta ocasión, no nos limitaremos a un debate al viejo estilo del ganador y el perdedor para luego determinar a quién corresponde la razón, por el contrario, intentaremos promover algunas ideas que nos posibiliten una base referencial adecuada para reconocer el momento histórico que vivimos, dicho sea de paso, distinto a la realidad desde donde germinó la fundación de la República. Esta diferenciación, como otras que surgirán en el debate, constituye el horizonte de visibilidad más importante para encaminar las decisiones por el sendero adecuado en lo que cabe a la organización de nuestro propio futuro.

¿Por qué decimos esto? No es, únicamente, porque sean realidades distintas, sino también, porque son realidades con referencias éticas diferentes. Es fundamental entender que la tarea más importante consiste en el diseño de la nueva República con nuevos principios y valores, sustentada en otros pactos económicos, políticos, sociales, culturales y ambientales.

Insistir solamente en las referencias que animaron la utopía alcanzada el 31 de diciembre de 1999, podría conducirnos por caminos incorrectos a la hora de encarar los problemas de nuestro tiempo, que ya no son los de ayer. El ayer, nuestro ayer, estuvo referenciado por una frase que Justo Arosemena sintetizó al decir: «Un país situado entre los dos mares, y apartado por los dos colindantes por montañas y despoblados; un país tan distinto de todo otro por su localidad, necesidades y costumbres; un país extenso y riquísimo en las producciones de los tres reinos, está visiblemente destinado por la naturaleza para componer algún día un gran Estado». ¹⁴ Esta fue, sin lugar a dudas, la referencia ética más importante de nuestra colectividad, asumida sin excepción por las distintas generaciones que la cortejaron y, también, por los distintos estratos sociales, aunque en este caso con diferencias muy marcadas sobre los métodos para alcanzar el imaginario.

Para lograr dicho propósito, en distintos momentos, diversas generaciones precisaron políticas, estrategias, programas, proyectos, objetivos y metas, pero, al mismo tiempo, también se diseñaron las instituciones que le darían coherencia a largo plazo. Por ello, quizá, los planes y las instituciones de entonces (todavía vigentes) no resulten adecuados para el imaginario que aún estamos por definir; de ahí que,

¹⁴ Justo Arosemena: *La suerte del istmo*, Panamá, 1855, p. 5, en manuscritos originales de la Biblioteca Nacional de Colombia.

aunque resulte más doloroso el parto, el desarrollo futuro requiere de una nueva imaginación colectiva más allá del legado liberal, ya cumplido, que orientó Justo Arosemena y otros ilustres panameños.

¿Qué hacer? ¿De qué modo formular el nuevo imaginario colectivo que debe servir de cimiento al desarrollo futuro? Aquí reside la clave, porque solo así tendremos la posibilidad de un punto de partida para el diseño de otros instrumentos de políticas ante las necesidades y problemas que han surgido en los últimos tiempos. Y, para ello, una buena referencia formal consiste en preguntarnos cuáles fueron los criterios que anidaron las premisas para consignar en varias generaciones de panameños la búsqueda infatigable de la consolidación del Estado nacional. Es claro, por lo andado del camino, que en Justo Arosemena se reflejaba un gran dominio de las conclusiones surgidas de la Revolución Francesa; un conocimiento completo de la naturaleza del istmo con sus características geográficas, políticas y culturales; y, además, el papel que le correspondía desempeñar al istmo en el mundo, en esa coyuntura.

Se trata de tres factores de los cuales algunos se han hecho disfuncionales o mucho más complejos en su propia realidad. En primer lugar, la idea de conformar Estados nacionales como una condición para alcanzar el progreso y así abrazar los principios de igualdad, libertad y fraternidad se logró en cuanto a la consolidación del Estado nacional; sin embargo, el resto fue una quimera que podría encontrar una explicación fecunda, a partir de un debate nacional donde se pueda analizar la naturaleza del Estado panameño y sus alcances para atender no solamente los principios y valores mencionados, sino aquellos relacionados con la sostenibilidad, la cooperación, la solidaridad, la transparencia, la identidad y la tolerancia. En segundo lugar, los trabajos realizados por Justo Arosemena y Eusebio Morales –*El Estado Federal, La suerte del istmo, La población del istmo, etcétera*– presentan limitaciones muy serias para un análisis completo de la realidad contemporánea; por ello, se impone un debate profundamente analítico, para entender la realidad de hoy, desde la complejidad de las ciencias (economía, ciencias políticas, antropología, historia, demografía, geografía, biología), dirigido a comprender una sociedad que se ha vuelto muy diversa. En tercer lugar, la relación del istmo con el mundo merece ser encarada a partir no solamente de cómo el istmo es visto por el mundo, sino también de qué modo vemos nuestro istmo en el mundo.

Mi argumento es que la historia y el futuro de nuestro país debe ser recreado con el fin de que «nuestro» Panamá se vuelva «nuestro» para poseerlo y dirigirlo. Hará falta, entonces, reconocer con Guillermo Castro que «la República de Panamá ha ingresado al siglo XXI con graves problemas ambientales, que van desde la destrucción de recursos forestales y la erosión de la biodiversidad; el deterioro y la erosión de sus tierras agrícolas y ganaderas; la contaminación de sus aguas interiores y litorales, hasta el crecimiento urbano y desordenado que impera sobre todo en la región

metropolitana». ¹⁵ Será de gran valor en la definición de lo que somos, considerar la noción de cuatro países (país transitista, país agrario, país de la marginalidad y país de los excluidos) que muy bien describe Pedro Rivera.

Para completar los elementos esenciales en la construcción de la nueva visión, es conveniente conocer la realidad mundial de hoy (principales problemas y desafíos de la humanidad), los fundamentos de los actuales valores de convivencia humana «enseñar la condición humana, el conocimiento pertinente, la identidad terrenal, enseñar la comprensión y enfrentar las incertidumbres». ¹⁶ De igual manera, merecerá principal atención el conocimiento de las nuevas tendencias globales sobre el desarrollo sostenible.

Esta realidad, en un marco más complejo de análisis, será el escenario para el diseño de un plan que nos encamine a alcanzar el nuevo imaginario, que bien podría ser el desarrollo sostenible, y abra paso al principio de que no será viable la idea de dominar para controlar y someter a otros, despilfarrando la riqueza natural y social, sino conocer para coexistir y ensanchar horizontes comunes, procurando la paz duradera en un escenario de armonía y de justicia entre todos los panameños.

Los componentes de la política de desarrollo sostenible

A partir de la complejidad de los problemas nacionales, tomando en consideración la diversidad de las regiones y de los actores, habrá que centrar las políticas desde un enfoque sistémico que sea capaz de articular lo local, lo nacional y lo internacional, sin olvidar la referencia ética del desarrollo sostenible. En esa perspectiva, conviene desarrollar los siguientes ejes: la reforma del Estado; la presencia del Estado en todo el territorio nacional; la gestión integrada del territorio; la reinserción adecuada del país en el mundo; y el fortalecimiento de la agenda social.

1. La transformación del Estado

El Estado panameño y sus instituciones son portadores de una herencia de la gestión pública fijada en los principios de la separación de las funciones, en el desarrollo de las competencias individuales, en una cultura organizacional piramidal y excluyente, y en una idea del control gerencial centralizado. Este sistema de dirección y gestión emanó de los principios de funcionalidad de los Estados nacionales de filosofía liberal, cuya referencia ética se fundamentó en el individualismo y en la parcelación de propósitos institucionales. De allí que valores como la cooperación entre institu-

¹⁵ Guillermo Castro Herrera: «El istmo en el mundo. Elementos para una historia ambiental de Panamá», documento de trabajo, Panamá, 2007, p. 1.

¹⁶ Edgar Morin: «Los siete saberes para la educación del futuro», trad. de Mercedes Vallejo-Gómez, UNESCO, Francia, 1999 (<http://www.unedoc.unesco.org>).

ciones, gestión integrada y solidaridad no son principios que encuentren cabida en dichas estructuras. En consecuencia, la transformación del Estado, en el caso panameño, debe ser la primera política en el plan global, sin que con esto se desconozca la necesidad de implementar otras, de manera simultánea. Así, la transformación del Estado debe avanzar hacia:

- el ideal de crear estructuras, procesos y funciones para el desarrollo sostenible;
- un sistema de dirección y gestión complejo que integre, a la vez, información, comunicación, recursos humanos, financiación, promoción, inversión, cooperación y desarrollo;
- estructuras más horizontales;
- una relación armónica con el fortalecimiento del capital humano (ciudadanía) y social (tejidos relacionales con instituciones y sectores de la sociedad);
- una gestión moderna que integre lo local, regional, nacional y global.

2. La presencia del Estado en el territorio nacional

En el pasado, allí donde había un cuartel de policía, se entendía que estaba presente el Estado. Ahora, el Estado (transformado) debe asegurar la presencia de sus instituciones vitales en todo el territorio nacional y su misión fundamental debe consistir en promover y consolidar los nuevos valores del país con el fin de lograr mejores condiciones de vida para las poblaciones en ambientes de armonía entre los ciudadanos y, también, entre estos y el mundo natural. En ese sentido, el Estado, por medio de sus instituciones transformadas, debe:

- promover los valores del desarrollo sostenible;
- promover proyectos de desarrollo sostenible;
- crear redes y tejidos locales, regionales y globales;
- divulgar la nueva cultura del desarrollo sostenible.

3. La gestión integrada del territorio

La gestión integrada del territorio, como política para el desarrollo sostenible, constituye un salto de calidad, en el sentido de que la dimensión espacial de los procesos sociales es virtuosa cuando es posible integrar en propósitos comunes dichos espacios diferenciados. De allí que, distinto al viejo y presente sistema de gestión que mantiene separada la cuenca hidrográfica del Canal del resto del territorio nacional, en adelante, habrá que trabajar en la gestión integrada de dichos territorios. Para Guillermo Castro, este proceso debe lograr la convergencia de las estructuras de gestión social, económica y política con las estructuras de organización del territorio nacional. Esto, agrega Castro, implica «que la cuenca del Canal de Panamá debe

convertirse en una única región administrativa, a la que quizá lleguemos a llamar el Distrito Especial de Chagres. Las otras grandes cuencas de Panamá –las del Chucunaque, Tuirá, el Bayano, el Coclé, el Santa María, el río La Villa, El Chiriquí y el Changuinola, por mencionar algunos casos– deben llegar a convertirse también en distritos como el antes mencionado».¹⁷

4. La reinserción adecuada del país en el mundo

La revolución científico-técnica y la crisis de los imaginarios éticos emanados de la Revolución Francesa nos señalan que la geografía económica ya no es lo que fue y, por tanto, hay un rediseño del mapa económico mundial. Hasta ahora, en nuestro país, el proceso de inserción solo ha ocurrido de fuera hacia dentro y reedita lo que algunos economistas han denominado una estructura económica de heterogeneidad invertida, dado que concentran en el sector terciario grandes magnitudes de actividad y producción que en el resto del territorio corresponden al sector agropecuario y secundario. En ese sentido, está ocurriendo un proceso de reinserción hacia dentro, cuyo acento se genera en la región interoceánica con proyectos destinados a la revolución del transporte para atender los altos flujos del comercio mundial.

Corresponde, entonces, la reinserción de dentro hacia fuera. Aquí, reside uno de los desafíos más importantes de nuestro país, porque se trata de romper, definitivamente, con la idea de que nuestro vínculo global se limita a la relación con los Estados Unidos de Norteamérica o, en todo caso, que nuestras relaciones con el resto del mundo deben pasar por el visado de los Estados Unidos. Esa vieja forma de saber y ejercer la relación con el mundo debe ser trascendida por otra que nos permita, en primer lugar, modificar la esencia de nuestra relación con los Estados Unidos –hacia los valores más edificantes que existen en esa sociedad y que pueden encontrarse en sus más importantes centros de investigación de las ciencias naturales y humanas–, y en segundo lugar, establecer de manera autónoma relaciones armónicas con otros entornos de la sociedad global. Corresponderá, por ejemplo, crear nuestros propios institutos de investigación para conocer mejor el mundo de hoy, Asia, África, América del Sur, el propio Caribe, Europa, etcétera.

5. El fortalecimiento de la agenda social

La transformación del Estado debe guiarnos a crear las bases de las nuevas estructuras organizativas que deberán atender los temas de educación, salud, seguridad alimentaria, etcétera.

¹⁷ Guillermo Castro Herrera: «Panamá: territorio, sociedad y desarrollo en la perspectiva del siglo XXI», artículo para el Centro de Estudios Latinoamericanos Justo Arosemena, Panamá, agosto de 2007, p. 10 [en prensa].

• Educación

La educación es un componente fundamental para el desarrollo sostenible del país, atendiendo al fortalecimiento del capital humano, a su función de crear, promover y difundir conocimiento, y a su efecto en la elevación del nivel cultural de la población en general. Hasta la fecha, hemos logrado incorporar nuevas tecnologías y de alguna manera mejorar el nivel de los docentes; sin embargo, lo más importante consiste en preguntarnos: ¿Qué debemos enseñar para formar profesionales competitivos, con conciencia ciudadana de sus deberes y derechos con el país? Quizá la respuesta podamos encontrarla en la necesidad de enseñar para el desarrollo sostenible, pero, para cumplir con el papel de agente de cambio en la perspectiva planteada, la educación requiere la modificación de su estructura actual, no solo en los aspectos cuantitativos, sino con mayor acento en lo cualitativo, por la vía de cambios profundos de orientación, estructura y contenido en todos los niveles.

• Salud

La idea de abordar el tema de la salud desde la presencia del bienestar y no desde el principio de la ausencia de enfermedad, nos conduce a considerar que ella depende, cada vez más, de un conjunto de factores, no limitados al sector de la salud, en sentido estricto, sino que abarcan todos (económico, político, cultural, ambiental y tecnológico). En términos más explícitos, en la salud intervienen factores como: «el ritmo de crecimiento económico, el grado de igualdad en la distribución de la riqueza, el nivel y calidad de la educación, las condiciones del ambiente físico (incluyendo la vivienda y los sitios de trabajo), la disponibilidad de agua limpia y alimentos nutritivos, los estilos de vida, la seguridad pública, la amplitud de los espacios de participación democrática, la intensidad de la innovación tecnológica y el acceso a servicios preventivos y terapéuticos de alta calidad».¹⁸ En este sentido, a partir de 1996, se inició un proceso de reforma del Sistema Nacional de Salud orientado a fortalecer el acceso a los programas de salud integral y a mejorar la calidad de los servicios, con el objetivo de reducir la «fractura sanitaria». Para ello, el Ministerio de Salud se propuso promover un nuevo modelo de atención de la salud, vigorosamente descentralizado y con acento en la estrategia de atención primaria, que presta servicios de salud de forma integral, mediante el fortalecimiento de los sistemas locales de salud, a partir de los cuales se realiza la acción de promoción, prevención y control. Esta política, con ese enfoque, es necesario rescatarla, porque la clave de la salud para la vida consiste en reconocer la participación preventiva de la gente. Para retomar los esfuerzos iniciados en 1996 proponemos lo siguiente:

¹⁸ Julio Frenk: *Observatorio de la salud*, Fundación Mexicana para la Salud, México, 1997, Introducción a la primera edición, p. 15.

1. Promover el Pacto Nacional por la Salud, cuyo propósito básico sería retomar la reforma del Sistema Nacional de Salud.
2. El Pacto debe considerar la reestructuración orgánica y funcional del sistema y el rediseño de los procesos de los servicios de la salud.
3. El Pacto proyectaría un sistema de gestión integrado territorial y entre las instituciones de la cadena de salud.

• Seguridad alimentaria

«Existe seguridad alimentaria cuando todas las personas tienen, en todo momento, acceso físico y económico a suficientes alimentos inocuos y nutritivos para satisfacer sus necesidades nutricionales y sus preferencias alimentarias a fin de llevar una vida activa y sana».¹⁹ La seguridad alimentaria y nutricional, pensada así, requiere de tres condiciones: disponibilidad, estabilidad y acceso. Al respecto, en Panamá, se han realizado algunos esfuerzos con la creación de la Secretaría Nacional para el Plan Alimentario Nutricional (SENAPAN). Sin embargo, es necesario asignarle mayor fortaleza a la iniciativa; nos referimos a lo siguiente:

1. Debe generarse un proceso de concertación intersectorial e interinstitucional para avanzar hacia un Pacto Nacional por la Seguridad Alimentaria y Nutricional.
2. La disponibilidad deberá estar garantizada por la eficacia de políticas macroeconómicas que posibiliten sostenibilidad a nivel nacional, regional y local. La clave, en este caso, consiste en crear espacios de interacción y coordinación entre todas las instituciones que guardan relación con la cantidad, calidad, vigilancia fitosanitaria y zoonosanitaria e inocuidad.
3. Es conveniente fortalecer la rectoría del sistema de coordinación de la seguridad alimentaria para garantizar mayor eficiencia en la gestión pública de las instituciones que ejecutan los programas.
4. Hay que fortalecer el marco normativo de la seguridad alimentaria y nutricional. Para esto se requiere crear la Ley de Seguridad Alimentaria y Nutricional y la Ley sobre fortificación de los alimentos.

JUAN MORENO LOBÓN, licenciado en Economía por la Universidad de Panamá, posee una maestría en Administración Industrial y posgrado en Alta Gerencia por la Universidad Tecnológica de Panamá. Fue director del Instituto de Estudios Nacionales de la Universidad de Panamá y es miembro permanente del comité de redacción de *Temas de Nuestra América*. Ha publicado *Las relaciones estructurales de la economía panameña*; y *Descripción y efectos de la política económica 1970-1990*.

¹⁹ Cumbre Mundial sobre Alimentación: Informe final de la reunión celebrada del 13 al 17 de noviembre de 1996, Roma, Italia.

Cuba



EN EL BORDE DE TODO

El hoy y el mañana de la Revolución en Cuba

Julio César Guanche

Partiendo del discurso de Fidel Castro en noviembre de 2005, en que alertaba sobre la posible reversibilidad del socialismo en Cuba a manos de "errores propios" de la construcción revolucionaria, surge este abierto debate.

Quienes participan en este libro construyen un diálogo complejo sobre cuestiones propias de las revoluciones en general y en particular de la cubana. Es una afirmación de cómo las soluciones revolucionarias solo pueden encontrarse en la discusión colectiva y la participación ciudadana.

368 páginas, ISBN 978-1-921235-50-4



LA REVOLUCIÓN CUBANA

45 grandes momentos

Editado por Julio García Luis

La Revolución cubana es uno de los acontecimientos que define el perfil del siglo XX. Para comprender la acción de Fidel Castro, sus compañeros de lucha y su pueblo, este tomo reúne por primera vez 45 grandes momentos del proceso que transformó la cómoda posición neocolonial de Estados Unidos hasta los años 50, en abanderada de la revolución y el socialismo. Una obra necesaria para todo investigador o estudioso. 45 documentos que ayudan a explicar por qué Cuba ha sobrevivido al colapso de la URSS y Europa del Este.

360 páginas, ISBN 978-1-920888-08-4



LA REVOLUCIÓN DEL OTRO MUNDO

Cuba y Estados Unidos en el horizonte del siglo XXI

Jesús Arbolea

Una revisión al concepto de socialismo. El autor analiza la historia convergente de Cuba y Estados Unidos, que nos lleva a entender el fenómeno de la revolución en un mundo globalizado. Comparando el caso de la Revolución cubana con otros procesos como el venezolano, reivindica la importancia de la dialéctica en los análisis políticos y sociales contemporáneos.

308 páginas, ISBN 978-1-921235-01-6

El Caribe anglófono: una aproximación a sus realidades políticas actuales

JOSÉ FRANCISCO PIEDRA RENCURRELL

La intención del presente trabajo no es hacer un análisis exhaustivo sobre los sistemas políticos que prevalecen en la región del Caribe, entendida esta como la zona donde se ubican los países insulares y continentales localizados en el mar del mismo nombre.¹

Tal empeño sería una labor de mayor envergadura y tiempo. Se trata, como se afirma en el título, de una primera aproximación de nuestra parte a un tema que, no por haber sido tratado, deja de continuar siendo actual, sobre todo en estos tiempos en que la globalización, y la neoliberal en particular, impactan, de una manera u otra, las visiones de las estructuras políticas internas y externas que han prevalecido hasta la fecha en muchas naciones y en diversas partes del mundo.

Las naciones del área del Caribe que hemos elegido abordar y sobre las cuales se centrarán los enfoques y reflexiones principales que intentaremos adelantar, se han caracterizado desde su independencia, a partir de la década de 1960, por la estabilidad política y por un bipartidismo que, ocasionalmente, ha intentado ser fracturado sin éxitos apreciables. De ahí que la alternancia en el poder de un par de partidos sea una de las características más relevantes del sistema político caribeño en la actualidad.

Superada en el tiempo, pero no olvidada en lo político, la traumática experiencia de Granada de 1983 con la invasión estadounidense a esa pequeña ínsula del Caribe oriental, que se empeñaba en hacer sobrevivir una revolución popular acosada por el germen de la disidencia y de las pugnas internas, y hostigada por la mayor potencia imperial, lo que ha prevalecido en general en el área ha sido el desenvolvimiento

¹ En esencia el concepto utilizado aquí comprenderá al área geográfica en que se ubican las naciones independientes y básicamente anglófonas (con la excepción de Suriname) que integran la Comunidad del Caribe o CARICOM: Belice, Bahamas, Jamaica, Barbados, Guyana, Trinidad y Tobago, y las ínsulas del Caribe oriental: Antigua y Barbuda, Granada, San Vicente y las Granadinas, Santa Lucía, Dominica y San Cristóbal y Nevis.

y la consolidación de procesos políticos domésticos enmarcados dentro del sistema de la democracia representativa y sin grandes impactos hacia el mundo exterior.

No debe asumirse que algunos de esos procesos políticos y, sobre todo electorales, no hayan sido convulsos y hasta en ocasiones violentos en algunas de las naciones caribeñas. Sin embargo, todos se han desarrollado como procesos absolutamente endógenos sin la mediación, al menos de manera directa o harto evidente, de actores externos.

Existe una historia bastante común en la formación de los sistemas políticos que posteriormente devinieron nacionales en las colonias inglesas del Caribe. El advenimiento a la independencia de la mayoría de estos países anglófonos fue el resultado de una negociación política que, en todos los casos, estuvo fuertemente influenciada por el movimiento internacional en favor de la descolonización promovido desde la ONU, y en el que tuvieron una participación muy activa también el Movimiento de Países No Alineados (MNOAL) y la entonces existente comunidad socialista. Este proceso no se dio como un fenómeno súbito, sino que se fue materializando en fases escalonadas que se extendieron y prolongaron desde principios de la década del sesenta hasta la del ochenta, inclusive.

En el contexto doméstico, no puede obviarse la influencia que en la negociación de la independencia tuvieron los diferentes movimientos sociales nacionales que, en una gran parte de los casos, estuvieron liderados por las organizaciones sindicales autorizadas por los colonialistas durante la primera mitad del siglo xx, y que, con el tiempo, fueron estructurando los embriones de lo que luego serían los partidos que entraron en las escenas políticas locales inmediatamente después de ser arriado el blasón colonial.

Debe aclararse que la formación de fuerzas políticas nacionales no fue un resultado expreso del proceso de descolonización y del acceso a la condición de naciones independientes. Ya desde los años treinta y cuarenta existían partidos políticos organizados en varias de las colonias inglesas del Caribe. Por ejemplo, en Jamaica, los dos principales partidos que han dominado desde siempre el espectro político en la Isla han sido el Partido Nacional del Pueblo y el Partido Laborista de Jamaica, que fueron fundados en 1939 y 1943, respectivamente.

Al emerger esas naciones como países independientes, la dependencia colonial en lo político derivó en una suerte de dependencia neocolonial, ya que sus sistemas políticos fueron concebidos y estructurados de manera bastante similar al de la metrópoli. Bajo tales circunstancias, es difícil pensar que pudiera haber sido de otra forma.

Hubo, pues, en las ex colonias, una aplicación casi generalizada del modelo Westminster, aunque con matices ajustados a las características políticas de cada país y al estado de desarrollo y organización de sus fuerzas políticas en el momento de otorgárseles la independencia.

En su libro *Jamaica Betrayed*, el profesor jamaicano Locksley Lindo apuntaba que lo interesante «no era ver las diferencias entre los modelos (parlamentaristas) británico y jamaicano, sino si el sistema Westminster-Whitehall había dado respuestas a las necesidades de la sociedad jamaicana y cuán bien había servido a la misma».² Esta observación podría muy bien ser válida para el resto de los países caribeños que adoptaron tal modelo en sus sistemas políticos.

Lo más significativo es que, transcurridas cuatro décadas, la mayoría de los países de la zona, incluso Jamaica, mantienen, aunque ciertamente más formal que real, un vínculo estructural de dependencia, materializado en la figura del gobernador general como representante de la jefa de Estado que es la Reina de Inglaterra.

Solo Guyana como República Cooperativa con un presidente ejecutivo y Surinam con similar forma de gobierno, han alejado sus sistemas del tradicional parlamentarismo británico para aproximarlos a un régimen presidencialista. La pequeña Dominica adoptó una forma de gobierno tipo república, aunque con un presidente ceremonial sin funciones ejecutivas. En fecha más reciente, Trinidad y Tobago también decidió inscribir, dentro de su sistema político, la figura del presidente, pero, al igual que en Dominica, sin funciones ejecutivas, ya que el poder político real continuó siendo retenido por el primer ministro.

De una manera u otra todas estas naciones operan sus sistemas políticos y de gobierno bajo el esquema de democracias parlamentarias, en realidad independientes y sin control alguno por parte de Londres.

Si esto es así, cabría preguntarse entonces ¿por qué no se ha removido aún ese símbolo neocolonial? Más allá del argumento relacionado con la relativa juventud de las democracias caribeñas anglófonas –esgrimido por algunos especialistas para justificar la permanencia hasta hoy de ese rezago estructural que se ampara bajo la representación estadual en manos de la monarca británica–, es cierto que ha existido una muy pobre disposición y voluntad caribeña para suprimir ese estatuto, así como también es innegable que casi nulas han sido las intenciones de la ex metrópoli de desembarazarse del mismo.

Ambos factores tienen su relevancia. En lo que concierne a los caribeños, se trata de un tema que parece haber sido puesto a consideración para el largo plazo, al haber quedado relegado por prioridades inmediatas de supervivencia derivadas de la necesidad de estructurarse como naciones independientes y soberanas, y de protegerse de las múltiples amenazas que se han ceñido y aun hoy se ciñen sobre ellas.

Del lado inglés, en cierta medida representa el interés en perpetuar la permanencia de una visión de vasallaje que le ha servido para el establecimiento de vínculos y relaciones oficiales que procuran generar un buen ambiente bilateral y multilate-

² Locksley I. Lindo: *Jamaica Betrayed. Institutional Failure in a Caribbean Setting*, Arawak Publications, Kingston, 2002, p. 66.

ral con sus ex colonias del Caribe, pero donde los intereses geopolíticos británicos prevalecen.

Debe tomarse en cuenta que nunca ha escapado a la atención de los gobiernos en Londres la decisiva influencia de los Estados Unidos sobre un área que Washington considera como su tercera frontera. En la práctica, las ex colonias británicas del Caribe hoy miran y se vinculan más, desde todos los puntos de vista, con el vecino del Norte que con la «madre patria».

Aunque pocos, hoy se registran algunos tímidos proyectos de romper con el tradicional sistema parlamentarista británico, los cuales no han trascendido el marco declarativo. Tal es el caso de Jamaica cuyo anterior gobierno, con P. J. Patterson a la cabeza, anunció la intención, alrededor del año 2001, de iniciar los procedimientos constitucionales y legales para el establecimiento de un régimen presidencialista, aunque el incipiente debate político jamaicano sobre el tema se ha circunscrito a si la opción será la de un presidente ejecutivo o la de un presidente ceremonial. Las pequeñas Granada y San Vicente y las Granadinas, en el Caribe Oriental, también habrían adelantado en algún momento, hace ya varios años, similar propósito, sin avanzar mucho más en eso.

Es evidente que el cambio constitucional tomará aún más tiempo, y no se descarta la posibilidad de que se acometa a partir de ciertas sinergias que deberán primero establecerse y consolidarse dentro de la clase política caribeña, a fin de convertirlo en un fenómeno lo más unitario posible.

Con su gran visión liberadora, el destacado intelectual y político dominicano Juan Bosch, ya había afirmado en 1970 que «la historia del Caribe, es la historia de las luchas de los imperios contra los pueblos de la región para arrebatarles sus ricas tierras; es también la historia de las luchas de los Imperios unos contra otros, para arrebatarse porciones de lo que cada uno de ellos había conquistado; y es por último la historia de los pueblos del Caribe para liberarse de sus amos imperiales».

Solo en años recientes, y no sin un amplio debate interno a niveles nacionales, fue que se creó la Corte Caribeña de Justicia (CCJ) como estamento supranacional, supremo y definitivo, de apelación a nivel regional, en reemplazo del Privy Council británico que, desde la independencia, fue la Corte Suprema última de apelación para la justicia en las ex colonias inglesas del Caribe.

Su creación, no sin oposiciones y recelos internos en varias naciones, como se dijo anteriormente, indicaba la nueva disposición caribeña de avanzar en la eliminación de los residuos coloniales que aún permanecen en el área.

Se suprimía así un enajenante procedimiento jurídico-legal mediante el cual una corte y jueces británicos eran los que, definitivamente, impartían la justicia a su manera e interpretación para aquellos delitos que, aunque debidamente juzgados bajo las legislaciones penales nacionales, resultaban apelados por sus comisoires a esa instancia extranjera, en no pocos casos con resultados favorables a estos. Con eso

también la justicia inglesa colocaba en tela de juicio los procedimientos y decisiones penales de la justicia caribeña con la consiguiente irritación de estos últimos.

A diferencia de las vulnerabilidades derivadas de su pequeñez geográfica y demográfica, así como de sus debilidades económicas que los hacen muy dependientes de los factores y actores externos, los países del Caribe anglófono cuentan, en cambio, con regímenes políticos bastante sólidos y duraderos que se afianzan y legitiman, a su vez, en el accionar multilateral regional con la permanente coordinación de sus políticas en los más disímiles ámbitos.

En lo interno, un elemento devenido tradicional y, prácticamente inalterable, es el afianzado bipartidismo prevaleciente en la mayoría de los países anglófonos del Caribe, lo cual aporta una característica peculiar a sus sistemas políticos.

Una visión a cada una de las naciones que incluimos en esta noción de Caribe, muestra la existencia, durante muchos años, de dos partidos mayoritarios que son los dominantes dentro del escenario doméstico y que se alternan el poder en períodos de tiempo más o menos regulares.

Países con una fuerte influencia en la región como Jamaica, Trinidad y Tobago, Guyana y Barbados, muestran esa característica fundamental y el electorado en varios de ellos ha rechazado cualquier ensayo por establecer y consolidar alguna tercera opción que, por lo general, aparece siempre como desgajamientos disidentes de alguno de los dos partidos tradicionales. De manera similar, se comportan los sistemas políticos en las otras islas menores.

En lo externo, y como varios autores se han encargado de demostrar, el proceso de integración caribeño no surge como una realidad de hoy, sino que ha sido un proceso de estructuración paulatina que se inició, prácticamente, en los albores de la independencia con la idea de crear una Federación del Caribe.

Incluso con la promoción dada, por parte de la potencia colonial, a la idea de la Federación, no puede negarse que este proyecto fue el más elocuente reconocimiento a la necesidad imperiosa y urgente de integrarse que tenían las pequeñas islas, dadas la endeblez y la vulnerabilidad políticas y económicas de sus naciones, y ello explica la incesante búsqueda de la unidad que se extiende hasta nuestros días. Ha sido, precisamente, el factor político el elemento catalizador de todas las intenciones integracionistas entre los países del Caribe.

Si bien el proyecto de la Federación no prosperó, quizás al no estar dadas todavía las condiciones más propicias para un propósito de tanta envergadura –en lo que debió influir también el hecho de haber surgido en medio mismo del proceso de descolonización en el área–, lo cierto es que a la voluntad política de unirse liderada por los precursores se sumaron, progresivamente, los otros países que fueron accediendo a la independencia. Se amplificaba, así, el espectro de respaldo político al reconocimiento de una necesidad que devenía imperiosa para la sobrevivencia de las naciones del área. De ahí la autoctonía del proceso integracionista caribeño.

No obstante, dos instituciones comunes y hasta hoy vinculadas al quehacer y a la atención política de los gobiernos y, en general, de la sociedad civil del área, quedaron como remanentes de aquel primer proyecto de unidad regional y fueron: la Universidad de las Indias Occidentales (UWI por sus siglas en inglés) y la Federación Caribeña del Cricket; ambas orgullo de los nacionales de la región.

Ya en 1972, los entonces líderes de la Commonwealth caribeña decidieron transformar la Asociación Caribeña de Libre Comercio (CARIFTA por sus siglas en inglés), fundada en la segunda mitad de la década del sesenta, en un Mercado Común, y establecer de esa forma la Comunidad del Caribe o CARICOM, de la cual el propio Mercado Común sería su componente integral.³

La firma del Tratado estableciendo la CARICOM tuvo lugar en Chaguaramas, Trinidad y Tobago, el 4 de julio de 1973,⁴ y esa fecha marcó un momento trascendental y definitivo para la historia de la región, pues significó un escalón muy superior en los empeños integracionistas que continuaban impulsando las naciones y sus líderes políticos.

Se trataba con eso de superar los límites establecidos por CARIFTA como un área intracaribeña de libre comercio exclusivamente, para amplificar esa vital relación a nuevas interdependencias multilaterales y proyectarlas hacia otras áreas no menos importantes que la comercial, por ejemplo, el libre flujo de capitales y fuerza de trabajo, y las necesarias coordinaciones de políticas en sectores como la agricultura, la industria y la política exterior.

Según los objetivos programáticos de la CARICOM,⁵ que aparecen reseñados en sus documentos constitutivos, entre sus principales propósitos se encuentran:

- la aceleración, en forma convergente, del desarrollo económico coordinado y sostenible;
- la expansión de las relaciones económicas y comerciales con terceras naciones;
- el incremento de los niveles de competitividad internacional;
- el aumento de la producción y de la productividad;
- el logro de un alto nivel de participación e influencia económica y efectividad de los Estados miembros en sus relaciones con terceros Estados, grupos de Estados y entidades internacionales de cualquier tipo;
- el fortalecimiento de la coordinación entre los Estados miembros en torno a las políticas exteriores y económicas internacionales;
- y el establecimiento de la cooperación funcional entre los Estados miembros.

³ CARICOM: *The Caribbean Community*, Secretaría de CARICOM, Georgetown, Guyana, 2007.

⁴ *Ibidem*.

⁵ CARICOM: *Objetivos de la Comunidad*, Secretaría de CARICOM, Georgetown, Guyana, 2007.

En la consecución de estos y otros objetivos de largo alcance en las áreas de la política, la economía, las finanzas, el transporte, la seguridad, el medio ambiente y los desastres naturales, los países del Caribe anglófono agrupados en la CARICOM han podido articular mecanismos válidos de coordinación de posiciones mediante la creación y las reuniones periódicas de órganos como el Consejo de Comercio, Economía y Desarrollo (COTED por su siglas en inglés) y el Consejo para las Relaciones Exteriores y Comunitarias (COFCOR) entre otros, así como el segmento de más alto nivel que se materializa en las Cumbres Intersesional y Ordinaria de Jefes de Gobierno de la Comunidad.

La reunión Intersesional de mandatarios se efectúa una vez por año –generalmente a comienzos del mismo– y tiene la finalidad de chequear, controlar, promover, estudiar y modificar cuando sea necesario, los acuerdos y decisiones adoptadas en la Cumbre Ordinaria última que, por lo general, se realiza a principios de julio en un país miembro diferente.

Estas conferencias de jefes de gobierno constituyen el eslabón político supremo de la Comunidad Caribeña en la cual impera el consenso en la toma de decisiones.

En 2001 y luego de un proceso de análisis de lo logrado hasta la fecha, los líderes caribeños decidieron la revisión del Tratado de Chaguaramas, la cual dio lugar a que el objetivo principal del Mercado Común fuera ampliado ahora hacia la búsqueda del Mercado y la Economía Únicos, lo que, sin dudas, representaba un estadio superior, más abarcador, de los empeños integracionistas de los caribeños, al tiempo que se pretendía acelerar el camino hacia la integración.⁶ Una nueva etapa se iniciaba dentro del proceso integracionista regional.

En lo político, que es la esfera que nos ocupa en este trabajo, una de las características principales que ha prevalecido entre las naciones del área, es que la mayoría de los gobernantes y líderes políticos regionales han abrazado, estimulado y respaldado la voluntad integradora, por encima de matices y enfoques sobre determinados aspectos de los que conforman la agenda del Mercado y Economía Únicos.

Bahamas, por ejemplo, ha mantenido su reticencia a adherirse a determinados protocolos relacionados con el libre tránsito de personas y capitales establecidos por CARICOM, pero no se ha opuesto a ellos, con lo cual ha facilitado el necesario consenso para echarlos a andar.

De manera que, aun con la alternancia en el poder de partidos políticos con diferentes signos y estrategias internas –a lo que nos referíamos a inicios de este trabajo–, la necesidad de la integración regional se presenta como elemento superior que no está, ni siquiera, puesto a discusión en las campañas electorales.

La virtual ausencia de referencias a este proceso en las plataformas políticas de los diferentes partidos que operan en el espectro de naciones del Caribe, no debe

⁶ *Ibidem.*

interpretarse como falta de interés o de atención, sino, más bien, como el reconocimiento de un tema que no está sujeto a manipulaciones ni veleidades políticas coyunturales de carácter interno.

No obstante, esta ausencia impacta, en cierta medida, en el manejo o conocimiento efectivo del público caribeño sobre el estado del proceso integracionista regional, lo cual puede traducirse en un desinterés por lo que, en tal sentido, sus gobiernos están realizando.

Como sucede en la mayoría de los casos donde no están dadas las condiciones para una efectiva información que sea accesible a todas las capas de la sociedad, las dinámicas de la sobrevivencia doméstica prevalecen sobre aquellos sucesos o acontecimientos de carácter externo que, por lo general, la población excluye de su atención.

En el documento de proyecciones estratégicas elaborado por el ex secretario general de la Asociación de Estados del Caribe, profesor Norman Girvan y un equipo de expertos de CARICOM,⁷ se admite la gran falta de información y de dominio público del tema entre los ciudadanos de la región, así como grandes lagunas de credibilidad, suspicacias y recelos derivados de sentimientos nacionalistas. El documento en esta parte es conclusivo al afirmar que «mientras que la implementación se continúe quedando detrás de los compromisos asumidos, la credibilidad en el proceso de integración continuará estando sometida a fuerte presión».⁸

En la actualidad, el escenario político caribeño se encuentra fuertemente marcado por los procesos electorales que se efectuarán en varias de las ínsulas, y cuyos resultados pudieran modificar la correlación política de fuerzas que prevalece hoy en la región, donde predominan partidos laboristas y otros de corte progresista.

Entre diciembre de 2006 y septiembre de 2007, se han realizado tres elecciones generales cuyos resultados implicaron cambios de gobiernos. Santa Lucía, Bahamas y Jamaica fueron las tres islas donde el electorado se pronunció por reinstaurar en el poder a partidos que se encontraban en la oposición. En las dos primeras se restablecieron a líderes políticos más cercanos a la centro-derecha: el recientemente fallecido anciano santaluceño John Compton y el bahamés Hubert Ingraham, mientras que, en Jamaica, la conducción del gobierno pasó ahora a manos del Partido Laborista que, en la historia política de esa nación, se mantuvo en la oposición por espacio de dieciocho años.

El nuevo primer ministro jamaicano, Bruce Golding, de larga carrera política en su país, conducirá por primera vez un gobierno que, casi dos décadas atrás, tuvo su antecedente más directo en una administración laborista encabezada por

⁷ Norman Girvan: «Towards a Single Development Vision and the Role of a Single Economy», documento preparado para CARICOM y aprobado por los Jefes de Estado de la Comunidad Caribeña en julio de 2007, Secretaría General CARICOM, Georgetown, Guyana.

⁸ *Ibidem*, p. 8.

Edward Seaga, con posiciones muy conservadoras, proestadounidenses, anticomunistas y anticubanas.

De cualquier forma, no es de esperar que estos nuevos gobiernos, más conservadores que sus predecesores, y algunos pocos más de similares tendencias que, eventualmente, puedan incorporárseles como resultado de próximos comicios generales en otras islas caribeñas, logren introducir cambios sustantivos y modificaciones a la visión política general que existe sobre el proceso integracionista regional.

Sin embargo, la aparición de gobiernos de ese corte, podría introducir cambios también conservadores en posiciones positivas adoptadas por CARICOM, ante situaciones determinadas de la esfera internacional contemporánea. Hay que decir que, hasta la fecha, ha sido, precisamente, en la esfera de la política exterior, donde se ha apreciado una mayor y más compacta homogeneidad en las posiciones caribeñas.

Cuba ha sido uno de los más claros ejemplos de solidez y unidad de los caribeños traducidos en su firme postura de oponerse de manera sistemática al bloqueo económico, comercial y financiero que durante más de cuarenta años los Estados Unidos han impuesto sobre la mayor de las Antillas. Asimismo, han defendido con fuerza el reconocimiento a la pertenencia de la Isla a la región y se han opuesto vigorosamente al aislamiento que los gobiernos de Washington han querido imponerle a La Habana.

La Dra. Milagros Martínez Reinoso, de la Universidad de La Habana, en un reciente artículo donde analiza la evolución de las relaciones cubano-caribeñas en las últimas décadas, afirma:

Cuba es considerada por los caribeños como parte inequívoca de la región. Se le reconoce su activa y solidaria proyección hacia el Tercer Mundo, sus posiciones contra el racismo y el colonialismo, sus amplias relaciones con los países africanos; amén de la sensibilidad mostrada por la presencia del factor etnorracial –la común raíz africana– como elemento integrante de nuestra nacionalidad, factor que a su vez ha incidido en la formación de una cierta identidad cultural caribeña.⁹

Más adelante, la Dra. Martínez Reinoso apunta:

A la mayoría de los países caribeños les resulta novedoso e interesante que los cubanos desarrollen un proyecto social diferente, alternativo y que, a pesar de los múltiples y complejos problemas que ha tenido que enfrentar, Cuba exhiba indicadores socioeconómicos que atestiguan sus éxitos múltiples. Por ello siguen con atención creciente el modelo de desarrollo ensayado por la Isla. Es así como sus relaciones con la mayor de las Antillas están marcadas también por sus deseos de beneficiarse de los logros cubanos, paradigmas reconocidos en las áreas de la

⁹ Milagros Martínez Reinoso: «La proyección externa cubana hacia el Caribe», texto presentado a la Cátedra de Estudios del Caribe de la Universidad de La Habana, en abril de 2007, p. 2.

educación, la salud, los deportes, la ciencia y la tecnología. Es precisamente este interés el que sustenta, en gran medida, las bases de una activa cooperación Sur-Sur entre la Isla y la región caribeña de la que ella forma parte.¹⁰

No ha sido la posición hacia Cuba, la única políticamente valiente asumida por CARICOM, en términos de oposición a las políticas y visiones hegemónicas y agresivas de los Estados Unidos. Ahí está la negativa a apoyar la agresión a Irak y los claros pronunciamientos caribeños al respecto, los que irritaron a Washington en su momento. Con mayor vehemencia aún, por haber sido afectados directamente en uno de sus miembros, CARICOM expresó su total rechazo a la invasión estadounidense a Haití y a la forma en que los ocupantes expulsaron del poder y sacaron del país al entonces presidente constitucional Jean Bertrand Aristide.

El prolongado rechazo a admitir en las reuniones de CARICOM la presencia del gobierno fantoche impuesto por Washington en Haití y la soberana decisión de Jamaica, respaldada por la Comunidad Caribeña, de dar acogida con carácter privado a Aristide –hasta que se le encontró un destino sudafricano al depuesto mandatario y a su familia–, fueron elementos fehacientes, además, de la dignidad política que preconizan estas pequeñas naciones.

Ni con Cuba, ni con Irak ni con Haití, los caribeños se doblegaron ante el disgusto y la molestia imperial, y fueron capaces de expresar su disenso de Washington, lo cual se les debe reconocer con honestidad.

Es, precisamente, esa coordinación de política exterior a lo que los caribeños han llamado el tercer pilar de la integración. En el documento programático de CARICOM antes citado, se expresa que «la Coordinación de Política Exterior está dirigida a fortalecer a la Comunidad del Caribe en sus negociaciones con el mundo exterior, incrementa su capacidad para realizar acuerdos que favorezcan el desarrollo de sus objetivos y fortalezcan y estimulen la identidad y la capacidad colectiva de los Estados miembros de CARICOM en sus interacciones con la comunidad mundial.»¹¹

En referencias inversas, los otros dos pilares que sustentan hoy el proyecto integracionista de CARICOM serían en ese orden: el Mercado y Economía Únicos, y la Cooperación Funcional.

Más recientemente, un cuarto pilar fue incorporado al proceso de integración caribeño y tiene que ver con la cooperación en el ámbito de la seguridad. Se trata de un tema delicado en grado sumo, para los caribeños, por la vulnerabilidad geográfica, económica y técnica tradicional de estos para enfrentar esos asuntos y, sobre todo, los relacionados con el combate al narcotráfico y al tráfico ilegal de armas, a los que vino a sumarse el terrorismo, a partir de los atentados a las Torres Gemelas en

¹⁰ *Ibidem.*

¹¹ Norman Girvan: *ob. cit.* (en nota 7), p. 10.

Nueva York y las controversiales políticas asumidas por la Casa Blanca para pretendidamente combatir ese flagelo.

Este tema ha sido uno de los preferidos por Washington para presionar sobre sus vecinos de la llamada «tercera frontera», aunque, a la vez, los caribeños lo han comenzado a utilizar para exigir de los Estados Unidos mayores niveles de cooperación en ese sensible campo.

Esta doble visión de intereses hace de la cooperación en asuntos de seguridad un área en la que es previsible el incremento de los vínculos del Caribe con los Estados Unidos, traducidos, en buena medida, en la mayor presencia militar estadounidense en la región con la anuencia de los gobiernos de la zona.

No cabe duda de que estamos ante una relación compleja y multifacética que en lo político se distancia, como resultado de las políticas imperiales de los Estados Unidos, las que, por lo general, son rechazadas por los caribeños.

Sin embargo, a la atención de estos no escapa el hecho de sus ya mencionadas vulnerabilidades que los hacen dependientes y expectantes de los resultados de las políticas estadounidenses para el área –como las Iniciativas para el Caribe lanzadas y renovadas por Washington en varias ocasiones–, así como de los avances tecnológicos y de la existencia de un importante flujo migratorio caribeño hacia el país del Norte.

En el tema migratorio, también se dan visiones simultáneas, pero diferentes pues, de una parte, la deportación indiscriminada de ciudadanos caribeños con antecedentes penales desde los Estados Unidos impacta negativamente sobre los niveles de criminalidad que imperan en los países del área ante la incapacidad de los gobiernos para enfrentarla y ponerla bajo control y, de otra, los niveles de remesas exportados por la diáspora caribeña constituyen un componente esencial para el funcionamiento de las economías de la región.

Adicionalmente, para los caribeños tiene una importancia muy relevante las negociaciones con los Estados Unidos y con la Unión Europea para tratar de alcanzar beneficios derivados de regímenes preferenciales de comercio que reconozcan, ante todo, las disparidades de los niveles de desarrollo económico de sus países.

Por lo tanto, esa dicotomía política en la que estas pequeñas naciones deben desenvolverse en sus vínculos con los Estados Unidos y la Unión Europea, como sus más importantes socios, ha encontrado, en cierta medida, su equilibrio en la adopción de posiciones valientes, sobre todo en materia de política exterior.

Las posibilidades de lograr una mayor aproximación bilateral y multilateral a otros países y procesos integracionistas, como los que se dan en nuestro hemisferio, representa también una opción válida para ellos.

En resumen, los países del Caribe anglófono deben enfrentar los retos de un desarrollo sostenible en un mundo globalizado y donde los intereses geopolíticos de los Estados Unidos, en primer lugar, los acechan y amenazan sistemáticamente, sin grandes perspectivas de que les sean satisfechas sus demandas económicas y comerciales.

Como afirma la Dra. Tania García Lorenzo, de la Asociación Nacional de Economistas de Cuba (ANEC):

las fuerzas políticas actuantes del Caribe tienen conciencia de la necesidad de realizar un replanteo de los nuevos conceptos de desarrollo económico y social, así como de la integración, dados los cambios que se han producido en el patrón de acumulación contemporáneo, en las tendencias del comercio internacional, así como en las normativas que se han ido implantando desde los organismos comerciales y financieros internacionales y también las consecuencias que todo ello ha tenido para estas naciones.¹²

Solo mediante la unidad forjada en la voluntad política de integrarse es que podrán salir adelante.

JOSÉ FRANCISCO PIEDRA RENCURRELL, licenciado en Ciencias Políticas en la Universidad de La Habana, desarrolló una extensa carrera de treinta años en la diplomacia cubana. Es profesor universitario, investigador de la Cátedra de Estudios del Caribe de dicha Universidad y colaborador del Centro de Estudios sobre América.

¹² Tania García Lorenzo: «Reflexiones sobre los retos del Caribe contemporáneo», documento analítico presentado a la ANEC, La Habana, septiembre de 2007, p. 7.

MEMORIAS SOBRE EL CHE



CHE SIN ENIGMAS

Mitos, falacias y verdades

Germán Sánchez Otero

Un aporte a una visión objetiva del Che Guevara. Analiza las diversas biografías sobre el Che, la imagen que la prensa ofrece al público, abordando temas que con frecuencia se han tergiversado en los medios y los textos académicos. El autor nos da a conocer importantes propuestas de análisis y evaluaciones sobre la extensa obra y la intensa vida del Che, con el ánimo de mostrarlo sin enigmas ni distorsiones.

Escrito por el comprometido intelectual y actual embajador de Cuba en Venezuela, Germán Sánchez.

178 páginas, ISBN 978-1-921235-77-1



CHE EN LA MEMORIA DE FIDEL CASTRO

Fidel Castro

Una biografía clásica. Fidel Castro escribe, con enorme franqueza y emoción, acerca del histórico compañerismo revolucionario que cambió el rostro de Cuba y América Latina. Fidel crea un vivo retrato de Che Guevara —el hombre, el revolucionario, el intelectual—, revelando diversos aspectos sobre su inimitable determinación y carácter. En la nueva edición de estas memorias políticas se incluye el discurso que dio Fidel al regreso de los restos del Che a Cuba, 30 años después de su asesinato en Bolivia en 1967, y ofrece una franca evaluación de la misión boliviana.

230 páginas, ISBN 978-1-921235-02-3

Che Guevara

ediciones de bolsillo

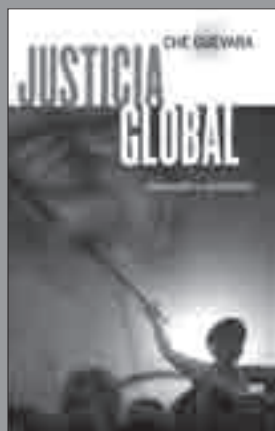
publicados en conjunto con el Centro de Estudios Che Guevara

MARX Y ENGELS Una síntesis biográfica

Texto hasta ahora inédito, escrito por Che Guevara después de la contienda internacionalista del Congo, como componente imprescindible dentro de los *Apuntes críticos a la Economía Política* que redactara en ese tiempo. Es una biografía en la que se refleja la esencia humanista de los fundadores del marxismo, así como el contexto y las reflexiones que sobre sus obras hiciera Che.

80 páginas, ISBN 978-1-921235-25-2

NUEVO DE OCEAN SUR



JUSTICIA GLOBAL Liberación y socialismo

Estos trabajos escritos por Ernesto Che Guevara, que constituyen verdaderos clásicos, nos presentan una visión revolucionaria de un mundo diferente en el cual la solidaridad humana, la ética y el entendimiento reemplazan a la explotación y agresión imperialista.

78 páginas, ISBN 978-1-876175-46-7

EL SOCIALISMO Y EL HOMBRE EN CUBA Edición clásica

Edición especial por el 40 aniversario de su publicación, obra imprescindible en el pensamiento de Che. El lector encontrará una razón más para admirar a un hombre que nos legara por siempre su ejemplo sin límites.

62 páginas, ISBN 978-1-921235-17-7



www.oceansur.com ■ info@oceansur.com

El pensamiento del Che y los desafíos de hoy*

FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA

Ernesto Che Guevara ha tenido una posteridad difícil, como suele ser el destino de los grandes transformadores de la sociedad y del pensamiento social. Ellos logran tal autonomía respecto a la reproducción usual de la vida material e ideal, que son capaces de ejercer una acción revolucionaria que desnuda y condena lo que parecía normal o inevitable, que exige o crea otras realidades, hace preguntas diferentes y formula proyectos originales. Hasta cierto punto, coinciden con las necesidades sociales, pero su grandeza personal reside en que, además de expresarlas, en buena medida son capaces, al satisfacerlas, de abrir caminos y plantear nuevas necesidades, desafíos y metas. Sobre estas cualidades se levanta su conducción, su fascinación y su influencia duraderas. La humana tendencia a la inercia –tan aprovechada por las formas actuales de dominación– se vuelve, en algún momento, contra esas personalidades, y las considera molestas, ilusas o anticuadas. Arriban, entonces, ciertos períodos de las sociedades y del pensamiento en los cuales se les echa a un lado y se borra su memoria, hasta que llegan otros tiempos que exigen retomar del pasado lo más valioso. Así, mientras lo efímero y las modas se disuelven, retornan los héroes, pero esto solo ocurre si existen actores y pensadores capaces de utilizarlos como base y fuerza espiritual para llevar adelante tareas e ideas a su altura.

José Martí dijo que el único hombre práctico es aquel cuyo sueño de hoy será la ley de mañana. Para ser realmente práctico, el Che elaboró y lanzó una propuesta de mucho mayor alcance que la estrategia revolucionaria ligada a las circunstancias inmediatas en que vivió. Como en el caso de Martí, la unión de su vida y su obra

* Conferencia pronunciada en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el 11 de junio de 2007, en la inauguración del evento «El pensamiento del Che y los desafíos de hoy».

ha resultado de un doble valor: son líderes políticos revolucionarios de su tiempo y, a la vez, son pensadores del orden futuro que debe lograrse mediante la praxis revolucionaria. La combinación es fulgurante; les asegura su grandeza permanente y su fuerza de convocatoria, pero también puede hacerlos peligrosos o molestos. Son demasiado transformadores frente a la mayoría de las perspectivas visibles o representables, y, también, paradigmas de la revolución. De esta manera, resultan poco aceptables para el reclamo de orden, viabilidad y respetabilidad, que se establece después de las grandes conmociones sociales, por intereses de grupos que quieren predominar. Al mismo tiempo, se erigen en piezas maestras del arsenal simbólico de la revolución y de su proyecto futuro de mejoramiento humano.

En este año se conmemora el 40mo. aniversario de la caída del Che. A la mitad de este camino, en su 20mo. Aniversario, el 8 de octubre de 1987, Fidel lo trajo al ámbito de la política viva, en su tremendo discurso de Pinar del Río, una de esas piezas maestras sobre las cuales es tan provechoso volver periódicamente. La primera etapa de la Revolución en el poder –de 1959 a inicios de los años setenta– tuvo en el Che uno de sus protagonistas, siempre junto a Fidel en la defensa y la profundización del proceso. La segunda etapa fue muy contradictoria, lo que puede ilustrarse con el masivo avance representado por una niñez sana y educándose, que todas las mañanas prometía llegar a ser como el Che, mientras el pensamiento del Che había dejado de estudiarse en los planteles de un país que no cesaba de estudiar. Su ejemplo sí estuvo siempre presente y actuante en las virtudes del pueblo trabajador, en la entrega solidaria de los internacionalistas y en todo lo esencial de la estrategia socialista que mantuvo la dirección de la Revolución.

Cuando hace veinte años el Che apenas pugnaba por salir de las sombras, se discutió un criterio, a mi juicio erróneo, que sintetizo aquí. El Che fue un hombre muy grande, se dijo, pero limitado por dos realidades: era un hombre de su tiempo y su circunstancia es irrepetible; y era un hombre muy bueno, de ideas tan altruistas que solo podrían realizarse en un futuro no previsible. Si se cree esto, se castra el contenido revolucionario del Che, y queda listo para ocupar el inocuo lugar de muertos ilustres en el que la burguesía y la socialdemocracia pusieron a Carlos Marx, como afirmó Lenin en 1917, al inicio de su libro *El Estado y la revolución*. En 1997, con el imperialismo ya en una fase de extrema centralización, rapiña financiera parasitaria y agresiva recolonización del mundo, muertos la URSS y los regímenes de dominación levantados en Europa en nombre del socialismo, derrotados la mayor parte de los esfuerzos por alcanzar el desarrollo en el Tercer Mundo y desprestigiada la idea misma del socialismo, el Che estaba claramente de regreso en ámbitos mucho más amplios que los de aquellos combatientes, militantes y seres esperanzados con los que siempre anduvo. A partir de entonces, nos acompañan la imagen, el ejemplo y el legado del Che, que cuando van juntos son más fuertes y no pueden ser despojados de su contenido profundamente subversivo.

Desde que Fidel lanzó el proceso de rectificación de errores y tendencias negativas hasta hoy, el pensamiento del Che ha vuelto, miles de cubanos lo conocen y otros lo buscan y estudian, pero falta todavía mucho para que sea un efectivo instrumento intelectual y político aprovechado en toda su plenitud.

Abordo dos temas en esta intervención. Uno es el de las ideas del Che, que no pueden ser comprendidas mediante frases suyas separadas entre sí, sino como aspectos de una concepción orgánica, a la que el Che pensador arribó y continuó desarrollando mientras pudo. Me inspira este ámbito en el cual estamos y la necesidad, que entiendo urgente, de aplicarnos, con dedicación y sistemáticamente, al estudio de su pensamiento. El otro tema que toco es el denominado por este Coloquio permanencia del Che, que entiendo como algo vivo, con avances, problemas y quebrantos. No es fijo –tal interpretación sería una manera de matar al Che–, sino una acción respecto a las cuestiones de hoy y, sobre todo, respecto a la actividad nuestra, porque somos nosotros los llamados a mantener al Che actuante, y a sacar mayor o menor provecho de su permanencia.

Ernesto Guevara avanzó desde el estudio hasta la pertenencia a una organización y la incorporación a la guerra revolucionaria. Tras el triunfo, participó en el poder revolucionario e impulsó profundos cambios en las personas y la sociedad. Y otra vez marchó a la guerra revolucionaria. Durante ese período, logró comprender problemas fundamentales, plantearlos y, hasta cierto punto, elaborar una concepción teórica que fuera un instrumento capaz de servir a la práctica necesaria y de restituir al pensamiento revolucionario su función, indispensable para guiar las transformaciones y proyectar e imaginar el futuro. Al mismo tiempo, el Che libró una batalla intelectual que él entendía indispensable, no solo para la práctica, sino también para el desarrollo de la teoría.

El pensamiento y la actuación del Che tienen nexos muy profundos, que no debemos apreciar solamente como vínculos entre teoría y práctica, porque son muy valiosos para el análisis de su posición teórica y para el provecho que podamos sacar de ella. Además, el Che sigue siendo un fértil territorio y un lugar de combate para el pensamiento que pretenda contribuir a la liberación de las personas y las sociedades y a la creación de una nueva cultura. He organizado un grupo de comentarios desde mis criterios acerca de la concepción teórica y la batalla de ideas del Che, con el fin de contribuir, en alguna medida, a la reflexión y al debate.

De la misma manera en que la Revolución triunfante en Cuba en 1959 tenía la necesidad de romper los límites de una democratización política que permaneciera dentro de las fronteras del capitalismo neocolonial, y debía abrirle paso al pueblo como protagonista, el pensamiento revolucionario, para serle útil, estaba obligado a romper dos cárceles: la del democratismo previo sin justicia social y sin proyecto nacional viable, y la del marxismo reformista y dogmático. En la gran Revolución de los hechos y las ideas que se desató en Cuba entonces, Fidel fue la figura central, como líder político supremo y como educador popular. El Che, protagonista junto

a él, emprendió también una tarea teórica que debía dar frutos mucho más avanzados que los correspondientes a la reproducción espiritual de la vida social.

Desde el inicio, el Che se vio ante la necesidad de hacer la más profunda crítica de la modernidad, mientras luchaba junto a todos los cubanos por lograr que el país funcionara bajo el nuevo poder, y se alcanzara la satisfacción de las necesidades básicas más sentidas y otros avances que, en conjunto, pueden llamarse «modernizadores».

La ideología y las teorías más en boga durante los años sesenta en el llamado Tercer Mundo respecto a proyectos nacionales eran las del desarrollo, basadas en que la economía del país en cuestión alcanzara un determinado grado de suficiencia respecto a indicadores más o menos análogos a los de los países centrales del sistema capitalista. Por otra parte, la URSS proclamaba el mismo objetivo para ella, aunque expresado a su escala: «alcanzar y superar a los Estados Unidos». Su política hacia el Tercer Mundo estaba determinada por sus intereses estatales, y ese país obtenía algunos beneficios del intercambio internacional desigual; consignas como la de «democracia nacional» eran ropajes para el trato con los sectores dominantes de algunos países. En 1961, los Estados Unidos lanzaron un plan para América Latina: la Alianza para el Progreso; «es un intento de buscar solución dentro de los marcos del imperialismo económico, será un fracaso», dijo el Che en Punta del Este. Era también una maniobra contra el ejemplo subversivo que constituía Cuba. Lograr el desarrollo era, sin embargo, el anhelo de millones de personas que estaban viviendo la descolonización en África y Asia, o el fortalecimiento del Estado y ciertos sectores de la economía en países de América Latina.

«La técnica se puede usar para domesticar a los pueblos, y se puede poner al servicio de los pueblos para liberarlos»,¹ les dice el Che a los profesores y estudiantes de Arquitectura en 1963. Esa es una disyuntiva fundamental. El crecimiento económico no traerá por sí solo ningún avance social para las mayorías, y las modernizaciones bajo un régimen de dominación traen consigo, en el mejor caso, la modernización de la dominación. Lo decisivo es la actividad liberadora, ella es la que será capaz de darle un sentido positivo a las fuerzas sociales económicas. Esa afirmación del Che tiene consecuencias trascendentales, define una posición dentro del campo de las ideas. El carácter de una revolución no está determinado por la medición de la estructura económica de la sociedad, como creían tantos en la izquierda, sino por la praxis revolucionaria.² Ella es la única que puede ser creadora de condiciones

¹ Ernesto Che Guevara: «En la clausura del Encuentro Internacional de Estudiantes de Arquitectura», *Obras 1957-1967*, t. II, Casa de las Américas, La Habana, 1970, p. 225.

² No puedo evitar recordar a Marx, al final del libro de 1847 en el que expone su nueva concepción: «De todos los instrumentos de producción, la fuerza productiva más grande es la propia clase revolucionaria», *Miseria de la Filosofía*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú [s.a.], pp. 171-172.

para el cambio social, y establecer realidades nuevas. La mundialización del imperialismo está acompañada en la segunda mitad del siglo xx por la mundialización de la conciencia revolucionaria, y eso modifica el alcance de la revolución posible en cualquier país, escribe el Che durante el gran debate de 1963-1964.

Movilizar y concientizar a los oprimidos, luchar con medios y modos radicales, tomar el poder y utilizarlo con nuevos fines son las tareas de la época, para que sea posible lograr un desarrollo de las personas y la sociedad que no consistirá en el desarrollo económico, sino en la liberación. Esas ideas son centrales en textos fundamentales del Che como «Sobre el sistema presupuestario de financiamiento» y «La planificación socialista, su significado».

Al hacerse socialista de liberación nacional, la Revolución Cubana estaba descubriendo, en la práctica, que, en las condiciones desventajosas de la mayoría de los países del mundo, la transición socialista y el proyecto de sociedad que se plantea crear están obligados a ir mucho más allá de lo que su «etapa de desarrollo» supuestamente le permitiría, y deben negar que la nueva sociedad sea el resultado de una evolución progresiva que ya no cabría en el capitalismo, y que con solo expropiar sus medios de producción se puede «superarlo». Es decir, es imprescindible trabajar por la creación de una nueva cultura, que implica otra concepción de la vida y del mundo, al mismo tiempo que se empeña uno en cumplir con las prácticas más inmediatas, urgentes e ineludibles. El socialismo factible no depende, por consiguiente, del llamado «crecimiento de las fuerzas productivas en correspondencia con las relaciones de producción», ni de un desarrollo social que será consecuencia del económico; depende de un cambio radical de perspectiva por parte de los que actúan, y de las revoluciones sucesivas que experimente su propio proceso.³ A Cuba, la primera Revolución socialista autóctona de Occidente, forjada en un medio capitalista neocolonial ligado íntimamente a la mayor potencia material, política y cultural imperialista del mundo, le correspondía desempeñar un papel importante en esta nueva fase de la mundialización de la revolución contra el capitalismo.

El Che tomó plena conciencia de lo anterior, cuando apenas comenzaba a desplegarse el asunto en Cuba, y emprendió una extraordinaria labor intelectual para identificar y formular las preguntas y los problemas principales, ayudar a fundamentar o a modificar las estrategias y las medidas y, a la vez, generalizar y conceptualizar. Se dedicó a formar una concepción teórica en medio de un mar de actividad, en un proceso cuyos dirigentes habían sido rechazados por la teoría al uso y con razón sentían prevenciones frente a ella, y cuyos cuadros y miembros de fila tenían escasa preparación. En 1964 dice: «nosotros no podemos ser hijos de la práctica absoluta, hay una teoría [...] inventar la teoría totalmente a base de la acción, solamente eso,

³ He sostenido estas ideas desde hace varias décadas. Mi ensayo más reciente sobre el tema es «Socialismo», en proceso editorial en *Ruth. Revista Internacional de Pensamiento Crítico*, no. 1.

es un disparate, con eso no se llega a nada»; «Pero hay una cierta pereza mental para entrarle en el fondo al problema y para saber qué es lo que estamos haciendo y por qué. Hay excesiva disciplina en seguir la línea y falta de una disciplina consciente de buscar los por qué».⁴ A pesar de que la muerte interrumpió bruscamente su producción de madurez, la concepción marxista del Che es uno de los mayores aportes al pensamiento revolucionario en el siglo xx.

Marx logró plantear bien e impulsar la idea de que la política debe ser lo central en la actividad de la clase proletaria. Lenin y el bolchevismo produjeron un formidable avance al establecer un poder anticapitalista en un enorme Estado y darle un alcance mundial al movimiento. Medio siglo después, el Che formuló las líneas fundamentales de una política comunista eficaz. Resalto dos de ellas: esa política debe ser realmente internacionalista; y debe responder bien a dos exigencias: que el individuo es lo primordial y que es necesario un nexo íntimo entre política y ética.

«El hombre es el actor consciente de la historia. Sin esta *conciencia*, que engloba la de su ser social, no puede haber comunismo», dice el Che en uno de sus textos principales, y en el párrafo anterior: «La mecánica de las relaciones de producción y su consecuencia, la lucha de clases, oculta en cierta medida el hecho objetivo de que son hombres los que se mueven en el ambiente histórico. Ahora nos interesa el hombre».⁵ Un punto central de su concepción –reiterado en sus escritos– es el vínculo entre la revolución que deben experimentar en sí mismas las personas involucradas y la que debe llevarse a cabo en cada país y en el mundo. Además de poseer una capacidad autocrítica sorprendente y ejemplar,⁶ el Che les demanda al dirigente y al militante revolucionario una entrega total y numerosas cualidades, y hace una rigurosa exposición de los rasgos que debe tener la organización política de vanguardia. No se trata solo de la necesaria eficiencia; es que su existencia y su actuación constituyen un servicio vital para la causa de la liberación, que les da sentido e impulso a los esfuerzos y sacrificios de todos. Al mismo tiempo, la vanguardia política debe constituir una prefiguración de conductas y relaciones que aún están lejos de ser mayoritarias en la sociedad.

El Che no valora con el mismo rigor al conjunto de los trabajadores y ciudadanos de la Revolución, ni a los que no simpatizan con ella. Lejos de utilizar recursos discursivos para atraer y conducir, el Che analiza las representaciones, motivaciones,

⁴ Che en las reuniones bimestrales del Ministerio de Industrias del 22 de febrero y del 5 de diciembre de 1964. Ernesto Che Guevara: *El Che en la Revolución Cubana*, t. VI, Ministerio del Azúcar, La Habana, pp. 462 y 564.

⁵ Ernesto Che Guevara: «Sobre el sistema presupuestario de financiamiento», *Obras 1957-1967*, t. II, ed. cit. (en nota 1), p. 253.

⁶ Entre tantos ejemplos, véase Ernesto Che Guevara: *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*, Grijalbo Mondadori, México, 1999, pp. 331-334; o la nota del 8 de agosto de 1967, en «Diario de Bolivia», *Obras 1957-1967*, t. I, Casa de las Américas, La Habana, 1970, pp. 591-592.

intereses, hábitos y niveles de conciencia, la subjetividad predominante en diferentes grupos sociales que están participando en el proceso o viviendo en él. En sus memorias siempre es agudo y nunca es despectivo cuando aborda a la gente humilde que sirve al enemigo. Esos materiales suyos son un notable ejemplo de análisis de clase que parte de las personas, despojado de clichés prejuiciosos y dictámenes abstractos. Su objetivo es comprender para valorar y actuar, o para ayudar a otros a hacerlo.

Una permanente actividad educacional rige su actuación y su concepción; ellas quieren contribuir a un complejo real de elementos modificadores de la conducta, que va desde la coerción social y estatal hasta la autoeducación. El Che no cree que exista una naturaleza humana dada previamente, que solo puede ser entendida; al contrario, el trabajo fundamental consiste en desarrollar las relaciones y los medios de transformación y mejoramiento humano: «Haremos el hombre del siglo XXI: nosotros mismos».⁷ Cinco páginas antes ha escrito: «aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada».⁸ El proceso comienza desde el primer momento: «En la actitud de nuestros combatientes se vislumbraba al hombre del futuro [...] Encontrar la fórmula para perpetuar en la vida cotidiana esa actitud heroica es una de nuestras tareas fundamentales desde el punto de vista ideológico»; y sobre la transición socialista: «Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo [...] La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela».⁹ Precisamente para sacar adelante estos propósitos tan ambiciosos, el Che no olvida nunca las enormes insuficiencias, los errores y las deformaciones generadas en el propio proceso, los cuales critica sin ambigüedades y sin descanso.¹⁰

En ese campo, al igual que en otros, veo tanta profundidad en sus indicaciones, análisis puntuales y reproches como en el contenido y la articulación de sus conceptos y en sus frases famosas. El Che es, en gran medida, el hombre de los cómo.

Sin descuidar sus deberes de dirigente político y estatal –y también durante su nueva etapa guerrillera–, el Che trabajó sistemáticamente la teoría, consciente de los problemas y necesidades de esta, y del lugar histórico que él ocupaba. Desde una posición opuesta al capitalismo, al colonialismo y al neocolonialismo, realizó una interpretación latinoamericana de las cuestiones fundamentales del mundo. Concibió una visión de las conductas, acciones, cambios y objetivos necesarios para la liberación de las personas y las sociedades desde una posición comunista.

⁷ Ernesto Che Guevara: «El socialismo y el hombre en Cuba», *Obras 1957-1967*, t. II, ed. cit. (en nota 1), p. 384.

⁸ *Ibidem*, p. 379.

⁹ *Ibidem*, pp. 368 y 372.

¹⁰ Ejemplos son su artículo «Contra el burocratismo», *Cuba Socialista*, La Habana, febrero de 1963, e innumerables pasajes de sus intervenciones públicas.

La concepción filosófica del Che privilegia el papel de la acción consciente y organizada como creadora de realidades sociales y humanas. Esta filosofía de la praxis recupera el papel central de la dialéctica en el marxismo. Sin desconocer las realidades existentes y su funcionamiento discernible –además de la formulación de leyes relativas a lo que esas realidades «pueden dar de sí»–, el Che estima que el nivel de conciencia alcanzado a escala mundial permite que, en cualquier lugar, se organicen vanguardias revolucionarias, influidas por la ideología marxista, que prevean, hasta cierto punto, cómo actuar y violenten las relaciones vigentes mediante acciones colectivas que susciten y guíen, al menos dentro de ciertos límites.

Su posición marxista es ajena al determinismo social y al dilema central especulativo de «materialismo o idealismo», pivote filosófico de las corrientes que eran dominantes en el marxismo. Para el Che, la conciencia no es la antítesis de la «economía» o de «la materia»: es el instrumento principal para lograr que las fuerzas productivas y las relaciones de producción dejen de ser medios para perpetuar las dominaciones. La conciencia es una fuerza potencial decisiva para que avance la praxis revolucionaria; ella tiende a desarrollarse y crecer si el trabajo intencionado que se realiza es eficaz, por lo que urge encontrar y aplicar reglas que lo propicien. El proceso de creación de nuevas realidades en los individuos, las relaciones sociales, las instituciones y la sociedad como un todo contiene un enfrentamiento dialéctico de los aspectos favorables y opuestos al triunfo del socialismo, que debe ser manejado por medio de las formas de organización revolucionaria y de la transición socialista, y de sus instrumentos. En esta concepción dialéctica no hay lugar para la primacía de la «materia», del marxismo que permanece dentro de la problemática estalinista y postestalinista; por el contrario, el factor subjetivo debe ser el dominante durante toda la época de los cambios revolucionarios.

El Che defiende el valor permanente del humanismo filosófico del joven Marx. Expone, a su vez, el suyo, que parte de la experiencia vivida y del conjunto de la teoría marxista. No es un humanismo a secas: requiere una acción humana organizada para revolucionar las condiciones de existencia y la reproducción que se considera «normal» en la vida social, una práctica que sea una palanca eficaz para transformar las realidades conocidas en otras conquistadas o nuevas, creadas. Es en ese sentido como «lo objetivo» puede ser transformado y superado por el factor subjetivo. Para el Che, la lucha de clases es central en la teoría y en la historia, y el individuo es expresión viviente de ella. Nadie más ajeno que él, insisto, a ideas como la de la innata bondad de la naturaleza humana. «Para cambiar de manera de pensar –dice– hay que sufrir profundos cambios interiores, y asistir a profundos cambios exteriores, sobre todo sociales».¹¹

¹¹ En la inauguración de un ciclo de charlas para médicos, del Ministerio de Salud Pública, el 19 de agosto de 1960. (Ernesto Che Guevara: *Obras 1957-1967*, t. II, ed. cit. en nota 1, p. 74). Es muy impresionante comprobar cómo ya expresa aquí muchas de las ideas más profundas que expondrá después, por ejemplo, en «El socialismo y el hombre en Cuba».

El poder revolucionario sobre la economía, la política y la ideología es necesario para enfrentar un triple reto: 1) el del capitalismo, cuyo dominio contempla desde su enorme fuerza material y sus controles a escala mundial hasta su vigoroso complejo cultural, que es capaz de recuperar modos de vida y mentes que un día fueron rebeldes; 2) el de la mercantilización y el subdesarrollo que padecen las sociedades en transición socialista, y las combinaciones de ambos; y 3) las nuevas realidades que hay que crear. Sin esa concentración de fuerzas, sin unidad política y cohesión ideológica, el gobierno revolucionario tendría las manos atadas y, tarde o temprano, caería.

La vanguardia política, basada en la ejemplaridad, la unión de ideas y voluntades, la organización y la disciplina, debe lograr los difíciles objetivos de dirigir, guiar, educar, prefigurar los pasos sucesivos que se darán y proyectar la transición socialista. Pero solo cumplirá esos fines si se compenetra con la situación de la población, sus intereses y aspiraciones, su concepción del mundo y de la vida, si comparte los rigores de su cotidianidad, interactúa con ella, y no teme aprender y sacar provecho de sus saberes; sobre todo, si la población participa cada vez más en el poder real. El Che no deja lugar para el mito de una falange infalible, para la sustitución del poder de las clases que habían sido dominadas en el capitalismo por el poder de un grupo ejercido en nombre del socialismo y el predominio de ideologías que disfracen la dominación.

En todas las circunstancias, la fraternidad, la entrega a la causa y demás valores morales del revolucionario contribuyen a la creación de personas mejores, tanto en la vida cotidiana como en los eventos cruciales. Pero cuando se tiene el poder, la formación de personas nuevas adquiere otras cualidades: debe ser intencionada y planeada, y abarcar o influir en toda la actividad social. A pesar de los cambios tan profundos que implica la transición socialista, el trabajo sigue vinculado a presiones sociales, a retribuciones y a la misma condición especial de ser trabajador. El Che reconoce esa realidad, pero no se rinde a ella; al contrario, la enfrenta con un manejo consciente y organizado de todo el poder de que se dispone, para que el trabajo se vaya convirtiendo en un deber social, una actitud y un hábito nuevos, durante el transcurso de un largo proceso en el cual llegará a ser un «reflejo condicionado de naturaleza social», un «engranaje consciente» y «la completa recreación individual ante su propia obra».

La economía debe ser gobernada por el poder revolucionario y el proyecto de liberación total. El poder no es más que un instrumento privilegiado del proyecto. Para el Che, el plan es un producto de la conciencia organizada y con poder, que conoce en cierto grado los límites de la voluntad, los datos de la realidad y las fuerzas que operan a favor y en contra. El plan no es un diagnóstico de la economía y una previsión de su comportamiento futuro: «para eso no es necesario el pueblo», dice. El plan será socialista si mediante él las masas tienen «la posibilidad de dirigir sus destinos». Se debe combinar la centralización con las iniciativas, y desarrollar un proceso de descentralización progresiva, con participación masiva en la dirección y una acción política organizada y concretada contra el burocratismo. Los avances del nuevo modo de vivir, diferente y opuesto al del capitalismo, irán creando una transformación cultural radical

que abarque desde las relaciones económicas hasta cambios muy íntimos del individuo y sus relaciones interpersonales. La sociedad debe ser capaz de trabajar cotidiana y eficazmente en esa dirección, de manera planeada y con rigor técnico; el sistema debe combatir sus propias tendencias contrarias a la liberación, medir los adelantos y declarar con valentía los retrocesos.

El Che planteó, de nuevo, la utopía del comunismo marxista, sin ingenuidad ni paternalismo. Su experimento del Sistema Presupuestario de Financiamiento, que abarcó a un sector importante de la economía y de los trabajadores del país, funcionó bien, y consistió en mucho más que gestión, producción y control económicos. Fue un combate diario por la opción comunista. Combinó, en la práctica, a individuos, masa, dirigentes, conciencia, trabajo asalariado y voluntario, política, producción, plan, educación, estimulaciones, subdesarrollo, coerción social, relaciones mercantiles, poder estatal, macroeconomía y relaciones internacionales. Esos materiales y experiencias sirvieron mucho al Che para tejer su trabajo teórico, pero fue mucho más allá, tanto en sus puntos de partida intelectuales como en la formación de un sistema conceptual propio —que incluye en ciertas definiciones lo que debe llegar a ser—, y en desarrollos temáticos parciales pero articulados con vigor. Explicitó su tipo de ortodoxia marxista y refirió a ella su creatividad. Sus prácticas y sus ideas resultaron muy polémicas. El Che las debatió en las revistas de la época y las defendió activamente como parte de una lucha política e ideológica en el seno de la Revolución.

Por su vida ejemplar, su tajante honestidad y la concordancia total entre sus dichos y sus hechos, al Che se le asocia con la palabra *ética*. Eso es muy justo, pero opino que lo político es el centro de su actividad y lo que articula su pensamiento. El Che pretende una revolución de lo político y propone un gigantesco ascenso del contenido y los objetivos del movimiento histórico de liberación humana. Ese es el marco real de frases como «el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor», «el socialismo económico sin la moral comunista no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo contra la alienación [...] si el comunismo descuida los hechos de conciencia puede ser un método de repartición, pero deja de ser una moral revolucionaria», y de ideas como la de trabajar desde el inicio mismo en la realización práctica del proyecto comunista, «aunque pasemos toda la vida tratando de construir el socialismo». Así, se debe utilizar todo lo logrado bajo el capitalismo que sea conveniente y factible, pero hay que crear una nueva cultura mediante las transformaciones de los seres humanos y las relaciones sociales, que sea, al mismo tiempo, un polo de atracción para los pueblos frente a la dominación y la cultura del capitalismo mundial.

El capitalismo actual es incapaz, por su naturaleza, de resolver ninguno de los graves problemas que afectan a la mayoría de las personas y los países del mundo, ni de defender el medio en que vivimos. Su promesa de progreso material y democracia es mentirosa y se ha desgastado, pero conserva un enorme poder en muchos terrenos y lo ejerce en una escala colosal con el propósito de mantener la situación

a favor suyo, para lo cual privilegia una sistemática guerra cultural. El pueblo de Irak está demostrando que es posible rechazar la recolonización imperialista. En América Latina y el Caribe, la región más cargada de contradicciones potencialmente peligrosas para el capitalismo, el campo popular y diversos tipos de opositores han salido del foso de derrotas y desesperanza de la década pasada. Se ha combinado la capacidad de protesta social organizada de muchos pueblos con el uso del voto universal que servía a los sistemas llamados democráticos para mantener su incierta hegemonía, y se han obtenido victorias populares en varios países. La Revolución Bolivariana de Venezuela produce de nuevo en América el escándalo de un gobierno para el pueblo y con el pueblo, y contribuye de manera decisiva a la creación de un polo de independencia continental, mediante la integración de poderes populares y alianzas que fortalecen la autonomía económica latinoamericana. En el marco de la Alternativa Bolivariana para la América –actual Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América - Tratado de Libre Comercio (ALBA-TCP)–, Cuba multiplica el valor de su ejemplo y su sagacidad como Revolución liberadora, su internacionalismo ejemplar, sus fuerzas productivas sociales y las inmensas capacidades adquiridas por nuestro pueblo a partir de casi medio siglo de gigantesca y sistemática inversión educacional.

En esta coyuntura, promisoriosa y difícil a la vez, se torna cada vez más clara la necesidad de asumir al Che integralmente, ante todo para seguir su modo de ser práctico, que implica alzarse –los individuos y el pueblo entero– por encima de las condiciones de reproducción de la vida material y política que parecen normales y previsibles, por encima incluso del sentido común, y hacerlo tanto en lo inmediato como en la elección del rumbo, el planeamiento y el aferramiento tenaz al proyecto.

El Che puede ayudarnos más, por ejemplo, a combatir la corrupción –que tiene tantas formas y tentáculos–, desde una ética profundamente ligada a la política, pero, a la vez, a examinar sus causas y modalidades, para ir a su raíz. Podemos recurrir a él contra la añoranza por el capitalismo, que entre nosotros disfraza su condición de vuelta al pasado con esa pérfida impresión que brinda de ser un paso hacia el futuro, ya sea como un supuesto avance de Cuba, o como el destino inevitable para este pequeño país. El pensamiento del Che coadyuva a fundamentar el anticapitalismo sin concesiones, que sabe asumir las realidades más duras u opuestas a nuestros ideales, para conocerlas bien, pero sin dejarse vencer por ellas; para trabajar con el pueblo, en lugar de intentar donarle el socialismo; para dirigir el esfuerzo principal, la sagacidad y todos los factores con que se cuenta en dos direcciones fundamentales que están íntimamente relacionadas.

Una es la labor socialista práctica, creativa y distribuidora de bienes y servicios, que establece relaciones sociales nuevas, decisivas para la formación de las personas, en las cuales predomina la solidaridad frente al egoísmo, se fomenta la laboriosidad, los méritos personales pasan a ser el rasero social principal para medir a los individuos,

y se defiende el aporte y la eficiencia frente a los intereses individualistas y de grupos, y contra el afán de lucro.

La otra es una concientización permanente y sistemática que precisa no de un discurso lleno de frases hechas y vacío de contenido, sino del aprendizaje, entre todos y a partir de las situaciones concretas, de por qué, para qué y cómo la sociedad organizada debe manejar los recursos nacionales en bien de toda la población del país; de cómo instrumentar el conocimiento del pueblo acerca de los asuntos fundamentales y lograr que, cada vez más, participe en las decisiones acerca de esas cuestiones; de discernir lo que es positivo y lo que no lo es, qué actitud es moral y cuál no, qué es lícito y qué es ilícito, cómo hacer que los instrumentos de formación y de difusión que posee la sociedad sirvan mejor a la expresión de la rica diversidad de las ideas y las motivaciones de las personas, y al arraigo y profundización de vínculos solidarios socialistas.

Me siento universitario siempre. Por eso me hacen feliz los logros de nuestras universidades y me duelen mucho sus insuficiencias. Que la universidad se pinte de negro, de mulato, de obrero y de campesino, que se pinte de pueblo, decía el Che en la Central de Las Villas, un año después de haber pasado por ella camino del fuego, de la sangre y de la victoria en la batalla de Santa Clara. Hace pocos años tuvimos que volver a plantearnos el cumplimiento de aquel reclamo del Che, a pesar de los inmensos avances obtenidos después de 1959, y volver a atender a la composición social del alumnado. Eso brinda una enseñanza y tiene, a mi juicio, un significado doble: el de nuestras deficiencias y el de nuestra capacidad de avanzar una y otra vez. La batalla por defender y ampliar la continua y sistemática redistribución de la riqueza social y las oportunidades entre todos los cubanos y cubanas, que es uno de los rasgos fundamentales de nuestro socialismo, continúa hoy con la misma decisión con que la inició Fidel, pero también con los obstáculos formidables que Cuba ha encontrado siempre para llevar adelante su proceso revolucionario de liberación.

Opino que hoy no les basta, a las universidades y a las demás instituciones del país, pintarse de negro, de obrero y de pueblo. Ellas, y cada uno de nosotros, tenemos que entender el papel que nos corresponde cumplir, y debemos tener iniciativa y empeño para encontrar y asumir las nuevas tareas que la Revolución demanda. Apoyar y ayudar de manera concreta en la acción, en la eficiencia y en la necesaria creación, es fundamental, porque por los caminos trillados que se limitan a modernizaciones solo se logra, finalmente, modernizar la dominación, y si estamos limitados por una estrechez de miras que nos lleva a repetir lo que ya ha servido antes para sobrevivir y mantenerse, no se podrá forzar el cerco del capitalismo en la actualidad y en el futuro próximo.

A los jóvenes, sobre todo, quisiera decirles –porque los jóvenes son la carta decisiva de la Revolución– que la juventud no puede seguir siendo tímida ante el estudio de la obra del Che. Hay que apropiarse de su pensamiento, como hay que apoderarse

de la historia entera de la Revolución, tan llena de maravilla y de momentos angustiosos, con el fin de unir a la emoción, que es determinante para actuar, el conocimiento que multiplica las posibilidades del que actúa. «La juventud tiene que crear. Una juventud que no crea es una anomalía, realmente», les dijo el Che a los jóvenes reunidos para conmemorar el segundo aniversario de la integración de las organizaciones juveniles, la víspera misma de la Crisis de Octubre.

Los que fuimos jóvenes de la Revolución y seguimos siendo revolucionarios, tenemos el deber –difícil e importante– de evitar la lejanía y de mantener abierta la puerta a la continuidad revolucionaria, de transmitir todo lo que pueda ser valioso, sin temor a no ser los protagonistas, de no traicionar los ideales y la vida que hemos vivido, por cansancio, por cobardía, por intereses mezquinos o por torpeza insondable. Tenemos el deber de ser honestos, aun si nos faltaran capacidades y habilidades, para, al menos, dar testimonio de la moral y la grandeza de la causa de todos, y ser con eso ejemplos de conducta.

Si lo conseguimos, garantizaremos lo que solo nosotros mismos podemos lograr: la permanencia del Che. Y haremos que ella no sea un dato, más o menos valioso, sino un arma de creación, uno de los nombres del futuro. Crecerá el Che también, en la medida en que progrese y se profundice el modo de vivir socialista y el proyecto de liberación plena y bienestar de su pueblo, íntimamente ligado a la ampliación de la conciencia y de la solidaridad a escala internacional. Que se extiendan el campo revolucionario, la lucha de los pueblos y los poderes populares en la América Latina. Que se eleve la oportunidad de hacer de este siglo que comienza una etapa superior del desenvolvimiento humano, de las capacidades de las sociedades de salvar el planeta en que vivimos y cambiar la vida, y de brindar a cada uno y a todos más justicia y más libertad, con lo cual se harán realidad los sueños y el pensamiento del Che.

FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA es ensayista, profesor titular adjunto de la Universidad de La Habana e investigador titular del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello. En 1989 su texto *Che, el socialismo y el comunismo*, obtuvo el Premio Extraordinario XXX Aniversario de la Revolución, de Casa de las Américas. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y de la Unión Nacional de Historiadores, recibió en 1996 la Orden por la Cultura Nacional y en 2006 el Premio Nacional de Ciencias Sociales. Entre sus libros más recientes se encuentran *Repensar el socialismo* (2001), *El corrimiento hacia el rojo* (2002) y *Socialismo, liberación y democracia: en el horno de los noventa* (2006).

El Che tatuado

ANTONIO APONTE

Estoy aquí, ante el Memorial al Che en la ciudad de Villa Clara, en Cuba. No tuve valor para entrar, me siento en las gradas, me conformo con saber que él está allí cerca y, como siempre, a nuestro lado, impulsando nuestro afán libertario.

A los lejos se escucha la voz de Fidel: «Ese modelo de hombre, sin una sola mancha en su conducta...». Evoco...

En Venezuela, el 23 de enero de 1958 cayó el dictador Marcos Pérez Jiménez, el pueblo y su vanguardia tomaron el poder. Nos sentíamos invencibles... El cielo de la patria se abrió y por allí penetró el mundo.

Tuvimos las primeras noticias del Che por Radio Rebelde, la escuchábamos, no sé si directamente o por retransmisión de Radio Rumbos o Radio Continente. Aquellas voces nos llenaron de Revolución, se ganaron nuestro corazón y nuestra acción. Todo para los hijos de la Sierra Maestra, barbudos admirados por nosotros, jóvenes imberbes. Así, entramos a militar en la Juventud Comunista, aprendimos a querer a Fidel, al Che y a Camilo. Recogimos «Un Bolívar para la Sierra Maestra».

Después, los Rebeldes triunfaron y vinieron a Caracas. Los vimos en la Plaza del Silencio, allí estuvimos frente a frente con Fidel y creímos sentir al Che en cada uniforme verde olivo. Venezuela se llenó de barba rebelde y de pasión revolucionaria. Alguien dijo que el Che no vino, pero mandó de regalo para el Presidente de la Junta de Gobierno: la ametralladora que usó en la Sierra, era una Madsen nueve milímetros, la llamaban María Bonita. Nos gusta creer que esa historia es verdadera.

Fidel, el Che, nos insuflaron rebeldía, fuego revolucionario, hambre de acción, sueños. Por ellos supimos que volvía la época heroica de la independencia, que las batallas no habían concluido, que todavía quedaban razones altruistas por las cuales luchar. Los cielos de la patria volvían a ser surcados por aves libertarias. Esa fue la primera luz que recibimos de la Revolución Cubana, la luz que encendió el corazón de los revolucionarios.

En Venezuela, la revolución fue traicionada, no supo avanzar y persistió en los gastados esquemas mecánicos de alianzas y de etapismo. Llegamos a la puerta del

proceso revolucionario y no la atravesamos, porque los manuales no pueden estar equivocados: «la Revolución que caminaba por las calles no existía, porque no encajaba en los manuales». Ser fiel a dogmas y manuales nos costó medio siglo de pacto de punto fijo. El reformismo tomó las riendas de la Revolución y construyó la ignominia.

Éramos demasiado soberbios para oír a Fidel, al Che, a la Revolución Cubana, ellos iluminaban nuestro corazón, pero no el cerebro. Estábamos demasiado entusiasmados, embriagados con el triunfo del 23 de enero, para pensar que algo nos pudiera salir mal, pero sucedió. Un día el gobierno «democrático» ametralló a los obreros en la misma plaza donde pocos años antes oímos a Fidel y sentimos al Che.

La fantasía había concluido: la oligarquía, que sí sabe lo que hace, había retomado el Estado, lo usaba para reprimir a las clases opositoras y someterlas a los designios del sistema.

Se acerca un guardia y me pregunta qué hago sentado en las gradas, si me ocurre algo, por qué lloro. Le respondo que estoy conversando con el Che... Y continúa su camino sin convenirse mucho, pasa la novedad por radio...

La pasión y el sentimiento empujó a nuestro pueblo traicionado a las montañas, allá fue su vanguardia, desesperada, a retomar el camino que se perdió el 23 de enero, los jóvenes partieron para no dejar morir el sueño, con ellos iba Fabricio y Argimiro, y también el Che.

Volvimos la mirada al Che y lo leímos. Su *Guerra de guerrillas* fue libro obligado de todo joven revolucionario, aprendimos que: «La velocidad de una columna guerrillera está determinada por la velocidad del más lento». Máxima guevariana cargada de humanismo. La columna era un organismo con problemas y ventajas comunes, la suerte de cada uno dependía de la suerte del todo, aquel principio restituía el pensamiento social. La columna guerrillera era práctica y teoría de la sociedad socialista: el individuo solo puede realizarse en sociedad.

El Che que llevábamos en el morral y el corazón nos salvó la vida muchas veces, era el ángel guardián: «cada combatiente camina separado del siguiente para evitar las emboscadas»; «La vida del guerrillero depende de la vigilancia permanente, movilidad permanente, desconfianza permanente». Esos consejos, ahorraron vidas y sufrimientos. Se luchó, pero no se consiguió detener el desmoronamiento, la derrota que se desprendía del 23 de enero.

Vino el desencanto, el desasosiego. Fueron tiempos duros, un desierto que duró muchos años. Oímos a Fidel reconocer que el Che había caído en combate, y lloremos en silencio... Y supimos que era cierto, «que en una Revolución se triunfa o se muere si es verdadera».

Muchos se pasaron al campo enemigo, otros se refugiaron en su vida personal, algunos buscaron variadas formas de resistencias. Se renegó del Che, se dijo que

nada ya tenía que aportar a los pueblos de América. Se pensó en el fin de la historia, más allá solo había el vacío, todo estaba consumado, muerto.

Eran días aciagos para la Revolución y para los revolucionarios. Nos refugiábamos en la esperanza, siempre patriótica. El Che nos siguió acompañando, nos ayudaba a ser honestos, humanos, mejores personas. La luz de Cuba, siempre hermana, alumbraba el horizonte abisal.

Nos sobraban ganas de seguir luchando, nos faltaban ideas y explicaciones, algo estaba errado en nuestro mundo y no desconocíamos las razones: ¿Por qué cayó la Unión Soviética? ¿Por qué no cae Cuba? ¿Por qué el marxismo no nos ayudó? ¿Desde dónde empezar?

La dirigencia se avergonzaba de su función, prosperaron las ideologías que negaban la necesidad de organizarse, de tener dirección, de tener líderes. Al pueblo se le privó de sus mejores hombres, le faltaba su necesaria vanguardia. Estaba inerme, a merced de los neoliberales. No sabíamos qué hacer, nos quedaba el recuerdo del Che, pero ya no era tiempo de guerrillas. Decidimos tatuarnos su nombre en la piel, así recordáramos siempre su ejemplo y su enseñanza: «luchar contra el imperialismo donde quiera que esté».

Vuelve el guardia, ahora acompañado de dos más, un hombre y una mujer, visten de un azul desgastado, el que tiene el radio me increpa: «¿Ud. qué hace aquí?». Le respondo: «Vine a rendirle cuentas al Che, pero no he tenido valor para entrar, por eso estoy aquí, sentado en las gradas, meditando». No quedan muy convencidos y se retiran...

Una madrugada cualquiera, me levanto, hago café, enciendo el radio, oigo sin atención las noticias, que presentía fastidiosas, como todos los días, pero algo no es normal, los locutores están asustados, relatan combates en Caracas: ¡un golpe! Sabemos que no es de derecha, alguna vez la caravana de ellos se cruzó con la nuestra, en los áridos caminos del desierto.

Nos alegramos. Durante algunas horas nuestro corazón estuvo en Caracas, hasta que todo terminó cuando pospusieron la victoria con un «Por Ahora». Entonces, la luz se apagó nuevamente, y volvimos a esperar, a resistir. Nos hicimos chavistas, no sabemos si por afinidad familiar, o por el desespero con que el náufrago se aferra a cualquier cosa que flote.

Y así, entramos en la tolvana bolivariana, una Revolución que, como todas, es un milagro, no debía suceder, pero está allí, es realidad inexplicable. Camina en situaciones inéditas, sobre ellas llueven teóricos especialistas en cómo no hacer una Revolución, dicen que no es momento para avanzar, hay que convivir, debemos esperar que el mundo madure, pues el imperio está fuerte.

En nuestro caso, la Revolución ocurre en un país que tiene cien años viviendo y muriendo de la renta petrolera, en una sociedad donde las taras del capitalismo alcanzan niveles pasmosos, con una minoría que consume como en la metrópolis,

despilfarra como un nuevo rico y el país entero adopta la cultura del oropel, del relumbrón. Todos padecemos una pobreza colonizada por el consumo suntuario, los contrastes son extravagantes. Las palabras deambulan, desabrigadas de realidad, en discursos vacíos que construyen mundos de fantasías sostenidos por la renta fácil. En un país así, no debía ser, pero fue. En este país, surgió la esperanza de una nueva revolución en la América.

Todas las revoluciones tienen en su interior a su principal enemigo, es en la lucha ideológica donde se pierde o se gana, y cada Revolución que se pierde condiciona el destino de las revoluciones futuras. La Revolución Bolchevique perdida, condiciona el destino de la Revolución Bolivariana. La correcta interpretación de lo que allá pasó, determina lo que aquí pase, porque condiciona las ideas que se debaten, y ya sabemos que una Revolución no puede ir más lejos que las ideas sobre las cuales se sustenta.

Entonces, una de las batallas principales de la Revolución Bolivariana radica en las ideas, pero, ¿cuáles son las ideas correctas para avanzar?, ¿dónde está el hilo histórico que debemos tomar para desenrollar la madeja de extravíos y fraudes teóricos que bombardean la Revolución Bolivariana?, ¿dónde quedó la punta del hilo que nos permitirá adaptar el pensamiento universal a nuestras condiciones peculiares?

Nuevamente aparece el Che. Ayer el pueblo lo llevó en su morral guerrillero. Hoy está presente con sus análisis teóricos: su gran debate, los diarios, su crítica demoledora al *Manual de Economía Política*, de la Academia de Ciencias de la URSS, premonición y explicación del derrumbe del sueño de Lenin. El Che sostiene el hilo, es el principio de la nueva jornada revolucionaria, conducta y pensamiento revolucionarios que nos sustentan para poder avanzar.

En este país, es indispensable seguir el ejemplo del Che y sus enseñanzas teóricas. En él se sintetiza lo mejor de un revolucionario, símbolo de la mayor altura alcanzada por la humanidad en su camino hacia la redención. Así como está tatuado en la piel de muchos, debe estarlo también en el alma de este proceso. Sin el pensamiento del Che, no sería posible construir una Revolución Bolivariana triunfante.

Llegan de nuevo los guardias, traen ahora al que parece un oficial, con uniforme lustroso viene decidido y me espeta: «No puede permanecer aquí, debe abandonar el Memorial». No deja lugar a réplica, me voy...

Ahora camino por las calles de Villa Clara y llego al monumento que recuerda la acción del descarrilamiento del tren blindado, cargado con soldados de la dictadura. Aquí los guardias son mujeres, se muestran más tranquilas y me dejan estar cerca del Che para continuar rumiando mis pensamientos...

El Che está vivo en la construcción de la Revolución Bolivariana. Todos los días, una de sus ideas sale al campo de batalla y se enfrenta al reformismo, al dogmatismo y a la contrarrevolución.

Cuando los reformistas dentro de la Revolución argumentan que hay que hacer un híbrido entre capitalismo y socialismo: el Che sale a la palestra y les responde.

Cuando los contrarrevolucionarios dicen que el socialismo soviético fracasó por ser muy socialista: en el Che está el desmentido.

Cuando proclaman que el pueblo no entiende, si no hay estímulos materiales: el Che emerge y los refuta.

Cuando es necesario enfrentar la corrupción, la ineficacia, el despilfarro: el Che con su ejemplo combate esos vicios.

Cuando los reformistas pontifican que la Revolución no es posible: en el ímpetu del Che está la respuesta.

Cuando los renegados postulan que el Che no tiene nada que decir a la América: entonces el Che toma en sus manos la espada de Bolívar y echa a andar encabezando pueblos hacia su liberación.

Bolívar, Martí y el Che aún tienen Revoluciones que alentar, injusticias que eliminar, trenes, dogmatismos y reformismos que descarrilar en Nuestra América...

Ya estamos en Caracas, pero regresaremos a Villa Clara, la ciudad del Che. Iremos a rendir cuentas... Le diremos que, junto al presidente Chávez, continuamos transitando el camino y aún sentimos bajo nuestros talones el costillar de Rocinante... Gracias, Comandante, siempre vivirás en nosotros.

ANTONIO APONTE, periodista, escritor y político venezolano, autor de varios libros y numerosos ensayos sobre el proceso político venezolano, es columnista del diario VEA de Caracas, donde tiene la sección permanente «Un grano de maíz».

lecturas para la reflexión



Una colección que presenta en folletos algunos textos claves del pensamiento de Ernesto Che Guevara. Los escritos y discursos escogidos para esta colección, organizados cronológicamente, reflejan el conjunto de sus principales presupuestos y abarcan temas de un valor inestimable para adentrarse en el sistema general de su legado.

ESCRITOS:

Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana

El partido de la clase obrera

Sobre el sistema presupuestario de financiamiento

La planificación socialista, su significado

El socialismo y el hombre en Cuba

Crear dos, tres, muchos Viet Nam (Mensaje a la Tricontinental)

DISCURSOS:

Soberanía política e independencia económica

Discurso a los estudiantes de medicina y trabajadores de la salud

Una nueva cultura de trabajo

La filosofía del saqueo debe cesar

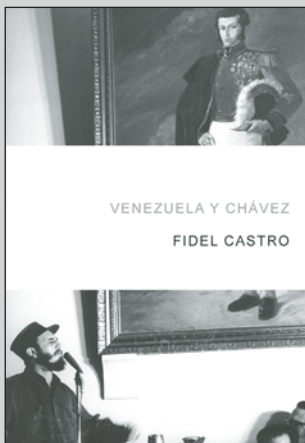
En las Naciones Unidas

En la conferencia Afroasiática en Argelia



www.oceansur.com ■ info@oceansur.com

COLECCIÓN FIDEL CASTRO



VENEZUELA Y CHÁVEZ

Este libro compila, en un solo volumen, las palabras pronunciadas por Fidel en diversas ocasiones, en discursos, cartas y actos públicos, entre 1959 y 2006, dedicados al pueblo venezolano, en los cuales resaltan los lazos históricos y de solidaridad que existen entre ambas naciones desde su misma formación. Es precisamente a la unidad, soñada por Bolívar y Martí, a la cual se refiere este libro, en las reflexiones, advertencias y premoniciones de Fidel.

336 páginas, ISBN 978-1-921235-04-7

FIDEL EN LA MEMORIA DEL JOVEN QUE ES

“Dicen que con los años los hombres se vuelven más conservadores, y es en parte cierto. Como la regla, el joven es desinteresado, altruista, arrojado; pero todo depende de las ideas. Nosotros hemos tenido el vigor de las ideas que hemos defendido...”—Fidel Castro

Este libro recoge, por primera vez en un solo volumen, los excepcionales testimonios que en contadas ocasiones el propio Fidel ha dado sobre su niñez y juventud. Incluye entrevistas sobre momentos claves de su infancia, su vida universitaria y sus primeros contactos con la realidad latinoamericana, así como fotografías poco conocidas.

183 páginas, ISBN 978-1-920888-19-0



FIDEL Y LA RELIGIÓN

Conversaciones con Frei Betto sobre el marxismo y la teología de la liberación

En un íntimo diálogo de 23 horas con el teólogo de la liberación brasileño Frei Betto, Fidel Castro ofrece revelaciones sobre su formación personal y discute con sinceridad su visión sobre la religión.

“Hay 10,000 veces más coincidencias entre el cristianismo y el comunismo que entre el cristianismo y el capitalismo”.
—Fidel Castro.

330 páginas, ISBN 978-1-920888-77-0

www.oceansur.com ■ info@oceansur.com

De la resistencia a las alternativas en América Latina: un desafío para el análisis social*

FRANÇOIS HOUTART

La situación sociopolítica del continente latinoamericano ha cambiado de manera notable desde finales del pasado siglo. Si se toman como parámetros del cambio político el año 1998 con la primera elección de Hugo Chávez en Venezuela y el año 2002, con la de Lula en Brasil, estas fechas parecen emblemáticas. Como considera Theotonio dos Santos, se trata del paso de la resistencia a la ofensiva. Tal fenómeno tiene que ser analizado con las herramientas de las ciencias sociales, es decir, tiene que ser históricamente situado, interpretado de modo dialéctico y puesto en su contexto global.

1. ¿Por qué en América Latina?

Dentro del proceso global de orientación neoliberal de la economía mundial, es muy interesante constatar la transformación del campo político en América Latina, lo que no ha ocurrido en los otros continentes de la periferia del capitalismo central. Varias hipótesis pueden elaborarse para entender estas diferencias. La principal es que en América Latina, la fase neoliberal del capitalismo contemporáneo ha sido percibida por la mayoría de los grupos sociales, no sin razón, como una agresión, mientras en los países asiáticos –tanto los «tigres», como los países «socialistas» (China y Viet-

* Texto presentado en el Congreso de ALAS (Asociación Latinoamericana de Sociología), en Guadalajara, en agosto de 2007, que añade nuevos elementos a la ponencia leída en la Asociación Europea de Latinoamericanistas, el 14 de abril de 2007, en Bruselas.

nam) y Asia del Sureste (India en particular)–, se experimenta esta fase, en general, como una oportunidad. En África, debido a una larga y difícil construcción de su identidad política nacional, la conciencia de la lógica de dependencia recién empieza a desarrollarse. Proponemos varias razones que explican estas hipótesis.

En el plano *económico*, el fracaso del modelo de desarrollismo propuesto por la CEPAL en los años sesenta –correspondiente al de Bandung (*Nation Building*)– fue mucho más rápido en América Latina que en el contexto asiático. Grandes países como China e India, a pesar de tener regímenes políticos muy diferentes, lo han podido aplicar durante mucho más tiempo. En el continente latinoamericano, su derrota significó la entrada masiva del capital exterior, acompañada por una ola de dictaduras (por ejemplo, el caso de Pinochet) que abrieron la economía subcontinental al neoliberalismo.

También se puede añadir que, al contrario del continente asiático, no hubo prácticamente reformas agrarias en América Latina. Las iniciativas asiáticas, de tipo diverso: capitalista en Taiwán o Corea del Sur, socialista en China y Vietnam, tuvieron como resultado, o bien favorecer una transición a la industria o bien aumentar el poder de compra de las masas agrarias, por lo menos al nivel de subsistencia. En América Latina hubo relativamente poco desarrollo industrial, con excepción de algunos polos, mientras en Asia, la industrialización y después la extensión de una economía de servicios han tenido un impacto significativo.

Otra diferencia fue el desarrollo en América Latina de una burguesía compradora que ha tenido muchas ventajas con el desarrollo del modelo neoliberal, al mismo tiempo que las distancias socioeconómicas aumentaban. Según Claudio Katz, economista argentino, «la carencia de un segmento gerencial competitivo es un bache de larga data, que proviene del carácter vulnerable y discontinuo que presenta la acumulación en los países periféricos».¹ En Asia, por lo menos en algunos grandes países, hubo un real desarrollo de la burguesía nacional, como en India, Indonesia, Malasia y también últimamente en China y Vietnam. Estos dos países habían basado su desarrollo en un modelo de capitalismo de Estado que, con la apertura al mercado, permitió la constitución de nuevas élites provenientes de la burocracia del Estado o del partido.

Finalmente, como señala Claudio Katz, América Latina fue el lugar de las primeras crisis financieras (México, 1995; Brasil, 1999; Argentina, 2001), fruto del neoliberalismo, después de la explosión de la deuda en 1982. El mismo autor añade que estallidos lejanos como el desplome de la Unión Soviética y la crisis asiática tuvieron aún efectos más perdurables en la región que en sus propias zonas de origen.²

¹ Claudio Katz: «Gobiernos y regímenes en América Latina», 9 de abril de 2007 (<http://www.forumdesalternatives.org>), p. 6.

² *Ibíd.*, p. 3.

Desde el punto de vista *político*, se puede también dar algunas razones de las diferencias. En los últimos veinticinco años, América Latina ha conocido un desmantelamiento del Estado, bajo orientaciones determinantes del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. En la mayoría de los países asiáticos este no fue el caso. El desarrollo de Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong Kong, se debió a la existencia de un Estado fuerte y a la planificación a mediano y largo plazo. La centralización estatal de China y Vietnam fue, evidentemente, predominante. En la India, la nacionalización de las industrias de base consolidó un poder político bastante extenso. Sin embargo, el Estado en América Latina fue, en general, inconsistente, con cambios frecuentes de personal administrativo y poco impacto económico.

Podemos añadir también el hecho de que la política de *containment* fue más fuerte en Asia que en América Latina. Se pretendía parar la extensión del comunismo presente en grandes naciones como China y Vietnam, y por eso se intentaba construir, al mismo tiempo, una barrera contra el peligro (teoría de los dominós) y una ventana de desarrollo capitalista alrededor de este grupo de países. Dictaduras al servicio de nuevas élites locales y un régimen colonial (Hong Kong), impidieron el desarrollo de movimientos populares y de partidos de izquierda y, por otra parte, hubo también un fuerte apoyo económico occidental: acceso preferencial a los mercados y financiamiento del Estado. Así, el presupuesto de Corea del Sur fue apoyado en una cifra superior al 50% por parte de los Estados Unidos durante más de veinticinco años. Al contrario, en América Latina, si la «amenaza comunista» estaba presente, no se apoyaba en un gran Estado potente, sino en uno de los países más pequeños del continente (Cuba) o estaba alimentada por movimientos revolucionarios locales, relativamente fáciles de controlar, en América Central por ejemplo, con guerras de baja intensidad o en el Cono Sur, con regímenes militares.

En comparación con África, la descolonización en América Latina había sido más antigua. Por eso, el momento histórico de la posguerra mundial en el continente africano fue caracterizado por la construcción de su identidad política. Las enormes dificultades de la transición poscolonial tuvieron como consecuencia centrar la atención más en el campo político que en el económico. Por otra parte, la integración continental es más fácil en América Latina, por la similitud de lenguas, mientras África está dividida en tres grupos lingüísticos principales: inglés, francés y árabe, sin hablar del gran número de lenguas locales.

El mundo árabe vive el neoliberalismo como una ofensiva occidental de destrucción cultural, más que como una dominación económica. Esta culturización del problema sirve a los intereses de las élites locales que reprimen todo movimiento social de izquierda, y permite al fundamentalismo islámico canalizar las reacciones. Samir Amin caracteriza el islamismo político de teocracia sin proyecto social.³ Cuan-

³ Samir Amin : «L'islam politique», *A l'encontre*, janvier, 2007 (<http://www.alencontre.org>).

do el imperialismo se traduce en guerras para el control del petróleo, la resistencia adquiere caracteres muy violentos, como se ve en Irak y en Afganistán, pero sin desembocar en un proyecto político poscapitalista.

En Europa, el modelo neoliberal prevalece todavía. Es particularmente visible en las orientaciones de la Comisión Europea, que, en la misma línea de la Organización Mundial del Comercio (OMC), privilegia la liberalización de los intercambios, vinculada con una generalización de las privatizaciones. El modelo keynesiano se debilitó fuertemente y las diferencias sociales aumentaron. El sistema está en crisis; no puede resolver el problema del empleo; la pobreza crece, hasta el 10 o el 15% de la población. En Gran Bretaña, la desigualdad social ha regresado al nivel de 1940. El poder de compra de las capas medias, principales beneficiadoras del keynesianismo, tiende a disminuir y una minoría se enriquece considerablemente. Sin embargo, el sistema capitalista conserva una fuerte hegemonía cultural. Sus parámetros no son discutidos y la mayoría de las poblaciones acepta sacrificios para evitar el estallido de una crisis. Los partidos socialdemócratas se contentan con defender los principales logros sociales del pasado. La izquierda política está dividida y es minoritaria, y las víctimas del sistema se acercan a la extrema derecha. Eso explica por qué el neoliberalismo en Europa, a pesar de su crisis y de sus efectos sociales negativos, no ha encontrado todavía una resistencia popular decisiva.

Finalmente, en América Latina, la arrogancia de los Estados Unidos frente a los países de la región desempeñó un papel no despreciable. En gran parte de ella, se habla de «la embajada», con lo cual se significa que solamente existe una y que constituye un verdadero actor político en la vida interna de estos países. Eso ha sido un factor de aceleración de la toma de conciencia de lo que significa el imperialismo y la alianza entre lo político y lo económico. Sin embargo, la dificultad de reacción de los Estados Unidos frente a la nueva situación política del continente es, probablemente, consecuencia de haberse complicado en el Medio Oriente.

Hay también razones *sociales* de la resistencia al neoliberalismo. Después de la ola de ensayos revolucionarios, que en la mayoría de los países no tuvieron éxito político, se desarrollaron movimientos sociales de nuevo tipo, sobre los cuales hablaremos en detalle más adelante. Eso se manifestó de manera muy clara con el primer Foro Social Mundial de Porto Alegre en 2001. Tal vez debido a su origen en el continente, la influencia de los Foros mundiales (cinco sobre siete), continentales (el Foro de las Américas), locales y temáticos (Amazonia), ayudó al desarrollo de una conciencia colectiva de resistencia al neoliberalismo más aguda en América Latina que en otros continentes.

Razones *ideológicas y culturales* permiten también entender las diferentes reacciones contra el neoliberalismo. Varios factores han podido actuar en este sentido. Las ideas de la Revolución Francesa han influido en la cultura política latinoamericana mucho más que en otros continentes. Eso se nota no solo en el pensamiento de los diversos «libertadores» del siglo XIX, sino, también, en el último período de la ola

neoliberal, donde, a pesar de los «valores» contradictorios que se introdujeron, nunca este espíritu ha sido totalmente eliminado.

La corriente marxista humanista ha sido también una característica latinoamericana. Se puede hablar de un marxismo criollo, en el sentido de que, dentro del pensamiento crítico del continente, el marxismo ha sido un elemento evidentemente central, pero siempre con aportes locales directos o indirectos. Podemos pensar en la influencia de Mariátegui, de Martí sobre el socialismo cubano, del Che Guevara, de Camilo Torres y de muchos otros. Eso tal vez pueda explicar que la caída del muro de Berlín no haya tenido el mismo impacto intelectual que, por ejemplo, en Europa, y que se mantenga viva una referencia marxista, a pesar de la ofensiva ideológica neoliberal.

Un factor geográficamente delimitado, pero de gran importancia, fue el renacimiento de los movimientos indígenas que, desde finales de los años noventa, empezaron a sobrepasar la simple búsqueda identitaria y a luchar por su sobrevivencia económica. El nacimiento del zapatismo en México o la combatividad de los movimientos indígenas en Bolivia y Ecuador son ejemplos ilustrativos importantes.

Las resistencias campesinas antiseñoriales –como las llama Orlando Falz Borda⁴ que existieron desde el fin del siglo xvii y las revueltas contra el capitalismo agrario –las marchas de los movimientos religiosos de protesta social en el Brasil del siglo xix, por ejemplo– fueron señales de un deseo profundo de justicia. Los negros cimarrones que lucharon contra la esclavitud influyen hasta hoy en la sociedad haitiana y en muchas regiones del Caribe, incluso en países como Colombia, frente a la extensión del monocultivo que se acelera con la perspectiva de los agrocombustibles. Movimientos de mujeres, de ciudadanos urbanos contra las privatizaciones, de estudiantes de secundaria añadieron nuevos aspectos a las resistencias.

Finalmente, el desarrollo de la teología de la liberación, junto a las comunidades eclesiales de base ha ocupado un notable lugar cultural. Permitió el desarrollo de actitudes críticas y de compromisos políticos de los cristianos, con un apoyo intelectual, espiritual y, durante un cierto tiempo, institucional, que ha tenido un impacto real en la cultura crítica del continente y en la consolidación de movimientos sociales y políticos.

Se puede así concluir que el continente latinoamericano ha sido más sensible al neoliberalismo que los continentes asiático y africano, por razones objetivas y subjetivas. Es evidente que en Asia las diferencias sociales fueron amplificadas por las políticas neoliberales, pero la idea de que un día el conjunto del pueblo iba a poder acceder al nivel de consumo del 20% más rico está vigente todavía. La única excepción son las Filipinas, muy similares, desde hace varios siglos, al modelo latinoame-

⁴ Orlando Falz Borda: «Autonomía territorial y ubicuidad militar», abril de 2005 (<http://www.voltairenet.org>).

ricano. Al mismo tiempo, en América Latina, la conciencia de lo que representa el modelo neoliberal es más amplia que en el continente africano y en el mundo árabe por las razones ya explicadas. Estas son las hipótesis que pueden acercarnos a la respuesta de la interrogación: ¿por qué en América Latina?

2. El contexto histórico

Solamente añadiremos algunos aspectos de la historia contemporánea de América Latina que ayuden al análisis. Siempre es muy difícil caracterizar el continente como un conjunto. Lo único que se puede señalar, son las grandes corrientes que afectan, de una manera u otra, todos los países del hemisferio. En este sentido, recordemos tres períodos principales. El primero es el proyecto desarrollista cepalino. El principal pensador de esta orientación fue Raúl Prebisch quien, después de la Segunda Guerra Mundial, propuso el modelo de sustitución de importaciones por una producción local. El proyecto se apoyaba en pactos sociales entre sectores capitalistas y la parte organizada de los trabajadores, y en el papel regulador del Estado. De hecho, el mundo campesino estaba poco presente en estas perspectivas, aunque, teóricamente, sí se preveían reformas agrarias. Desde un punto de vista político, fue también el período de algunos regímenes de tipo «populista», en particular en el Cono Sur. Tal proyecto fracasó enseguida, debido al peso financiero de la transferencia de conocimientos y de tecnologías.

Un segundo período, con fechas muy diversas según los países, fue la integración progresiva a la economía mundial, con la penetración del capital extranjero, en particular de multinacionales en los sectores de las materias primas y del *agrobusiness*. Regímenes dictatoriales acompañaron esta orientación económica, destruyeron los movimientos sociales y lucharon en contra de los movimientos revolucionarios de tipo nacionalista, rural o urbano (justificados por la doctrina de la Seguridad nacional). El último período se caracteriza por el neoliberalismo. La apertura generalizada de los mercados, promovida por lo que se ha llamado el Consenso de Washington, fue apoyada por las organizaciones financieras internacionales, en particular el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Fondo Monetario Internacional. Este modelo empezó a finales de la década de 1970, para extenderse de manera general durante los años ochenta y noventa.

Desde el punto de vista económico, el neoliberalismo significó para el continente en general, con pocas excepciones, una reducción relativa del crecimiento del producto interno bruto (PIB) y una serie de crisis financieras. Hubo también una gran ola de privatizaciones –en ciertos países equivalentes a una verdadera piratería– a favor de intereses capitalistas, en gran parte extranjeros, y se iniciaron los Tratados de Libre Comercio (TLC). El primero fue el de México en 1994. Los salarios reales bajaron, muy a menudo en una escala más alta que en los países de fuerte industrialización y se precarizó el trabajo. El desempleo aumentó en las zonas in-

dustriales y la urbanización salvaje se aceleró, especialmente hacia las grandes metrópolis, debido al subdesarrollo rural.

Como consecuencia, se produjo un aumento drástico de la pobreza. En el año 2000, había, según el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), doscientos veinticinco millones de pobres (que ganaban menos de dos dólares por día) y entre ellos cien millones de personas vivían, según los cálculos del Banco Mundial, en la extrema pobreza, es decir con menos de un dólar por día. Hubo treinta millones de pobres adicionales cuando se compara con 1990. Otro factor es el aumento de las migraciones, sobre todo en ciertas regiones, de México, de América Central y del Caribe hacia los Estados Unidos, migraciones internas entre Nicaragua y Costa Rica, migraciones de ecuatorianos, colombianos y bolivianos hacia Europa, en particular España, etcétera. En las zonas de narcotráfico, los campesinos que cultivan la coca para la producción de cocaína, viven en regiones de depresión económica y, generalmente, de destrucción de sus cultivos tradicionales; quedan excluidos de las ganancias que nutren los paraísos fiscales y una parte de las nuevas oligarquías locales, pero por lo menos pueden sobrevivir. En Argentina, Brasil o Colombia, los monocultivos de soja, eucalipto, palma, entre otros, han sido causas, no solo de destrucción ecológica de las selvas originales, sino también de expulsión, a veces con violencia, de poblaciones locales.

Entre el 15 y el 20% de la población, según los países, gozan de un desarrollo económico bastante espectacular y tienen un poder adquisitivo en aumento, que se dirige en gran parte hacia los bienes y servicios sofisticados producidos en el exterior.

Desde un punto de vista político, las nuevas democracias que remplazaron los regímenes militares o dictatoriales, permitieron la impunidad jurídica de los actores políticos precedentes y se desarrollaron con una crisis profunda de la democracia representativa. El conjunto de estos factores provocó un declive real en la credibilidad de las instituciones políticas tradicionales, incluso de las que fueron fruto de movimientos sociales, como en Brasil, Nicaragua y Uruguay.

Esta fase de la historia social del continente se caracteriza por una crisis de hegemonía que no es coyuntural sino histórico-estructural –como considera Andrés Rosero,⁵ a propósito del Ecuador–, y por una búsqueda popular de alternativas. Las oligarquías que pasaron progresivamente del latifundismo a un capitalismo agrario y luego se constituyeron en una oligarquía financiera vinculada con el capital transnacional, han vivido una serie de fracasos que se tradujeron, en varios países, tanto en el plano político como social, en nuevas formas de resistencia.⁶

⁵ Andrés Rosero : «Ecuador: economía y política del TLC», 2006 (<http://www.lafogata.org>).

⁶ Orlando Núñez: *La sociedad civil*, Casa Editorial Ruth, La Habana, 2006.

3. La relación entre los movimientos sociales y las nuevas izquierdas políticas

Es innegable que desde principios del siglo XXI, se construyó un proceso dialéctico nuevo en las relaciones entre los movimientos sociales y los partidos políticos, en cuyas formas influyen, evidentemente, el contexto histórico y la tradición política de cada país. Se trata de sujetos en interacción y, por consiguiente, no de un proceso lineal. Vamos a tratar de describirlo, antes de abordar algunas reflexiones a propósito de sus interpretaciones en las ciencias sociales.

1) Los movimientos sociales

Durante el período neoliberal se agotaron, en cierta medida, los movimientos sociales tradicionales. Esto no es una característica exclusiva del continente latinoamericano, sino un hecho bastante generalizado en el resto del mundo. Los movimientos obreros fueron afectados por las políticas neoliberales, que implicaban una ofensiva contra el trabajo, a fin de reanimar la acumulación del capital. Se desarrollaron, en muchos países del continente, zonas francas, con grandes oposiciones para la existencia de sindicatos; el crecimiento del sector informal que constituyó una dificultad para la organización social, tanto como el aumento del desempleo y la represión contra líderes de los movimientos obreros, tuvieron efectos muy negativos sobre su fuerza de contrapeso.

Asimismo, los movimientos campesinos encontraron grandes obstáculos, y a veces represiones violentas, que impidieron lograr las reformas agrarias proyectadas. Solo en algunos países, como en Brasil, este sector ha tenido una cierta fuerza organizativa. Felizmente se encuentra ahora en vía de reconstrucción progresiva, en otros países también. Los movimientos estudiantiles, por su parte, perdieron su impacto, porque este grupo social estaba, predominantemente, preocupado por su integración en el mercado neoliberal, sin hablar de su fraccionamiento ideológico. Se debe, sin embargo, señalar un hecho nuevo, la reacción de los estudiantes de escuelas secundarias en Chile contra las consecuencias de un neoliberalismo exacerbado.

En los últimos veinticinco años se han desarrollado nuevos movimientos sociales entre indígenas, mujeres, ecologistas, afro descendientes. Los caracteriza la heterogeneidad y su definición de nuevos objetivos, como la dignidad, las exigencias democráticas y el bienestar.

Se deben destacar los movimientos indígenas. La celebración del 500mo. aniversario de la conquista fue una oportunidad para ampliar su conciencia. A partir de ese momento, que corresponde a la aceleración neoliberal, asistimos a una salida de la clandestinidad o semiclandestinidad, de las culturas, las lenguas y las religiones de los pueblos originarios, lo cual se traduce también por contactos más generalizados entre indígenas del conjunto de América. La primera Asamblea de los Pueblos

tuvo lugar en 1998 en Santiago de Chile, seguida por la reunión de Québec en el año 2002. En 2004, los movimientos indígenas de Centroamérica se encontraron para oponerse al Plan Puebla-Panamá. En Quito, antes del Foro de las Américas en 2005, tuvo lugar la Cumbre de los pueblos indígenas. En octubre de 2007, hubo una nueva reunión de pueblos originarios de América, en Vicam, México, sobre la agresión capitalista y la resistencia.

Los indígenas organizan movimientos de presión, no solamente para la defensa de su identidad, lo que fue un combate de más de quinientos años, sino también contra la pérdida de sus medios de sobrevivencia. Ya en 1997, hubo en Belo Horizonte, Brasil, una reunión de los pueblos indígenas contra el Consenso de Washington. Pero el hecho más significativo fue el inicio de la acción armada del movimiento zapatista en Chiapas el 1.º de enero de 1994, correspondiente con el inicio del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Era la reivindicación de un crecimiento económico y cultural de las poblaciones indígenas empobrecidas en zonas con muchos recursos naturales, y también de un deseo de reconstruir desde la base el sistema político.

Bernard Duterme sintetiza las perspectivas de estos movimientos de la manera siguiente: «Ellos reclaman una autonomía sin separación, una integración sin asimilación. Frente a la uniformización de la globalización y al indigenismo integrador de las autoridades nacionales, las organizaciones indígenas respondieron por un indianismo respetuoso de las identidades. “Ser reconocidos iguales y diferentes”, “iguales porque diferentes”, según las palabras de la líder zapatista Ana María».⁷

Además, durante las décadas de 1990 y de 2000, hubo un gran número de alianzas y de acciones comunes entre varios movimientos sociales. Podemos señalar, por ejemplo, la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC), que reúne los movimientos campesinos del continente. En Centroamérica, se organizó en San Salvador el Foro Centroamericano. Recordemos, también, los tres millones de firmas que recogió la acción contra el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en Brasil y las marchas en 2004 y 2005, en ocasión del Foro Social Mundial de Porto Alegre, la última reunió más de 200 000 personas. No olvidemos que el ALCA tenía una dimensión de «seguridad» dirigida a la lucha contra los movimientos sociales. La resistencia política al proyecto norteamericano se manifestó en Mar del Plata en 2006, cuando cinco países votaron en contra, entre ellos, Argentina, Brasil y Venezuela, para lo cual se apoyaron en la ola de resistencia popular impulsada por los movimientos sociales.

⁷ Bernard Duterme: «Amérique Latine: les mouvements sociaux du virage à gauche», *Où va l'Amérique Latine*, GRIP, mars, 2007.

Estas iniciativas han tenido sus antecedentes, como lo indica Gustavo Codas (en texto manuscrito, consultado en 2007), por ejemplo, en la campaña continental contra los quinientos años de colonialismo:

Articulaciones continentales mundiales surgieron o se fortalecieron en ese proceso y en la nueva coyuntura que se delineaba en nuestra región: la Vía Campesina y la Coordinación Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC); los encuentros de pueblos indígenas que han resultado en coordinaciones (amazónica, andina, entre otras); Jubileo Sur América y 50 años (de FMI, Banco Mundial) bastan; Marcha Mundial de Mujeres y la Red Mujeres Transformando la Economía (REMTE); el Frente Continental de Organizaciones Comunitarias (FCOC); la Alianza Social Continental (ASC), la Campaña Continental contra el ALCA; la Convergencia de Movimientos Populares (COMPA); la Asamblea de los Pueblos del Caribe (APC); el Foro Social de las Américas; el Foro Sindical de las Américas.

Finalmente, la organización de los Foros Sociales Mundiales —continentales, nacionales y temáticos— que tuvieron lugar en Latinoamérica, reforzaron la colaboración entre varios sectores de la población para resistir los efectos del neoliberalismo en el continente.

2) Las resistencias culturales

El aspecto cultural de las resistencias merece una mención muy específica, pero solo podemos abordarlo brevemente, en particular en el mundo del arte y de la religión. Es evidente que no se puede reducir la cultura a estas expresiones. En los medios populares existe un sinnúmero de reacciones culturales que afirman valores propios y formas de resistencia. Sin embargo, no se puede olvidar la producción cultural, en tanto que acción específica en el panorama de las resistencias a la destrucción social y ecológica de los pueblos del continente. América Latina ha sido un lugar de gran exuberancia cultural. En la esfera literaria, autores como Gabriel García Márquez, Eduardo Galeano, Julio Cortázar, Pablo Neruda, Ernesto Cardenal y muchos otros han desempeñado un gran papel. La obra del pintor Guayasamín, las canciones de Chico Buarque, de Silvio Rodríguez, de Pablo Milanés, de Carlos Mejía Godoy y de centenares de otros cantores y músicos, y en el cine, las producciones de Bolivia, Argentina, México, Cuba y Brasil, fueron también canales importantes de concientización social.

En el aspecto religioso, como ya hemos señalado, el desarrollo de las comunidades eclesiales de base y de la teología de la liberación es bastante conocido y no necesita explicación adicional. A pesar de la represión eclesial y política, estas corrientes todavía existen y tienen sus expresiones y su impacto.

Testigos de la fuerza de la cultura, en América Latina, una conmemoración del primero de mayo puede estar acompañada por lecturas de poemas, una reunión

política se celebra con canciones populares, y un movimiento social es capaz de empezar sus actos con una referencia religiosa.

3) Las «izquierdas» políticas

Es imposible hablar, en forma general, de las «izquierdas» del continente. Cada país tiene sus características específicas. Sin embargo, se puede observar tanto algunas tendencias similares como diferencias significativas, que dan lugar a reflexiones interesantes en el ámbito de las ciencias sociales.

Varios regímenes políticos nuevos son el fruto de la convergencia de movimientos sociales. Es el caso del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil, del Movimiento al Socialismo (MAS) en Bolivia y de la nueva coyuntura política del Ecuador. Está bien claro que existen diferencias en la conquista o la gerencia de los poderes del Estado. Sin embargo, la característica general es que la toma del poder se realizó por mecanismos democráticos (elecciones) y no por la vía armada. Así, en Venezuela, Brasil, Uruguay, Ecuador y Nicaragua, el proceso electoral clásico ha permitido el ejercicio del poder ejecutivo y legislativo, según los mecanismos habituales de la democracia representativa. En varios países, como Venezuela, Ecuador y Bolivia, la reforma constitucional ha sido el instrumento para cumplir con el proceso de transformación social.

En Venezuela, el proceso electoral permitió ganar las elecciones y organizar un gobierno, pero no hacer funcionar el Estado, cuya administración siguió de manera significativa en manos de funcionarios adversos al proceso. Por eso se organizó un Estado paralelo, a partir de las diversas «misiones» para la alfabetización, la enseñanza, la salud, la economía popular, la reforma agraria, la democracia participativa. Es debido a ello que se plantea la propuesta de unir en un solo partido las fuerzas de izquierda (y no de crear un partido único, como pretende la oposición acompañada por una gran parte de los medios de comunicación). Esto también responde al interés de lograr una mayor participación de las bases en el proceso político.

El movimiento zapatista tiene, por su parte, una posición muy propia sobre el ejercicio del poder político. Se trata de reconstruirlo desde abajo y no de ganar a nivel nacional un poder que no sería capaz de ejercer con las decisiones necesarias. Por eso, el subcomandante Marcos propuso la abstención en las elecciones presidenciales de 2006 e inició su «otra campaña».

En Cuba, la Revolución socialista –que tiene más de cuatro décadas de existencia y ha podido sobrevivir tanto al embargo de los Estados Unidos y al aislamiento político occidental, como a la caída del bloque socialista europeo–, funciona con un partido único. Este tipo de gestión del Estado que tiene un grado de flexibilidad interna mayor de lo que se piensa generalmente, parece hoy más ligado al temor de manipulación política por parte de los Estados Unidos (como en los casos de Nicaragua o del Salvador), que a una doctrina política. De todas maneras, la existencia de

una Cuba revolucionaria durante casi medio siglo ha sido un factor clave en la emergencia de la transformación política contemporánea del continente, y sigue siendo una referencia para gran parte de las capas populares.

Las posiciones políticas frente al sistema económico son también bastante diferentes. Lula, en Brasil, adoptó una política económica de continuidad con la orientación neoliberal de Fernando Henrique Cardoso (más a la derecha, según este último): pago del servicio de la deuda externa, independencia del Banco Central, proclive al *agrobusiness* y ahora protagonista del agrocombustible. Su característica propia es el desarrollo de programas de ayuda social elaborados y eficaces, pero sin cambio real del modelo económico.

Venezuela, Bolivia y Ecuador desarrollaron políticas de recuperación del control sobre sus recursos naturales. Sin embargo, no están en capacidad de distanciarse de una cierta dependencia de las multinacionales del petróleo y del gas debido a necesidades técnicas, ni de reorientar, fundamentalmente, los flujos de estos recursos hacia el exterior, en particular hacia los Estados Unidos. Nicaragua no se encuentra en capacidad de denunciar el Tratado de Libre Comercio (TLC) que lo vincula con los Estados Unidos. En Bolivia, el vicepresidente García Linera habla de la construcción de un «capitalismo andino-amazónico» para calificar el proyecto actual del país.

Aún en Cuba, el «período especial» decretado a raíz de la caída de la Unión Soviética, exigió el establecimiento de una doble moneda, la apertura al capital extranjero y el desarrollo del turismo internacional con fuertes inversiones europeas, lo que la autocrítica de Fidel Castro trata ahora de corregir. El carácter positivo de los índices macroeconómicos desde 2005, en gran parte gracias a la cooperación con Venezuela y China, se traduce poco en la vida cotidiana de los ciudadanos (con excepción del fin de los apagones), porque el retraso de las inversiones públicas y las dificultades de la agricultura absorben el superávit.

Sin duda, en todo el continente, tanto las resistencias, como las nuevas iniciativas están todavía acondicionadas por la agenda del proyecto neoliberal, pero se manifiestan ya nuevas lógicas económicas, programas sociales y culturales a favor de los empobrecidos y reales perspectivas de una nueva integración latinoamericana.

4) Los proyectos de integración

Desde hace más de tres décadas, existen proyectos regionales de colaboración económica, como el Mercado Común Centroamericano (MCCA), varias alianzas en el Caribe y entre los países andinos, y también acuerdos bilaterales o trilaterales. Sin embargo, los nuevos proyectos tienen características propias. El MERCOSUR (Mercado Común del Sur), que ha salido de un cierto letargo, podría incluir ahora a Venezuela y se presenta como una de las alternativas al ALCA. Venezuela ha realizado nuevos pasos: Petro-Caribe, que implica once países para el abastecimiento en petróleo a precios ventajosos con facilidades de pago; Petro-Sur que une Venezuela,

Brasil y Argentina para la industria del petróleo y del gas; proyectos de oleoductos y gaseoductos entre Venezuela y Panamá, y hacia el Sur, etcétera. En 2007, tuvo lugar en la isla venezolana de Margarita, la Segunda Cumbre Energética, fruto de la UNASUR (Unión de las Nacionales de Sudamérica), que reúne doce países del continente. El mismo año fue fundada la IRSA (Infraestructura Regional Suramericana) y el Consejo Energético de Suramérica. Se organizan así tres grupos de países: los doce en la UNASUR, los cinco en el ALBA y, por otra parte, los países vinculados con los Estados Unidos (México, Colombia, Perú).

Se firmó en 2007, un acuerdo para la constitución del Banco del Sur (Argentina, Brasil, Ecuador, Bolivia, Uruguay, Paraguay, Venezuela) con el fin de lograr una autonomía financiera. La Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América - Tratado de Libre Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP), por el momento un tratado entre Cuba, Venezuela, Bolivia y Nicaragua, en el futuro Ecuador y, probablemente, Haití, prevé varias formas de integración económica, social, ambiental y cultural, además de una participación de los movimientos sociales. Eso implica una recuperación de la soberanía nacional. En abril de 2007 se realizó en Venezuela un encuentro entre representantes de los gobiernos de los países del ALBA-TCP y de los principales movimientos sociales de veinte países latinoamericanos para constituir un espacio de integración popular llamado Consejo de los Movimientos Sociales. Los principios son la complementariedad (por ejemplo, entre Cuba y Venezuela: petróleo, apoyo a la salud) y la solidaridad (Cuba y Venezuela al financiar la campaña de alfabetización en Bolivia; Venezuela al apoyar la constitución del Banco de Fomento para el crédito a los campesinos de Nicaragua; Venezuela al ayudar a Cuba a contrarrestar los efectos de un bloqueo cada vez más duro, especialmente en la administración del presidente Bush). El ALBA-TCP quiere ser un instrumento de desarrollo popular a favor de la igualdad y contra el poder de las oligarquías y de las transnacionales. La integración se traduce también en términos de salud, educación, deporte.

La realización de Telesur se inscribe en esta lógica, y la idea de Evo Morales de construir la Alianza Latinoamericana en los dominios del hábitat, de la alimentación, del empleo y de la salud corresponde a la misma preocupación. Acuerdos de cooperación cultural entre Cuba, Venezuela y Bolivia incluyen, entre otros, los programas de alfabetización. La «Operación Milagro» iniciada conjuntamente por Venezuela y Cuba permite curar centenares de miles de enfermos de la vista, demasiado pobres para ser atendidos en sus países respectivos.

Estas nuevas iniciativas se caracterizan por estar al margen de los circuitos tradicionales del sistema capitalista y, en particular, fuera del control de las instituciones internacionales del neoliberalismo, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI). También tienen una orientación antimperialista muy clara. Hay, sin embargo, diferencias en las concepciones. Así, la visión ecuatoriana del Banco

del Sur implica ampliar su aplicación en el campo social y cultural, y además la participación de la sociedad civil.

No obstante, existen serios obstáculos a este tipo de integración del continente. Varios países siguen otras vías. Se trata en particular de México y Colombia, donde los regímenes políticos son neoliberales y aliados de los Estados Unidos. La represión de los movimientos populares y el uso de la democracia para satisfacer los intereses de las clases dominantes, o simplemente el rechazo a la democracia, como en México, impiden cualquier adhesión de tales países a las nuevas iniciativas. Estos dos países están incrementando su armamento de manera acelerada, ayudados por los Estados Unidos, con la clara intención de defender los intereses de las clases dominantes. Además, son dos naciones geopolíticamente claves en el continente y una unión con las nuevas formas de integración significaría un cambio decisivo, tanto para la construcción de un modelo alternativo de desarrollo, como para las relaciones con los Estados Unidos y Europa. Por eso, López Obrador no podía ganar la presidencia en México y el presidente Uribe tiene que durar en Colombia.

Perú y Chile no manifiestan ningún entusiasmo hacia las nuevas orientaciones, por razones diferentes, aunque ambos están ligados por un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos. El primero por desconfianza (tradicional) hacia el tipo de bolivarianismo que propone Hugo Chávez, líder de la nueva integración; y el segundo debido a su modelo económico netamente neoliberal, acompañado por un sistema político que le da a la derecha un peso demasiado importante, por una falta de reconocimiento de los derechos de su minoría indígena y por una fractura social profunda, a pesar de un crecimiento económico espectacular.

Los Estados Unidos, por su parte, no pueden aceptar un fracaso de su política hegemónica y rempazan el ALCA por tratados bilaterales. Refuerzan sus vínculos con los países aliados y tratan de establecer contactos privilegiados con los elementos más débiles de las nuevas alianzas, lo cual promueve una cierta desconexión (Brasil, Uruguay).

No se puede, en tan corto tiempo, tener en cuenta todas las situaciones ni todos los desafíos. Es bastante claro que lo ocurrido en el continente no significa una real ruptura con el neoliberalismo, es decir con la fase actual del capitalismo. Sin embargo, la acción política va más allá de las resistencias para construir alternativas por lo menos parciales, lo cual no se presenta en otras partes del mundo, y el tono es netamente antimperialista.

Se trata ahora de abordar un aspecto más teórico del tema, ligado a la interpretación de los fenómenos por las ciencias sociales. Nos limitaremos a tres tópicos: los movimientos sociales y sus vinculaciones políticas, el sentido de las alternativas y el papel de la ética en la estrategia.

4. Algunos desafíos para las ciencias sociales

1) Movimientos sociales y acción política

Existe un acuerdo general entre los científicos sociales sobre dos puntos. Por una parte, en América Latina, el nuevo panorama político ha sido influido por la acción de los movimientos sociales y por otra, la historia de las resistencias se ha caracterizado por las convergencias, que, como dice Theotonio dos Santos, han creado un nuevo paradigma en oposición al pensamiento único. Sin embargo, las interpretaciones de los hechos varían sobre las causas, los efectos, las estrategias y la conceptualización. Varios autores dan un carácter universal a sus reflexiones, pero la mayoría se refiere a situaciones concretas del continente latinoamericano. Raúl Zibechi también ha discutido los diversos aportes, y ha insistido sobre el simplismo de ciertas posiciones de los autores del Norte.⁸

Michael Hardt y Antonio Negri han propuesto el término de «multitud» para expresar el estado actual de las resistencias contra el neoliberalismo. Se trata, para ellos, de una multitud de agentes creativos y diferentes,⁹ que no deben ser similares para cooperar.¹⁰ Estos forman un sujeto social activo a partir de lo que las singularidades tienen en común,¹¹ capaz de comunicar y de actuar como un todo, manteniendo sus diferencias internas.¹² El concepto de multitud, según ellos, difiere de la noción de pueblo, que es una síntesis donde se reducen las diferencias dentro de una identidad única¹³ y también de muchedumbre o de masa, porque la multitud no está fragmentada ni es anárquica o incoherente.

Estos dos autores insisten sobre la importancia de las redes y de la democracia para el funcionamiento social en tanto que multitud, hasta el punto de hacer de la organización un fin. Afirman que la multitud es un concepto posmoderno (la modernidad elimina las diferencias) y posfordista, porque se trata de una organización policéntrica fundada sobre la pluralidad continua de sus elementos y de sus líneas de comunicación. En cierto sentido, ellos se acercan a la concepción de Bruno Latour, quien escribe que no se trata de grupos, sino de agrupaciones.¹⁴

⁸ Raúl Zibechi: «Intelectuales del Norte opinando sobre el Sur», *Rebelión*, ALAI, 25 de abril de 2007.

⁹ Michael Hardt y Antonio Negri: *Multitude*, La Découverte, Paris, 2004, p. 125.

¹⁰ *Ibidem*, p. 118.

¹¹ *Ibid.*, p. 126.

¹² *Ibid.*, p. 8.

¹³ *Ibid.*, p. 126.

¹⁴ Bruno Latour: *Changer la Société - Refaire de la sociologie*, La Découverte, Paris, 2006, p. 41.

Además, para Hardt y Negri, la multitud es el conjunto de los que rechazan la dominación del capital,¹⁵ porque son las víctimas del orden global definido por el imperio –como puede apreciarse, la referencia al concepto de imperio¹⁶ es central–. La definen como la expresión de la globalización, hecho impersonal, resultado de la lógica del capitalismo.¹⁷ Históricamente, el imperio es el fruto de la transformación de las formas de producción y de reproducción económica y social¹⁸ que permiten establecer una nueva soberanía imperial¹⁹ y crear también nuevas subjetividades.²⁰ Así se constituye el vínculo entre imperio y multitud.

Se puede criticar esta concepción, no su análisis de la diversidad de los actores, sino el hecho de que la multitud aparece más como un concepto que como un sujeto de acción. No se ve cómo podría establecerse una vinculación con el campo político, la única indicación ofrecida por los autores es que se trata de un actor automático. James Petras se pregunta, en su lenguaje directo y radical: «¿quién va a organizar la lucha por el poder socialista del Estado?»²¹ Emir Sader añade: «¿Cómo construir una hegemonía alternativa que representa las mayorías?»²² y Theotonio dos Santos, refiriéndose a Gramsci, plantea el problema de la construcción del «nuevo bloque histórico».²³ Edgardo Lander, observa que, incluso en Venezuela, falta una estructura política a los proyectos alternativos,²⁴ y, sin embargo, este país es un verdadero laboratorio para la multitud, según Hardt y Negri.

A propósito del concepto de imperio, recordamos las palabras de Atilio Boron: se trata (en Hardt y Negri) de un imperio sin imperialismo. James Petras expresa que el imperio neomercantilista, como él lo llama, no puede ser solo atribuido a los Estados Unidos: solamente 48% de las multinacionales tienen sus sedes en este país, 30% en Europa y 10% en el Japón.²⁵ Este hecho permite compartir el análisis de Hardt y Negri, que va más allá de la confrontación geopolítica, para subrayar el carácter global

¹⁵ Michael Hardt y Antonio Negri: *Multitude*, ed. cit. (en nota 9), p. 132.

¹⁶ Michael Hardt y Antonio Negri: *Empire*, Exils, Paris, 2002.

¹⁷ Michael Hardt y Antonio Negri: *Multitude*, ed. cit. (en nota 9), p. 127.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 99 y 127.

¹⁹ *Ibid.*, p. 12.

²⁰ *Ibid.*, p. 89.

²¹ James Petras: *Imperio vs. resistencia*, Ed. Abril, La Habana, 2004, p. 314.

²² Emir Sader: «Reflexoes sobre a luta antineoliberal», *Revista del Observatorio Social de América Latina-Osal*, no. 15, octubre-diciembre de 2004, p. 80.

²³ Theotonio dos Santos: «De la resistencia a la ofensiva: el programa alternativo de los movimientos sociales», *Revista del Observatorio Social de América Latina-Osal*, no. 15, octubre-diciembre de 2004, p. 32.

²⁴ Edgardo Lander: «Venezuela en búsqueda de un proyecto antihegemónico», (<http://www.clacso.org>), y *Alternatives Sud*, vol. XII (2005), no. 2, p. 169.

²⁵ James Petras: *Imperio vs. resistencia*, ed. cit. (en nota 21), p. 11.

de la dominación del capital y la transformación profunda de las relaciones sociales de producción y de reproducción que eso significa. Sin embargo, si el imperio es global, debemos tener en cuenta que solo los Estados Unidos, como nación, son capaces de exportar sus crisis financieras y de ejercer un liderazgo militar mundial, y que su peso económico es particularmente importante en el continente latinoamericano, el cual se enfrenta, de manera directa, con una hegemonía económica y política del Norte (recordemos la Doctrina Monroe).

Hardt y Negri aluden a los Foros Sociales Mundiales. Es verdad que los Foros reivindican la diversidad. Chico Whitaker, de Brasil –uno de los actores principales de la corriente altermundialista–, lo afirma con fuerza. Los Foros no son órganos de decisión ni de acción, sino lugares de encuentro y espacios de intercambio. Ellos desempeñan, sin duda, un papel importante en la creación de una conciencia colectiva y también ayudan a la creación de redes de acción común. Hardt y Negri describen bien numerosas características de los Foros, pero llegan a una conceptualización muy discutible, al aplicarles su definición de multitud.

Otro es el enfoque de Boaventura de Souza Santos, quien, evidentemente, nota la novedad de la situación y del pensamiento. Así, habla de «pluralidades despolarizadas»,²⁶ lo que sin duda significa una ruptura epistemológica con las antiguas teorías extremas de ciertos movimientos sociales o políticos de izquierda, y marca la posibilidad de un nuevo concepto de unidad de acción, pero para Boaventura de Souza, no se trata de «multitud», sino de nuevos actores colectivos. Es un proceso difícil, dice el autor, porque faltan procedimientos de traslación (comunicación entre actores diferentes). Sin embargo, el proceso de politización que se nota en América Latina, es decir el impacto y los vínculos entre movimientos sociales y organizaciones políticas, se realiza por la vía de la despolarización entre los dos términos. La reunión organizada por el Centro Memorial Dr. Martin Luther King Jr. en La Habana, en abril de 2007, con cerca de cincuenta movimientos, sobre el tema «América Latina: movimientos sociales, alternativas políticas y paradigmas emancipatorios», comprobó la nueva dinámica en favor de acciones.

Cierto, debemos reconocer que Hardt y Negri hablan de multitud de actores, pero el concepto queda demasiado vago y, finalmente, poco movilizador. Por eso parece necesario proponer otra perspectiva. Sin duda también, la convergencia de las resistencias es un hecho nuevo y se puede citar una fecha: 1999, con el Encuentro intergaláctico contra el neoliberalismo, de los zapatistas y más tarde, en el mismo año, la protesta contra la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Seattle y El Otro Davos, primer encuentro de varios movimientos sociales, con intelectuales y organizaciones no gubernamentales (ONG) progresistas. Estas iniciativas corresponden a una nueva conciencia colectiva y se debe explicar el porqué.

²⁶ Boaventura de Souza Santos: *O Foro Social Mundial - Manual de Uso*, Ed. Afrontamento, Porto Alegre, 2005, p. 166.

Nuestra propuesta consiste en reconocer, en primer lugar, que la base general de la coyuntura actual es la globalización capitalista, es decir, no solamente la subordinación real del trabajo organizado (material o inmaterial) al capital, sino la subordinación de todas las otras formas de trabajo y de relaciones humanas a la ley del valor, por mecanismos financieros (la deuda, los paraísos fiscales) y jurídicos (normas del FMI, de la OMC, del Banco Mundial). Eso provoca lo que Aníbal Quijano llama «la igualdad de las desigualdades». Todas las clases sociales y los grupos en posición subalterna, se ven afectados en su vida cotidiana por esta dinámica que, lejos de ser solamente económica, tiene sus dimensiones sociales, políticas y culturales.

Los grupos humanos sometidos sufren las consecuencias de la universalización de la sumisión al capital y a la lógica de la acumulación, y esto explica la convergencia de las resistencias. Todos afrontan el mismo enemigo, de una manera u otra. Lo nuevo no es la resistencia, sino la convergencia. El proceso no es fácil, porque las culturas de lucha son muy diferentes, lo cual reconocen los investigadores de ciencias sociales. Pero no se trata de una «multitud», cualquiera sea el sentido dado al concepto de Hardt y Negri inspirado por Spinoza, sino de una convergencia de actores reunidos para manifestaciones de protesta, para intercambio de experiencias y, hoy en América Latina, para la construcción de alternativas, hasta en el campo político.

Lo nuevo en América Latina es que, más allá de los encuentros y de los intercambios, ya difíciles por las diferencias de «lenguaje», la etapa de la «ofensiva», como dice Theotonio dos Santos, se ha traducido en proyectos políticos. Por eso, una tarea fundamental de las ciencias sociales es estudiar los procesos en sus diferencias y analizar los resultados.

Se puede concluir que, de hecho, la acción se realiza también en el plano político, sobre la base de objetivos comunes, sin pérdida de identidad, por la vía de redes de actores. Así, en la lucha contra el ALCA, por ejemplo, muchos actores colectivos intervinieron juntos por este objetivo concreto, movilizador y con posibilidades de éxito, aunque las prioridades de cada uno eran diferentes, para los campesinos, los indígenas, las mujeres, los jóvenes o los obreros. Se constituyeron redes, no solo de protesta social, sino también de acción política, como en los casos del PT en Brasil y del MAS en Bolivia. En un sentido se trata ya en América Latina del inicio de las redes de redes, que empiezan a construir el nuevo sujeto histórico, plural y diverso, portador de las aspiraciones altamente cualitativas de la humanidad contemporánea.

Las nuevas experiencias políticas en el continente plantean también problemáticas originales para la vinculación, por una parte, entre lo que se llama la «sociedad civil» –concepto altamente ambiguo debemos reconocerlo²⁷ y los nuevos poderes, y por otra parte, entre estos últimos y las izquierdas intelectuales y políticas.

²⁷ Orlando Núñez: *La sociedad civil*, ed. cit. (en nota 6).

En Venezuela, Bolivia y Nicaragua, una parte de las ONG y algunos servicios socioeconómicos de las clases subalternas, adoptan hoy posiciones críticas no solamente de los métodos de los nuevos poderes populares, sino también de sus metas. El sociólogo nicaragüense Orlando Núñez propone una hipótesis interesante para explicar esto. Según este autor, el debilitamiento del Estado por el neoliberalismo creó un vacío y abrió la puerta a la acción de muchas ONG: «En el caso de América Latina, más de 50 000 profesionales con mucha sensibilidad social y larga experiencia en las luchas populares, se convirtieron en asalariados de la cooperación y fueron cooptados por sus propios mensajes. Muchos organismos no-gubernamentales con especialidades propias adquirieron cierta beligerancia: medio ambiente, violencia sexual, participación ciudadana y otras banderas vinculadas a los derechos humanos, lo que permitió el fomento de derechos a favor de la población».²⁸ Actuando así, obedecieron tres principales mandatos: servir de colchón amortiguador frente a los estragos causados por la privatización de los servicios públicos; recoger los excedentes de la economía popular mediante el sistema de microcrédito; y dedicarse a consultorías, estudios de incidencia y cabildos, que el capital extranjero necesitaba, tanto para facilitar la privatización como para introducir nuevos valores, generalmente desde la óptica neoliberal.²⁹

De hecho, la recuperación del Estado por los nuevos gobiernos tiende a disminuir el poder de los organismos no gubernamentales y a marginar a los intelectuales que desempeñaron los papeles observados por Orlando Núñez. La «sociedad civil» se divide y dentro de ella se constituye una resistencia que de una manera más o menos explícita, se une a la oposición política constituida tanto por la oligarquía conservadora como por la burguesía compradora. Los nuevos poderes políticos se enfrentan así a una polarización que, como considera Helio Gallardo a propósito de Venezuela, tiene caracteres ideológicos y de clase. Sin duda los procesos actuales desarrollan contradicciones internas: necesidad de tener en cuenta las relaciones de fuerza con los poderes internacionales, alianzas con partes de los sectores empresariales, adopción de medidas de aceleración política de ciertos procesos sociales, dificultad de vincular cambios estructurales urgentes y participación popular, especialmente cuando las organizaciones populares fueron reprimidas. A eso se añaden la tradición caudillista de la historia del continente y la tendencia de los partidos políticos a instrumentalizar los movimientos sociales. Sin embargo, nadie puede negar los avances sociales y culturales que se producen y la necesidad, para los doscientos veinticinco millones de personas que en el continente viven en la pobreza, de soluciones rápidas y antisistémicas. De ahí, la cuestión de sentido de las alternativas.

²⁸ Orlando Núñez: *La oligarquía en Nicaragua*, Managua, 2007.

²⁹ *Ibíd.*

2) El sentido de las alternativas

Muchos autores de ciencias sociales, al estudiar los procesos en curso en el continente, hablan de alternativas. Si el acuerdo es prácticamente unánime sobre el «a qué», es decir, al neoliberalismo, muy diferente es el caso del «para qué», ¿qué construir en su lugar? Una alternativa es una situación donde se encuentran, por lo menos, dos órdenes de lo posible, que implican objetivos concretos, proyectos positivos, medios y resultados.³⁰ El discurso del altermundialismo, en la base de las transformaciones del continente latinoamericano, habla no de alternativa en singular, sino de alternativas en plural. Se trata, como lo expresan William Fisher y Thomas Ponniah, en su obra sobre los Foros Sociales, de una constelación que esclarece, anticipa y presagia los cambios.³¹ Alternativas suponen actores, medios y estrategias para tener una consistencia.

¿Cómo plantear el problema en la América Latina contemporánea?; ¿qué lectura hacer del tránsito de la resistencia a la ofensiva?; ¿se trata realmente de alternativas al neoliberalismo, como fase actual del capitalismo o se trata solo de una nueva generación de regulaciones y de mejoramientos sociales dentro de la misma lógica? De nuevo hay varias lecturas de la situación, como podemos notar en los ejemplos que siguen.

Para Hardt y Negri, el período actual se caracteriza, en el mundo entero y, desde luego, en América Latina, por una transición donde libertad e igualdad son los motores,³² una reactivación de la lucha de clases³³ que trabaja el imperio desde adentro³⁴ para un proyecto político (alternativo) ni anarquista ni vanguardista.³⁵ Ese objetivo se desarrolla en la conciencia colectiva de la multitud, de tal manera que se le puede comparar con una orquestación sin jefe de orquesta.³⁶ Así, se abre una posibilidad de alternativas.

Alain Touraine propone una visión más pesimista. Empieza por afirmar que las categorías de derecha y de izquierda no tienen sentido en América Latina.³⁷ La alternativa, para él, es la institucionalización de una democracia social. Desde este punto

³⁰ Laurent Delcourt y François Polet : *Clés de lecture de l'altermondialisme*, CETRI, Louvain-la-Neuve, 2007.

³¹ William Fisher y Thomas Ponniah: *Un autre monde est possible. Pour une autre mondialisation: Le Forum Social Mondial*, Broché, 10 juillet, 2003.

³² Michael Hardt y Antonio Negri: *Multitude*, ed. cit. (en nota 9), p. 259.

³³ *Ibidem*, p. 31.

³⁴ *Ibid.*, p. 11.

³⁵ *Ibidem*, p. 260.

³⁶ *Ibid.*, p. 76.

³⁷ Alain Touraine: «Entre Bachelet y Evo Morales, ¿existe una izquierda en América Latina?», *Nueva Sociedad*, septiembre-octubre de 2006, p. 54.

de vista, el fracaso es general, tanto para los zapatistas, dentro o fuera de Chiapas, como para Lula, que no ha podido realizar un proyecto político y social de cambio. En Bolivia, un proceso más positivo parece desarrollarse, Venezuela es un modelo débil de transformación social y otros proyectos políticos caen en la ilusión neocentrista. Por su parte, Chile se encuentra lejos de un marco institucional democrático, con su proyecto de «globalización exitosa»³⁸ que no constituye una solución. Así, para Touraine, estamos distantes, en América Latina, de alternativas sólidas y coherentes.

Al analizar los actores políticos del continente, James Petras distingue cuatro bloques de poder: la izquierda radical, fundamentalmente antimperialista –las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), en Brasil–; la izquierda pragmática que «no hace un llamado a la expropiación del capital, ni al rechazo a la deuda, ni a la ruptura con los Estados Unidos»,³⁹ donde se encuentran Hugo Chávez, Evo Morales y Fidel Castro; los neoliberales pragmáticos (Lula y Kichner); y los liberales doctrinarios (Calderón en México y Bachelet en Chile). Tal categorización no considera tampoco la existencia de muchas alternativas en la situación actual del continente.

Claudio Katz ve tres tipos de gobiernos en América Latina: los conservadores, que, evidentemente, no ofrecen una alternativa al neoliberalismo; los centro-izquierdistas, como Lula y Kichner, que mantienen relaciones ambiguas con el imperialismo, toleran las conquistas democráticas y, al mismo tiempo, obstaculizan el logro de las reivindicaciones populares;⁴⁰ y los nacionalistas radicales, como Hugo Chávez, que tienen un proyecto que oscila entre el neodesarrollismo y una redistribución progresiva del ingreso. Katz concluye que «ninguno de estos rasgos implica el inicio de un curso socialista semejante al recorrido por Cuba en los años sesenta. Por el momento, el esquema nacionalista no traspasa el marco de la propiedad capitalista y del Estado burgués».⁴¹ En otras palabras, si bien existen cambios, no hay verdadero intento de una alternativa radical al neoliberalismo.

Otro autor, Jorge Magasich, chileno, habla de tres categorías: los administradores del neoliberalismo –Michelle Bachelet, entre otros–; los que aplican un liberalismo interno y un latinoamericanismo externo –Lula y Kichner–; y los que recurren al modelo de recuperación del país –Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa–.⁴² Esta posición reconoce que existen acciones nuevas en varios sectores, como la democra-

³⁸ *Ibíd.*, p. 56.

³⁹ James Petras: «América Latina: cuatro bloques de poder», *Yahoo Slow Letter*, 14 de marzo de 2007.

⁴⁰ Claudio Katz: *ob. cit.* (en nota 1).

⁴¹ *Ídem.*

⁴² Jorge Magasich: «Les trois “gauches” latino-américaines», *Le Drapeau Rouge*, no. 15, diciembre de 2006-enero de 2007, pp. 16-17.

cia, la redistribución de los recursos, la integración del continente, que constituyen, de hecho, un anuncio de soluciones alternativas.

Como puede verse, estamos lejos de paradigmas unánimes. No es difícil observar que los cambios actuales en América Latina no son transformaciones que atacan radicalmente y en lo inmediato la lógica del capitalismo. Todos están de acuerdo en afirmarlo. Pero la interpretación del proceso de los cambios oscila desde la negación de su pertinencia, hasta su carácter de anuncio de alternativas. Mucho depende de la posición precientífica –y legítima a condición de ser explícita– de los autores. Sin embargo, la imprecisión de los conceptos y las bases empíricas poco sistemáticas no ayudan a clarificar mucho el panorama y a esclarecer la acción, aunque sí contribuyen a la reflexión. Por mi parte, tomando en cuenta el panorama mundial, estimo que se trata realmente de pasos antimperialistas, portadores de transformación social profunda a medio y largo plazo.

Sin duda, la coyuntura económica mundial ha desempeñado un papel importante. El alza de los precios del petróleo y del gas ha dado a varios nuevos gobiernos –los de Venezuela, Bolivia y Ecuador–, medios inesperados para perseguir políticas sociales nuevas. La demanda de materias primas y de productos agrícolas por parte de China o India ha hecho subir las ganancias. En virtud de eso, varios países han podido liberarse de los vínculos con el FMI y el Banco Mundial. Los países emergentes de Asia, África (África del Sur) y América Latina (Brasil en particular) empiezan a intercambiar sin el control del Norte.

Por otra parte, la economía de los Estados Unidos muestra señales de preocupante debilidad y su enredo en el Medio Oriente le impide intervenciones del mismo tipo en otros continentes. Todo eso constituye un contexto favorable a las nuevas orientaciones en el continente, a pesar de la amenaza de una crisis económica mundial y de los desafíos de la crisis ecológica.

Estas reflexiones nos conducen al problema de las estrategias de cambio para realizar las alternativas. Ernesto Laclau insiste, con razón, sobre la necesidad de «construir un nuevo actor colectivo de carácter popular» para «una reestructuración del espacio público», lo cual es diferente del concepto popular comúnmente utilizado.⁴³ En este sentido, afirma que los cambios de régimen necesitan «una ruptura populista», que significa el «momento de la participación popular» o el «proceso de movilización y politización creciente de la sociedad civil». No niega que, si el líder limita la participación de la base, existe un real peligro, pero afirma que hoy «el peligro para la democracia latinoamericana, viene del neoliberalismo y no del populismo».

Existen también las tesis muy conocidas de John Holloway quien considera que el Estado es una forma de relaciones sociales, que pertenece a la totalidad de las re-

⁴³ Ernesto Laclau: «La deriva populista y la contra-izquierda latinoamericana», *Nueva Sociedad*, no. 205, septiembre-octubre de 2006, pp. 56-66.

laciones sociales capitalistas, y que una solución alternativa no puede pasar por su conquista. La acción revolucionaria significa la disolución del Estado, el cual pasa del «poder sobre» al «poder de». Es, precisamente, el poder-acción el que permite «cambiar el mundo sin tomar el poder». Para él, la autodeterminación es la única alternativa.⁴⁴

Lo que está ocurriendo en los partidos populares que tomaron el poder en América Latina, da credibilidad a la interrogación de Holloway. Es verdad que el poder corrompe y que el control del Estado no significa, automáticamente, la aplicación de alternativas reales y creíbles. Es cierto también que muchos cambios significativos de la lógica del capitalismo son el fruto de movimientos sociales construidos desde la base, de iniciativas locales y de un rechazo de las formas existentes del ejercicio del poder y, en particular, del funcionamiento de la democracia parlamentaria. Sin embargo, no se ve cómo en la realidad histórica contemporánea, se podría realizar una reforma agraria o una campaña de alfabetización sin ejercer el poder político. Eso nos reenvía al clásico conflicto entre corrientes anarquistas libertarias y los partidarios de una acción estructurada, que provocó en la historia un sinnúmero de rupturas, desde la Primera Internacional, hasta la Guerra Civil española, cuando la complementariedad de los puntos de vista tendría, precisamente, que construir el futuro y renovar el Estado.

Pablo González Casanova adopta una posición mucho más concreta y realista. Gran conocedor del zapatismo, él explica que «el planteamiento de La Otra Campaña y la Sexta Declaración de la Selva Lacandona implica una crítica al sistema político, otra al sistema social y una última a los movimientos y fuerzas que luchan en el sistema central y en el Estado». Esta actitud exige «una nueva forma de hacer política». Según él, el único camino largo y peligroso para la humanidad es organizar la fuerza y la conciencia de los pueblos frente al Estado hegemónico y al modo de dominación y acumulación capitalista, frente a una democracia electoral cada vez más vacía de programas e ideas, frente al desinterés político que se traduce en muy altos niveles de abstención. Solo una organización democrática y crecientemente autónoma de la ciudadanía puede dar su respuesta. Es claro que la «nueva forma de hacer política» no significa un fundamentalismo anarquista, ni un desconocimiento de la necesidad del poder, sino un llamamiento a salir de las formas existentes que impiden cumplir con las metas de una desalienación económica, social y cultural de los de abajo.⁴⁵

Tal vez teorizar significa, en primer lugar, ver la realidad por dentro. A veces uno se pregunta si los teóricos de las ciencias sociales jamás han vivido lo que es orga-

⁴⁴ John Holloway: «Nouveau Millénaire. Défis libertaires - Douze thèses sur l'anti-pouvoir», 3 de abril de 2007 (<http://www.tinku.org>).

⁴⁵ Pablo González Casanova: «La gran discusión», *La Jornada*, 19 de agosto de 2005.

nizar un Foro Social, trabajar en un partido político o acompañar una comunidad eclesial de base. Cuando nos acercamos a la realidad, vemos que, en verdad, las alternativas son plurales, pero existen diversos niveles: el de la utopía, ¿cuál sociedad queremos cuando afirmamos que «otro mundo es posible»?; y los del mediano y corto plazo, que dependen de las circunstancias. Eso significa, esencialmente, dos cosas.

Primero, que una definición de las alternativas a largo plazo es necesaria, para presentar objetivos y motivar acciones. Sin embargo, no se trata de una construcción intelectual impuesta desde arriba, sino de una obra colectiva y permanente, donde todos tienen su aporte, incluidos los intelectuales. Sin este esfuerzo, los logros a mediano y corto plazo pueden ser recuperados y absorbidos con facilidad, dentro de la lógica dominante y, a pesar de presentar ventajas inmediatas reales, servirán, de hecho, como decía Rosa Luxemburgo, a la adaptación y a la reproducción del sistema capitalista.

Segundo, que la dicotomía reforma/revolución es, por una parte, un desafío verdadero, porque muchos proyectos concretos escapan a la confrontación real con el capitalismo, pero también un falso problema. La radicalidad del proyecto antisistémico no debe impedir los «pequeños pasos» de los cuales hablaba Lelio Basso, el jurista italiano, fundador del Tribunal Permanente de los Pueblos, porque la gente no sufre o muere mañana, sino hoy. Sin embargo, estas iniciativas no tienen sentido, si no se inscriben en una perspectiva de transformación radical a largo plazo.

Así, la idea de Hugo Chávez del socialismo del siglo *xxi* es más que una simple maniobra política. En primer lugar, significa que, sin negar los aportes históricos, no se trata del socialismo del siglo *xx*. Chávez lo indicó en el programa de televisión *Aló Presidente*, el 5 de agosto de 2007, cuando declaró que no se trataba de un proyecto marxista-leninista, con lo cual afirmó no tanto una posición teórica como un rechazo del estalinismo, centralizador y rígido. Todos tienen que construir el sentido y la realización del socialismo: miembros de los movimientos sociales, actores políticos, intelectuales, artistas, hombres y mujeres, creyentes y no creyentes. Nos parece que una reflexión social teórica podría proponer, a título de hipótesis, para el socialismo del siglo *xxi*, cuatro ejes principales: utilización sostenible de los recursos naturales, lo cual significa una relación de simbiosis y no de explotación con la naturaleza; prioridad del valor de uso sobre el valor de cambio, lo que implica otra filosofía de la economía; democracia generalizada en todas las relaciones sociales, políticas, pero también económicas (socialización de los medios de producción) y de género; y la interculturalidad, para hacer posible que todas las culturas, saberes, filosofías y religiones, participen en la definición y la realización de la nueva vida colectiva, sobre la base de los tres ejes precedentes.

Así, no es tanto el pragmatismo lo que se debe criticar en el proceso actual de las transformaciones en el continente, sino tal vez la ausencia eventual de vinculación de las iniciativas con una meta revolucionaria. Es cierto que las resistencias en Amé-

rica Latina no son una abolición de las relaciones sociales del capitalismo, ni una desconexión definitiva *vis-à-vis* de los centros (la tríada) de poder económico, pero sí podemos hablar de «avances revolucionarios». Esta constatación evita caer en un pesimismo que sea idealista o cínico, o en una visión poco real de una izquierda maximalista, pero también, por otra parte, ella nos recuerda que los procesos son reversibles y, en consecuencia, vulnerables. Es solo una referencia continua a la utopía radical, ligada a una visión dialéctica de la realidad de las resistencias y de las ofensivas, de los proyectos y de los actores, que nos ayudará a caminar en la oscuridad para salir, poco a poco, a la luz.

3) El papel de la ética en las estrategias

Precisamente en este contexto, la ética entra como un valor central en la preocupación de los actores sociales. No podemos en este ensayo desarrollar el tema en su plenitud. Solamente trataremos de recordar algunas consideraciones generales. Las ciencias sociales están conscientes de que la ética es una construcción social, pues solo puede ser concretada en su contexto histórico y social. No es una imposición desde arriba por una instancia fuera de la historia. Sin embargo, eso no significa que su elaboración colectiva y constante carece de referentes aun orientados por una fe religiosa. Por eso vale la pena distinguir tres niveles.

El primer nivel es lo que Franz Hinkelammert llama la ética necesaria,⁴⁶ es decir todo lo que se refiere a la posibilidad de la vida. Por eso este autor no dudó en calificar el capitalismo de sistema de muerte. Es el nivel básico de la ética, que ninguno de los otros dos puede ignorar. No se trata solamente de tomar posición frente a la capacidad de la humanidad de destruir su propia existencia con las armas nucleares, lo que Hardt y Negri llaman corrupción y perversión de la vida.⁴⁷ Hay más todavía. Estudiando los efectos físicos, biológicos y antropológicos del sistema económico capitalista, Edgar Morin llega a la conclusión de que este pone en peligro la capacidad misma de reproducción de la vida, único parámetro dentro de un mundo caracterizado por la complejidad y la incertidumbre.⁴⁸

Dentro de los moralistas, John Rawls, un humanista liberal, ve en las regulaciones del sistema la solución ética. Por el contrario, Enrique Dussel, en su libro *Ética de la liberación*, analiza cómo la lógica del capitalismo llega a la destrucción de la vida ambiental y social, es decir, finalmente, de la humanidad misma. Estas reflexiones conducen al deber de deslegitimar el capitalismo en su esencia, y no solamente

⁴⁶ Franz J. Hinkelammert: *El sujeto y la ley - El retorno del sujeto reprimido*, Ministerio de Cultura, Caracas, 2006, p. 301.

⁴⁷ Michael Hardt y Antonio Negri: *Multitude*, ed. cit. (en nota 9), p. 34.

⁴⁸ François Houtart: *La ética de la incertidumbre en las ciencias sociales*, Casa Editorial Ruth, Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

condenar sus abusos y excesos.⁴⁹ En este sentido, el aporte del marxismo es muy explícito, pero también lo es en el plano religioso, la perspectiva de la teología de la liberación, un discurso sobre Dios construido a partir de la realidad de los pobres oprimidos y que subraya el carácter libertador del mensaje cristiano.

El segundo nivel es la ética institucional. Ningún sistema particular, económico, político, familiar, ninguna institución social puede funcionar sin reglas éticas internas. La sensibilidad sobre la falta de ética en el funcionamiento de los partidos políticos ha sido grande en América Latina últimamente y con razón. Se debe exigir el respeto a la democracia interna y la transparencia financiera. Sin embargo, es importante recordar también que la ética interna de un sistema particular puede entrar en contradicción con la ética de la vida. Ya Sócrates y después Adam Smith hablaban de la ética de las bandas de ladrones. Existe una ética de la mafia y también una ética del sistema capitalista (contra la corrupción, por ejemplo) que pueden contradecir el primer nivel ético. Así, no basta asegurar el cumplimiento de las normas de este nivel de ética para cumplir con el requisito fundamental. La ética de los sistemas políticos es muy importante, pero siempre en referencia con la ética de la vida, la cual tiene que traducirse en programas sociales y culturales concretos.

Por último, la ética personal de los actores políticos y económicos constituye el tercer nivel, también esencial, pero no suficiente. Nada peor que una mala institución gobernada por excelentes personas. La situación ideal sería la coincidencia de los tres niveles, por lo que se debe reivindicar. El problema concreto en la realidad es que situaciones ideales existen muy raramente. No se trata, en los procesos políticos, de elegir entre una solución ambigua y otra sin ambigüedad, sino de elegir sus ambigüedades, y en eso la opción de clase desempeña un papel central. Tampoco se trata de sustituir un análisis sociopolítico por una posición moral exclusivamente preocupada por la ética institucional de los partidos o por la ética personal de los actores políticos, que sin duda son importantes. El criterio fundamental en este caso es la posibilidad de un proyecto político de reproducción de la vida, que la desarrolla en su sentido completo, biológico, sociocultural y espiritual, para todos, con prioridad para los empobrecidos. Tal posición debe traducirse en programas muy concretos de recuperación de la soberanía sobre los recursos naturales, de apoyo a la agricultura campesina, de salud pública, de alfabetización, de acceso generalizado a la educación, de igualdad de género, de interculturalidad y de participación activa en la nueva integración latinoamericana.

Varias circunstancias de este tipo se presentaron en el continente, desde México hasta Brasil, pasando por Nicaragua. Se trataba de elegir entre dos alternativas: un sistema político ambiguo, pero de cambio, o permitirle reproducirse a un proyecto neoliberal destructor socialmente, exigiendo siempre, al mismo tiempo, la transfor-

⁴⁹ *Ibidem.*

mación ética interna de los partidos y de los actores. La tercera alternativa había sido la constitución de organizaciones políticas más claramente de izquierda, capaces de aceptar alianzas con los nuevos gobiernos sobre los objetivos que significaban «avances revolucionarios», siempre, evidentemente, con el grado de incertidumbre y de riesgo que comportan todas las opciones políticas. Por lo menos son hipótesis que se podrían proponer.

Estas son breves consideraciones sobre algunos desafíos para las ciencias sociales. Compartir estas preocupaciones es una tarea para todos, dentro y fuera del continente, porque lo que pasa hoy en América Latina tiene un sentido que va mucho más allá de sus fronteras geográficas, lo cual también es, sin duda, una fuente de esperanza.

FRANÇOIS HOUTART, sociólogo, sacerdote católico de reconocida trayectoria en el movimiento de la teología de la liberación y profesor emérito de la Universidad Católica de Lovaina, se desempeña como director del Centro Tricontinental (CETRI) de esa universidad y de la revista *Alternatives Sud*. Además, es presidente de la Liga Internacional por el Derecho y la Libertad de los Pueblos, secretario ejecutivo del Foro Mundial de Alternativas y miembro del Consejo Internacional del Foro Social Mundial. Ha escrito más de cuarenta libros.



américa, mi hermano, mi sangre

Un Canto Latinoamericano
de Dolor y Resistencia

OSWALDO GUAYASAMÍN
PABLO NERUDA

américa, mi hermano, mi sangre

En una colaboración histórica entre la Fundación Guayasamín, la Fundación Pablo Neruda y las editoriales Ocean Press y Ocean Sur, se unen por vez primera la obra de dos de los artistas más importantes de América Latina, el poeta Pablo Neruda y el pintor Oswaldo Guayasamín.

Con texto bilingüe en inglés y español, este libro utiliza extractos de la obra magistral de Neruda, *Canto General*, junto con pinturas de todos los periodos claves de la obra de Guayasamín a través de su larga carrera artística. *América, Mi Hermano, Mi Sangre* da vida a las batallas, derrotas, victorias y héroes de la historia de resistencia de América Latina.

130 páginas, ISBN 978-1-920888-73-2



Este libro termina aquí. Ha nacido de la ira como una brasa, como los territorios de bosques incendiados, y deseo que continúe como un árbol rojo propagando su clara quemadura.

Pero no sólo cólera en sus ramas contraste: no sólo sus raíces buscaron el dolor, sino la fuerza, y fuerza soy de piedra pensativa, alegría de manos congregadas. Por fin, soy libre adentro de los seres.

—PABLO NERUDA

www.oceansur.com ■ info@oceansur.com

Más que pieles negras: cimarronaje cultural en el arte caribeño contemporáneo

IVÓN MUÑIZ

Al explorar los procesos de construcción de la subjetividad colectiva en las sociedades caribeñas –y no me refiero al *corpus* del pensamiento erudito– percibimos que el concepto de «cimarronaje» se encuentra aprehendido como noción histórica, vinculado tan solo a la narrativa del apalencado. El concepto de «cimarronaje» pervive sumergido en el imaginario de la plantación. Sin embargo, actitudes de cimarronaje, transmutadas por las coordenadas del tiempo y las circunstancias, se manifiestan hoy con heterogéneos perfiles y diversos rostros marcados por una misma condición esencial: la resistencia.

El cimarronaje, planteado desde esta perspectiva, es una actitud ante la vida, un modo de actuar, una condición para existir, una cualidad que se transpira en el comportamiento y la supervivencia cotidiana de nuestros pueblos caribeños. Pero, a pesar de ello, esta cualidad distintiva, concebida como uno de nuestros mitos fundacionales, no es asumida, salvo algunas excepciones, en el imaginario popular actual. Cuando advertimos, en el entramado social de estos tiempos, alguna referencia, la noción queda enfocada con una acotación racista, a pesar de que a lo largo de la historia, la resistencia y el cimarronaje fueron claves que hicieron de la transculturación un proceso de identidad inclusiva y no excluyente.

Investigaciones contemporáneas, gran parte de ellas orientadas desde las coordenadas de los estudios culturales y las encrucijadas teóricas, propician espacios para la reconfiguración del significado y la trascendencia del concepto de cimarronaje desde las nociones de identidad, los discursos de la nación y las perspectivas de género.

Mis apuntes –parte de una investigación en curso sobre la construcción de la subjetividad en el espacio Caribe– se orientan hacia la concepción del cimarronaje como un componente común de identidad cultural en el arte contemporáneo; para ello tomaré como ejes de mi enfoque la conciencia de resistencia, los mecanismos de supervivencia desde lo precario, el sentido de identidad multicultural y multirracial, y las acciones desmitificadoras de claves estereotipadas que el imaginario colonial instauró.

Desde su posición geopolítica y la vulnerabilidad de su *status* tercermundista, enfrentando los desafíos que le imponen el dominio financiero de las corporaciones transnacionales, los invasivos retos de la alta tecnología, y estremecidas por las propias fisuras de sus proyectos nacionales y locales, las culturas caribeñas nos muestran sus habilidades para reinventar(se).

Cualquier intento de definir la región nos conduce, invariablemente, a complejas dinámicas que coexisten en la construcción de la subjetividad y a sus múltiples maneras de representarla. Las culturas caribeñas, protagonistas de constantes metamorfosis y expuestas al asedio de ficticios imaginarios *mass* mediáticos, se han forjado en la convergencia de antagónicas estratificaciones impuestas por el control y las relaciones de poder eurocéntricos, y sus producciones simbólicas han articulado, según las particularidades de cada territorio, más que líneas imaginarias, estructuras sígnicas que codifican las diferencias atribuidas a cada grupo. Las expectativas de comportamiento y distinciones culturales se han asentado como modelos o estereotipos que marcan las fronteras en las sociedades receptoras.

En nuestros días, el universo visual del Caribe traza sus propias narrativas y las configura desde la deconstrucción de una territorialidad escindida en oposiciones, donde el subalterno ha sido descolocado mediante la negación y el desplazamiento y como resultado de la compartimentación que generaron los sistemas coloniales y neocoloniales, y también desde la ruptura de límites y estigmas que precisan sus orígenes en las sociedades esclavistas, las irreconciliables diferencias raciales, clasistas y de género.

El cimarronaje cultural se revela de diversas maneras en:

- la indagación del creador en su pasado ancestral desde presupuestos ontológicos y aproximaciones antropológicas;
- la apropiación, reformulación e inclusión de elementos y rasgos de la cultura popular;
- la desacralización o reritualización de prácticas religiosas y sus cuerpos ceremoniales;
- el reciclaje de materiales como única opción para crear;
- las emergentes posibilidades de proyección participativa y de comunicación social;

- las estrategias de resistencia frente a la marginalización y exclusión de auténticas expresiones nuestras en significativas plataformas culturales internacionales;
- las habilidades operativas de los creadores ante el freno y la invisibilidad a discursos *otros* que rompen con el paradigma que seduce al mercado.

Las acciones de cimarronaje del arte caribeño contemporáneo, nacen en el propio acto de desafiar el poder hegemónico que subraya la exclusión en torno a los ejes verticales de bipolaridad: centro-periferia y norte-sur. Con subversivas tácticas de resignificación y deconstrucción antieurocéntrica de los modelos dominantes, los artistas, como representantes de una subalternidad de cuerpos «subordinados» en resistencia, revelan su potencial contracultural sin intención de extinguirse en esencialismos culturales.

Los artistas caribeños contemporáneos cuestionan la retórica del control metropolitano, la dependencia de cartografías que precisan fronteras de exclusión, defienden nuevas formas de identidad y de territorialidad que viven más allá de la nación oficial y las fronteras geográficas. La imaginación artística funciona como un espacio substancialmente subversivo, de reubicación cognitiva que rechaza tanto los hipertrofiados y oportunistas discursos del *tropical paradise* como aquellas trampas que tiende la globalización con su manipulada desjerarquización cultural y silenciamiento de la diversidad.

Voces de resistencia en el vasto mar de los sargazos

Sandra Ramos, una de las protagonistas más activas en el arte de la pasada década del noventa en Cuba, incursiona en comportamientos psicosociales vinculados a prácticas de la religiosidad popular. La artista se aproxima a uno de los cultos con mayores adeptos: la devoción a San Lázaro, y precisamente no al San Lázaro obispo, venerado por la Iglesia Católica en su liturgia oficial –cuya historia aparece registrada en el *Evangelio según San Juan*–, el hermano de Marta y María, a quien Jesucristo resucita después de cuatro días de haber muerto, sino al de la parábola «El rico y Lázaro» según San Lucas, el inválido, el harapiento cubierto de llagas que lamen los perros, quien mendiga a la puerta del rico, y al que el pueblo sincretizó con Babalú Ayé, invocado desde el dolor para que cure enfermedades y proteja nuestras vidas, y a cuyo templo en el pueblo de El Rincón, en las afueras de la ciudad de La Habana, llegan multitudes, cada 17 de diciembre, en una conmovedora y dramática peregrinación. En el conjunto de instalaciones *Promesas*, exhibida en 2003, en la Galería Latinoamericana de la Casa de las Américas, la artista documenta con fotografías, videos, exvotos y esculturas del santo, una acción socio-religiosa colectiva que no languidece y a la cual vemos aferrarse con mantenida fe, a pesar de las adversidades, a múltiples generaciones de cubanas y cubanos.

Peter Minshall, artista de origen guyanés que reside hace muchos años en Trinidad y Tobago, con extensa trayectoria en el diseño de espectáculos, *performances* y expresiones visuales, confronta la cultura popular con los modelos estéticos de Las Vegas y Miami; el carnaval posesionado en su máximo esplendor, con su proyección pública y participativa.

Pintura, multimedia, instalación, *performance* y fotografía son los géneros que más ha explorado la artista cubana María Magdalena Campos-Pons para abordar temas como la identidad cultural, la travesía del esclavo africano, la segregación racial y de género. Campos-Pons orienta su discurso hacia dos aristas que se funden: lo femenino y lo etnoracial, atribuyéndole especial lugar a la experiencia individual, al yo narrador en una indisoluble relación con la genealogía materna. Sus protagonistas son mujeres negras que pertenecen a un mundo excluido, al cual durante años se le impidió traducir su imaginario, verbalizar su existencia, graficar sus modos de verse.

Su instalación *Conversando suave con mamá* (1997) podemos ubicarla en el territorio de la etnobiografía. Es un fabuloso canto a la maternidad desde la dignidad que ella merece; un retrato familiar revelado mediante objetos domésticos usados, por varias generaciones de mujeres de su familia, para sobrevivir. Trabajando en casas de otra gente, estas mujeres lavaban y planchaban ropas que solo desde los sueños y la utopía podían poseer. En este deseo irrealizable, en este pequeño espacio de frustración femenina, se detendrá la artista para subvertir aquella realidad y devolver(les) *otra*, enaltecida, construida desde su imaginario, tal como la desearon aquellas mujeres en su tiempo. Elegantes réplicas de tablas de planchar quedan situadas en posición vertical. Las tres superficies más grandes sirven de soporte para la proyección de imágenes a color con acciones de la propia artista, quien en silencio da pasos desplazándose en un espacio físico limitado, para lograr la conexión intertemporal; las otras tablas muestran fotografías de distintas generaciones de mujeres de su familia. María Magdalena quebró el silencio. El tropo de la maternidad le concedió la facultad del habla, en una metamorfosis que precisa el mordaz recuento de su existencia.

Como un predicador que denuncia desde la reafirmación de su identidad, como un provocador que estremece la mirada y la conciencia del *otro* desde la punzante confrontación, se nos presenta el artista cubano Juan Roberto Diago.

Las grandes dimensiones de sus telas esculturadas, las atrevidas superficies máticas portadoras de una irritante factura, el audaz aprovechamiento del accidente, la manipulación de elementos reciclados brutalmente manipulados, logran, sin dudas, violentar nuestro equilibrio visual, tratan, en forma explícita, de devorarnos, en un acto de canibalismo que nos impone un despertar. La rudeza nos desconcierta, la ruptura con el hedonismo nos impacta, el yute de los sacos de café provenientes de Ghana, que recuperaba en los almacenes de materia prima a inicios del «período

especial» con la doble intención de solucionar el soporte en medio de la crisis económica y evocar el viaje trasatlántico del esclavo, cubre el bastidor de manera cruda, lleno de costurones como si fuesen marcas en las pieles de muchos, el hierro es óxido por el imperdonable paso del tiempo, sus parches entretejidos operan como inventarios de leyendas.

Diago no ilustra la historia, no pretende narrarla ni describirla, su desplazamiento es más esencial, atraviesa el tiempo y retrocede hasta situarse en el instante preciso para reivindicar(se) en un grito: *España, devuélvanme a mis dioses* y agregar: *Difícil no es ser hombre, es ser negro*; o volver al presente en una tela-mural que enuncia: *Cuba sí, jodido, negro 100%*. La energía concentrada en sus piezas es la mejor prueba de la certeza de su pertenencia y resistencia.

La artista de Trinidad y Tobago, Abigail Hadeed, orienta su lente hacia la historia de comunidades procedentes del Caribe anglófono que habitan en Centroamérica (Puerto Limón en Costa Rica y Colón en Panamá). Esas comunidades, que comienzan a asentarse en estos territorios a inicios del siglo xx, migraron en busca de oportunidades de trabajo en la construcción del ferrocarril centroamericano, el Canal de Panamá, la United Fruit Company (UFCO), justo en el momento de la génesis del monopolio del mercado bananero en Centroamérica, un momento en el que tuvo gran influencia el pensamiento y la acción de Marcus Garvey, el nacimiento de la Universal Negro Improvement Association (UNIA), la creación de una conciencia racial y social para generar la autoestima y unificar las comunidades negras, la fundación de la Black Star Line para realizar el sueño del *comeback* a África e instaurar una república negra libre en Liberia.

Abigail atrapa a protagonistas de este proceso de reterritorialización y transterritorialidad (África-Caribe anglófono-Centroamérica) amparada por su acción plástica que nos conduce a la revisión de las nociones estáticas de frontera y nación, teniendo en cuenta los cambios demográficos que tuvieron lugar en la región. A Abigail le interesa llamar la atención sobre las historias silenciadas y borradas de estas comunidades, islotes-enclaves/pueblos negados. Y apunta «el impacto que el aislamiento y el tiempo han tenido en estas comunidades», el deterioro del paisaje urbano, el desamparo, «su pasado doloroso y un futuro incierto como una herencia que abre paso a una genealogía más plural», historias *in continuum*: esclavitud-migración-mercado laboral, la transmigración. La artista jamaicana residente en Trinidad y Tobago, Roberta Stoddard en sus notas sobre este ensayo fotográfico habla de «amputaciones espirituales, mentales y físicas del pasado» y de cómo «el espíritu de la esclavitud sobrevivió a la institución».

El reciclaje de materiales como acción de cimarronaje

Abigail Hadeed aborda en otra serie el proceso germinativo de las *steel bands* y llama la atención sobre el uso de la imaginación y la creatividad del pueblo para

transformar sus circunstancias. Ante la imposibilidad de adquirir instrumentos musicales, el pueblo trinitario, desde 1940, transforma los bidones de la industria del petróleo (tanques de 55 galones) en tambores para las *steel bands*, instrumentos simbólicos de la resistencia espiritual y cimarronaje de una comunidad ante el poder colonial. La base de los bidones es martillada, moldeada y marcada con una escala de notas para producir sonidos de una infinitud de instrumentos musicales. Se producen tambores tenores, guitarras, violoncelos, dependiendo de la altura final del tambor. Los bajos son formados por tambores chicos. El conjunto final es una orquesta versátil, que puede tocar desde el calipso hasta música clásica.

En Haití, como en otras zonas del Caribe, encontramos considerables muestras de la estética del reciclaje. El joven artista Nasson –que tal parece retomar el arte del fetiche del Congo– construye con habilidad, sin antecedente alguno de estudios académicos, sorprendentes ensamblajes-esculturas, especie de «paquetes cargados», en los que se funden metales diversos de desechos. *Loas*, crucifijos y santos vibran en una atmósfera popular que oscila entre la modernidad y la tradición.

Las técnicas tradicionales del metal aplanado y repujado que retoma nos remiten a una escuela popular de maestros artesanos del metal, que tuvo su origen en Haití con el artista George Liautaud, en 1953, quien forjaba cruces de hierro para los cementerios inspirándose en los trazos *vêvês* y creaba figuras tridimensionales atornilladas que representaban *loas*, hasta que decide trabajar en el cincelado de los bidones, para lo cual establece una herrería en el pueblo de Croix des Bouquets, donde se nuclearon artesanos procedentes de los sectores más humildes, que llegaron incluso a crear escuelas con variantes estilísticas como las de Serge Jolimeau, Gabriel Bien-Aimé y Lionel Saint-Éloi, quienes alimentan esta tradición en la actualidad.¹

El dominicano Marcos Lora ha dedicado considerables espacios de reflexión conceptual a las nociones de resistencia y revisión de nuestra historia. En la instalación *La Calimba*, expone el propio objeto de hierro (recreado por él mismo) con el cual quedaban marcados los cuerpos de los esclavos como propiedad de sus amos. El artista parte del significado dramático e ignominioso de la marca y la huella de «la calimba» para atravesar el tiempo y exponer, en una muy sagaz y lograda comparatística de significantes, formas contemporáneas que manipulan y controlan al individuo desde el registro y la exclusión, como los pasaportes y los documentos de identificación, que nos sitúan en perturbadores espacios de conversión existencial.

Desde la conciencia de un cuerpo sexuado, la artista puertorriqueña Ana Rosa Rivera traduce en sus proyectos fotográficos y *performances*, la ambigüedad y la confusión identitaria de su nación. Rivera enfatiza lo conflictual e inquietante de lo ontológico-político. En los proyectos *Cobito* (1998) y *Carrucho* (2000) ahonda sobre la

¹ Ivón Muñiz: «El bós metal: huellas de una tradición», *Anales del Caribe*, no. 11/1991, Casa de las Américas, La Habana, pp. 217-220.

complejidad de significados de la concha como espacio-isla, armadura u hogar, sitio de ocultamiento, metáfora sexual, símbolo reproductivo. Precisamente, este es el momento en que la artista comienza a desarrollar el concepto de camuflaje y travestismo para retomarlo en su serie posterior *Retratos de ELA* donde atrapa con el lente a una ELA, símbolo del Estado Libre Asociado, que muestra con regodeo erótico su concha como síntesis del surgimiento de la vida y como recurso de ocultamiento de la verdad.

En momentos en que el mundo se cubre de un aura de desconcierto, cuando la incertidumbre es agenda cotidiana y muchos hablan de la posthistoria, las culturas caribeñas defienden la (auto)reescritura de su historia, en la cual se validen la memoria excluida y marginada, las voces alternativas y saboteadas, los conflictos encubiertos y silenciados. Se trata de enfrentar y dinamitar los discursos de poder para corporeizar, en acciones culturales, ese *otro* que somos.

IVÓN MUÑIZ, máster en Arte, crítica e investigadora especializada en cultura caribeña, ha participado como ponente en numerosos encuentros y coloquios internacionales y sus colaboraciones aparecen en diversas publicaciones del Caribe, de los Estados Unidos y de Europa. Es editora adjunta de la revista *Contexto Latinoamericano*.

Otra vez Marcelo [Quiroga]: testimonio de un proceso de creación teatral

CÉSAR BRIE

Es difícil escribir sobre Marcelo Quiroga Santa Cruz. Lo que tenía que decir está en nuestra obra teatral. En ella tratamos de cederle la palabra tanto en los aspectos íntimos y personales como en su historia política, porque a los bolivianos les hace falta recordar lo que decía y a quiénes se dirigía. Demasiado olvidada está su voz, incluso en estos días, cuando el insulto corre más rápido que los argumentos y las inútiles polarizaciones pueden conducir nuestro país a un baño de sangre. Durante años se recordó el asesinato de Marcelo y la desaparición de sus restos, pero pocas veces alguien resaltó su pensamiento y sus acciones, aquellas ideas y tomas de posición que lo llevaron al martirio.

Su vida

Marcelo Quiroga Santa Cruz nació en Cochabamba, Bolivia en 1931. Escribió a finales de los años cincuenta la primera gran novela urbana de Bolivia, *Los deshabitados*, con la que ganó el prestigioso premio Faulkner. Dejó una novela inconclusa, *Otra vez marzo*, y diferentes ensayos, poemas y proyectos literarios, además de un film experimental. Fue director de teatro y editor de una revista de artes y de un periódico crítico de la realidad política. Precisamente su pasión política terminó absorbiendo el tiempo del artista.

En 1964 hizo en el Parlamento la primera interpelación sobre el gas de Bolivia, para tratar, infructuosamente, de separar el gas, apenas descubierto, de la legislación de entonces sobre los hidrocarburos, basada en el código Davenport, que depauperó a Bolivia. Para impedirle exponer con calma y profundidad, se le obliga a realizar su interpelación de una sola vez. Habla, entonces, durante catorce horas seguidas. Todo el gobierno está presente y nadie, a pesar de votar casi todos contra él, se atrevió a desmentir la exactitud de sus análisis. Fue, como él dijo años más tarde, «una derrota formal y una victoria moral».

Un año después, inicia en el mismo Parlamento un juicio de responsabilidades contra el presidente René Barrientos y uno de sus ministros, que le costará amenazas telefónicas, tres bombas en su casa y una citación al juzgado, la cual culminará con su secuestro, por parte de militares del mismo edificio al que había sido convocado. Le salvará la vida la publicación inmediata de las fotografías hechas por el periódico *Presencia*, publicadas en edición especial esa madrugada, mientras Marcelo enfrentaba, en un lugar perdido del altiplano, los preparativos de su fusilamiento, abortado con una orden tempestiva dada por radio a los encargados de su ejecución. El secuestro se transformará en confinamiento en un campo de concentración, en la jungla, y luego en varios meses de prisión en la cárcel de San Pedro, en La Paz, de la que solo saldrá luego de la muerte de Barrientos.

A los pocos días de su liberación, en un programa de Radio Altiplano, pronunciará un memorable discurso sobre la soberanía y dirá respecto a su secuestro, confinamiento y prisión que «no interesan las anécdotas sino la historia» y que «no importa lo que conmigo hubiera ocurrido cuando hay tantos que no tienen la fortuna de figurar en letras de molde y cuyos nombres han sido olvidados y no son más que números en las estadísticas del infortunio».

En 1969, cinco años después de su interpelación sobre el gas, el gobierno militar de Ovando nacionaliza el petróleo. ¿Quién redacta el decreto de nacionalización? Marcelo Quiroga Santa Cruz, que ha aceptado ser Ministro de Minas de dicho gobierno, con ese objetivo. Quienes conocen los entretelones de esta nacionalización hablan de un Marcelo que trabajaba arduamente para convencer a una clase militar nacionalista, pero demasiado ligada a los intereses norteamericanos como para poder expropiar sin temores a la Gulf Oil Corporation de los Estados Unidos.

Su discurso en Plaza Murillo, «han acudido ustedes a esta pequeña plaza del país más olvidado y dependiente de América Latina», después de la nacionalización, es una de las grandes piezas oratorias de la historia política de Bolivia. Ese mismo día de triunfo de los intereses populares en Bolivia, Marcelo, en una conferencia de prensa, declara: «Estoy decidido a luchar con todas mis fuerzas para que esta victoria formal, no se transforme en una derrota moral». Como ironía del destino, quedan las fotos del día de la nacionalización donde detrás de Marcelo que firma y de Ovando que contempla, se encuentra el edecán de este, Arce Gómez, quien será, once años más tarde, el organizador material de su asesinato. Las cifras que el gobierno decidirá entregar como indemnización a la Gulf provocan que Marcelo renuncie a su cargo de Ministro de Minas, un par de meses más tarde. Posteriormente funda el Partido Socialista.

El saqueo de Bolivia es el libro que recoge las ideas de Marcelo sobre la explotación de los recursos naturales no renovables, por parte de las transnacionales. En 1971, ante el golpe de Estado de Hugo Banzer, Marcelo combate en las calles, armado con un viejo fusil. Debe luego esconderse y partir al exilio. Va a Chile, después a Argen-

tina, donde escapa con su esposa de un intento de asesinato de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) en 1974. Se radica en México donde enseña Economía Política y Filosofía en la Universidad, escribe en un periódico los textos publicados, posteriormente, en *Hablemos de los que mueren*, y critica la entrega de las riquezas petroleras que el gobierno militar del general Banzer realiza. Su libro *Oleocracia o patria* es publicado en México muchos años después de su muerte.

Regresa a Bolivia antes de la caída de Banzer y en los dos años de breve democracia que siguieron a ese régimen, participa en tres elecciones con su partido político, que se convierte en el cuarto del país; la opinión de Marcelo es cada vez más influyente y escuchada. Inicia, entonces, en el Parlamento un juicio de responsabilidades al ex presidente de facto Hugo Banzer Suárez, a quien acusa con pruebas de más de doscientos delitos cometidos durante su dictadura (genocidio, traición a la patria, malversación, venta de tierras fiscales en beneficio de parientes y amigos, contrabando de autos, complicidad en el plan Cóndor, etcétera). Será esta iniciativa su condena a muerte.

Si bien el golpe de Estado es realizado el 17 de julio de 1980 por el general Luis García Meza, es sabido que Banzer clamaba por un nuevo golpe que detuviera el juicio en su contra. Los paramilitares que asaltan la sede de la Central Obrera Boliviana, separan a Marcelo de los demás y le disparan son miembros del grupo de seguridad de Banzer. Marcelo malherido es llevado a la sede del Estado Mayor, donde es salvajemente torturado. Su cuerpo aparecerá en un baldío, junto al de Carlos Flores, barrido con él por la misma ráfaga de metrallera. Luego serán ambos secuestrados de la morgue, en la cual, con anterioridad, alguien había podido fotografiarlos. Y aquí se pierden los rastros.

La familia recibirá de un cura, una bolsa de plástico con cenizas, huesos, su reloj y su anillo. Ningún examen de ADN podrá establecer la identidad de esos restos. Un testimonio militar habla de un entierro clandestino del cuerpo hecho pedazos y chamuscado con gasolina en un predio baldío colindante a la sede del Estado Mayor, donde hoy circula una avenida. Aquí comienza otra historia, la de la búsqueda de sus restos y la burla que los autores y responsables han hecho a las peticiones de la familia. Y se inicia también el papel extraordinario desempeñado por Cristina Trigo de Quiroga, la viuda de Marcelo, quien luchó durante diez años hasta que obtuvo el juicio contra el general García Meza, que finalizó con la condena a cadena perpetua de este.

El mandante, Banzer, nunca fue tocado. El juicio en su contra no fue retomado y como resultado de esta amnesia originada con el asesinato de Marcelo, Banzer llegó a ser Presidente de la República elegido «democráticamente», con solo el 24% de los votos. Es curioso cómo los mismos periódicos que hoy acusan de «dictador» a Evo Morales, elegido con el 54% de los votos, se encargaron de ensalzar al dictador «arrepentido» en su nueva máscara democrática.

Nuestra obra

Desde que llegué a Bolivia, en 1991, oí hablar de Marcelo. No solo de las circunstancias de su muerte sino, sobre todo, de la necesidad para el país de una persona de su talla moral e intelectual. Tenía la impresión de que quienes me hablaban estaban huérfanos de Marcelo. La casualidad quiso que el editor del *Tonto del Pueblo*, revista del Teatro de los Andes, fuera su sobrino. Del trato editorial nació una amistad tímida y profunda, y así fui conociendo detalles de la vida de Marcelo, de su muerte y desaparición, y me enteré, poco a poco, de la indignante humillación que sufrió y sufre la familia en la búsqueda de sus restos.

Estos dos motivos, la orfandad y la burla me decidieron a hacer una obra sobre la vida y el pensamiento de Marcelo. José Antonio Quiroga me facilitó sus libros y algunas fotocopias de sus escritos inéditos. Eran recopilaciones de sus intervenciones parlamentarias, de conferencias, de programas radiofónicos, hasta de reuniones de familia. Luego, en México, Hugo Rodas, quien escribe su biografía y elabora el plan de la publicación de sus obras completas, me recibió en su casa, me dedicó dos días de su poco tiempo para hablarme de Marcelo y me entregó un tesoro: decenas de cintas grabadas con su voz, intervenciones parlamentarias, programas radiofónicos, entrevistas y conferencias.

Durante un año estudié sus textos y escuché sus discursos. Se fue delineando ante mí una figura gigantesca. Un héroe civil, inerme, un orador incomparable, un estudioso severo de la realidad de su país, un artista extraordinario, un político de moral intachable, una especie de oráculo que previó, denunció (y desgraciadamente acertó) el destino de Bolivia desde hace cuarenta años hasta el presente. ¿Cómo representarlo? ¿Cómo explicar su pensamiento político? ¿Cómo contar sus obsesiones artísticas, sus vicisitudes personales, sus batallas?

Una de las claves me la dio la familia: su esposa Cristina, sus hijos Rodrigo y Marisol, su sobrino José Antonio, su cuñado Miguel, recientemente desaparecido. Los entrevistamos con Mia, mi mujer y la actriz que en la obra representa a Cristina. Fueron testimonios de diferentes tipos. Así, desde los recuerdos conmovidos, risueños, dolorosos y sinceros, desde las anécdotas y los sueños, apareció el hombre Marcelo, el marido, el padre, el amigo, el consejero.

Del relato de la búsqueda de sus restos, de la burla a la familia, de las amenazas, las pistas falsas, surgió la certeza de que la democracia en este país sigue teniendo una grave deuda con Marcelo. Las Fuerzas Armadas, al ocultar la información sobre el destino de sus restos, siguen cumpliendo hasta hoy un papel vergonzoso y lamentable. Y los presidentes constitucionales que desde 1982 hasta la fecha han asumido el poder, a pesar de proclamar su amistad con Marcelo, hicieron poco o nada para que se llegue a la verdad en el delito de su desaparición. En el caso del Gobierno Constitucional de Banzer, el principal beneficiado con la muerte de Marcelo, se llegó a boicotear abiertamente el trabajo de la comisión investigadora de su paradero.

La otra clave surgió de sus textos, discursos y conferencias: su pensamiento político, la defensa de la soberanía boliviana y de la propiedad estatal de los hidrocarburos, su idea de nación, sus denuncias a las prácticas corruptas ya sea referidas a la compra de conciencias y sobornos, o al mal uso de las funciones públicas.

Marcelo nunca insultaba, nunca usaba adjetivos, se refería con respeto y altura a sus adversarios y enemigos políticos, lo que estos no hicieron. Fue amenazado, insultado y denigrado por la derecha que terminó asesinándolo, y fue difamado por buena parte de la izquierda de entonces que tuvo en Marcelo un crítico severo ante cada decisión oportunista o posición maximalista. La historia ha terminado por colocar a cada uno en su sitio. Marcelo muerto, se ha vuelto un mito. Los otros (derecha y ex izquierda) han conducido a Bolivia, con sus gobiernos, al estado de miseria y exclusión en que hoy se encuentra.

Lo más difícil fue, en el texto, lograr sintetizar en un lenguaje teatral, breve y conciso, un pensamiento político argumentado y complejo. Tuve que elegir, descartar, seleccionar y sintetizar sus discursos, sus análisis, sus entrevistas. Trabajamos entonces tratando de unir la vida personal de Marcelo con la historia de su pensamiento. Las consecuencias de sus acciones se reflejaron siempre en la vida privada. Marcelo era un hombre pacífico que se oponía a que su hijo usara, como cualquier niño, pistolas de juguete, mientras estaba obligado a ir al Parlamento con chaleco antibalas y a veces debía salir de casa con un revólver en el bolsillo. El exilio, los intentos de asesinato, las bombas en la casa, las amenazas telefónicas, el secuestro y posterior confinación marcaron la existencia de toda la familia.

Así surgió, se agigantó hasta volverse indispensable en nuestra obra la figura de Cristina, la esposa de Marcelo. Es una historia de amor extraordinaria. Se casaron adolescentes. Ella lo acompañó en cada instante, lo apoyó en todas sus decisiones y le ordenó sus papeles y archivos. Luego de su muerte, luchó por diez años hasta lograr que se condenara al general García Meza, quien diera la orden de su asesinato. Siguió y sigue buscando aún, junto a su familia, los restos de Marcelo. Cristina, en la obra, se ha vuelto el paradigma de la memoria de los desaparecidos, oponiéndose solitaria, silenciosa y dignamente cada día, al embotamiento y olvido con que quedan impunes en nuestras democracias las violencias sufridas en las dictaduras pasadas.

Me acompañaron en esta creación, desde el principio, tres poesías de Roberto Juarroz, que fueron la guía ética de nuestro trabajo; dos de ellas adaptadas forman parte del texto, gracias al permiso de su viuda. Mis otros compañeros del Teatro de los Andes, ayudaron durante un mes entero creando imágenes y metáforas visuales que amplificaran y alejaran la obra del mero documental. A ellos va el mérito de muchos instantes de poesía visual que atraviesan la escena.

La obra contaba una historia política y familiar al mismo tiempo. Cristina y la familia pusieron a nuestra disposición todos sus álbumes de fotografías. Escaneamos

ese material y otras fotografías documentales de algunos momentos políticos. Trabajamos con un proyector durante semanas. Pretendíamos habitar las fotos y las reproducciones de cuadros, formar parte de ellos. Los proyectábamos sobre nuestros vestidos, nuestros cuerpos.

Fotografiamos calles, plazas y edificios. Proyectamos esas fotografías hasta que descubrimos el ambiente adecuado. Luego un pintor amigo, César Torrico, sobre la base de ese modelo, pintó un lienzo. Lo hizo en modo no naturalista, usando trazos que sugerían en vez de completar. Sobre ese lienzo re proyectamos y elegimos las imágenes. Marina Chávez Prudencio trabajó dos meses recortando las fotos y preparando las secuencias que habíamos elegido. El efecto que debía dar la proyección de recuerdos que surgieran del lienzo: rostros manchados por los trazos de la pintura, como si los recuerdos estuvieran descascarados por el tiempo. Iluminamos el lienzo siguiendo las líneas del dibujo, con faros de recorte que nos permitían crear un alba, o un anochecer, o un sol que despunta, o la sombra de una pared en contraste con otra iluminada. Combinamos fotos y luz.

Luego, ya en una fase posterior, eliminamos las secuencias que distraían de la historia y la acción. Quedó lo esencial. Cambiamos las acciones actorales para que se fundieran a las proyecciones. Podría parecer un trabajo de alta tecnología y, sin embargo, usamos solo cuatro faros para estos efectos. Suplimos con este trabajo largo y detallado la falta crónica de recursos.

Nuestra obra, entonces, se ocupa de Marcelo y de Cristina. Cuenta una historia de amor en un tiempo de violencia e injusticia, cuenta un pensamiento político y una actitud ética. Se dirige sobre todo a los jóvenes, porque esta historia nunca les es contada en los bancos de la escuela ni en las universidades, y los partidos que han gobernado Bolivia en estos años, han hecho lo posible para que la memoria de Marcelo no incluya el conocimiento de sus acciones, de lo que pensó y sostuvo.

Estudiando su vida y sus obras, me parece haber aprendido más sobre Bolivia, que en todas mis lecturas anteriores. El resultado de esta pieza teatral es, en lo que a mí respecta, haber añadido mi persona al número de los huérfanos de Marcelo. Sé que esta orfandad, para ser legítima y aceptable a sus ojos, debe transformarse en una «actitud crítica, vigilancia constante y exigencia intransigente», como él le pidiera a la muchedumbre reunida en Plaza Murillo, desde los balcones de Palacio, el día en que firmó el Decreto de Nacionalización del Petróleo.

Podría parecer que esta obra se ocupa del pasado. No es así. Por un lado, la desaparición es un delito actual, que se perpetúa y vuelve a cometerse cada día hasta que el cuerpo no aparezca, aunque los poderes del Estado finjan ignorarlo. Por otro lado, no hay una palabra dicha por Marcelo en aquellos años que no sea actual. No hay una posición de entonces que él asumiera que no sea hoy defendible. Y en estos instantes en que el país se debate una vez más entre «la Bolivia oficial y la Bolivia real divorciada de sus gobernantes» recordar su historia y estudiar su pensamiento

se vuelve necesario y urgente, para no seguir contribuyendo con apatía y superficialidad, «con morales laxas y conciencias adormecidas por la satisfacción material» a la exclusión, la injusticia y la miseria «del país más olvidado y dependiente de Latinoamérica».

CÉSAR BRIE, destacado dramaturgo argentino, fue fundador del grupo teatral Comuna Baires en 1971, del Teatro Laboratorio Tupac Amarú en el Centro Social Isola (Milán, Italia) en 1975, del grupo internacional Farfa (hoy parte del Odin Teatret de Dinamarca) en 1980, y del Teatro de los Andes (Bolivia) en 1991. Ha realizado numerosas giras a diversos países. Autor de veintidós obras teatrales, ha actuado en treinta puestas en escenas, de las cuales, en veinticinco, fue también director artístico.

Visiones del poder en la fotografía latinoamericana del siglo xx

NAHELA HECHAVARRÍA POUYMIRO

*Fotografiar es apropiarse de lo fotografiado.
Significa ponerse en cierta relación con el mundo,
que se siente como conocimiento y –por ello– como poder.*

Susan Sontag

En medio del descreimiento y la desazón que el mundo globalizado actual nos impone, intentar un recorrido por el siempre incierto devenir de la historia de los pueblos latinoamericanos parece ser, al menos, una eficaz contrapartida a la desmemoria.

Cada vez que volvemos la mirada a los textos fundadores y las imágenes que sobre América Latina han circulado a lo largo de sus cinco siglos de (re)descubrimiento, comprobamos el inequívoco propósito descriptivo, clasificador, segregativo que supuso para el hombre blanco europeo nombrar «lo desconocido». La condición de otredad que aún hoy mantenemos según la civilización occidental europea, pese a loables y decisivos esfuerzos, fue, sin dudas, una coartada que sirvió para entronizar el discurso colonizador impositivo. Desconocer, ignorar y someter han sido prácticas conductuales bajo las que se hicieron los más impensables destrozos y sobre las que se erige la historia de los pueblos, latinoamericanos o no.

Como respuesta, desde inicios del pasado siglo, hubo una inversión de la mirada, hacia dentro, para tratar de contar las historias nacionales desde los presupuestos y condiciones específicos de cada país latinoamericano. Bajo la influencia de los movimientos y luchas de liberación nacionalistas que durante los siglos xix y xx estremecieron el continente, cobró auge un pensamiento descolonizador que ha ido evolucionando de acuerdo con los cambios de contexto acaecidos.¹ Para nadie pasa inadvertida la capacidad de manipulación que el relato histórico comporta como

¹ Cabría hacer una salvedad para aquellos países caribeños que aún hoy mantienen un estatus especial de «tierras de ultramar» con respecto a sus metrópolis como pueden ser las Antillas francesas, holandesas e inglesas, o la no menos conflictiva situación de Puerto Rico como «estado libre asociado».

narración. Los silencios y distorsiones, pero también la relevancia de acciones y momentos en el transcurso del tiempo, son parte de la construcción de la historia.

Asimismo, desde su aparición, la imagen fotográfica mostró, rápidamente, su capacidad para «apresar» el instante y emergió como documento indiscutible de «lo ya acontecido». Esta es también una de las prerrogativas asociadas a la fotografía que no es sino una invención, un axioma en el cual se decide creer o no, y que dirige su atención hacia la necesidad de cierta responsabilidad y de eticidad en el fotógrafo, sobre todo en el espacio periodístico desde que, a finales del siglo XIX, se insertó en las planas de los diarios.

En la fotografía los grados de manipulación –o su contrario, de objetividad– parecieron fundamentar el acento y la evaluación que se le adjudicaba en el campo de la *expresión* y de la *información*. Se le exigió a la imagen el cumplimiento de una función: la de convertirse en crónica gráfica del acontecer. Pero también hubo transgresores que buscaron, desde la experimentación constante, trascender los límites de «lo real» –una categoría escurridiza susceptible de fragmentaciones y subjetivaciones– hacia lo imaginario, la evocación de procesos mentales, muchas veces intangibles, pero decisivos para la comprensión del universo íntimo del hombre, sus anhelos e inquietudes.

Analizar el lugar que adquiere el poder como tema –subyacente o explícito– en la fotografía latinoamericana del siglo XX, puede resultar un empresa si no difícil y conflictiva, al menos poco gratificante, pues, aunque la historia de la pasada centuria en el continente transitó por momentos de gran espíritu liberador, sobresalió también por el ejercicio arbitrario del poder en largas y sangrientas dictaduras, las guerras civiles y las condiciones de (neo)colonialismo, dependencia e injerencia imperialistas.

El estudio e identificación del poder como tópico en la fotografía pasa, primeramente, por la posición que adquiere el *hacedor* de imágenes. Es el fotógrafo la primera instancia de análisis, pues, según Susan Sontag, «el acto de tomar fotos es la imagen del rapto, la violación». Al escrutar el mundo y seleccionar un fragmento de él, el fotógrafo se encuentra en una posición de poder, en tanto controla la percepción y, por consiguiente, la *construcción* de la imagen que perdurará, aún a pesar suyo. En cierto modo, cumple con «develar» lo que no vemos habitualmente. El tácito equilibrio que en ella se establece entre lo oculto y lo explícito² es lo que se reconoce como sus componentes connotativo y denotativo.

Todas las teorías del discurso –sea textual o visual– están encaminadas a oponer en un mensaje dos aspectos distintos: por una parte, el aspecto *semántico* o *denotativo*, lo que se dice, y lo que es traducible objetivamente sin pérdida de contenido a otro lenguaje, lo que se muestra en la imagen [...]; y, por otra, el aspecto *estético* o *connotativo*, todo lo que se liga al mensaje de manera implícita sin que necesariamente sea dicho de modo explícito, todas las asociaciones, todos los armóni-

² Susan Sontag: *On Photography*, Anchor Books Doubleday, New York, 1990.

cos que vienen de manera más o menos necesaria a la mente del espectador que contempla el mensaje.³

El fotógrafo es, pues, el encargado de hacernos ver, y ese poder es una responsabilidad que se relaciona no necesariamente con el apego a una objetividad a ultranza, sino con la obligación de comunicar y reflexionar sobre el presente y el pasado, para así poder entrever el futuro.

En el principio... la historia

La fotografía en América Latina tiene una larga tradición. Aun cuando es reconocido internacionalmente que en 1826 el francés Joseph Nicéphore Niepce realizó la primera fotografía, hacia 1833, en Brasil, Hercules Florence –también de origen francés– llegó a similares resultados, aislada e independientemente⁴ y, sin embargo, no goza del mismo renombre. La historia de la fotografía también presenta vacíos y omisiones que la investigación de los acervos fotográficos nacionales puede llegar a relativizar e incluso a impugnar.⁵ En la mayoría de los países al sur del Río Bravo, la fotografía arribó a finales de la década de 1830 e inicios de la siguiente para, rápidamente, ocupar un lugar decisivo en la relación que, a partir de ese momento, el más común de los hombres guardó con el mundo de la imagen.

Comenzó una nueva etapa en la que el acceso a la (auto)representación pudo ser más directa. Hasta entonces, el «derecho» a ser objeto y luego poseedor de un retrato pictórico dependía, en lo fundamental, del nivel económico o relevancia de la familia, personaje o grupo representado. La fotografía se convirtió en subversiva del poder económico, en tanto que permitió el control sobre la imagen de sí a amplios sectores sociales antes *invisibles* para el arte, como no fuera en temas costumbristas. La proliferación de Estudios Fotográficos y la aparición de los llamados «fotógrafos ambulantes» por toda la región, en la segunda mitad del siglo xix, nos legaron un vasto y diverso panorama de las sociedades latinoamericanas, de las costumbres y expresiones populares –tan útiles a la etnografía–. La muerte, las deformaciones físicas o lo relativo a procesos judiciales y escándalos asumieron un protagonismo en la foto de prensa desde finales del siglo xix y durante el xx. Se conformó una historia gráfica de las sociedades no solo desde las clases en el poder y su participación en el

³ Abraham A. Moles: «La imagen como cristalización de lo real», *Image I. Teoría francesa y francófona del lenguaje visual y pictórico*, Casa de las Américas/UNEAC, La Habana, 2002, pp. 174-175.

⁴ Boris Kossoy: *Hercules Florence. 1833: a descoberta isolada da fotografia no Brasil*, Livraria Duas Cidades, 2da. edición revisada y aumentada, São Paulo, 1980.

⁵ Ese es el caso de los daguerrotipos anónimos tomados en Cerro Gordo, en el estado de Veracruz, durante la invasión estadounidense a México en 1847, probablemente las primeras imágenes de guerra en el mundo, pues las tomadas en Crimea por Roger Fenton son posteriores (1856), así como las realizadas en la guerra franco-austríaca (1859).

devenir social de las naciones, sino también con figuras y personajes, muchas veces considerados «poco fotogénicos» por su carácter marginal.

Es en la segunda mitad del siglo xx cuando se potencia el *asalto* a la representación por estos sectores, como parte de un discurso abiertamente de denuncia llevado a cabo por los fotógrafos conscientes de la necesidad de un acercamiento crítico y subversivo contra el ejercicio del poder. No obstante, ya en la centuria anterior, aunque con una visión estática, solemne y humilde, los retratos fotográficos de Estudios como los de Romualdo García (Guanajuato), Constantino Jiménez Sotero (Juchitán), Cruces & Campa y Agustín V. Casasola (Ciudad México) en México; o el Estudio Martínez-Illá, luego conocido como Martínez-Otero (Zona Central), en Cuba, se convirtieron en un primer escalón para el reconocimiento de estos sectores populares: su derecho a existir *también* en la representación.

Aquí habría que incluir un conjunto de imágenes que, por su carácter revelador del (ab)uso desmedido del poder sobre los otros, nos permiten constatar cómo la fotografía puede ser crítica y salvarnos del olvido y la desmemoria. En Cuba, entre los años 1896 y 1897, en plena guerra de independencia, el general español Arsenio Martínez Campos –por entonces capitán general y gobernador de la Isla– fue sustituido por Valeriano Weyler, quien de inmediato aplicó su medida, la reconcentración de campesinos en las poblaciones para evitar el apoyo de estos a los insurrectos, lo cual tuvo como consecuencia la depauperación física de los campesinos y sus familias al no tener modo de sustentarse. Las imágenes de estos escalofriantes hechos ayudaron a conformar en los Estados Unidos un estado de opinión respecto a la «situación cubana» que preparó el terreno a la posterior intervención. Las innumerables fotos que se hicieron por autores anónimos, constituyen un documento de una impresionante fuerza visual, que fue utilizado como propaganda política en la vecina nación del norte. La censura que bajo el mandato del nuevo capitán general Weyler se ejerció sobre los fotógrafos –ya no más bienvenidos en la campaña como otrora habían sido–, provocó la casi desaparición de la información fotográfica sobre este tema en la prensa. El criterio de verdad que el público confería a la fotografía –todavía no conscientemente–, en tanto reflejo de lo real, era un riesgo demasiado evidente que el alto mando español no pretendía correr. La circulación de este tipo de fotografía en la prensa cubana fue casi nula, se trataba entonces de negar la dimensión del magnicidio.⁶

⁶ Aunque con características propias, la misma censura ha sido aplicada en otros momentos del devenir social de la región, como en 1968, con la matanza de estudiantes de Tlatelolco en México, bajo el gobierno del presidente Gustavo Díaz Ordaz, que fue captada por numerosos fotógrafos y cuyos negativos fueron sustraídos de los periódicos y revistas; o como la instauración gradual de un discurso de censura en Argentina, que va perfeccionando sus mecanismos para arribar, en 1976, a una dictadura que impuso la censura total, violentó los derechos constitucionales de sus ciudadanos e impidió el más mínimo cuestionamiento.

Por otro lado, la Revolución Mexicana inició un enfoque y uso de la imagen fotográfica en la región que fue más allá del documento histórico para convertirse en una posición de poder. Los caudillos vieron en la fotografía el modo más directo de llegar, cual imagen susceptible de reproducción, al gran pueblo mexicano, analfabeto en su mayoría, de ahí su fuerte presencia. Cada líder rebelde (Villa, Zapata, Carranza, Orozco y Obregón) contrató a uno o varios fotógrafos para inmortalizar sus hazañas. También estuvieron presentes importantes fotógrafos estadounidenses documentando y dando su visión de los hechos, todo lo cual enriquece y complejiza la mirada hacia la guerra debido a la necesaria confrontación de ideologías y poderes. Entre los fotógrafos mexicanos lanzados a la vida de campaña sobresalen Jesús H. Abitia, Fernando Ferrari Pérez, Eduardo Melhado y Hugo Brehme, quien se unió a Emiliano Zapata en sus acciones en Morelos, de ahí las magníficas imágenes de soldados en sus desplazamientos por el país.⁷

Años más tarde, la experiencia cinematográfica, que para la década de 1930 formaba parte de la vida cultural de muchos de los países del área, como Argentina, México o Cuba, condicionó un gusto visual más dinámico en el público, quien, habituado a la imagen en movimiento, exige a la foto fija captar la inquieta vida moderna. Se produce entonces una transición hacia la llamada fotografía *live* que ponderaba la aprehensión del instante decisivo, vital.

En las décadas del 1940 y 1950 las contradicciones sociales alcanzan un nivel superior y los fotógrafos latinoamericanos se vuelcan a la plasmación de los conflictos en sus respectivas sociedades. Algunos trabajos de Antonio Quintana en Chile; José Tabío en Cuba; Héctor García, Manuel Álvarez Bravo (*Trabajadores del trópico*, 1943-1944, y *Obrero en huelga asesinado*, 1934) o Nacho López en México; y la serie sobre los trabajadores agrícolas, que Jack Delano realizara en Puerto Rico, denuncian las condiciones de trabajo, en ocasiones inhumanas, y la violencia sufrida por los obreros y campesinos. Paralelamente, Héctor García (México) y Constantino Arias (Cuba) dieron también cuenta de las luchas estudiantiles. La crítica situación de muchos países latinoamericanos provocó enfrentamientos tanto físicos (El Bogotazo excelentemente captado, entre otros, por el fotógrafo colombiano Leo Matiz) como en el plano de la calidad de vida de los distintos sectores poblacionales. Por ejemplo, Moisés Hernández, Ernesto Ocaña (*Planchadora*, 1943 y *Sin Techo*, 1945) y muchos otros fotógrafos en Cuba registraron zonas de lo social marginadas por la prensa, la radio y la televisión nacionales orientadas, casi en su totalidad, a dar una imagen comercial, turístico-paradisíaca de la Isla.

Por otro lado, hubo fotorreporteros que dirigieron su atención hacia el mundo del espectáculo, innumerables imágenes de actrices y cantantes ocuparon la plana

⁷ Esta misma estrategia será seguida por similares proyectos liberadores posteriores como la Revolución Cubana, los movimientos de liberación nacional y las movilizaciones de la izquierda a lo largo de la geografía latinoamericana en la segunda mitad del siglo xx.

de los diarios al igual que en la sección de sociales la aristocracia criolla era representada, entre ellos Nacho López en México y Annemarie Heinrich en Argentina. Por su parte, Constantino Arias prestó una especial atención al submundo cabaretero de La Habana de finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, con todo el brillo de su ambiente artificioso de músicos y coristas. Asimismo, trabajó por esos años como fotógrafo del Hotel Nacional de Cuba donde registró sus salas de juego y casinos, la presencia de los ricos burgueses del norte en plan de *weekend* en la Isla y la afectación de una clase criolla, decadente, en su afán por lograr parecerseles. Como mencioné antes,⁸ en otro texto, el acercamiento crítico a la figura humana que realiza este artista del lente muestra una objetividad descarnada e incisiva y presenta sin afeites la banalidad y ridiculez de los personajes.

La toma de posición y la crítica a los detentadores del poder por parte de algunos fotógrafos latinoamericanos fue un proceso que se desarrolló conforme iba radicalizándose su postura política y su identificación con la situación de los sectores más vulnerables de la sociedad, y con las luchas sindicales y estudiantiles que cobrarán en la segunda mitad del siglo un protagonismo mayor.

Visiones desde/al poder. Fotografía en América Latina 1959-1999

Tratar de abarcar en el espacio de un ensayo la diversidad de matices presentes en las expresiones del poder en la fotografía latinoamericana de los últimos cuarenta años del siglo pasado, es una quimera, no solo por la amplitud espacio-temporal que significa, sino por la heterogeneidad de las relaciones de poder presentes en la cambiante y siempre convulsa realidad latinoamericana.

Sin dudas, los estudios sobre los mecanismos de poder enunciados por varios pensadores son muchos y muy variados. Dirigen la atención hacia la esfera de las relaciones sociales porque es allí donde se desarrollan a plenitud. No existe un único poder –muchas veces identificado con el poder político-gubernativo–, sino una multiplicidad de relaciones de autoridad diseminadas en distintos niveles y expresándose con desigual intensidad (la noción de los micropoderes en M. Foucault). Por otro lado, en nuestro contexto, la reflexión que desde los estudios poscoloniales realiza Aníbal Quijano con su teoría sobre la colonialidad del poder, la clasificación social y el eurocentrismo en América Latina aporta una visión igualmente enriquecedora y diversa que nos permite comprender muchas de las motivaciones de los fotógrafos de la región. La posición desde donde se hace la foto, ya sea desde el poder o frente a él, también supone una adecuación de la recepción del mensaje.

⁸ Véase Nahela Hechavarría: «La seducción del instante. Un siglo y medio de fotografía documental cubana», *Revolución y Cultura*, no. 2, La Habana, abril-junio de 2004, pp. 36-45.

En efecto, el triunfo de la Revolución Cubana el 1ro. de enero de 1959 fue un vuelco dentro de la trayectoria de las luchas de liberación en América Latina: señalaría un antes y un después. La fotografía acusó también esta fuerza en el cambio de las temáticas tratadas, en lo formal y en la posición del fotógrafo.⁹

Aquellos que venían trabajando anteriormente, vinculados de algún modo a la prensa –los fotógrafos Raúl Corrales, Ernesto Fernández, José Tabío y los recién llegados Osvaldo y Roberto Salas–, o en diversas ramas como la publicidad –Mario Ferrer, Liborio Noval (Publicitaria Siboney), Alberto Díaz y Luis Pierce Byers (Estudios Korda)–, conforman una generación con un discurso ya sólido al inicio de la Revolución. Nucleados alrededor de dos publicaciones fundamentales del período: la revista *Cuba* (primero *INRA* y luego *Cuba Internacional*) y el periódico *Revolución*, asumieron el desafío de crear una iconografía auténticamente revolucionaria a partir de la figura y el carisma de sus héroes, del pueblo y del proceso revolucionario que se iniciaba.

Para el nuevo gobierno, los medios informativos cobran una importancia capital: la televisión, el cine, la prensa, y principalmente la fotografía, obtienen un reconocimiento social sin precedentes.¹⁰ Es posible reconocer rápidamente la fotografía de esta etapa por la recurrencia a la figura del líder, personificado en Fidel, en el Che Guevara o en Camilo Cienfuegos; la foto *Guerrillero Heroico* es paradigmática de este momento. Por otra parte, esta fotografía también volcará su atención hacia nuevos protagonistas: los estudiantes en la Campaña de Alfabetización, los campesinos, las concentraciones populares, las movilizaciones cuando la invasión a Playa Girón y la lucha contra bandidos.

⁹ La destacada fotógrafa e investigadora cubana, ya fallecida, María Eugenia Haya señaló algunos rasgos de esta transformación: la utilización de cámara de pequeño formato (35 mm), acorde con la necesidad de un rápido desplazamiento por parte del fotógrafo, y la diáfana luz natural en sustitución del *flash*. Por otro lado, se impuso como norma el rechazo manifiesto a la manipulación tecnológica o la distorsión del referente, en aras de testimoniar la realidad y los cambios que se estaban operando en la sociedad cubana de esos años.

¹⁰ Recuérdese que años antes, el 17 de febrero de 1957, el periodista norteamericano Herbert Mathews realizó una importante entrevista a Fidel Castro en la Sierra Maestra, donde se encontraba el Estado Mayor del Ejército Rebelde, que fue publicada una semana después –el 24 de febrero– en el *New York Times*, con gran repercusión internacional, y conmocionó al país. El presidente Fulgencio Batista, aunque negó la veracidad del suceso, tuvo que aceptar que la prensa cubana (la sección «En Cuba» de la revista *Bohemia*) reprodujera días después el escrito del afamado periodista y la imagen que registró el histórico momento, pues había decretado con anterioridad el levantamiento de la censura para el 26 de febrero y ya no pudo dar marcha atrás. Este hecho marcó, sin dudas, el camino de la fotografía como herramienta eficaz para dar a conocer al nuevo gobierno y su proyecto sociopolítico.

El carácter épico atribuido a la fotografía de esta etapa –enunciado por María Eugenia Haya–,¹¹ radicaría, precisamente, en el momento histórico que esta plasmó y en el sentimiento popular que generó la Revolución, sentir del que también fueron conscientemente partícipes los fotógrafos citados, quienes estuvieron muy implicados en la documentación de este proceso, *desde* el poder.

Momentos decisivos para el reconocimiento de este arte en América Latina fueron, sin dudas, los dos Coloquios Latinoamericanos de Fotografía realizados en México D.F. en 1978 y 1981, donde se promovió el análisis de las propuestas de toda la región, así como se potenció la necesidad de crear asociaciones de fotógrafos, espacios de archivo, promoción y estudio de la fotografía.¹² Fue el Consejo Mexicano de Fotografía (CMF) creado un año antes, quien convocó el primer coloquio y la concepción de la muestra colectiva *Hecho en Latinoamérica* (Museo de Arte Moderno, México, D.F.). Esta muestra y su segunda edición, *Hecho en Latinoamérica II* (1981), que harían un itinerario internacional, sirvieron de plataforma para la concientización de los fotógrafos e investigadores en la necesidad de sistematizar el estudio de la fotografía latinoamericana, en contraste con la producción emergente en otras latitudes. Tanto en este coloquio como en su edición siguiente de 1981, «las inquietudes de los fotógrafos giraban en torno a la dicotomía entre forma y contenido, se tendía a condenar el formalismo ante la necesidad imperante de mostrar, revelar o señalar las crudas realidades latinoamericanas»,¹³ lo que estaba en sintonía con la postura teórica de la descolonización cultural,¹⁴ tan valorada por los intelectuales latinoamericanos del momento.

La importancia de ambos coloquios y muestras acompañantes estribó en que, por primera vez, conjuntamente con la creación de centros de estudio y conservación de la fotografía latinoamericana, se conformó un circuito de promoción que estimuló iniciativas como el Premio de Fotografía Contemporánea Latinoamericana y Caribeña de Casa de las Américas (1981-2001) y la realización de III Coloquio Lati-

¹¹ María Eugenia Haya Jiménez: «Apuntes para una Historia de la Fotografía en Cuba», Catálogo Historia de la Fotografía Cubana. XX Aniversario Casa de las Américas, editado por INBA/SEP/FONAPAS, México, D. F., mayo-junio de 1979, pp. 33-92.

¹² En Cuba, la Fototeca no se funda hasta 1986, pero en Venezuela ya había sido creada por María Teresa Boulton y Paolo Gasparini en 1977, para dos años más tarde, crear el Consejo Venezolano de Fotografía que, por diferencias con el CMF, dejó de existir a finales de ese mismo año. En México, asimismo, se inauguró en 1984 el Museo de la Fotografía en la sede de la Fototeca Nacional en Pachuca.

¹³ Oliver Debroise: *Fuga mexicana. Un recorrido por la fotografía en México*, CONACULTA-Centro de la Imagen, México, D.F., 1998, p. 17.

¹⁴ No obstante, valga señalar que ya en el segundo coloquio, Lourdes Grobet presentó una ponencia titulada «Imágenes de miseria: folclor o denuncia» que constituyó una llamada de atención, desde la visión de un fotógrafo, sobre un posible estancamiento temático-estilístico.

noamericano de Fotografía en Cuba, en 1984. Posteriormente y ya en la década de 1990, este circuito se vería potenciado por la convocatoria de eventos tan importantes como el Encuentro de Fotografía Latinoamericana (Caracas, 1993) y el V Coloquio Latinoamericano de Fotografía en México, en 1996, o Abril, Mes Internacional de la Fotografía, que desde 1985 se desarrolla anualmente en Mérida (Yucatán), o el festival Fotoseptiembre que se lleva a cabo con frecuencia bianual en todo el territorio mexicano desde 1992 y que en el año 2000 se unió al Festival de Luz que reúne festivales fotográficos mundialmente reconocidos de veinticuatro países.¹⁵

Es necesario destacar cómo, desde estos primeros coloquios de fotografía, se va entronizando una práctica autoral que luego sería muy común: el ensayo fotográfico. Las posibilidades discursivas de esta forma de presentar las imágenes supone la concepción de un discurso estructurado como ejercicio crítico sobre la realidad. Y esto propició una mayor identificación de los fotógrafos con el mensaje a representar. La propia idea de ser un *ensayo* señalaba que el fotógrafo no estaba dispuesto a esperar el encuentro azaroso con la realidad, sino que iba ya con una idea preconcebida de lo que quería expresar y hasta del tipo de imagen que iba a realizar.

Como es sabido, los años sesenta y setenta fueron también momentos de gran convulsión en América Latina. La situación socio-política desde inicios de la década de 1960 se vislumbra en constante tensión con el contexto internacional.

La inestabilidad gubernamental dados los sucesivos golpes de Estado y cuarte-lazos menores durante los gobiernos constitucionales y los ejercidos por las Fuerzas Armadas en el Cono Sur (Bolivia, Brasil, Uruguay, Paraguay y Argentina) son el preludio a extensas dictaduras militares acaecidas en diferentes intervalos: 1966-1973 y 1976-1983 (Argentina) o 1973-1989 (Chile), por solo citar algunas. El proyecto económico de orientación desarrollista se caracterizó por la apertura al exterior mediante alianzas entre los nuevos grupos financiero-económicos nacionales y el capital de las grandes corporaciones multinacionales. Socialmente, estos desajustes político-económicos condujeron a una situación de enfrentamiento –más abiertos hacia finales de la década del sesenta– entre un sector poblacional en crisis y las políticas gubernamentales de turno. La izquierda más radical orientó los principales movimientos opositoristas que fueron reprimidos por el orden militar cuya injerencia en la vida civil de estos países tomó visos dictatoriales.

Indiscutiblemente, las imágenes que infinidad de fotógrafos tomaron de la presencia insoslayable del gobierno militar-represor y sus desmanes policiales, la impunidad y el ejercicio arbitrario del poder nos golpean por su fuerza. Ahí está la foto *Militares argentinos* (1981)¹⁶ de Eduardo Longoni y *Oficiales* (1983) de Diego Golberg o las fotos que Guillermo Loiacono realizó a la Junta Militar durante un desfile mi-

¹⁵ Puede consultarse su página web (<http://www.festivaloflight.net>).

¹⁶ También conocida bajo el título *Vista al frente*.

litar por esos años. La tendencia en todas es a definir, a representar la casta militar como masa indiferenciada –aun cuando las caras son perfectamente reconocibles en la primera– o a mostrar cómo el uniforme es, a la vez, excusa y coartada perfecta para los excesos, la justificación de su ejercicio. Asimismo, en Chile, Alejandro Hoppe atestiguará la represión, la censura y la denuncia de la complicidad de los medios de comunicación en aquella imagen donde un grupo de jóvenes resisten el embate de los chorros de agua bajo un cartel en el que se lee *En Chile se tortura: la tv calla* (1988). La visión en estos y otros casos se polariza en oposición al poder gubernativo, en franca crítica y toma de conciencia, por parte del fotógrafo, del momento histórico que precisa ser testimoniado para el mundo y para las siguientes generaciones.

Uno de los aspectos más dolorosos de estos regímenes dictatoriales fue la situación de los detenidos-desaparecidos. El 30 de abril de 1977, un grupo de mujeres argentinas solicitan una audiencia al general Videla, con motivo de la desaparición de sus hijos. A partir de ese momento, la Plaza de Mayo fue el escenario utilizado por las madres en su protesta por las desapariciones y la violación de los derechos civiles. Algunas de ellas también fueron víctimas de la represión y desaparecieron, pero con el apoyo de otras fuerzas populares concretaron las marchas de la resistencia que reconstituyeron el ejercicio de la ciudadanía y la lucha por restituir la democracia durante los años ochenta. Ahí encontramos las imágenes de Roberto Pera, Eduardo Longoni, Daniel García y muchos otros fotorreporteros. También la presencia de los detenidos-desaparecidos se fraguó en la figura de la «silueta» humana –muchas veces incluía una fotografía– que se insertó como imagen simbólica imborrable en el tejido urbano de varias ciudades en Argentina y Chile, era portada por sus familiares y ocupaba plazas y muros (*Cartel, Santiago de Chile*, 1988). Igualmente, en Brasil, las poderosas imágenes que se tomaron del movimiento popular que exigía elecciones democráticas en la campaña «Diretas ja» y que la fotógrafa brasileña Gilda Estellita logró captar en su serie *Brasil urgente* (1984).

Pero, ¿qué está pasando por estos años en una región tan conflictiva y diversa como Centroamérica? Con su irregular y compacta geografía que refiere inevitables ligaduras socioculturales, además de las históricas, dados los continuos flujos migratorios que las fronteras no han logrado impedir, Centroamérica no puede ser asumida como un todo único indiferenciado. Si bien la tendencia a homogenizarla internacionalmente como destino turístico, ha provocado que muchas veces no se analicen las especificidades de cada nación y se trate de caracterizarlas como conjunto, es interesante percibir cómo, pese a la común situación de desgaste económico ya en franca crisis, la realidad en Costa Rica no es la misma que en Nicaragua, Guatemala, Honduras o El Salvador con un pasado bélico reciente, y decididamente se diferencia de la de Panamá o Belice.

En 1979, con el triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua y ya en poder de su capital, Managua, se inician transformaciones pro-

fundas en el país que fueron registradas por fotógrafos de todo el mundo. Entre los que recogen en su obra el avance y triunfo sandinistas encontramos a los mexicanos Pedro Meyer con sus *Testimonios Sandinistas* (1978) y Pedro Valtierra (*Bunker/oficina de Anastacio Somoza*, 1979). Pero será Orlando José Valenzuela, entre muchos otros nicaragüenses, quien en imágenes como *Para 7 Sur* (1984) testimoniará, por medio de sus siglas, cómo el Frente ocupa un lugar visiblemente sólido en las ciudades y pueblos; es, en cierta medida, una «marca» espacial que recuerda –desde una colina, en una plaza o muro de la ciudad–, la solidez y presencia del FSLN en el poder.

Paralelamente a este auge del fotoperiodismo y la foto documental, se produce, desde finales de los años setenta y hasta la actualidad, un fenómeno de ampliación del espectro creativo y experimental en la fotografía no solo latinoamericana, sino mundial. Cada vez más, artistas provenientes del campo de la pintura, la escultura y la instalación comienzan a acercarse a la fotografía y se sienten libres de *manipular* la imagen de forma expresa y convertir esto, a su vez, en parte del proceso de significación. Anteriormente, la llamada fotografía artística había explorado las posibilidades de manipulación del referente, mediante diversos métodos (fotomontajes, *collages*, rayogramas), pero es en los años ochenta cuando la escenificación de situaciones frente a la cámara se hace más explícita, hasta el punto de erigirse como una corriente muy marcada. No se trata de disimular la ficción, sino, todo lo contrario, de acentuarla.

De esta forma, en los años noventa en Centroamérica se continúa la indagación en la realidad desde la fotografía documental, y, en ocasiones, se deriva hacia un documentalismo de nuevo tipo que registra acciones artísticas efímeras y *performance* o acciones plásticas; también se desarrolla la fotografía manipulada, ahora, con las nuevas posibilidades de la digitalización, y se integra a proyectos audiovisuales, instalaciones, como intervención pública o en interesantes propuestas en el campo publicitario.

Un hecho característico de la fotografía contemporánea en Centroamérica es que, aunque no se trata de una fotografía abiertamente política, a veces se refiere a sucesos álgidos o conflictos acaecidos en la historia reciente de esas naciones. No pretende, por lo general, hablar desde la historia, cuando mucho, intenta presentar un hecho, o las consecuencias de determinadas acciones con honestidad y a veces con humor.

El tema de la identidad ha sido una inquietud constante para Latinoamérica, sobre todo por lo que, desde el discurso descolonizador, significa. Si bien en un inicio se trataba de restablecer el pasado indígena, negro o mestizo al centro del debate cultural, últimamente ha devenido punto de partida para reflexiones sobre la manera en que se construye la historia y la clasificación social como forma de control y de poder, no solo en el plano colectivo, sino también en el de la identidad individual.

Una de las figuras más relevantes de la fotografía contemporánea de la región centroamericana es, sin duda, Luis González Palma. Este creador guatemalteco refiere en sus retratos la pertenencia a un pasado indígena que, aunque podría verse

como una visión nostálgica (la tonalidad sepia-siena de muchas de sus fotos lo sugiere), es en realidad una propuesta que tiene una intención revisionista y subversiva: trata de desarticular el discurso occidental de la diferencia desde sus propios lineamientos. La instalación *El muro del silencio* (1996), señala cómo la historia del arte construyó durante siglos estereotipos de lo bello de acuerdo con un ideal riguroso y excluyente. En esta instalación fotográfica, González Palma equipara cánones de belleza históricamente «contrapuestos»: el occidental blanco (con la escultura clásica como *súmmum expresivo*) y lo nativo indígena. No obstante, las diferencias culturales y étnicas ven subvertidas sus autonomías dado el constante fluir de sangre por válvulas que conectan un canon a otro. Este intercambio vital trata de romper los antagonismos en un sentido metafórico, aludiendo al intercambio –no exento de imposiciones y resistencias– que significó el choque entre estas culturas. El uso del vidrio como soporte pudiera aludir a la fragilidad de las conexiones y a la necesidad de una mayor transparencia a la hora de abordar el delicado tema de la diferencia. En esta misma línea de reflexión *La mirada crítica* (1998) cuestiona, a partir de prácticas clasificatorias usuales durante la conquista, la visión que el colonizador tenía del *otro*, en este caso el indígena. El afán de verificación y orden expresos en la cinta de medición ceñida a la cabeza de la joven, determinan ese distanciamiento del que clasifica, únicamente alterado por la muda protesta del observado: tanto el espectador como el fotografiado. Los títulos para González Palma son importantes en la medida en que potencian asociaciones de marcado acento crítico. Al igual que *La mirada...* realiza un acercamiento a la historia de nuestros países desde la visión de los colonizados, *Destino* rescata el componente africano¹⁷ de nuestras sociedades y se detiene en las características fisonómicas de la raza negra, su belleza y códigos estéticos. El rapto y la incertidumbre sufrida por generaciones enteras de negros africanos arrancados de su tierra se enuncia en el mar como destino, para muchos, símbolo de desaparición y muerte. El mismo mar que hoy día acecha los sueños de aquellos que ponen proa hacia el norte en frágiles embarcaciones persiguiendo un bienestar en la «Tierra de las posibilidades».

Por su parte, el salvadoreño Luis Paredes, que reside actualmente en Dinamarca, fungió como corresponsal durante el período de violencia y represión en la guerra civil de El Salvador¹⁸ y realizó entre 1997-2001 la serie *El jardín quemado* en un afán por aquilatar las secuelas dejadas por el conflicto en la sociedad salvadoreña. Las fotografías, que tenían como motivo flores calcinadas en su centro, eran en blanco y negro, en ocasiones teñidas con café concentrado o viradas al sepia. El fotógrafo logró resumir en esta sencilla imagen –la flor calcinada– la historia de una nación en

¹⁷ González Palma tiene otra pieza con el título *Destino II* que toma a un joven con rasgos indios para referir un supuesto destino, clasificado esta vez por otro tipo de orden no menos aliante: el informe policial, y que podría servir de ejemplo a las pre-visiones foucaultianas.

¹⁸ Que se estima duró doce años y se desarrolló entre los años 1980 y 1992.

la cual el período bélico había dejado una profunda huella, incluso en sus mínimas expresiones.

Como se ha mencionado, la violencia ejercida sobre otros es una de las formas más directas de expresión del poder. En los países con conflictos armados recientes, deviene un tema de frecuente reflexión. Durante los años ochenta, Guatemala sufrió uno de los períodos más violentos de su historia con el asesinato de miles de personas a manos del ejército. El fotógrafo Daniel Hernández-Salazar ha concebido como centro de su poética el análisis de la instauración de la violencia y la inseguridad ciudadana en el devenir social guatemalteco. Esta violencia se expresa no solo en los cuerpos hallados de los asesinados, sino en otros niveles de acción de la sociedad y se muestra en la creciente circulación de armas en amplios sectores. Al igual que Luis Paredes, Daniel fue corresponsal y participó en varias exhumaciones de cadáveres en diferentes zonas rurales, sin embargo no es hasta hace unos años que ha decidido tratar este tópico. La serie *Eros+Thánatos* tiene como fuente de inspiración los huesos encontrados en los desenterramientos llevados a cabo en la década del noventa en Guatemala. Las fotos «Sacro escarabajo» y «Thánatos» constituyen la evidencia física de la muerte, pero también del anonimato y la impunidad del horror.¹⁹ Daniel también estuvo presente en la etapa posterior a la firma de la paz y logró tomar imágenes de los últimos guerrilleros armados en sus campamentos en la selva. La serie *Adios a las armas* deviene entonces documento inestimable para la memoria colectiva y la historia nacional, pero también un reconocimiento final a los soldados, un llamado a la paz y el retorno del orden racional. En 1999, Hernández-Salazar realizó una intervención pública con fotografías de gran tamaño titulada *Ángel callejero* que puso de manifiesto su intención de provocar un posible cambio en lo social para lo cual llamaba la atención del transeúnte. La obra, efectuada en homenaje a Monseñor Juan J. Gerardi, asesinado un año antes a causa de su participación en la creación del informe del Proyecto Recuperación de la Memoria Histórica, se erigía en protesta ante el silencio. La pieza partía de los principios de una campaña promocional o publicitaria al tener en cuenta la ubicación de los carteles colocados cerca de edificios significativos: la Corte de Justicia, el Estadio Deportivo del Ejército y la iglesia de San Sebastián, muy cerca del lugar donde fue asesinado Monseñor Gerardi. La fotografía presentaba a un joven mestizo, al que se le había superpuesto, a modo de alas, la imagen de unos huesos de la cadera de un desaparecido. El joven tapándose indistintamente ojos, boca y oídos, aludía a la complicidad con el terror, el miedo, y la necesidad de subvertirlos. La fotografía, una vez más, era intermedia-ria en la relación del hombre con lo real, la historia nacional y la memoria.

¹⁹ En Argentina y Chile también en los años noventa muchos artistas dieron cuenta con sus fotografías de los restos humanos encontrados de desaparecidos durante las dictaduras, entre ellos la serie *Huellas de los desaparecidos durante la última dictadura militar en Argentina*, de Helen Zout en 1999.

Por otra parte, la década de los noventa en Cuba supuso una reevaluación de los logros y necesidades del país, traducida en una nueva configuración y adecuación a los condicionamientos de un mundo unipolar en la encrucijada de la caída del Muro de Berlín y la desintegración posterior de la URSS.

El fotógrafo acusó también el embate de las carencias materiales que asolaron al país y que, igualmente, afectó su quehacer, pues significó que la imagen fotográfica, otrora portadora del mensaje periodístico y en la que se centraba la comunicabilidad con las masas, fuera desterrada, en la práctica, de la plana de los diarios. Se perdió el espacio conquistado durante los años sesenta y setenta, lo que llevó a los fotógrafos a centrarse en una labor más personal, alejada de los imperativos de la inmediatez periodística. Su trabajo comenzó a circular en galerías nacionales y extranjeras, y el mensaje se tornó más «personal», en el sentido de una búsqueda formal y temática tendente a la concreción de tópicos referidos a la conducta individual y colectiva, las incertidumbres y deseos del cubano.

Humberto Mayol registró la calle, los comportamientos, la gestualidad y se detuvo en los interiores de las casas, dejando constancia de las caóticas mixturas culturales tan usuales en el espacio vital del cubano común. La preeminencia que el objeto adquiere, como parte de una cultura de la acumulación en los ochenta, se desplaza, en las imágenes de Mayol, al poder de la representación y al uso excesivo de ciertos iconos, nacionales o no, que devienen expresión de los ideales y de la memoria familiar de muchos de estos seres. De esa forma, en 1989 el fotógrafo comienza una serie titulada *Los románticos ángeles de la tierra*,²⁰ en la que destaca aquella imagen donde una anciana sentada en el sofá de su casa mira sonriente a la cámara bajo el influjo de varias generaciones de héroes y pensadores. Las fotografías o afiches enmarcados de Fidel, el Che, Camilo, Marx, Lenin, José Martí o Celia Sánchez Manduley comparten con fotos familiares en un mismo espacio y nivel de relevancia.

Otra es la visión de Eduardo Muñoz Ordoqui en la serie *Cada nuevo día* (1991-1992) y el ensayo de Cristóbal Herrera sobre el poder, realizado en 1999, ambos constituyen casos atípicos en la utilización de la fotografía documental. Hay una perspectiva más intelectualizada, pues están refiriendo procesos mentales que, a veces, es difícil identificar directamente en lo real-social; señalan caminos no muy explotados todavía por la fotografía documental.

La serie de Muñoz Ordoqui fue presentada en su exposición *Zoo-logos* de 1992 y pretendía erigirse como parábola sobre la crisis de la sociedad, no necesariamente cubana, aunque también de ella. El fotógrafo fue al zoológico por la connotación que este espacio posee como lugar recreativo y además centro de reclusión. Antes de registrar el vínculo animal-empleado dentro de la jaula y con el visitante, o la muerte del único elefante existente, Muñoz Ordoqui explora la relatividad del

²⁰ Esta serie fue realizada conjuntamente con su hermano, el también fotógrafo Carlos Mayol.

encierro a partir de la relación del que observa hacia adentro y, a la vez, es observado por el animal. El miedo, como sentimiento aprehensivo y su expresión en la ira contenida se presenta en los abruptos primeros planos de cabezas con ojos huidizos, vacíos y expectantes (caballos, monos, un lobo). La violencia irracional del oso en su estanque, o la ejercida sobre un caballo sacrificado para alimentar a otras especies le permite al artista analizar la condición del animal como prisionero, su aparente indefensión, y discurrir acerca del sentido de libertad que disfruta el visitante, su indiferencia ante el encierro como fenómeno y su posición de poder respecto al animal. Aspectos que, fuera del espacio concreto del zoológico, actúan como conceptos asociados a prácticas individuales y sociales que tienen lugar cotidianamente en nuestras casas, el trabajo, la ciudad.

En el caso de Cristóbal Herrera, su acercamiento al tema del poder se concreta al recibir, en 1999, la beca de creación ofrecida ese año por el concurso internacional World Press Photo. Así, realiza un ensayo fotográfico con esta temática en el contexto cubano y explora a un tiempo la presencia del líder encarnada en la figura de Fidel como instancia más alta y representativa del poder en la Isla.²¹ Cristóbal analizó el modo en que es distribuida la información por los medios de comunicación masiva en Cuba, al tiempo que registró la capacidad reproductiva que la imagen fotográfica propicia para la asunción del poder desde la representación de la imagen del líder y los símbolos patrios. Este ensayo pone en entredicho la usual correspondencia de la relación signifiante-significado. La esencia documental en este caso, como en el ejemplo arriba mencionado, es el escenario sobre el cual erigir las más diversas construcciones: ideológicas, psíquicas, históricas.

Indiscutiblemente, el tema aquí esbozado podría ser susceptible de revisiones más extensas y específicas, imposibles de agotar en el espacio de este artículo. Sin embargo, solo se ha tratado de dar algunas claves para reflexionar sobre un fenómeno que existe desde los albores de la humanidad y que actualmente se percibe como aberración. Con la instauración de la cultura del terror, el levantamiento de muros y la violencia ejecutada en los nuevos campos de concentración como «zonas francas» de muerte e impunidad, el mundo se tambalea entre la desolación y la resistencia. Queda a nosotros elegir y exigir un futuro de cambio y esperanza reales.

NAHELA HECHAVARRÍA POUYMIRÓ, máster en Historia del Arte y Museología, es especialista en artes visuales de la Casa de las Américas y editora de la revista electrónica *Arteamérica* de esa institución. Investiga temas relacionados con la fotografía cubana y latinoamericana contemporáneas.

²¹ Esta búsqueda podría tener un antecedente, aunque con diferente intención, en el trabajo realizado por el fotógrafo suizo Luc Chessex, a finales de los años sesenta y principios de los setenta –compilado en el libro *Pueblo, Revolución y Fidel una misma cosa*–, quien recorrió toda la isla a la caza de imágenes o representaciones populares que, a veces distorsionadamente, reproducían fotografías paradigmáticas del momento.

contra el fascismo y a favor de la humanidad



FASCISMOS PARALELOS

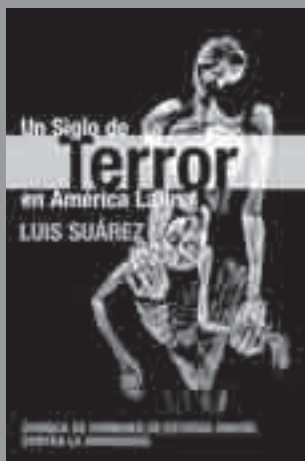
El golpe de Estado en Chile

Selección y prólogo de Jorge Timossi

Compilación periodística de relatos, discursos y evidencia jurídica sobre los sangrientos hechos acaecidos el 11 de septiembre de 1973 en Chile, en que el gobierno de Salvador Allende, de tendencia socialista, fue derribado por militares chilenos fascistas apoyados por los Estados Unidos. Reúne palabras de Fidel Castro, Salvador Allende, su hija Beatriz Allende, y periodistas como Gregorio Selser, Isabel Jaramillo, Lisandro Otero y Jorge Timossi.

Toma actualidad tras los hechos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, 28 años después, en que la escalada del fascismo comenzó a sentirse a nivel mundial.

272 páginas ISBN 978-1-921235-11-5



UN SIGLO DE TERROR EN AMÉRICA LATINA

Crónica de crímenes de Estados Unidos contra la humanidad

Por Luis Suárez

Una visión panorámica de la historia de las intervenciones y crímenes de guerra de los Estados Unidos en América Latina durante los últimos cien años.

Las dinámicas sociales en América Latina y su desarrollo e inevitable enfrentamiento al modelo de dominación imperialista son profusamente documentadas en este volumen junto a las raíces de los procesos y caminos que caracterizan la historia del continente.

596 páginas, ISBN 978-1-920888-49-7



DE VALENCIA A BAGDAD

Los intelectuales y la defensa de la humanidad

Por Eliades Acosta

En el 2005 Jean Paul Sartre recibía, como regalo de centenario, el regreso del compromiso de los intelectuales. Un año antes, congregados en Caracas, cientos de ellos enfrentaban el proyecto imperialista de los neo-conservadores norteamericanos y decían adiós a la desmovilización, el desaliento y la soledad.

Hugo Chávez exhortaba a tomar la ofensiva para salvar a la Humanidad de la pobreza, las guerras y el capitalismo. Trayendo el sol de la Valencia republicana en los huesos renacía una tradición combativa, y se reiniciaba la larga marcha.

288 páginas, ISBN 978-1-920888-80-0

enlaces

Encuentro Mundial de Educación Temprana

MARÍA GUADALUPE RODRÍGUEZ

*El pueblo más feliz es el que tenga mejor educados
a sus hijos en la instrucción del pensamiento
y en la dirección de los sentimientos.*

José Martí

Como parte del vasto programa del Foro Universal de las Culturas celebrado en Monterrey, Nuevo León, México, del 2 al 6 de octubre de 2007 se efectuó el Séptimo Encuentro Internacional y Primer Congreso Mundial de Educación Inicial y Preescolar «Ciencia, Conocimiento y Educación Temprana», organizado por los Centros de Desarrollo Infantil (CENDI) del Frente Popular Tierra y Libertad. Este evento, que sesionó en talleres los días 2 y 3, y dedicó el 4, 5 y 6 a conferencias y paneles, contó con los aportes de científicos, especialistas en el ámbito del desarrollo infantil, expertos de organismos internacionales y personalidades del sector público, responsables de las políticas a favor de la infancia, provenientes de diversas regiones del mundo.

El Foro Universal de las Culturas es una iniciativa de la 29na. Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), cuyo propósito es promover un espacio para el diálogo, en forma abierta e interactiva, entre ciudadanos del mundo y sus organizaciones, sobre los grandes problemas que nos afectan hoy, y al mismo tiempo reconocer y promover la riqueza cultural entendida como patrimonio de la humanidad. Pretende contribuir a la consecución de los objetivos de desarrollo planteados en la Declaración del Milenio de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que serán evaluados en el año 2015. Ellos son: erradicar la pobreza extrema y el hambre, lograr la ense-

ñanza primaria universal, promover la igualdad entre los géneros y la autonomía de la mujer, reducir la mortalidad infantil, mejorar la salud materna, combatir el VIH-SIDA y otras enfermedades, garantizar la sostenibilidad del medio ambiente y fomentar una asociación mundial para el desarrollo.

El de Monterrey, que se extendió desde el 20 de septiembre hasta el 8 de diciembre de 2007, constituyó la segunda edición de este magno evento mundial,¹ cuyas actividades se centraron en tres líneas de acción: la paz, la sustentabilidad, la diversidad cultural y el conocimiento; y en ocho ejes temáticos: paz y espiritualidad; ciudades y población; educación, ciencia y tecnología; desarrollo basado en el conocimiento; cultura de la salud y calidad de vida; gobernabilidad y participación, derechos humanos y justicia; identidad y diversidad, políticas culturales; y comunicación.

El Séptimo Encuentro Internacional y Primer Congreso Mundial de Educación Inicial y Preescolar «Ciencia, Conocimiento y Educación Temprana», se integró al Foro Universal de las Culturas como parte de la línea temática de educación, ciencia y tecnología, con el propósito de compartir conocimientos y experiencias mundiales sobre el papel que desempeña la inversión en la formación del capital humano desde la edad temprana.

Los Centros de Desarrollo Infantil (CENDI) del Frente Popular Tierra y Libertad, fundados en 1990, son un proyecto de educación temprana que comprende el ciclo de educación inicial y preescolar dentro del sistema de educación pública del estado de Nuevo León, México. Está integrado por doce CENDI ubicados en zonas urbanas populares en cuatro municipios de Nuevo León: Monterrey, Escobedo, Ciénega de Flores y San Nicolás de los Garza. La cobertura de educación supera los cinco mil niñas y niños, bajo el programa Escolarizado y el de Vías No Formales «Aprendiendo Juntos». También se inició, en coordinación con la Secretaría de Salud y Educación del gobierno del estado, el primer programa a nivel estatal y nacional de educación prenatal.

El proyecto CENDI está dirigido a lograr el desarrollo pleno e integral de la niñez bajo los principios de equidad y justicia social. Su misión consiste en ofrecer este servicio a hijas e hijos de mujeres trabajadoras de zonas urbanas populares, desde los cuarenta y cinco días de nacidos hasta los seis años de edad. En 2007 se cumplen dieciocho años de brindar un servicio de calidad a infantes que viven en sectores populares de alta pobreza, y, por su valiosa labor, ha obtenido veinticinco reconocimientos y premios a nivel estatal, nacional e internacional. Estos centros aspiran a ser una alternativa para impulsar el desarrollo social, económico, cultural y humano de la población que habita en áreas de pobreza extrema, y, de esta forma, apoyar la incorporación de la mujer al mercado laboral.

¹ La primera edición del Foro se realizó en Barcelona, España, en 2004 y sus ejes temáticos fueron la cultura, la educación, la ciencia y la comunicación.

Los CENDI proporcionan educación y asistencia a los niños en un contexto afectivo que les permita desarrollar sus potencialidades para vivir en condiciones de libertad y dignidad. Desde el punto de vista asistencial, se les proporciona una alimentación balanceada y la atención médica, psicológica y educativa necesarias para propiciar un óptimo estado de salud. La labor de los CENDI está encaminada a promover el desarrollo de las capacidades físicas, afectivo-sociales y cognoscitivas, en un ambiente de relaciones humanas que les facilite a las niñas y niños adquirir autonomía y confianza en sí mismo para integrarse a la sociedad.

Esta propuesta educativa se basa en los avances científicos más recientes, a la luz de los últimos hallazgos de las neurociencias que muestran la importancia de la educación temprana, en los ámbitos pedagógico, nutricional, de salud, de neurodesarrollo, psicomotor, y tiene en cuenta la teoría de las inteligencias múltiples y sus efectos determinantes en el desarrollo de las potencialidades biopsicosociales del ser humano. Los primeros seis años de vida y, fundamentalmente, los primeros cuatro son decisivos en la vida de los infantes. La institución brinda cinco áreas de atención a cargo de un equipo multidisciplinario: pedagógica, nutricional, médica, psicológica y de trabajo social.

Los CENDI del Frente Popular Tierra y Libertad, considerados como organizaciones educativas de excelencia y centros de referencia en América Latina, el Caribe y otras regiones del mundo, son tomados como modelo por más de quince estados en la República Mexicana, entre los que se destacan Durango, Nayarit, Michoacán, Colima, Guanajuato, Chiapas, Distrito Federal y Aguascalientes.

MARÍA GUADALUPE RODRÍGUEZ, máster en Educación Inicial y Preescolar, ha participado como conferencista en numerosos congresos y eventos académicos internacionales, ha dirigido importantes investigaciones en su especialidad y ha recibido numerosos reconocimientos y premios por su significativa labor. Desde 1990 hasta la actualidad, se ha desempeñado como directora general de los Centros de Desarrollo Infantil (CENDI) del Frente Popular Tierra y Libertad, en el estado de Nuevo León, México. Ha sido diputada local en dos ocasiones (1997-2000 y 2003-2006) y presidenta de la Comisión de Equidad y Género, en el primer período, y de la Comisión de Desarrollo Sustentable, en el segundo. Es miembro de la Comisión Ejecutiva Nacional del Partido del Trabajo (PT).

I Encuentro Internacional sobre Eco-socialismo

PEDRO IVO BATISTA

Los días 7 y 8 de octubre de este año, militantes de todo el mundo se reunieron en París para discutir sobre el Eco-socialismo.

El Eco-socialismo es una corriente de izquierda que actúa dentro del movimiento socialista y ambientalista internacional. Se define claramente como anticapitalista, al unir la lucha ecológica a la causa socialista, a partir del marxismo revolucionario. De esta forma, el Eco-socialismo se distancia tanto de los socialistas que no consideran la importancia estratégica de la lucha ecológica, como de los ecologistas que no actúan en la perspectiva del socialismo.

En Brasil, el Eco-socialismo se inspiró en la lucha de los trabajadores de la Amazonia, sobre todo en Chico Mendes y en el movimiento de los trabajadores del caucho, dirigido por él hasta su asesinato en diciembre de 1988. Los trabajadores de la Amazonia brasileña supieron asociar la defensa de los bosques con la lucha por los derechos de los pueblos que habitan esa región, a la vez que defendían una nueva sociedad.

Hoy, el Eco-socialismo ha logrado adhesiones en los movimientos sociales y en la izquierda brasileña. En 2003, durante el Foro Social Mundial, en Porto Alegre, influida por el Manifiesto Eco-socialista Internacional, surgió la Red Brasileña de Eco-socialismo –RBE– (<http://www.ecosocialistas.org.br>).

La Carta de Principios de la RBE declara que la Red no pretende sustituir a ninguna organización política y social, su objetivo es ser una articulación de MILITANTES eco-socialistas que, cuando actúan dentro de los movimientos sociales, ambientalistas y de los partidos de izquierda ya existentes, adoptan los principios, las reflexiones teóricas y programáticas del Eco-socialismo.

En Europa y en el mundo, el Eco-socialismo se viene desarrollando en los últimos treinta años, a partir del aporte teórico de marxistas no dogmáticos, cuya crítica al «socialismo real» es una cierta matriz productivista de la izquierda; y ha constituido la base para un nuevo pensamiento socialista, radicalmente democrático y ecológico. El Manifiesto Eco-socialista Internacional lanzado, entre otros, por

Michael Löwy (Francia), Joel Kovel (E.U.A.), Cristóbal Cervantes (España), Renán Vega (Colombia), Isabel Loureiro (Brasil), expresa esa concepción.

Ahora esos militantes se reunieron en París para proponer una plataforma anticapitalista, con el propósito de combatir la crisis ambiental planetaria, incluso los efectos del calentamiento global, así como para analizar una forma de organizarse a nivel internacional. Un solo lema une a todos: ¡Eco-socialismo o barbarie!

Texto traducido del portugués por Honel Binelfa y Rosa Chío.

PEDRO IVO BATISTA es miembro del Colectivo de la Secretaría Nacional de Medio Ambiente y Desarrollo del Partido de los Trabajadores (PT), de la Coordinadora Nacional de la Red Brasileña de Eco-socialistas y del Consejo Nacional de Medio Ambiente (CONAMA).

América Latina contemporánea



LAS GUERRILLAS CONTEMPORÁNEAS EN AMÉRICA LATINA

Alberto Prieto

Las guerrillas latinoamericanas son portadoras de una larga tradición. Desde la conquista hasta nuestros días, ha sido una de las formas de lucha más recurrida en el continente americano.

Alberto Prieto nos introduce a los movimientos guerrilleros contemporáneos, desde la epopeya de Sandino hasta la actualidad, profundizando en acontecimientos relevantes y figuras significativas como Fidel Castro y Ernesto Che Guevara.

280 páginas, ISBN 978-1-921235-54-2

CUBA Y VENEZUELA Reflexiones y debates

Germán Sánchez

Escrito por Germán Sánchez, embajador de Cuba en Venezuela, es un resumen analítico sobre la Revolución cubana, y una comparación histórica entre la misma y el proceso de cambios que hoy acontece en Venezuela con la Revolución bolivariana. A través de entrevistas, artículos de prensa y materiales sobre temas comunes a ambos países en el ámbito cultural, comercial, diplomático, político y otros, el autor nos lleva paso a paso a descubrir los fundamentos y los principios de los vínculos entre los pueblos venezolano y cubano en este inicio de milenio.

325 páginas, ISBN 978-1-920888-34-3



¿GUERRA O PAZ EN COLOMBIA? Cincuenta años de un conflicto sin solución

Carlos A. Lozano Guillén

Un significativo aporte a la discusión del largo conflicto interno, político y armado, que ha azotado Colombia durante los últimos cincuenta años, y la constante búsqueda del pueblo colombiano y la insurgencia por conseguir una solución política al conflicto que lleve a la paz con justicia social.

Ofrece una perspectiva histórica y coyuntural, así como un análisis teórico desde una perspectiva de izquierda, y analiza el papel del militarismo, impulsado y respaldado por Estados Unidos, y el pretexto del narcotráfico en este conflicto.

184 páginas, ISBN 978-1-921235-14-6



Unida, América Latina triunfa

LUCIANO REZENDE MOREIRA

«Unida, América Latina triunfa», es el lema del XV Congreso Latinoamericano y Caribeño de Estudiantes (CLAE) que tuvo lugar en Quito, capital de Ecuador, del 12 al 17 de noviembre de este año. En esta oportunidad, miles de participantes que representan decenas de organizaciones estudiantiles del continente y de otras partes del mundo, se reunieron, una vez más, para debatir los rumbos de la educación en la región y su inserción en la sociedad, guiados por el llamado de la integración.

La Organización Continental Latinoamericana y Caribeña de Estudiantes (OCLAE), durante las deliberaciones de su Secretariado General, integrado por entidades nacionales de diferentes países, aprobó la unidad latinoamericana como tema central para luchar por una verdadera integración de los pueblos y las naciones de la región, en la cual se destaca la educación como herramienta fundamental, precisamente en este momento político que vive nuestro continente.

La historia del movimiento estudiantil latinoamericano abunda en ejemplos de campañas esenciales, decisivas en muchos países que cuentan con la acción consciente y contundente de los estudiantes. Podemos citar como ejemplo la participación de los estudiantes en el Bogotazo, que tuvo lugar en abril de 1948, uno de los episodios más sangrientos del movimiento social mundial en la capital colombiana.

A principios del siglo pasado, estudiantes de varios países ya se organizaban localmente y reclamaban acciones capaces de aglutinar a las entidades afines del continente para luchar por una nueva educación y combatir las injusticias sociales. Desde entonces, defendían la lucha conjunta más sincronizada entre los estudiantes contra el sistema elitista de la educación vigente y por una reforma universitaria amplia capaz de revisar conceptos académicos, administrativos y políticos en las universidades. Algunas de esas reivindicaciones aparecen referidas en el *Manifiesto de la Federación Universitaria de Córdoba*, escrito en 1918, que mantiene una increíble actualidad y donde, entre otros postulados progresistas, se defiende «una soberanía en un mundo universitario, y que el derecho de escoger sus propios dirigentes sea atribuido también a los estudiantes».

El intento de organizar la lucha estudiantil en todo el continente se puso de manifiesto desde el primer Congreso Universitario Americano realizado en Montevideo, Uruguay, en 1908, a pesar de numerosas dificultades. En un gran esfuerzo por mantener la regularidad de estos eventos, se realiza el segundo Congreso en la capital de Argentina en 1910 y el tercero en 1912, en la ciudad de Lima, Perú.

En 1955 se realiza el primer Congreso Latinoamericano de Estudiantes en la ciudad de Montevideo, a partir del cual se inicia una trayectoria que culmina con la fundación de la OCLAE en 1966, en ocasión del cuarto Congreso realizado en Cuba.

Esa rica historia de luchas se lleva a cabo hoy en un nuevo y complejo contexto histórico. El XV CLAE cumplió la función vital de promover el intercambio de experiencias, ideas e interpretaciones sobre el cuadro político regional en la actualidad, y de señalar la plataforma de acciones unitarias alrededor de un programa antineoliberal, democrático y progresista en el continente. Fue también un momento clave de reafirmación de la necesidad de continuar y, más que eso, de ampliar las luchas por los cambios progresistas, vividos con más intensidad en algunos países, en los cuales los representantes preferidos de la clase dominante fueron derrotados en las últimas elecciones, como fue el caso de Argentina, Uruguay, Brasil, Ecuador, Venezuela, Nicaragua, Chile y Bolivia. En ese sentido, resultó muy importante haber podido entablar un fraterno debate sobre las diferentes realidades de cada país, sus limitaciones y las correlaciones de fuerzas locales capaces de permitir la implementación de un proyecto de cambio más profundo, de carácter nítidamente antimperialista, y las alternativas para lograr sus objetivos comunes, teniendo en cuenta esas especificidades.

La educación fue abordada como un tema estratégico para las naciones y los pueblos que luchan por emanciparse del yugo colonialista impuesto por el imperialismo durante siglos. Es asunto del Estado nacional y sirve a la construcción de valores de la cultura de un pueblo. Sin un sistema educacional y científico, autóctono, sólido y accesible al pueblo, es prácticamente imposible que exista una verdadera emancipación y una integración regional incluyente e insertada en un mundo marcado por el hegemonismo de los países ricos que imponen su dominación ideológica por diferentes métodos y medios.

La formación académica e intelectual de los pueblos de América Latina y la reafirmación de sus culturas merecieron una atención especial en respuesta a las demandas inmediatas –por eso mismo su carácter estratégico– para lograr la disminución de las principales vulnerabilidades de los países.

Todavía, cuando se aborda el asunto de la integración regional, se habla poco de las asimetrías de los países en el campo de la educación y la ciencia. En las Cumbres de Jefes de Estado o representantes de gobierno que tratan iniciativas como UNASUR, ALBA o MERCOSUR, otros temas ganan más atención.

En las cumbres sociales, las entidades estudiantiles están casi siempre solas para defender la inclusión de la pauta educacional y científica en la amplia agenda dirigida a la integración de la infraestructura de transportes, energía, *commodities*, comercio de bienes y servicios, propiedad intelectual, reglas sobre inversiones, costos aduaneros y otros temas económicos (también importantes), así como diversos proyectos de corto o mediano plazo.

La formación de recursos humanos capacitados, dirigidos al desafío de retomar un ciclo de desarrollo regional, fue tratada, de forma especial. También se dedicó particular atención a la capacitación del personal de nivel superior con vistas a formar un contingente de investigadores y científicos pues ello permitirá a nuestros países superar varias vulnerabilidades.

En ocasión del sexto Encuentro Internacional del Foro Universitario MERCOSUR (FOMERCO), realizado en la ciudad brasileña Aracaju, entre el 12 y 14 de septiembre, fue divulgado el funcionamiento del Instituto MERCOSUR de Estudios Avanzados, iniciativa patrocinada por el gobierno brasileño con el objetivo de promover e incrementar investigaciones y actividades educativas dirigidas a la integración suramericana. Este es un ejemplo de una noble iniciativa que debe ser acompañada de diversas acciones en ese campo, y que no se opone a otras pautas de características más técnicas o económicas, al contrario, existe una importante complementariedad.

Según el profesor brasileño de la Universidad Estadual Paulista Julio de Mesquita Filho (UNESP), Marco Aurelio Nogueira, «un instituto con ese perfil puede alzar más alto la bandera de la integración para el conocimiento, o sea, valorar el conocimiento (la cultura, la ciencia y las artes) como forma estratégica de integración con el que se alteraría la calidad misma del proceso en curso hasta este momento».¹

Históricamente, la OCLAE ha luchado por una educación democrática y plural, moderna y flexible, crítica y creativa, en todos sus niveles; una educación dedicada al desafío de superar las desigualdades sociales y regionales, para poner fin a la violencia y la miseria; una educación que luche por el progreso material y espiritual de nuestros pueblos, que promueva el patrimonio de la cultura del continente y de la humanidad, y que, mediante la investigación tecnológica y la innovación, impulse el desarrollo económico y el bienestar social. De la misma forma, demandamos gobiernos comprometidos con la mejoría de la calidad de la educación en todos sus niveles y que garanticen una enseñanza capaz de formar profesionales competentes sobre aspectos técnicos y sociales, y de aportar a la sociedad ciudadanos críticos, comprometidos y emprendedores en varios campos del conocimiento.

¹ Marco Aurelio Nogueira: «A integração pelo conhecimento», *O Estado de São Paulo*, 22 de septiembre de 2007, p. 3.

Creemos que una educación con ese carácter debe ser parte integrante del programa para América Latina y el Caribe. Para conquistarla, son dos las tareas principales que tenemos para el futuro: resistir los intentos de la mercantilización de la enseñanza superior –que todavía continúa siendo impuesta por los países imperialistas, principalmente por los Estados Unidos–, y luchar por una profunda reforma educacional y de la enseñanza superior.

Así, no basta solo con formar los profesionales, sino también es necesario proveer de garantía y estímulos el trabajo, incorporándolos a un proyecto regional de desarrollo dirigido al bien de los pueblos. La reciente denuncia realizada por el líder cubano Fidel Castro² sobre la fuga de cerebros y talentos rumbo a los países desarrollados, ratifica los planteamientos de la comunidad científica regional, que, en las últimas décadas, ha observado el éxodo de los recursos humanos más calificados –en cuya capacitación la sociedad mucho invirtió– para los grandes centros.

Otros temas fueron abordados con igual atención en ese Congreso. El contraste vivido por un continente que goza de quince millones de estudiantes universitarios (60% concentrados en Brasil, México y Argentina) y aún tiene cerca de treinta y siete millones de analfabetos,³ es asunto importante que deberá seguir siendo analizado para descubrir la mejor forma de revertirlo.

Desde hace tiempo, el movimiento estudiantil viene trabajando arduamente contra la inclusión de la educación superior en los acuerdos del GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio) promovidos por la Organización Mundial del Comercio y en defensa del compromiso social de la universidad pública, gratuita. Esa lucha encuentra firme y estratégica unión con los sectores académicos progresistas, principalmente en el Grupo Montevideo. Conforme afirma la Declaración del Congreso Internacional de Rectores Latinoamericanos y Caribeños realizado recientemente en la ciudad de Belo Horizonte, Brasil, compartimos que «la educación superior debe fortalecer su función en la sociedad, y más concretamente sus actividades destinadas a erradicar la pobreza, la intolerancia, la violencia, el analfabetismo, el hambre, la degradación del medio ambiente y las enfermedades, principalmente mediante el abordaje interdisciplinario y transdisciplinario para analizar los problemas y las cuestiones propuestas».⁴ Tal compromiso social de las universidades de América Latina y el Caribe, debe entenderse como la implementación de políticas institucionales que adopten como principio la educación como bien público, socialmente

² Fidel Castro: «El robo de cerebros», *Granma*, 18 de julio de 2007, p. 1.

³ Cifras basadas en las series 2000-2004 / Informe UNESCO de seguimiento EPT en el Mundo 2006.

⁴ Declaración del Congreso Internacional de Rectores Latinoamericanos y Caribeños, IESALC/UNESCO y UFMG, realizado en la Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG), en Belo Horizonte, del 16 al 19 de septiembre de 2007.

referenciada, en consonancia con los valores de calidad, pertinencia, relevancia, inserción e igualdad como un todo universal.

Los desafíos son enormes, pero tenemos la certeza de que el movimiento estudiantil –junto con los demás sectores progresistas de los movimientos sociales–, una vez más, estará a la altura de ese propósito, pues nos anima la convicción de que «Unida, América Latina triunfa».

LUCIANO REZENDE MOREIRA es secretario ejecutivo de la Organización Continental Latinoamericana y Caribeña de Estudiantes (OCLAE) y representante de la Unión Nacional de Estudiantes de Brasil (UNE).

Enero de 2008 - Jornada de Acción Global: el FSM en un nuevo formato

ANA MARÍA PRESTES RABELO

El Foro Social Mundial (FSM) está en la agenda del siglo *xxi*. Desde su primera edición, en enero de 2001, en la ciudad de Porto Alegre, ha venido cumpliendo el papel de aglutinar y destacar las principales luchas de los movimientos sociales alrededor del mundo. Con el lema «Otro mundo es posible», ya ha dejado sus huellas en las Américas, en Asia y, recientemente, en África. Sin embargo, no está inmune a desgastes y límites impuestos por el tiempo de duración, por las disputas internas y por la hegemonía implacable de la dominación imperialista.

El FSM realizó su primer gran cambio en 2004. Después de tres exitosos encuentros en Brasil, siempre en la ciudad de Porto Alegre, fue realizado en Mumbai, India, donde superó no solo las expectativas de fracaso, sino inclusive las que apostaban por el éxito. Fue un logro de organización, público y combatividad. También en este encuentro ganó fuerza un intenso debate en el seno de las organizaciones que «coordinan» el proceso FSM por medio de un Consejo Internacional (CI). Como fruto de este debate nacieron nuevos formatos para el encuentro anual, principalmente los foros policéntricos y la jornada de acción global en 2008, los cuales analizaremos a continuación.

Formato y periodicidad

El evento anual del FSM es un encuentro gigantesco. Consume significativas energías de todos los que se involucran en su preparación y organización. Cualquier entidad que represente a los movimientos sociales, u organización no gubernamental que pretenda tener una participación destacada en el encuentro, necesita hacer una inversión. La inversión consiste en tiempo para la preparación, articulación de las agendas y sobre todo, recursos financieros para viajes y estancia en el lugar del encuentro.

Frente a tantas inversiones, entre organizadores y participantes del FSM, surgió, en el transcurso de los encuentros, un cuestionamiento inevitable, relacionado con la eficacia. Es obvio que aquí se anuncia una de las principales polémicas que divide a quienes conforman su coordinación. Están los que defienden que la eficacia radica,

justamente, en la existencia del encuentro y en la disponibilidad de un «espacio» para debates y articulaciones, pero se hallan también los que consideran que la eficacia estaría en la promoción de un «movimiento» mundial con objetivos y metas claros que deberían alcanzarse, lo cual no estaba ocurriendo.

Aquí está implícita una tensión entre dos campos, que se tradujo en un debate sobre el formato y la periodicidad del encuentro anual del FSM. Este debate llegó a un término parcial en la reunión del Consejo Internacional de Parma (en octubre de 2006), cuando se decidió que el FSM de 2008 no sería un encuentro mundial centralizado, lo que posibilitaría la permanencia de las organizaciones en sus regiones, sino «una jornada de movilizaciones mundiales durante los días en que se estuviera realizando el Foro Económico Mundial de Davos». El gran temor de algunos de los «creadores» del FSM, es que este perdiese su característica anti-Davos, lo cual le garantizó una proyección mundial en los primeros años.

De este modo, el FSM de 2008 será una prueba de supervivencia. Estará sujeto a severas críticas externas e internas. Algunos podrán decir que el invento político fracasó, no tuvo fuerzas para consolidarse como una tradición vigorosa. Sin embargo, otros alegarían que su fuerza y capacidad de renacer están de conjunto en la diversidad de formas que asume y en el arraigo local que alcanzará al ser promovido, simultáneamente, a nivel global y en comunidades locales.

El día de acción global

El día de acción global no será propiamente un día, sino una semana de actividades que tendrá como colofón el 26 de enero de 2008. El objetivo de los organizadores es reunir, bajo el lema que identifica al FSM: «Otro mundo es posible», a millones de personas, organizaciones, redes, movimientos, sindicatos, que representan diferentes segmentos sociales y culturales en todas partes del planeta, desde las zonas rurales hasta las urbanas.

El gran dilema es que, al revés de un encuentro centralizado, preparado con anticipación y con el cual las personas y organizaciones se comprometen previamente, este tipo de agenda es más vulnerable a intemperies coyunturales. En la última reunión del Consejo Internacional en Berlín (en mayo de 2007), muchas organizaciones se quejaron, por ejemplo, de que era un período de difícil movilización, incluso por las propias condiciones climáticas, de frío riguroso en el norte y calor abrasador en el sur.

No obstante, el principal temor es que la falta de un gran lema movilizador, como lo fue la guerra de Irak para impulsar las manifestaciones del 15 de febrero de 2003, ponga en jaque la jornada. ¿Será suficiente hacer una invitación y aguardar la adhesión de las personas y organizaciones en todo el mundo? ¿No será necesario realizar una coordinación más determinante para garantizar el éxito de la acción?

Una vez más, las distintas concepciones de FSM se dividen. Esta diferencia se constató en la gran polémica sobre el papel de la comunicación en el proceso de

construcción del día de acción global. Comunicación *versus* movilización fue el centro del debate en la última reunión del Consejo Internacional en Berlín. Los apolo-gistas de la comunicación como el gran instrumento de construcción de la próxima etapa del FSM, defienden la idea de invertir grandes sumas en la propaganda y en el llamamiento a las adhesiones. Por otro lado, están los que defienden que solo la propaganda no basta, es necesario coordinar el proceso, ir a las regiones, controlar las adhesiones, colaborar en la solución de los pormenores de la ejecución de las actividades. ¿Por qué no combinar ambas medidas?

En la práctica, estas medidas ocurrirán simultáneamente, aunque no se sabe si será de una forma realmente conjugada. En definitiva, la sucesiva fabricación de consensos dentro del Consejo Internacional acabó llevando a una segmentación de grupos en su seno, que no se enfrentan en plenaria, pero acaban actuando por separado en los recesos entre reuniones. Si un sector defendió la comunicación como lema, se empeñará en ello; si el otro ve la movilización directa como lo más estratégico, se dedicará a esta tarea; un grupo polarizado por el antiguo secretariado brasileño y otro por la coordinación de la asamblea mundial de los movimientos sociales.

El futuro del FSM

En este preciso momento, mientras preparan el FSM de 2008, los miembros del Consejo también se dedican a la elección de una especie de secretaría técnica o «grupo de enlace», como lo denominaron en el CI. Su creación choca con las reiteradas dificultades encontradas por el conjunto de más de cien organizaciones que conforman el Consejo, de ser más determinante en la conducción de las tareas aprobadas en las plenarios y ante las demandas presentadas por los diversos sectores del movimiento mundial antiglobalización.

El grupo de enlace o de facilitación tendrá la misión de coordinar de forma «innovadora» lo que es una innovación política en sí mismo: el Foro Social Mundial. Su papel será el de ser expresión de las luchas y no representación de grupos, como defienden sus creadores, pero hay quien dice que se está tratando de cambiar el funcionamiento de la coordinación promoviendo un simple cambio de asiento.

El hecho es que tanto el Consejo como el propio Foro viven una cierta crisis de perspectiva. La institucionalización de su proceso fue inevitable. Perdió el viso de la novedad y, además, no logró recrearse para emerger de nuevo en la escena pública como algo potente y necesario. Está en la agenda de los movimientos, pero muchos ya alegan ser costoso y poco efectivo asistir a todos los encuentros. En 2008 asumirá la forma de jornada de movilizaciones y en 2009 volverá a ser centralizado, ahora en un lugar simbólico, la región amazónica, en su parte brasileña. El Foro vuelve a casa, ¿será para retomar el aliento?

Cuando las especulaciones eran si el Foro de 2009 sería nuevamente en África, volvería a una ciudad brasileña, como Salvador o Curitiba, o iría hacia mares nunca antes navegados, como a Corea, surge la propuesta del FSM en la Amazonia. De inicio, se pueden sugerir algunas críticas, por ejemplo, el hecho de que se presente como un Foro de la región amazónica, como si esta fuera territorio autónomo, cuando la sede del encuentro será en el corazón de Brasil, en Pará; también por las motivaciones temáticas, de insertarse en el actual debate sobre el calentamiento global, liderado por Ángela Merckel y Bush, como la principal bandera de una ciudadanía globalizada. Por otro lado, existen increíbles posibilidades de que este FSM supere sus desvíos de origen.

El cúmulo propiciado por sucesivas ediciones del Foro Panamazónico trajo para los pueblos y organizaciones de la región una sincronía en el trabajo y en el tratamiento de las temáticas que más los aquejan. Será, por tanto, una forma de reparar un aspecto desfasado del FSM, el tratamiento adecuado de las cuestiones amazónicas y de todo lo que ello implica en las luchas ambientales, territoriales y de derechos humanos. La región que albergará el evento está en el corazón de un continente que bulle en desafíos políticos y sociales, tanto a partir de los movimientos como de gobiernos comprometidos con una globalización contrahegemónica, lo que ciertamente tendrá un impacto en los rumbos del Foro.

El anuncio del FSM 2009 en la Amazonia será también un factor aglutinador y estimulador para las jornadas de enero. En definitiva, todos los que están unidos en la construcción del otro mundo posible se preocupan con el futuro de este «espacio» que ya permitió tantos «movimientos» locales, nacionales, regionales y globales, que forman una potente red altermundialista. Resulta paradójico ir a un encuentro para programar el próximo, pero es necesario reconocer que mucha de la fuerza del FSM está en este movimiento. A partir de cada actividad del día de acción global se proyectará otra lucha, otra articulación, otra temática que se abordará en el FSM de 2009 en Belém.

Con todos esos puntos críticos, el FSM continúa siendo un importante factor movilizador para el movimiento de antiglobalización neoliberal. A partir de la ola iniciada con el levantamiento zapatista de 1994, con la experiencia de Seattle en 1999, del I FSM en 2001 y de la jornada contra la guerra de Irak en 2003, el FSM en 2008 realizará su potencial de conectar las luchas locales y regionales en algunos días de acción en común. La extensa red que se ha venido formando a lo largo de estos años será, en definitiva, puesta en práctica.

Texto traducido del portugués por Honel Binelfa y Rosa Chío.

ANA MARÍA PRESTES RABELO, máster en Ciencias Políticas, es miembro del Consejo Internacional del Foro Social Mundial donde representa la Organización Continental Latinoamericana y Caribeña de Estudiantes (OCLAE).

Venezuela



LA UNIDAD LATINOAMERICANA

Hugo Chávez Frías

Este texto reúne los discursos más representativos que Hugo Chávez, el controversial presidente de la República Bolivariana de Venezuela, ha presentados ante universitarios, activistas, diplomáticos, trabajadores de América Latina y Estados Unidos. Como promotor y luchador incansable por la transformación de América Latina, aquí se describe su visión sobre un continente unido.

Incluye la participación en el Foro Social Mundial de 2005 en Porto Alegre, así como su mensaje a los pueblos del mundo en la ONU en 2006, en que reivindica la necesidad de refundar las instituciones que no han cumplido con los objetivos de paz, justicia e igualdad para los cuales fueron creadas.

350 páginas, ISBN 978-1-921235-05-4



CHÁVEZ: UN HOMBRE QUE ANDA POR AHÍ

Una entrevista con Hugo Chávez por Aleida Guevara

Hugo Chávez y Aleida Guevara

Una interesante conversación entre Aleida Guevara, médico pediatra e hija mayor del Che Guevara, con el Presidente Hugo Chávez. La entrevista lleva al lector a descubrir la Revolución bolivariana y a la vez toda la falsedad que esgrimen sus enemigos. Cubre el proceso bolivariano que intenta darle una vida digna a los que por siglos han sido olvidados y explotados.

Este libro incluye una entrevista exclusiva con el entonces Ministro de Defensa de Venezuela, donde recuenta los hechos del día del golpe de Estado de abril de 2002.

145 páginas, ISBN 978-1-920888-22-0



¿POR QUÉ SOY CHAVISTA?

Razones de una revolución

Jesús Arboleya

Escrito por el Ministro de Cultura de Venezuela, Farruco Sesto, ofrece una sencilla y personal visión del proceso bolivariano.

Como activo participante, narra con franqueza por qué cree en el chavismo, las razones de la transformación de la sociedad venezolana y, particularmente, la importancia de la cultura en su desarrollo. Enfatiza la importancia de la ética y los valores revolucionarios como ejes de tales cambios.

89 páginas, ISBN 978-1-921235-16-0

¿Qué es y hacia dónde se encamina la América Latina?

EMÍLIA VIOTTI

El título de esta reseña sintetiza las dos cuestiones principales que *Latinoamericana: enciclopedia contemporánea de América Latina y el Caribe*¹ pretende responder. Para definir la América Latina, es necesario conocerla. Su futuro depende de la acción colectiva consciente de su pueblo. Al reconocer esos imperativos, Emir Sader, Ivana Jinkings, Carlos Eduardo Martins y Rodrigo Nobile deciden reunir un grupo de renombrados investigadores que representen la mayoría de los países de América Latina, para emprender el ambicioso proyecto de crear una enciclopedia de la región. De ese trabajo colectivo resultó una magnífica obra de 1 344 páginas, ilustrada con fotografías, mapas y tablas estadísticas, que la Boitempo presentó en agosto de 2006. Pionera, la obra fue patrocinada por la PETROBRAS, ELECTROBRAS, Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social, con el apoyo de la Caja Económica, el Banco de Brasil y el Ministerio de Cultura.

Para apreciar mejor la importancia y el significado de esa obra es necesario situarla en el momento histórico de su producción. América Latina se encuentra hoy ante una oportunidad sui géneris para conquistar su autonomía y su emancipación. El fracaso de las políticas neoliberales ha conducido a importantes movilizaciones populares. Hombres y mujeres en marcha han depuesto gobiernos que fallaron en sus promesas (Bolivia, Ecuador, Perú) y han mantenido a otros que, de una forma u otra, emprendieron medidas que contribuyeron, bien o mal, al mejoramiento de sus condiciones de vida (Chávez, Lula), mientras en otros países, los candidatos que se manifestaron contrarios a las políticas neoliberales fueron elegidos (Chile y Nicaragua, por ejemplo).

Ese fenómeno es inédito en la historia republicana de América Latina. Las grandes movilizaciones que observamos hoy no se comparan con los movimientos de

¹ Emir Sader, Ivana Jinkings, Carlos Eduardo Martins y Rodrigo Nobile (coord.): *Latinoamericana: enciclopedia contemporánea de América Latina y el Caribe*, São Paulo, Boitempo/LPP-UERJ, 2006, 1 344 pp.

protesta anteriormente registrados en la región y están indicando nuevos derroteros. Un breve bosquejo por la historia de América Latina desde los años treinta resulta esencial para comprender lo que está ocurriendo.

A partir de la crisis de 1929, América Latina entró en un período de profundas transformaciones que alcanzaron todos los aspectos de la vida humana en esa región. Arrastrados por un torbellino internacional que ponía en riesgo su economía, hasta entonces básicamente exportadora de productos primarios hacia los países capitalistas más desarrollados, debilitadas las oligarquías dominantes, los países de América Latina buscaron nuevas soluciones.

La Segunda Guerra Mundial postergó, hasta cierto punto, ese proceso que regresó con un nuevo vigor a partir de 1945. Aunque las circunstancias fuesen diferentes en los diversos países —unos estaban mejor dotados de recursos que otros y más aptos para redefinir sus rumbos—, el proceso presentó rasgos comunes y dio como resultado una nueva realidad que abrió ciertas posibilidades y creó otros problemas.

En la mayoría de los países de América Latina, hombres y mujeres abandonaron el campo por las ciudades; como consecuencia, las favelas y barrios insalubres se multiplicaron en los principales centros urbanos. El capital acumulado durante la guerra fue invertido en industrias que se beneficiaron por la presencia de fuerza de trabajo abundante y barata, o en las empresas agrícolas que se modernizaron. El Estado, ahora transformado por la presencia creciente de un proletariado urbano —militante en la defensa de sus intereses desde comienzos del siglo pasado—, se vio forzado a desempeñar un papel cada vez más importante en la sociedad como mediador entre el capital y el trabajo. En la mayoría de los países latinoamericanos se fue adoptando una legislación laborista. Al mismo tiempo, el Estado se transformaba, abandonaba frecuentemente el camino liberal que había seguido en los primeros años para tornarse cada vez más intervencionista, como socio de las empresas privadas en las inversiones productivas, pues se responsabilizaba por el control de la fuerza de trabajo por un lado, y por la creación de la infraestructura necesaria al desarrollo capitalista, por otro. En algunos casos, llegó a abandonar las formas de la democracia liberal y a adoptar regímenes dictatoriales. Así, el programa económico de la CEPAL convirtió el nacional-desarrollismo en el pensamiento hegemónico en América Latina.

No tardó para que las contradicciones sociales y económicas resultantes de ese proceso condujesen a una confrontación creciente entre los sectores relacionados con el capital y los del trabajo. Esa confrontación se insertaría, inevitablemente, en el contexto de la Guerra Fría, donde se enfrentaban los Estados Unidos y la Unión Soviética. En ella también contribuyó la Revolución China de 1949 y la Cubana, diez años más tarde. Los movimientos de reivindicación de las clases trabajadoras fueron reprimidos con energía, en correspondencia con la amenaza que representaban para el *statu quo*. Así fue cómo, en un gran número de países donde las izquierdas tenían una presencia significativa (y aquí incluimos los partidos comunistas, socia-

listas, laboristas, los sindicatos y los sectores ligados a la teología de la liberación) y donde se organizaron grupos de guerrilla, la represión no se hizo esperar, desencadenada por sectores ligados al capital y apoyados por las Fuerzas Armadas y por el imperialismo.

Las dictaduras militares sustituyeron a los gobiernos legítimamente electos en varios países de Sudamérica, en los años sesenta y setenta, y desencadenaron una represión violenta (durante la cual se cometieron actos verdaderamente bárbaros), que diezmó buena parte de los líderes de izquierda. En la década del ochenta, la situación se repitió en Centroamérica y el Caribe, con mayor violencia y brutalidad aún, y con un mayor número de muertos. Se produjo, entonces, un impás. Culminaba, así, un importante capítulo de la historia de América Latina. La llamada reapertura democrática solo llegaría en las últimas décadas del siglo xx. América Latina había sido profundamente modificada por esos eventos y abatida por las crisis del capitalismo, cada vez más frecuentes a escala mundial.

Los gobiernos militares fueron responsables por la contención de los movimientos sociales, estimularon la masiva inversión de capitales y garantizaron la hegemonía del sector financiero y empresarial. Su legado fue una enorme deuda externa y millares de muertos y desaparecidos. La democracia liberal restaurada cargaría consigo esa herencia. El Consenso de Washington, las políticas neoliberales adoptadas en América Latina desde entonces –que destruyeron los residuos del Estado de bienestar social anteriormente creados, implantaron la privatización de empresas estatales y la reducción del papel del Estado en la sociedad, y estimularon el retorno a una economía de exportación, en detrimento de la economía dirigida al mercado interno– causaron una desastrosa concentración de riquezas y agravaron las tensiones existentes desde hacía mucho tiempo. Los nuevos movimientos sociales fueron la respuesta inmediata a la reapertura política.

La desaparición de la Unión Soviética y las transformaciones acaecidas en la China comunista, su participación creciente en el mercado internacional, los fracasos sufridos por los intentos de implantar el régimen socialista en los países africanos, la represión sufrida por las izquierdas, todo ello causó una confusión creciente entre sectores de izquierda que trataban de organizarse y se enfrentaban ahora a una nueva situación internacional y a una América Latina dominada por los mitos de la sociedad de consumo, de la democracia liberal y de las políticas neoliberales; una América Latina donde el movimiento obrero había perdido su fuerza debido a las políticas de tercerización y desindustrialización, al desempleo creciente, a la precariedad, a la flexibilización y al aumento de la informalidad.

Por otro lado, a través de los años, la gran mayoría de las mujeres fue lanzada en el mercado del trabajo, sin que hubiesen sido creadas las instituciones alternativas para atender sus funciones tradicionales en la familia: el cuidado a los niños, ancianos y enfermos. Ese proceso condujo a la acumulación de tareas por parte de las mujeres y creó nuevas tensiones, lo que provocó su creciente radicalización. A ellas

se unirían grupos excluidos, como negros e indios forzados a abandonar sus tierras, los desempleados y los semiempleados. Súmese a ese cuadro de infortunios la creciente violencia que asola el campo y la ciudad, las consecuencias de la privatización en el sector de la educación y la salud, y otras llagas que se pretende compensar con el espejismo de las oportunidades que ofrece la sociedad de consumo y las promesas de los medios de comunicación.

Esa realidad decepcionante ha suscitado muchas críticas e intentos de resistencia, entre los que se encuentran los movimientos indígenas, el de mujeres, el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), los zapatistas, los piqueteros, el Foro Social Mundial y las grandes movilizaciones populares que dieron como resultado el repudio a los gobiernos neoliberales, a las privatizaciones, al desempleo, a las formas de exclusión basadas en prejuicios raciales y étnicos, o de género. Inspirados en esas experiencias históricas y a partir de la nueva coyuntura económica, el cine y la literatura latinoamericanos pasaron a conquistar mercados cada vez mayores, nacional e internacionalmente. A su vez, el teatro popular adquirió una presencia innegable como instrumento superior de comunicación y de politización. Todos esos temas son ampliamente abordados en *Latinoamericana...*

Las izquierdas se quejan de las políticas económicas y sociales que consideran perjudiciales a los intereses de las clases trabajadoras, o condenan lo que perciben como medidas meramente paliativas o manipuladoras, pero al hacerlo ignoran el hecho de que el voto popular y las diferentes demostraciones pacíficas que condujeron a la sustitución de gobernantes, demuestran el deseo de un cambio radical, aunque todavía no esté claro qué camino se debe seguir. Les falta un proyecto alternativo por el cual luchar.

Tenemos ante nosotros una América Latina diferente que es necesario conocer; una América Latina que necesita reforzar sus lazos de unión y afirmar su identidad multifacética; una América Latina capaz de forjar un proyecto común de emancipación colectiva.

Tratando de responder esas necesidades se elaboró la *Latinoamericana...* El lector encontrará en esta enciclopedia datos esenciales para conocer los países que integran la región, personalidades que desempeñaron un papel importante en los últimos cincuenta años de su historia en el campo político, literario, artístico, deportivo. Son aún más útiles los acápites dedicados al análisis de temas esenciales para la comprensión de lo que sucede hoy en el continente, como los que abordan el Estado, la educación, las izquierdas, las innovaciones introducidas en los medios de comunicación, la multiculturalidad de la identidad, el sindicalismo, el ALCA, el MERCOSUR, las migraciones, el neoliberalismo, el pensamiento social, el problema social, la diversidad sexual, la concentración de rentas, las relaciones internacionales y otros temas generales que interesan a todos.

En este momento en el que resulta tan necesaria la unidad de América Latina, sería recomendable que los gobiernos de los países latinoamericanos distribuyesen en

todas las escuelas secundarias y en las universidades públicas este libro, que podría convertirse en fuente de investigación e información para los jóvenes y contribuir así, al desarrollo de una conciencia crítica latinoamericana.

La publicación de la enciclopedia despertó disímiles reacciones, desde apreciaciones entusiastas (la gran mayoría) hasta críticas infundadas por parte de los que pertenecen a las «patrullas ideológicas» de la derecha. Sin embargo, inclusive estos, se han visto obligados a reconocer la calidad de la producción y del contenido, aunque no dejen de ironizar los ideales que inspiraron su elaboración –como, por ejemplo, las aspiraciones a la creación de la comunidad de naciones latinoamericanas–, o condenen el repudio al neoliberalismo y al Consenso de Washington, que continúa siendo la *Biblia* de la derecha en Brasil, a pesar de su decadencia en el país de origen.

A esas se suman otras críticas que resultan de la insatisfacción personal de algún intelectual que no fue debidamente mencionado, o de un lector con prisa, confundido por el formato del índice. La autora de esta reseña solo tiene una observación que hacer. Le preocupa la poca importancia otorgada a un importante fenómeno que viene ocurriendo en América Latina: la crisis de la Iglesia Católica y la expansión de las iglesias evangélicas. El asunto merecería un estudio más pormenorizado que el ofrecido por la *Latinoamericana*...

Texto traducido del portugués por Honel Binelfa y Rosa Chío.

EMÍLIA VIOTTI, profesora emérita de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de São Paulo y de Historia de América Latina de la Universidad de Yale. Dirige la colección *Revoluções do Século XX* de la Editorial UNESP, y es autora de una vasta obra, en la cual se destaca *Da monarquia à república: momentos decisivos*.

ocean sur

una nueva editorial latinoamericana

oficinas de ocean sur

- México:** Juan de la Barrera N. 9, Colonia Condesa,
Delegación Cuauhtémoc, CP. 06140, México DF
Tel. (52) 5553 5512 ▪ E-mail: mexico@oceansur.com
- Cuba:** Tel: (53-7) 204 1324 ▪ E-mail: lahabana@oceansur.com
- El Salvador:** Tel: (503) 2223 0104 ▪ E-mail: elsalvador@oceansur.com
- Venezuela:** Tel: (58) 412 295 5835 ▪ E-mail: venezuela@oceansur.com
- EE.UU.:** Tel/Fax: (1-212) 260 3690 ▪ E-mail: info@oceansur.com

distribuidores de ocean sur y contexto LATINOAMERICANO

ARGENTINA: **Cartago Ediciones S.A.**

E-mail: ventas@e-cartago.com.ar

CHILE: **Editorial "La Vida es Hoy"**

Tel: 222 1612

E-mail: lavidaeshoy.chile@gmail.com

COLOMBIA: **Ediciones Izquierda Viva**

Tel/Fax: 2855586

E-mail: ediciones@izquierdaviva.com

CUBA: **Ocean Sur**

E-mail: lahabana@oceansur.com

ECUADOR:

Ediciones La Tierra

(distribución de Contexto Latinoamericano)

Tel: (2) 256 6036

E-mail: ediciones_latierra@yahoo.com

Libri Mundi S.A. (Ocean Sur)

Tel: (2) 224 2696

E-mail: ext_comercio@librimundi.com

EL SALVADOR Y CENTROAMÉRICA:

Editorial Morazán

E-mail: editorialmorazan@hotmail.com

MÉXICO: Ocean Sur

Tel/Fax: 5553 5512

E-mail: mexico@oceansur.com

VENEZUELA: Ocean Sur

E-mail: venezuela@oceansur.com

AUSTRALIA:

Ocean Press

Tel: (033) 9326 4280

E-mail: info@oceanbooks.com.au

EE.UU., CANADÁ Y PUERTO RICO:

CBSD www.cbsd.com

Tel: 1-800-283-3572

GRAN BRETAÑA Y EUROPA:

Turnaround Publisher Services

E-mail: orders@turnaround-uk.com

www.oceansur.com ■ info@oceansur.com



Contexto Latinoamericano propicia el debate sobre objetivos, programas, estrategias y tácticas de la izquierda; reivindica la necesidad de edificar sociedades sustentables, libres de dominación y subordinación nacional y de clase, basadas en la igualdad de género, etnia, cultura, religión, franja de edad y orientación sexual; denuncia la injerencia e intervención imperialista en el Sur, en particular, en América Latina; promueve la solidaridad con la Revolución Cubana y la Revolución Bolivariana; respalda el rescate de la soberanía y el patrimonio nacional, y la adopción de políticas de beneficio popular por parte de las fuerzas de izquierda y progresistas que acceden al gobierno en América Latina; apoya al movimiento por la independencia de Puerto Rico y los demás territorios coloniales del continente; e incentiva la interrelación entre las luchas de los excluidos del Norte y del Sur, con especial atención a las diásporas latinoamericanas y caribeñas.

US\$14.95

ISBN 978-1-921235-47-4



9 781921 235474



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au